



FRANCISCO
MISAS MATUTINAS

A photograph of Pope Francis wearing his traditional white papal vestments, including a zucchetto and a pectoral cross. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background is dark and out of focus, showing other people in dark clothing.

FRANCISCO
MISAS MATUTINAS

2017

Enero

Febrero

Marzo

Abril

Mayo

Junio

Septiembre

Octubre **Noviembre**

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2017.***



***Textos tomados de:
www.vatican.va***

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

ENERO.

9 de enero de 2017. **El**

Evangelio en el bolsillo.

10 de enero de 2017. **El**

posadero asombrado.

13 de enero de 2017. **Almas**

sentadas.

17 de enero de 2017. **Sed**

valientes.

23 de enero de 2017. **Tres**

maravillas.

24 de enero de 2017. **Uno**

detrás de otro.

27 de enero de 2017.

**Memoria, paciencia y
esperanza.**

**30 de enero de 2017. Si el
mártir no es noticia.**

**31 de enero de 2017. Jesús
nos mira a cada uno.**

9 de enero de 2017. **El Evangelio en el bolsillo.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 13 de enero de 2017 «Conocer y reconocer a Jesús, adorarle, seguirle»: sólo así el Señor estará verdaderamente «en el centro de nuestra vida». Y para hacer esto existen algunos pequeños gestos al alcance de todos: tener siempre consigo una edición de bolsillo del Evangelio para

poderlo leer fácilmente cada día, junto a la oración de breves oraciones de adoración como el Gloria, pero estando bien atentos a no repetir las palabras «como papagayos». Estas son las coordinadas de la «sencillez de la vida cristiana» —efectivamente no se necesita recurrir a «cosas extrañas o difíciles»— que el Pontífice volvió a proponer en la misa celebrada el lunes por la mañana, 9 de enero, en la capilla de la Casa Santa Marta. El tiempo litúrgico que acabamos de vivir, hizo notar

enseguida el Papa, «tenía en el centro la espera de Jesús y después la llegada de Jesús: el nacimiento y los misterios del nacimiento hasta el bautismo». Así «hoy comienza un nuevo tiempo litúrgico –explicó– y la Iglesia nos hace ver en el centro de este inicio también a Jesús». Entonces «el centro de la liturgia de hoy es Jesús: Jesús como la primera y última palabra del Padre». Efectivamente «Dios, que muchas veces y en diversos modos en los tiempos antiguos había hablado a los padres por

medio de los profetas, últimamente, durante estos días, nos ha hablado a nosotros por medio del Hijo que ha establecido heredero de todas las cosas y mediante el cual ha hecho también el mundo: Jesús el Hijo, el Salvador, el Señor, Él es el Señor del universo».

«Ha sido un largo camino para que llegase este momento de la manifestación de Jesús que hemos celebrado durante el tiempo de la Navidad» afirmó el Pontífice. Pero, añadió, «sigue siendo el centro de la vida cristiana: Jesucristo, Hijo del

Padre, Salvador del mundo. No hay otro, es el único». Y «es esto el centro de nuestra vida: Jesucristo que se manifiesta, se hace ver, y nosotros estamos invitados a conocerle, a reconocerle en la vida, en las muchas circunstancias de la vida».

He aquí la cuestión:

«Reconocer a Jesús, conocer a Jesús». Y si es un bien conocer «la vida de ese santo, de esa santa o incluso las apariciones de allí y de allá», no hay que perder nunca de vista el hecho de que «el centro es Jesucristo:

sin Jesucristo no hay santos». Claro, precisó Francisco, «los santos son los santos, son grandes», son «importantes», pero «las apariciones no son todas verdaderas».

Desde esta perspectiva, sugirió el Papa, es oportuno plantearse una «pregunta: ¿El centro de mi vida es Jesucristo? ¿Cuál es mi relación con Jesucristo?».

Francisco hizo notar que al inicio de la celebración, durante el rezo de la oración colecta, «hemos pedido la gracia de ver, la gracia de conocer qué hacer y la gracia de tener la fuerza

para hacerlo». Pero «la primera cosa que debemos hacer es mirar a Jesucristo». Y «hay tres cosas, digamos tres tareas, para asegurarnos de que Jesús está en el centro de nuestra vida».

«Antes de nada –explicó el Papa– reconocer a Jesús, conocer y reconocerle. En su tiempo, el apóstol Juan, al inicio de su Evangelio, dice que muchos no le reconocieron: los doctores de la ley, los sumos sacerdotes, los escribas, los saduceos, algunos fariseos». Es más, «le persiguieron, le

mataron». Es decir, «la primera actitud es conocer y reconocer a Jesús; buscar cómo era Jesús: ¿a mí me interesa esto?». Se trata, afirmó Francisco, de «una pregunta que todos nosotros debemos hacernos: ¿a mí me interesa conocer a Jesús o quizás interesa más la telenovela o las charlas o las ambiciones o conocer la vida de los demás?». En fin, se debe «conocer a Jesús para poderle reconocer». Y «para conocer a Jesús está la oración, el Espíritu Santo, sí»; pero un buen sistema es

«tomar el Evangelio todos los días». Tanto que el Papa declaró tener «ganas de preguntar: ¿Cuántos de vosotros toman el Evangelio cada día y leen un pasaje? Y deciros levantad la mano: pero no lo haré, ¡estad tranquilos!». Es importante, dijo, llevar siempre consigo una copia del Evangelio, quizás «el de bolsillo, que es pequeñito, para llevarlo en el bolsillo, en el bolso, siempre conmigo». Se narra, prosiguió el Pontífice, que «santa Cecilia tenía el Evangelio cerca de su corazón:

icerca, cerca!»». Y así,
teniéndolo siempre al alcance
de la mano, se puede «leer
todos los días un pasaje del
Evangelio: es el único modo de
conocer a Jesús», de saber
«qué ha hecho, qué ha dicho».
Es fundamental, prosiguió el
Papa, «leer la historia de Jesús,
sí, el Evangelio es la historia de
Jesús, la vida de Jesús, es
Jesús mismo, es el Espíritu
Santo que nos hace ver a Jesús
ahí». Por esta razón Francisco
quiso renovar su consejo: «Por
favor, haced esto: todos los días
un pasaje del Evangelio,

pequeñito, tres minutos, cuatro, cinco». Precisamente leyendo el Evangelio se entiende; «Y esto trabaja por dentro: es el Espíritu Santo quien hace el trabajo después. Esto es la semilla. Quien hace germinar y crecer la semilla es el Espíritu Santo».

Si la primera es la de «reconocer a Jesús, conocer a Jesús», la segunda tarea sugerida por el Papa se encuentra propuesta también en la «liturgia, al inicio, antes de la oración colecta, y después en el Salmo: i adorar a Jesús,

es Dios!»). Es necesario «adorar a Jesús» afirmó el Papa, añadiendo: «En el salmo hemos rogado: “Adoremos al Señor junto a sus ángeles”» (Salmo 96). Y si «los ángeles le adoran» de verdad, está bien preguntarse «si le adoramos nosotros también». La mayor parte de las veces, dijo Francisco, nosotros rezamos a Jesús para pedirle algo o darle las gracias por algo. Y «todo esto está bien», pero la verdadera pregunta es si nosotros adoramos a Jesús. «Pensemos en dos modos de

adorar a Jesús» propuso enseguida Francisco. Está «la oración de adoración en silencio: "Tú eres Dios, tú eres el hijo de Dios, yo te adoro"». Esto es «adorar a Jesús». Pero luego también debemos «quitar de nuestro corazón las otras cosas que "adoramos", que nos interesan más». Debe estar «sólo Dios, las otras cosas sirven si están dirigidas a Dios, sirven si yo soy capaz de adorar sólo a Dios». Por eso debemos «adorar a Dios, adorar a Jesús, conocer a Jesús con el Evangelio, adorar a

Jesús».

A este propósito el Papa no dejó de ofrecer otra sugerencia práctica: «Hay una pequeña oración que nosotros rezamos, el Gloria —“Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”— pero muchas veces la decimos mecánicamente como papagallos». Sin embargo «esta oración es adoración, gloria: yo adoro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». He ahí, entonces, la sugerencia del Papa de «adorar, con pequeñas oraciones, con el silencio ante la grandeza de Dios, adorar a

Jesús y decir: Tú eres el único, tú eres el principio y el final y contigo quiero permanecer toda la vida, toda la eternidad. Tú eres el único». Y así también «alejar las cosas que me impiden adorar a Jesús».

«La tercera tarea que os sugiero para tener a Jesús en el centro de nuestra vida — prosiguió el Pontífice refiriéndose al pasaje de Marcos (1, 14-20)— es el que nos dice el Evangelio de hoy: seguir a Jesús». Cuando el Señor «ve a Pedro y a Andrés que trabajaban, eran

pescadores, les dice: “venid detrás de mí”». Debemos «seguir a Jesús, las cosas que Él nos ha enseñado, las cosas que nosotros encontramos todos los días cuando leemos ese fragmento del Evangelio». Y preguntar: «Señor ¿Qué quieres que haga? Indícame el camino».

Para concluir, Francisco repitió que lo esencial es tener siempre a «Jesús en el centro». Y «esto significa conocer, reconocer a Jesús, adorar y seguir a Jesús: es mucho más simple la vida cristiana, pero

necesitamos la gracia del Espíritu Santo para que despierte en nosotros esas ganas de conocer a Jesús, adorar a Jesús y seguir a Jesús». Precisamente por esto, subrayó, «hemos pedido al Señor, al inicio de la oración colecta, conocer qué debemos hacer y tener la fuerza de hacerlo». Y, ha deseado, «en la sencillez de cada día —porque cada día para ser cristianos no son necesarias cosas extrañas, cosas difíciles, cosas superfluas, no, es simple— que el Señor nos dé la gracia de conocer a

Jesús, de adorar a Jesús y de seguir a Jesús».

10 de enero de 2017. **El posadero asombrado.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 13 de enero de 2017
¿Por qué Jesús enseñaba con una autoridad que «asombraba» y conquistaba, y en cambio los escribas y doctores de la ley sólo podían imponer leyes pero «no entraban en el corazón del pueblo»? La meditación del Papa Francisco durante la misa

celebrada en Santa Marta el martes 10 de enero fue enteramente dirigida a relevar las diferencias entre la autoridad real de uno y la «autoridad formal» de los demás. Una comparación elocuente, que lleva a reflexionar sobre el riesgo de que todos los que están llamados a «enseñar la verdad» puedan caer en la tentación del «clericalismo» en lugar de seguir la senda de la «cercanía a la gente».

El Pontífice se inspiró en una palabra tomada del Evangelio

del día (Marcos, 1, 21-28) en el cual se dice que la gente estaba asombrada. ¿Por qué, se preguntó, este «estupor»? «Por el modo en el cual Jesús enseñaba» respondió, añadiendo que Él «les enseñaba como alguien que tiene autoridad y no como los escribas, es decir, los doctores de la ley». Toda esa gente, efectivamente, enseñaba, «pero no entraba en el corazón del pueblo» y por eso no tenía «autoridad».

La autoridad, precisó el Papa, es un tema recurrente en el

Evangelio. En particular, la de Jesús se vuelve a encontrar «puesta en cuestión, muchas veces» precisamente por los doctores de la ley, por los fariseos, por los sacerdotes y por los escribas: «Pero ¿Con qué autoridad haces esto? ¡Dinos! ¡Tú no tienes autoridad para hacer esto! ¡Nosotros tenemos la autoridad!». En el fondo de la cuestión, explicó Francisco, está «el problema de la autoridad formal y de la autoridad real». Mientras escribas y fariseos «tenían autoridad formal», Jesús «tenía

una autoridad real». Pero, añadió, «no porque fuese un seductor». Efectivamente, si es verdad que Jesús llevaba una «enseñanza nueva», es también verdad que «Jesús mismo dijo que Él enseñaba la ley hasta el último punto». La novedad respecto a los doctores de la ley era que «Jesús enseñaba la verdad, pero con autoridad».

Llegados a este punto, es importante entender «dónde está la diferencia de esta autoridad». El Papa intentó aclararlo explicando las

características. Antes de nada —dijo— la autoridad de Jesús era una autoridad humilde: Jesús enseñaba con humildad». La suya era una dimensión de «servicio», tanto es así que Él «aconseja lo mismo a sus discípulos: “Los jefes de las naciones las oprimen, pero que entre vosotros no sea así. Que el más grande sea como el que sirve: se haga el más pequeño; y ese será el grande”». Jesús, entonces «servía a la gente, explicaba las cosas para que la gente entendiese bien: estaba al servicio de la gente. Tenía

una actitud de servidor, y esto daba autoridad». Por el contrario, los doctores de la ley, «tenían una psicología de príncipes». Y pensaban: «nosotros somos los maestros, los príncipes, y nosotros os enseñamos a vosotros. No servicio: nosotros mandamos, vosotros obedecéis». Por eso, aunque la gente escuchaba y respetaba, «no sentía que tuviesen autoridad sobre ellos». Jesús, en cambio, «nunca se hizo pasar por un príncipe: siempre era el servidor de todos y esto es lo

que le daba la autoridad». Una segunda «actitud de la autoridad de Jesús», añadió el Papa, «era la cercanía». Lo cual se lee en el Evangelio: «Jesús estaba cerca de la gente, estaba en medio de la gente» y la misma gente, «no le dejaba que se fuera». El Señor «no tenía alergia a la gente: tocar a los leprosos, los enfermos no le daban repulsión». Y este «ser cercano a la gente», subrayó Francisco, «da autoridad». La comparación con los doctores, escribas y sacerdotes es evidente: estos «se alejaban

de la gente, en su corazón despreciaban a la gente, la pobre gente, ignorante», amaban distinguirse, paseando «en las plazas bien vestidos, con la túnica de lujo». Ellos, explicó el Pontífice, tenían una psicología clerical»: enseñaban con una autoridad clerical.

Jesús en cambio estaba «cerquísima de la gente» y eso le daba autoridad.

Respecto a ello, el Papa recordó la cercanía a las personas «que tenía el beato Pablo VI». Un ejemplo, dijo, se puede encontrar «en el número 48 de

la *Evangelii muntiandi*», donde se reconoce «el corazón del pastor cercano: está allí la autoridad de ese Papa, la cercanía».

Retomando el hilo del discurso, Francisco resumió las características de la autoridad de Jesús y recordó que ante todo «el jefe es el que sirve». A propósito explicó que Jesús «da la vuelta a todo, como un iceberg. Del iceberg se ve la punta; sin embargo Jesús da la vuelta y el pueblo está arriba y Él que comanda está debajo y desde abajo comanda». En

segundo lugar está la «cercanía». Y por último hay una «tercera diferencia» respecto a los doctores de la ley: la «coherencia». Jesús, subrayó el Papa, «era coherente, vivía lo que predicaba. Había como una unidad, una armonía entre lo que pensaba, sentía, hacía». Algo que no se encontraba en la actitud de escribas y fariseos: «Su personalidad estaba dividida hasta tal punto que Jesús aconseja a sus discípulos: “Haced lo que os dicen, pero no lo que hacen”».

Decían una cosa y hacían otra». Jesús a menudo les define hipócritas. Y «uno que se siente príncipe, que tiene una actitud clerical, que es un hipócrita, no tiene autoridad. Dirá las verdades, pero sin autoridad. En cambio Jesús, que es humilde, que está al servicio, que es cercano, que no desprecia a la gente y que es coherente, tiene autoridad». Y es esta, añadió el Pontífice refiriéndose también a nuestros días, «la autoridad que siente el pueblo de Dios». Una autoridad que asombra y

conquista. Para hacer entender bien este concepto, el Papa, para concluir la homilía, recordó también la parábola del buen samaritano, que es «figura de Jesús», y resumió brevemente en conocido pasaje evangélico. «Está ese hombre ahí, golpeado, apaleado, dejado medio muerto en la calle por los brigantes». Y cuando pasa el sacerdote, «da un rodeo porque hay sangre y piensa: "La ley dice que si yo toco la sangre permanezco impuro... no, no, me voy"». Cuando después de él pasa el levita,

probablemente piensa: «Si yo me mezclo en esto, mañana tendré que ir al tribunal, atestiguar, y mañana tengo muchas cosas, debo... no, no, no...». Y se va.

Después llega el samaritano, «un pecador, de un pueblo distinto», el cual sin embargo «tiene piedad de este hombre y hace todo lo que nosotros sabemos». Pero, añadió Francisco, en la parábola «hay un cuarto personaje: el posadero», que —de aquí la unión con la entera meditación del Pontífice— se quedó

asombrado; asombrado no tanto por las heridas de ese pobre hombre, porque él sabía que por ese camino, por esa vía había brigantes; y no por la actitud del sacerdote y del levita, «porque les conocía y sabía cómo era su modo de proceder». El posadero está «asombrado por ese samaritano» del cual no entendía la elección. Quizás pensaba: «Pero, ¡este está loco! ¡Pero si además es extranjero, no es judío, es un pecador... pero este está loco, yo no lo entiendo!

«Este —concluyó el Papa— es el asombro»: el mismo «asombro de la gente» ante Jesús, «porque su autoridad era una autoridad humilde, de servicio, era una autoridad cercana a la gente y era una autoridad coherente».

13 de enero de 2017. **Almas
sentadas.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
3, viernes 20 de enero de 2017

«Para seguir a Jesús es
necesario saber arriesgar», sin
miedo de «parecer ridículos» y
sin ser «demasiado educados»;
y en esto «las mujeres son más
buenas que los hombres». La
invitación «a no quedarse
sentados en la vida, parados

mirando», ha sido relanzada por el Papa en la misa celebrada el 13 de enero, en la capilla de la Casa Santa Marta. Para la reflexión, Francisco se ha inspirado en el pasaje evangélico de Marcos (2, 1-12) propuesto por la liturgia, que cuenta la llegada de Jesús a Cafarnaúm: «Mucha gente sigue a Jesús, siempre, aquí no había sitio para nadie, hasta la puerta». Pero «se puede pensar que la gente seguía a Jesús por el propio interés, para tener algo; y puede darse: la salud, una palabra de consuelo».

Quizá, añadió el Papa, «la pureza de intención no era total, no era precisamente perfecta, está siempre mezclada, también en nosotros». Por el resto, hizo notar Francisco, «cuántas veces también nosotros seguimos a Jesús por cualquier interés, por cualquier cosa, porque es conveniente». De hecho «la pureza de intención es una gracia que se encuentra en el camino: lo importante es seguir a Jesús, caminar detrás de Jesús».

El Evangelio por tanto, explicó

el Pontífice, nos cuenta de «esta gente» que «iba detrás de Jesús, caminaba, los buscaba porque había algo en Jesús que le atraía: esa autoridad con la cual Él hablaba, las cosas que decía y cómo las decía, se hacía entender». Y además Jesús «sanaba y mucha gente iba detrás de Él para hacerse sanar». Tanto que «algunas veces Jesús regañó, cuando se dio cuenta que lo buscaban con mucho interés material: por ejemplo, esa vez que dijo a la gente, después de la

multiplicación de los panes:
"¡Pero vosotros me buscáis no
para escuchar la palabra de
Dios sino porque os he dado de
comer!"». Y decía así «para
hacer ver la diferencia».
Ha habido ocasiones, afirmó el
Papa, en las que «la gente
quería hacerlo rey, porque
pensaba: Este es el político
perfecto y con este las cosas
irán bien, no habrá
problemas"». Pero «la gente se
equivocaba» al razonar de esta
manera. Y de hecho «Jesús se
fue, se escondió». Pero también
es verdad, dijo el Pontífice, que

«Jesús dejaba siempre que la gente le siguiera un poco con esta pureza de intención no plena, imperfecta, porque sabía que todos somos pecadores». En realidad «el problema más grande — insistió Francisco— no eran los que seguían a Jesús, sino los que se quedaban parados», los hombres «parados, que estaban en la orilla del camino, miraban, sentados». Marcos, en su Evangelio, escribe precisamente que «estaban sentados allí algunos escribas», los cuales «no seguían» a Jesús

sino que «miraban desde el balcón; no iban caminando en la propia vida, “balconeaban” la vida; no arriesgaban nunca, solamente juzgaban; eran los puros y no se mezclaban». Y también sus «juicios eran fuertes». Marcos contaba que viendo la multitud en torno a Jesús «pensaban en su corazón: “¡Qué gente ignorante, qué gente supersticiosa!”». Pero «cuántas veces —reconoció el Papa— también a nosotros, cuando vemos la piedad de la gente sencilla, nos viene a la cabeza

ese clericalismo que hace tanto mal a la Iglesia y juzgamos a la gente sencilla» pensando que sea «supersticiosa».

Cierto, afirmó el Pontífice «la gente es pecadora, como yo soy pecador, todos lo somos». Pero la gente «busca a Jesús, busca algo, busca la salvación». Sin embargo ese «grupo» de hombres «parados estaban allí, en el balcón, miraban y juzgaban». Y «hay otros "parados" en la vida: pensemos en ese que desde hace treinta y ocho años estaba cerca de la piscina, parado, amargado en la

vida, sin esperanza —“nada que hacer, no va”— y dirigía la propia amargura» afirmó el Pontífice, refiriéndose a la sanación del paralítico a la piscina de Bethesda en Jerusalén, narrada por Juan en su Evangelio (5, 1-9). También ese hombre «es otro parado que no seguía a Jesús y no tenía esperanza».

Sin embargo «la gente que seguía a Jesús arriesgaba» explicó el Pontífice. Este «arriesgaba para encontrar a Jesús, para encontrar lo que quería». Basta pensar,

prosiguió, en el episodio que Marcos cuenta en el Evangelio del día: «No pudiendo llevar al paralítico delante de Jesús, a causa de la multitud», las personas que lo acompañaban «descubrieron el techo en el punto donde él se encontraba y, hecha la apertura, bajaron la camilla». Haciendo esto, añadió Francisco, «estos hombres arriesgaron cuando hicieron el agujero en el techo: arriesgaron que el propietario de la casa les hiciera causa, les llevase al juez y les hiciera pagar: han arriesgado, pero

querían ir donde Jesús».

A propósito, el Papa propuso también el testimonio de la mujer, enferma desde hacía tiempo por culpa de pérdidas de sangre, «que arriesgó cuando escondida quería tocar solamente el borde del manto de Jesús: arriesgó la vergüenza pública; arriesgó» porque «quería la salud, quería llegar a Jesús». Además, añadió Francisco refiriéndose a otro episodio evangélico, «pensemos en la mujer cananea: corrió el riesgo de ser llamada “perrita”» pero dijo a Jesús: «¡Sí, sí, pero

tú sana a mi hija!».

Y aún, prosiguió, «pensemos en la pecadora en la casa de Simón: entraba allí, desesperada, lloraba, despeinada, con el perfume en la mano. Y Simón la miró y dijo: “Descarada, ¿si este fuera profeta y supiera quién es esta!”». También esa mujer «corrió el riesgo de ser juzgada». Como también «la samaritana arriesgó cuando empezó a discutir con Jesús: como adúltera que era, arriesgó y encontró la salvación».

Todas historias de mujer, en resumen. Será porque, dijo el Papa, «las mujeres arriesgan más que los hombres: es verdad, son más buenas y esto debemos reconocerlo».

«Seguir a Jesús no es fácil — prosiguió el Pontífice— pero es bonito y siempre se arriesga, y muchos veces se convierte en ridículo». Pero «se encuentra una cosa importante: tus pecados son perdonados».

Porque «detrás de esa gracia que nosotros pedimos —la salud o la solución de un problema o lo que sea— está la

necesidad de ser sanados en el alma, de ser perdonados». En realidad, prosiguió Francisco, «todos sabemos que somos pecadores y por eso seguimos a Jesús para encontrarlo». Y «arriesgamos» pensando: «¿Yo arriesgo o sigo a Jesús siempre según las reglas de la compañía de seguros? ¡Hasta aquí, no hacer el ridículo, no hacer esto, no hacer aquello! Pero no se sigue a Jesús «demasiado educadamente». Es más, haciendo así, «se permanece sentados» como los escribas en

el Evangelio «que juzgaban». Sin embargo «seguir a Jesús, porque necesitamos algo», y arriesgando también en persona, «significa seguir a Jesús con fe: esta es la fe». En resumen, debemos confiar «en Jesús, fiarse de Jesús»: precisamente «con esta fe en su persona», repitió Francisco volviendo al pasaje evangélico, esos «hombres han hecho el agujero en el techo para hacer caer la camilla» del parálítico «delante de Jesús, para que él pudiera sanarlo». En conclusión, el Pontífice

sugirió las líneas para un examen de conciencia a través de algunas preguntas esenciales: «¿Me fío de Jesús, fío mi vida a Jesús? ¿Estoy en camino detrás de Jesús, también si hago el ridículo alguna vez? ¿O estoy sentado, mirando cómo hacen los otros, mirando la vida? ¿O estoy sentado con el alma "sentada", digamos así, con el alma cerrada por la amargura, la falta de esperanza?». Y, concluyó, «cada uno de nosotros puede hacer estas preguntas hoy».

17 de enero de 2017. **Sed
valientes.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
3, viernes 20 de enero de 2017

El cristiano, consciente de que
«Dios no decepciona», debe
tener siempre «horizontes
abiertos» a la esperanza.
También ante las adversidades
no debe permanecer
«aparcado» o «vago», sin las
«ganas de seguir adelante».

Contiene una decidida invitación «al valor» la meditación del Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta el martes 17 de enero. La inspiración nació en la primera lectura de la liturgia del día, en la cual el autor de la *Carta a los Hebreos* (6, 10-20) exhorta a «ser valientes». Tanto es así, dijo el Pontífice, que «si nosotros quisiéramos escribir un título para este pasaje deberíamos decir: “sed valientes”».

Entonces el valor. Del cual en la Escritura se dice: «que cada

uno de vosotros demuestre celo —es decir, dijo el Papa, “el valor para seguir adelante”— y este celo os llevará al cumplimiento hasta el final». Por lo demás, explicó Francisco, el valor «es una palabra que gusta mucho a san Pablo». Así, por ejemplo, cuando el apóstol reflexiona sobre la actitud del cristiano respecto a la vida «nos habla del entrenamiento que hacen en el estadio, en el gimnasio, los que quieren ganar», y explica que se necesita «valor, seguir adelante sin vergüenza». Porque, añadió el

Pontífice, «vida valerosa es la del cristiano».

Pero el apóstol de las gentes escribe además otra cosa: «Para que no os hagáis vagos». Se detiene, también en la actitud «contraria: la pereza, no tener valor». Y el Papa tradujo el concepto con una imagen concreta tomada de la vida cotidiana: «vivir en el frigorífico, así, para que todo permanezca así». La referencia es hacia «los cristianos vagos, los cristianos que no tienen ganas de seguir adelante, los cristianos que no luchan para

hacer que las cosas cambien, las cosas nuevas, las cosas que nos harían bien a todos, si estas cosas cambiasen».

Son, añadió utilizando otra imagen eficaz, «los cristianos aparcados», los que «han encontrado en la Iglesia un gran aparcamiento. Y cuando digo cristianos digo laicos, sacerdotes, obispos... todos». Y, desgraciadamente, «¡hay muchos cristianos aparcados! Para ellos la Iglesia es un aparcamiento que custodia la vida y siguen adelante con todas las aseguraciones

posibles».

«Estos cristianos parados» recordaron al Papa «una cosa que de niño nos decían los abuelos: “estate atento que el agua quieta, la que no corre, es la primera que se corrompe”».

Y estas personas, «que no lejanas», que «viven en la seguridad que ellas piensan que les da la religión», terminan exactamente así. Por el contrario, la invitación del apóstol y del Pontífice es: «¡sed valientes!». Y por eso, se lee en el pasaje bíblico, «tenemos una fuerte motivación para

agarrarnos con firmeza a la esperanza», que nos hace «cristianos valientes y no vagos».

Explicó el Papa: «un cristiano vago no tiene esperanza, está cerrado ahí, tiene todas las ventajas, no debe luchar, está jubilado». Ahora, si es verdad que «después de muchos años de trabajo jubilarse es justo, también está bien», también es cierto que «pasar toda tu vida jubilado está feo». Y «los cristianos vagos son así ¿Por qué? Porque no tienen esperanza».

He aquí entonces el mensaje propuesto por la liturgia: «la esperanza, esa esperanza que no decepciona, que va más allá». Efectivamente se lee que es «un áncora segura y sólida para nuestra vida». Entonces «la esperanza es un áncora: la hemos lanzado y nosotros estamos agarrados a la cuerda». Pero no para permanecer parados: «La esperanza es luchar, agarrados a la cuerda, para llegar allí». Y «en la lucha de todos los días» la esperanza «es una virtud de horizontes, no de cerrazón».

Quizás, añadió Francisco, la esperanza «es la virtud que menos se entiende pero es la más fuerte» porque nos consiente vivir «siempre mirando adelante con valor». Alguien —dijo el Papa llegados a este punto— podría objetar: «Sí, padre, pero hay momentos feos, en los cuales todo parece oscuro, ¿qué tengo que hacer?». La respuesta es: «agárrate a la cuerda y aguanta». Debemos ser conscientes de que «a ninguno de nosotros se nos regala la vida, debemos luchar para

tener la vida o soportar». No por casualidad, subrayó el Pontífice “valor” y “soportar” son dos palabras «que Pablo usa mucho mucho en sus cartas».

Los cristianos deben ser «valientes», tener el «valor para seguir adelante». Es verdad —añadió Francisco— «los cristianos se equivocan muchas veces; pero ¿Quién te ha prometido que en tu vida no te equivocarás nunca? Todos nos equivocamos. Se equivoca quien sigue adelante, quien camina, el que está parado

parece no equivocarse». Por eso además de valor es necesaria la capacidad de soportar: «en el momento en el cual no se puede caminar porque todo está a oscuras, todo está cerrado, soportar». Se trata de esa constancia a través de la cual, está escrito, se convierte en «herederos de las promesas». Es la «constancia en los momentos feos».

Por ello el Pontífice invitó a todos a hacer un examen de conciencia y a preguntarse: «¿soy un cristiano aparcado,

vago o un cristiano valiente?
¿Soy un cristiano que quiere todas las seguridades o soy un cristiano que arriesga? ¿Soy un cristiano cerrado o un cristiano de horizontes, de esperanza?». Y aún más: «¿Cómo va mi esperanza? ¿Mi corazón está anclado en el horizonte, yo estoy agarrado a la cuerda y creo también en los momentos feos? ¿Y en los momentos feos soy capaz de soportar porque sé que Dios no decepciona, sé que la esperanza no decepciona?». Se trata, en definitiva, de una

pregunta más profunda, es decir: «¿Cómo soy yo? ¿Cómo es mi vida de fe? ¿Es una vida de horizontes, de esperanza, de valor, de ir adelante, o una vida tibia que ni siquiera sabe soportar los momentos feos?». La oración al Señor, concluyó el Papa retomando la oración litúrgica de la colecta del día, es que «nos dé la gracia de superar nuestros egoísmos porque los cristianos aparcados, los cristianos parados, son egoístas. Mirando solamente a sí mismos, no saben levantar la cabeza para mirarle a Él».

23 de enero de 2017. **Tres maravillas.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 27 de enero de 2017

Son tres «las grandes maravillas del sacerdocio de Jesús: ha ofrecido la vida por nosotros una vez para siempre; continúa rezando, ahora también, por cada uno de nosotros; volverá para llevarnos con Él». Al hombre se

le pide «no cerrar el corazón» para «dejarse perdonar por el Padre». Y precisamente la misa hace comprender plenamente esta bellísima verdad, hizo presente el Papa Francisco durante la celebración del lunes, 23 de enero, por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Cantad al Señor un canto nuevo, porque ha hecho maravillas»: con las palabras del salmo responsorial el Pontífice abrió su meditación, repitiendo que «el Señor ha hecho maravillas». Y con las

palabras del salmo 97
prosiguió: «Cosas grandes ha
hecho el Señor, grandes
maravillas». Pero, añadió, «la
gran maravilla, la más grande,
es su Hijo, el Hijo sacerdote».
En la primera lectura, explicó el
Papa que «el autor de la *Carta
a los Hebreos*» (9, 15.24-28)
nos presenta a Cristo,
sacerdote, mediador de esta
alianza que Dios hace con los
hombres: Jesús es el sumo
sacerdote». Y «el sacerdocio de
Cristo —podemos decir, según
lo que se ve aquí— se
desarrolla en tres momentos,

en tres etapas».

La primera etapa, afirmó el Papa, «está en la redención: Cristo se ofreció a sí mismo, una vez para siempre, para el perdón de los pecados». Él «hace la comparación con los sacerdotes de la antigua alianza que, cada año, debían ofrecer sacrificios». Aquí está la novedad: con Cristo es «una vez para siempre, y esta es una maravilla; y con esta maravilla Él nos ha hecho hijos, nos ha llevado al Padre, nos ha perdonado los pecados, ha recreado la armonía de la

creación con su vida».

«La segunda maravilla, que tiene una cierta relación con el pecado, es la que el Señor hace ahora» prosiguió el Pontífice.

Efectivamente «el Señor ahora intercede, reza por nosotros: en este momento, si, mientras nosotros rezamos aquí Él reza por nosotros, seguramente para todos, para cada uno de nosotros». Es, precisamente, «la intercesión, el sacerdote que intercede: antes ha ofrecido la vida como rescate; ahora, vivo, ante el Padre, intercede». Durante la última

cena, recordó Francisco, el Señor «dijo: “yo rezaré por vosotros, para que vuestra fe no desfallezca”». Entonces, Jesús «reza por nosotros y esta es una seguridad: Cristo, nuestro sacerdote, reza por nosotros». Por lo demás, hizo notar, «cuántas veces nosotros decimos al sacerdote: “Padre, reza por mí, por mi hijo, por mi familia tenemos este problema...”». Lo hacemos «porque sabemos que la oración del sacerdote tiene una cierta fuerza, precisamente en el sacrificio de la misa». Y

«Jesús reza por nosotros en este momento, por cada uno de nosotros, y esta es una maravilla, una segunda maravilla».

«La tercera maravilla será el final, cuando volverá» siguió afirmando el Pontífice. Él «volverá como sacerdote, sí, sin relación con el pecado: la primera vez dio su vida por el perdón de los pecados; la segunda —ahora— reza por nosotros, porque nosotros somos pecadores y seguimos adelante en la vida cristiana; pero cuando llegará la tercera

vez no estará en relación con el pecado, será para hacer el reino definitivo». Y la «palabra más bonita de ese día» será: «Venid, benditos, venid, venid, ¡venid a mí!». Así «nos llevará a todos con el Padre: esto es el sacerdocio de Cristo del cual habla la primera lectura y esta es la gran maravilla, que nos hace cantar un canto nuevo». Francisco también indicó «dos puntos contrastantes en la liturgia de hoy». Por una parte, efectivamente, «está esta gran maravilla, este sacerdocio de Jesús en tres etapas —aquella

en la que perdona los pecados, una vez, para siempre; aquella en la que intercede ahora por nosotros; y aquella que sucederá cuando Él volverá— pero también existe lo contrario, “la imperdonable blasfemia”», como se lee en el pasaje del Evangelio de Marcos (3, 22-30). Y «es duro — comentó el Pontífice— oír a Jesús decir estas cosas: pero Él lo dice y si Él lo dice es verdad».

Escribe efectivamente Marcos, reproduciendo las palabras del Señor: «En verdad os digo:

todo será perdonado a los hijos de los hombres —y nosotros sabemos que el Señor perdona todo si nosotros abrimos un poco el corazón, ¡a todo!— los pecados y también todas las blasfemias que dirán — ¡también las blasfemias serán perdonadas!—; pero quien habrá blasfemado contra el Espíritu Santo no será perdonado eternamente: es reo de culpa eterna». Y así esta persona, «cuando volverá el Señor, oirá esa palabra: “¡aléjate de mí!”». Y esto porque, explicó el Papa, «la

gran unción sacerdotal de Jesús la hizo el Espíritu Santo en el vientre de María: los sacerdotes, en la ceremonia de ordenación, todos son ungidos con el óleo; y se habla siempre de la unción sacerdotal».

También «Jesús, como sumo sacerdote, recibió esta unción».

Y «la primera unción» fue «la carne de María con la obra del Espíritu Santo». Así quien «blasfemia sobre esto, blasfemia sobre el fundamento del amor de Dios, que es la redención, la "re-creación"; blasfemia sobre el sacerdocio

de Cristo».

«El Señor perdona todo — explicó Francisco— pero quien dice estas cosas está cerrado al perdón, no quiere ser perdonado, no se deja perdonar». Precisamente «esto es lo malo de la blasfemia contra el Espíritu Santo: no dejarse perdonar, porque se reniega la unción sacerdotal de Jesús que hizo el Espíritu Santo».

Y así, prosiguió el Pontífice, «hoy hemos oído, en esta liturgia de la palabra, las grandes maravillas del

sacerdocio de Cristo que se ofrece a sí mismo para el perdón de los pecados, que continúa rezando por nosotros ahora y que volverá para llevarnos con Él». Es de verdad una «gran maravilla». Pero, añadió, «hemos oído también que hay una “imperdonable blasfemia” y no porque el Señor no quiera perdonar todo, sino porque este es tan cerrado que no se deja perdonar: la blasfemia contra esta gran maravilla de Jesús».

En conclusión, Francisco sugirió que «hoy nos hará bien,

durante la misa, pensar que aquí en el altar se hace la memoria viva, porque Él estará presente ahí, del primer sacerdocio de Jesús, cuando ofrece su vida por nosotros; también está la memoria viva del sacerdocio, porque Él rezará aquí; pero también, en esta misa —lo diremos, después del Padre Nuestro— está ese tercer sacerdocio de Jesús, cuando Él volverá y la esperanza nuestra de la gloria». Entonces, insistió el Papa, «durante esta misa pensemos en estas cosas

bonitas y pidamos la gracia al Señor de que nuestro corazón no se cierre nunca —ino se cierre nunca!— a esta maravilla, ia esta gran gratuidad!».

24 de enero de 2017. **Uno
detrás de otro.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
4, viernes 27 de enero de 2017

Anillos de una larga cadena de
«heme aquí» que empieza con
Abraham y llega hasta hoy,
pasando por el decisivo de
Jesús al Padre: esto, según el
Papa Francisco, son los
cristianos, llamados cada día «a
hacer la voluntad del Señor»

entrando en el proyecto providencial de la historia de la salvación. Una realidad profundizada gracias a la meditación sobre las lecturas de la misa celebrada en Santa Marta el martes 24 de enero. La liturgia, en continuación con la del día precedente, empujó al Pontífice a reflexionar «sobre el sacerdocio de Jesús, el sacerdocio definitivo, único». Punto de partida, una vez más, fue la primera lectura extraída de la carta a los Hebreos (10, 1-10) en la cual se afrontó el tema del sacrificio.

«Los sacerdotes —explicó Francisco— en aquellos tiempos, ofrecían sacrificios pero debían ofrecerles continuamente, año tras año, porque no eran definitivos, no eran de una vez para siempre». El cambio decisivo se produjo con «el sacerdocio de Jesús, que hace un único sacrificio de una vez para siempre». Una diferencia sustancial: «en esos sacrificios se renueva de año en año el recuerdo de los pecados, se pide perdón de año en año»; Sin embargo Cristo dice: «Tú no quisiste ni

sacrificio ni oblación; pero me has formado un cuerpo.

Entonces dije: "¡He aquí que vengo, para hacer, oh Dios, tu voluntad!"».

Fue esto precisamente, sugirió el Papa, «el primer paso», de Jesús en el mundo: «yo vengo a hacer tu voluntad». Y la voluntad del Padre era que «con este sacrificio se aboliesen todos los sacrificios y este fuese el único». Por eso se lee en la Escritura: «Tú no quisiste, no te agradaron ni sacrificios ni oblacones, ni holocaustos ni sacrificios por el pecado. He

aquí que vengo a hacer tu voluntad».

Precisamente esta palabra de Jesús, dijo el Pontífice, cierra una historia «de “heme aquí” encadenados – la historia de la salvación es esto: una historia de “heme aquí” encadenados». Todo empezó con Adán, que «se escondió porque tenía miedo del Señor»: desde entonces el Señor comenzó «a llamar y a oír la respuesta de aquellos hombres y mujeres que dicen: “heme aquí. Estoy dispuesto. Estoy dispuesta”». Hasta llegar «al último “heme aquí”, el de

Jesús: "para hacer tu voluntad"». El Papa recorrió brevemente esta historia, evocando a Abraham, Moisés, los profetas Isaías y Jeremías. Y aún más: el pequeño Samuel, que oye la voz del Señor y responde: «heme aquí, Señor». Hasta llegar «al último "heme aquí", grande, de María: "hágase la voluntad de Dios. Yo soy la sierva. Heme aquí"». Se trata de «una historia de "heme aquí"», pero, subrayó Francisco, de "heme aquí" «no automáticos». En cada una de las narraciones bíblicas

evocadas se nota efectivamente que «el Señor dialoga con aquellos que invita». Abraham también «ha negociado» con Él para «no destruir esas – dos ciudades». De la misma manera Isaías que objetaba: «Pero, son pecadores, no puedo...», o Jeremías: «Pero soy un niño, no sé hablar...» y el Señor le tranquiliza: «¡Yo te haré hablar!» Para Elías que se lamentaba: «Yo tengo miedo, quiero morir, no, no, tengo miedo, no quiero», la respuesta fue: «¡Levántate: come, bebe y sigue adelante!».

«El Señor —dijo el Papa recogiendo en una única consideración todas estas citas— dialoga siempre con los que invita a hacer este camino y a decir el “heme aquí”. Tiene mucha paciencia, mucha paciencia». Y añadió un ejemplo recordando «los razonamientos de Jonás, que no entiende», y las respuestas del Señor que «lo corrige» hasta que llega su “heme aquí”: «Señor, tú tienes razón: yo solamente te conocía por lo que había escuchado decir; ahora mis ojos te han

visto». Y es aquí que el Pontífice incluyó una enseñanza válida para cada hombre: «La vida cristiana es esto: un “heme aquí”, un “heme aquí” continuo». «Uno detrás del otro» se encuentran en la Biblia todos los «heme aquí» pronunciados. Y «es bonito», dijo el Papa, «leer la Escritura» yendo precisamente a buscar «las respuestas de las personas al Señor», todas las veces que alguno ha dicho: «Aquí estoy, yo estoy para hacer tu voluntad». Bello y fascinante, porque, explicó

Francisco, «esta liturgia de la Palabra de hoy nos invita a reflexionar: “¿Pero cómo va mi “heme aquí” al Señor? Y el “heme aquí” de mi vida, ¿cómo va?». Precisamente repasando las Escrituras nos damos cuenta de que la respuesta no está descontada para nada: «¿Voy a esconderme, como Adán, para no responder? ¿O cuándo el Señor me llama, en vez de decir “heme aquí” o “¿qué quieres de mí?”, huyo, como Jonás que no quería hacer eso que el Señor le pedía?». O incluso: «finjo hacer

la voluntad del Señor, pero solamente externamente, como los doctores de la ley que Jesús condena duramente» porque «fingían» y decían: «Todo bien..., nada de preguntas: ¿yo hago esto y nada más?». Entre las respuestas posibles podría estar también la de quien mira «a otro lado como hicieron el levita y el sacerdote delante de ese pobre hombre herido, pegado por los asaltantes, dejado medio muerto». Y entonces, ya que el Señor nos llama «a cada uno de nosotros» y «todos los días»,

hay que preguntarse: «¿Cómo es mi respuesta al Señor?». Es la respuesta del "heme aquí", insistió el Pontífice, «¿o me escondo? ¿o huyo? ¿o finjo? ¿o miro a otro lado?».

Alguno podría también tener una duda: «¿Se puede discutir con el Señor?». «Sí —respondió Francisco— a Él le gusta. A Él le gusta discutir con nosotros». Por eso, contó, cuando «alguno me dice: "Pero, padre, yo muchas veces cuando voy a rezar me enfado con el Señor..."», la respuesta es: «¡También esto es oración! ¡A

Él le gusta, cuando tú te enfadas y le dices a la cara lo que sientes, porque es Padre! Pero esto es también un "heme aquí"».

27 de enero de 2017.

Memoria, paciencia y esperanza.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 3 de febrero de 2017

El vestido del cristiano debe ser zurcido con «memoria, valentía, paciencia y esperanza» para resistir también a las lluvias más intensas sin ceder y estrecharse. Es precisamente

del «pecado de la pusilanimidad» —o sea, «tener miedo de todo» y convertirse en «almas estrechas para preservarse»— que el Papa puso en guardia en la misa celebrada el viernes 27 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, recordando cómo Jesús mismo advirtió que «quien quiere conservar la propia vida, sin arriesgar y amparándose en la prudencia, la perderá».

Para su meditación Francisco hizo referencia a la lectura del día que, expuso

inmediatamente, es un pasaje de la Carta a los Hebreos (10, 32-39): «Una exhortación a vivir la vida cristiana, una exhortación con tres puntos de referencia, tres puntos temporales, por decirlo así: el pasado, el presente y el futuro». El autor de la Carta «comienza con el pasado y nos exhorta a hacer memoria: "hermanos, traed a la memoria los días pasados"». Son — explicó el Papa— «los días del entusiasmo, de seguir adelante en la fe, cuando se comenzó a vivir la fe, las pruebas

sufridas». En efecto, «no se entiende la vida cristiana, también la vida espiritual de cada día, sin memoria». Y «no sólo no se entiende: no se puede vivir cristianamente sin memoria».

Se trata, afirmó Francisco, de la «memoria de la salvación de Dios en mi vida», de la «memoria de los males en mi vida: ¿cómo el Señor me salvó la vida de estos males?». Por esto «la memoria es una gracia, una gracia que hay que pedir: “Señor que no me olvide de tu paso por mi vida, que no

me olvide de los buenos momentos, también de los momentos difíciles; los gozos y las cruces”».

Por lo tanto, explicó el Pontífice, «el cristiano es un hombre de memoria». Tanto que «cuando leemos la Biblia, vemos que los profetas siempre nos hacen mirar hacia atrás: piensen esto que Dios ha hecho con ustedes, cómo los ha liberado de la esclavitud». Y «hacer memoria es sabiduría: recordar todo, lo bueno y lo no tan bueno, lo malo: muchas gracias, muchos pecados, la

familia, la historia personal de cada uno». Así «avanzo ante de Dios pero con mi historia, no debo ocultarla, esconderla: no, es mi historia, delante de mi alma, delante de ti». Aquí tenemos que la «exhortación a vivir bien una vida cristiana, comienza con este punto de referencia: la memoria».

También, prosiguió el Papa, el autor de la Carta a los Hebreos «nos da a entender que estamos en camino, y estamos en camino a la espera de algo, en espera de llegar o de encontrar». En efecto, se lee

en la Carta: «Pues todavía un poco, muy poco tiempo: y el que ha de venir vendrá sin tardanza». E inmediatamente después «nos exhorta a vivir de la fe: "mi justo vivirá por la fe"». Aquí entra en juego «la esperanza: mirar al futuro». De hecho, explicó Francisco, «así como no se puede vivir una vida cristiana sin la memoria de los pasos dados, no se puede vivir una vida cristiana sin mirar al futuro con la esperanza del encuentro con el Señor». Sabemos bien, recordó el Papa, que «la vida es

un soplo pasa: cuando uno es joven, piensa que tiene mucho tiempo por delante, pero después la vida nos enseña esas palabras, que decimos todos: "pero cómo pasa el tiempo, a éste le conocí desde niño, ahora se casa, cómo pasa el tiempo"». Por lo tanto, «la esperanza de encontrarlo es una vida en tensión, entre la memoria y la esperanza, el pasado y el futuro».

El tercer punto «está en la mitad: es hoy, es decir el presente», afirmó el Pontífice. Se trata de «un hoy entre el

pasado y el futuro». Y «el consejo para vivir el hoy es continuar con esta actitud, que describe a los primeros cristianos, de valentía, de paciencia, de seguir adelante, de no tener miedo». Porque «el cristiano vive el presente — muchas veces doloroso y triste — valientemente o con paciencia». Existen «dos palabras que a Pablo, y a su discípulo, que ha escrito esta Carta, les gustaban mucho: valor y paciencia». Y «es curioso», destacó el Papa, que el autor del texto para decir

«paciencia, usa una palabra en griego que quiere decir “soportar”; y valentía es franqueza, dice aquí, decir claramente las cosas, seguir adelante con la cara mirando adelante». Son «las dos palabras —prosiguió— que él usa mucho, mucho: la *parresia* y la *hypomonè*, la valentía y la paciencia». Y «la vida cristiana es así». Es verdad, reconoció Francisco, que todos somos pecadores, «quien antes, quien después», y «si quieren podemos después hacer la lista, pero continuando

con valentía y con paciencia; no nos quedemos ahí, parados, porque esto no nos hará crecer».

Así, por lo tanto, explicó el Pontífice, «es nuestra vida cristiana, así hoy la liturgia nos exhorta a vivirla: con gran memoria del camino vivido, con gran esperanza de ese bello encuentro que será una bella sorpresa». Ciertamente, insistió, «no sabemos cuándo: puede ser mañana, puede ser dentro de quince años, no se sabe, pero es siempre mañana, es pronto, porque el tiempo

pasa». En todo caso debe estar siempre «la esperanza del encuentro». Y también la actitud de «soportar, con paciencia; llevar aquí, paciencia y valentía, franqueza», con «la cara mirando adelante, sin vergüenza». Precisamente «así se lleva adelante la vida cristiana».

Hay una pequeña cosa, antes de terminar —evidenció el Papa— sobre la que el autor» de la Carta a los Hebreos «llama la atención de la comunidad a la que está hablando: un pecado». Es un pecado «que no

le hace tener esperanza, valor, paciencia y memoria: el pecado de la pusilanimidad». Se trata, explicó Francisco, de «un pecado que no deja ser cristiano, es un pecado que no te deja seguir adelante por miedo». Por esta razón «muchas veces Jesús decía: "No tengan miedo"»: precisamente por poner en guardia contra la «pusilanimidad» y así proceder para no ceder, no ir «siempre hacia atrás» custodiándose «demasiado a sí mismos» por «el miedo de todo», para «no

arriesgar» amparándose en la «prudencia».

De tal modo, afirmó el Papa, uno puede también decir que sigue «todos los mandamientos, sí, es verdad, pero esto te paraliza, te hace olvidar muchas gracias recibidas, te quita la memoria, te quita la esperanza porque no te deja seguir adelante». Y «el presente de un cristiano, de una cristiana, es tal como cuando uno va por la calle y llega una lluvia inesperada y el vestido no es muy bueno y se encoge la tela: almas

estrechas». Precisamente esta imagen expresa bien qué es «la pusilanimidad: el pecado contra la memoria, la paciencia y la esperanza».

Antes de seguir con la celebración eucarística, Francisco invitó a pedir en la oración al Señor que «nos haga crecer en la memoria, nos haga crecer en la esperanza, nos dé cada día el valor y la paciencia, y nos libere de esa cosa que es la pusilanimidad», es decir la actitud de los que tienen «miedo de todo» y acaban por convertirse en «almas

estrechas para conservarse». En cambio, Jesús nos hace presente que «quien quiere conservar la propia vida, la pierde».

30 de enero de 2017. **Si el mártir no es noticia.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 3 de febrero de 2017

Por los «mártires de hoy», por los cristianos perseguidos y en la cárcel, por las Iglesias sin libertad, con un pensamiento especial por las más pequeñas: esta es la intención con la cual el Papa ofreció la misa celebrada el lunes 30 de enero

por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Con la conciencia de que «una Iglesia sin mártires es una Iglesia sin Jesús», el Pontífice ha vuelto a afirmar que son precisamente los mártires los que sostienen y llevan adelante la Iglesia. Y si además los medios de comunicación no lo dicen, porque no son noticia, hoy muchos cristianos en el mundo son bienaventurados porque son perseguidos, insultados, encarcelados sólo por llevar una cruz o por confesar a Jesucristo. Entonces, cuando

nosotros nos quejamos «si nos falta algo», deberíamos pensar más bien «en estos hermanos y hermanas que hoy, en número mayor respecto a los primeros siglos, sufren el martirio».

Para su meditación el Pontífice volvió a abordar los contenidos de la carta a los Hebreos. Hacia el final —afirmó— el autor, hace un llamamiento a la memoria: «Traed a la memoria a vuestros antepasados, traed a la memoria los primeros días de vuestra vocación, recordad, traed a la memoria toda la historia del pueblo del Señor».

Todo ello «para ayudar a hacer más sólida nuestra esperanza: recordar mejor para esperar mejor; sin memoria no hay esperanza».

Precisamente «la memoria de las cosas que el Señor hizo entre nosotros —explicó Francisco— nos da el aliento para seguir adelante y también la coherencia». Así «en este final de la carta a los Hebreos, en el capítulo 11, que es lo que la liturgia nos propone estos días, se encuentra la memoria de la docilidad de mucha gente, comenzando por nuestro padre

Abraham que salió de su tierra sin saber donde iba, dócil: memoria de docilidad».

«Luego, hoy, hay dos memorias» hizo notar una vez más el Pontífice citando expresamente el pasaje de la carta propuesto por la liturgia (11, 32-40). Ante todo «la memoria de las grandes gestas del Señor, hechas por hombres y mujeres, y dice el autor de la carta: "me faltaría el tiempo si tuviera que hablar sobre..."». Tanto es así que «comienza a nombrar a Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David: mucha

gente que ha hecho grandes gestas en la historia de Israel». Esta «es la memoria, podemos decir, de nuestros héroes del Pueblo de Dios». Y «el tercer grupo —el primero era el de los que fueron dóciles a la llamada del Señor», el segundo «de los que hicieron grandes cosas»— recuerda «la memoria de los que sufrieron y dieron la vida como Jesús».

Se lee efectivamente en la carta: «Otros, por último, padecieron insultos y flagelos, cadenas y prisión. Fueron lapidados, torturados,

aserrados, fueron muertos a espada, anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabra, faltos de todo, oprimidos, maltratados, —iel mundo no era digno de ellos!— errantes por los desiertos, sobre montañas, entre las cavernas y los antros de la tierra». En una palabra, «es la memoria de los mártires». Y la Iglesia es precisamente «este Pueblo de Dios que es pecador pero dócil, que hace grandes cosas y además da testimonio de Jesucristo hasta el martirio».

«Los mártires —afirmó al respecto el Papa— son los que llevan adelante la Iglesia; son los que sostienen la Iglesia, que la han sostenido y la sostienen hoy. Y existen más hoy que en los primeros siglos», aunque «los medios de comunicación no lo dicen porque no son noticia: muchos cristianos del mundo hoy son bienaventurados porque son perseguidos, insultados, encarcelados». Hoy, insistió Francisco, «hay muchos en la cárcel, solamente por llevar una cruz o por confesar a

Jesucristo: esta es la gloria de la Iglesia y nuestro apoyo y nuestra humillación, nosotros que tenemos todo, todo parece fácil para nosotros y si nos falta algo nos lamentamos». Pero «pensemos en estos hermanos y hermanas que hoy, en número mayor que en los primeros siglos, sufren el martirio».

«No puedo olvidar —dijo el Papa— el testimonio del sacerdote y la monja en la catedral de Tirana: años y años de cárcel, trabajos forzados, humillaciones, los derechos

humanos no existen para ellos». Era el 21 de septiembre de 2014 cuando, durante las Vísperas en la catedral de San Pablo en Tirana, fueron presentados al Pontífice los impactantes testimonios de dos supervivientes a las persecuciones del régimen contra los cristianos: tomaron la palabra sor María Kaleta y don Ernest Simoni, que luego Francisco quiso crear y publicar cardenal en el consistorio del pasado 19 de noviembre. También nosotros, prosiguió el Pontífice, es justo que

«estemos satisfechos cuando vemos un acto eclesial grande, que ha tenido un gran éxito, los cristianos que se manifiestan». Y esto puede ser visto como una «fuerza».

Pero «la fuerza más grande de la Iglesia hoy está en las pequeñas Iglesias, pequeñitas, con poca gente, perseguidas, con sus obispos en la cárcel. Esta es nuestra gloria hoy y nuestra fuerza hoy». También porque, afirmó, «una Iglesia sin mártires, me atrevería a decir, es una Iglesia sin Jesús». Así el Papa invitó a rezar «por

nuestros mártires que sufren mucho, por los que estuvieron y están en la cárcel, por esas Iglesias que no son libres de expresarse: ellos son nuestro apoyo, ellos son nuestra esperanza». Ya «en los primeros siglos de la Iglesia un antiguo escritor decía: “la sangre de los cristianos, la sangre de los mártires, es semilla de cristianos”». Ellos «con su martirio, su testimonio, con su sufrimiento, también dando su vida, ofreciendo su vida, sembrando cristianos para el futuro y en las otras

Iglesias».

Y por esta razón, precisamente, el Papa quiso ofrecer «la misa por nuestros mártires, por los que ahora sufren, por las Iglesias que sufren, que no tienen libertad», agradeciendo «al Señor que estén presentes con la fortaleza de su Espíritu en estos hermanos y hermanas nuestras que hoy dan testimonio de Él».

31 de enero de 2017. Jesús nos mira a cada uno.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 3 de febrero de 2017

Jesús no mira las «estadísticas» sino que presta atención «a cada uno de nosotros». Uno por uno. El estupor del encuentro con Jesús, esa maravilla que percibe quien le mira y se da cuenta de que el Señor ya tenía la mirada fija sobre él,

fue descrita por el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el martes 31 de enero.

Fue precisamente «la mirada» el hilo conductor de la meditación que tomó inspiración en el pasaje evangélico de la carta a los Hebreos (12, 1-4) en la cual el autor, después de haber subrayado la importancia del hacer memoria, invita a todos: «corramos con perseverancia, teniendo la mirada fija en Jesús». Recogiendo tal sugerencia, el Pontífice analizó

el Evangelio del día (*Marcos 5, 21-43*) para ver «qué hace Jesús».

El detalle más evidente es que «Jesús está siempre en medio de la muchedumbre». En el pasaje evangélico propuesto por la liturgia «la palabra muchedumbre se repite tres veces». Y no se trata, subrayó el Papa, de un ordenado «cortejo de gente», con los guardias «que le escoltan, para que la gente no le tocara»: más bien es una muchedumbre que envuelve a Jesús, que «le estrecha». Y Él se queda ahí. Y,

es más, «cada vez que Jesús salía, había más que una muchedumbre. Quizás, dijo Francisco con una broma, «los especialistas de las estadísticas habrían podido publicar: “baja la popularidad del Rabino Jesús”. Pero «Él buscaba otra cosa: buscaba a la gente. Y la gente le buscaba a Él: la gente tenía los ojos fijos sobre Él y Él tenía los ojos fijos sobre la gente».

Se podría objetar: Jesús dirigía la mirada «sobre la gente, sobre la multitud». Y en cambio no, precisó el Pontífice: «sobre

cada uno. Porque precisamente esta es «la peculiaridad de la mirada de Jesús. Jesús no masifica a la gente: Jesús mira a cada uno». La prueba se encuentra más veces en las narraciones evangélicas. En el Evangelio del día, por ejemplo, se lee que Jesús preguntó: «¿quién me ha tocado?» cuando «estaba en medio de esa gente, que le estrechaba». Parece extraño, tanto es así que los mismos discípulos «le decían: pero tú ves la gente que se reúne entorno a ti!». Desconcertados, dijo el Papa

intentando imaginar su reacción, pensaron: «este, quizás, no ha dormido bien. Quizás se equivoca». Y sin embargo Jesús estaba seguro: «¡alguien me ha tocado!». Efectivamente, «en medio de esa muchedumbre Jesús se fijó en esa viejecita que le había tocado. Y la curó». Había «mucha gente», pero Él prestó atención precisamente a ella, «una señora, una viejecita». La narración evangélica continúa con el episodio de Jairo, al cual le dicen que la hija está muerta. Jesús le

tranquiliza: «¡no temas! ¡Solo ten fe!», así como en precedencia había dicho a la mujer: «¡tu fe te ha salvado!». También en esta situación Jesús se encuentra en medio de la muchedumbre, con «mucha gente que lloraba, gritaba en el velatorio» – en aquella época, efectivamente, explicó el Pontífice, era costumbre «“alquilar” mujeres para que llorasen y gritasen allí, en el velatorio. Para oír el dolor...» — y a ellos Jesús dice: «estad tranquilos. La niña duerme». También los presentes, dijo el

Papa, quizás «habrán pensado: "¡este no ha dormido bien!"», tanto es así que «se burlaban de Él». Pero Jesús entra y «resucita a la niña». La cosa que salta a la vista, hizo notar Francisco, es que Jesús en esa confusión, con «las mujeres que gritaban y lloraban», se preocupa de decir «al papá y a la mamá "¡idadla de comer"!». Es la atención al «pequeño», es «la mirada de Jesús sobre el pequeño. ¿Pero no tenía otras cosas de las que preocuparse? No, de esto».

Según las «estadísticas que

habrían podido decir: “sigue el descenso de la popularidad del Rabino Jesús”, «el Señor predicaba durante horas y la gente le escuchaba, Él hablaba a cada uno». Y «¿cómo sabemos que hablaba a cada uno? Se preguntó el Pontífice. Porque se dio cuenta, observó, que la niña «tenía hambre» y dijo: «¡dadla de comer!».

El Pontífice continuó con los ejemplos citando el episodio de Naím. También ahí «había una muchedumbre que le seguía». Y Jesús «ve que sale un cortejo fúnebre: un chico, hijo único de

madre viuda». Una vez más el Señor se da cuenta del «pequeño». En medio de tanta gente «va, para el cortejo, resucita al chico y se lo entrega a la mamá».

Y aún más, en Jericó. Cuando Jesús entra en la ciudad, está la gente que «grita: ¡Viva el Señor! ¡Viva Jesús! "¡Viva el Mesías!". Hay mucho ruido... También un ciego se pone a gritar; y Él, Jesús, aun con todo el ruido que había allí, oye al ciego». El Señor, subrayó el Papa, «se fijó en el pequeño, en el ciego».

Todo esto para decir que «la mirada de Jesús va al grande y al pequeño». Él, dijo el Pontífice, «nos mira a todos nosotros, pero nos mira a cada uno de nosotros. Mira nuestros grandes problemas, nuestras grandes alegrías; y mira también nuestras pequeñas cosas, porque está cerca. Así nos mira Jesús».

Retomando en este punto el hilo de la meditación, el Papa recordó cómo el autor de la carta a los Hebreos sugiere «correr con perseverancia, teniendo la mirada fija en

Jesús». Pero, se preguntó, «¿qué nos ocurrirá, a nosotros, si hacemos esto; si tenemos la mirada fija en Jesús?». Nos ocurrirá, respondió, lo que le ocurrió a la gente después de la resurrección de la niña: «ellos se quedaron con gran estupor». Ocurre efectivamente que «yo voy, miro a Jesús, camino delante, fijo la mirada en Jesús y ¿qué encuentro? Que Él tiene la mirada fija sobre mí. Y esto me hace sentir «gran estupor. Es el estupor del encuentro con Jesús». Pero para experimentarlo, no hay que

tener miedo, «como no tuvo miedo esa viejecita para ir a tocar el bajo del manto». De aquí la exhortación final del Papa: «¡no tengamos miedo! Corramos por este camino, con la mirada siempre fija sobre Jesús. Y tendremos esta bonita sorpresa: nos llenará de estupor. El mismo Jesús tiene la mirada fija sobre mí».

***Homilías del Papa Francisco, en
la Misa de la mañana en santa
Marta.***

Año 2017.



Textos tomados de: www.vatican.va

*Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com*

FEBRERO.

6 de febrero de 2017. **Dos maravillas.**

7 de febrero de 2017.

Cuestión de ADN.

10 de febrero de 2017. **Cómo se responde a las tentaciones.**

13 de febrero de 2017. **La historia de Caín y Abel.**

14 de febrero de 2017.

¿Corderos o lobos?

16 de febrero de 2017. **El**

tráfico de armas alimenta los conflictos.

23 de febrero de 2017. No posponer la conversión.

24 de febrero de 2017.

Justicia con misericordia.

28 de febrero de 2017. Todo y nada.

6 de febrero de 2017. **Dos maravillas.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 10 de febrero de 2017

Con la certeza de que «Dios trabaja siempre», no es necesario tener miedo de vivir el don del amor y de la libertad, dando de lado de una vez por todas a las falsas seguridades que vienen de la

rigidez. Es la sugerencia espiritual propuesta por el Papa en la misa celebrada el lunes por la mañana 6 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta.

Para su meditación, Francisco se inspiró en el Salmo 103, en la cual, hizo notar, «hemos alabado al Señor» diciendo: «Eres muy grande, Señor, ¡Dios mío! ¡Eres muy grande!». Un salmo que, afirmó, «ha sido un canto de alabanza: alabemos al Señor por las cosas que hemos oído en ambas lecturas, por la creación, muy grande; y, en la

segunda lectura, para la recreación, aún más maravillosa que la creación, que hace Jesús». La referencia es precisamente a los textos propuestos por la liturgia de la palabra, del libro del Génesis (1, 1-19) y del Evangelio de Marcos (6, 53-56). El Papa ha explicado que «el Padre trabaja» y el mismo «Jesús dice: “Mi Padre obra y yo también obro”. Es un modo de decir “trabajo”, *ad instar laborantis*, como uno que trabaja, como precisa san Ignacio en los ejercicios»

(cf. *Ejercicios espirituales* 236).
Y así «el Padre trabaja para hacer esta maravilla de la creación —prosiguió Francisco— y para hacer con el Hijo esta maravilla de la re-creación; para realizar ese paso del caos al cosmos, del desorden al orden, del pecado a la gracia». Y «este es el trabajo del Padre y por eso nosotros hemos alabado al Padre, el Padre que trabaja».

«Pero ¿por qué Dios ha querido crear el mundo?»: esta forma parte de las «preguntas difíciles», reconoció el Papa.

Confesó también que, «una vez, un niño me puso en apuros porque me hizo esta pregunta: dime, padre, ¿qué hacía Dios antes de crear el mundo, se aburría?».

Seguramente «los niños saben hacer preguntas —añadió el Papa— y hacen las preguntas justas y te ponen en apuros». Para responder a ese niño, narró Francisco, «el Señor me ha ayudado y he dicho la verdad: Dios amaba, en su plenitud amaba; en su comunicación, entre las tres Personas, amaba y no tenía

necesidad de nada más». Es una respuesta que, prosiguió el Pontífice, suscita otra pregunta: pero si Dios «no tenía necesidad, ¿por qué ha creado el mundo?». Pero esta es una cuestión, siguió narrando Francisco, puesta no por un niño sino que «se planteaban los primeros teólogos, los grandes teólogos, los primeros». Entonces, por qué Dios «¿ha creado el mundo?». La respuesta que hay que dar es esta: «Simplemente para compartir su plenitud, para tener a alguien al cual dar y

con el cual compartir su plenitud». En una palabra, «para dar».

«La misma pregunta —siguió diciendo el Papa— podemos hacerla en la re-creación: ¿Por qué Él envió a su Hijo para esta obra de re-creación?». Lo hizo «para compartir, para re-colocar». Y «así en la primera creación, como en la segunda, Él hace del caos un cosmos, de lo feo algo bonito, del error lo verdadero, de lo malo lo bueno». Precisamente «este es el trabajo de creación que es Dios y lo hace

artesanalmente». Y «en Jesús se ve claramente: con su cuerpo da la vida totalmente». Tanto que «cuando Jesús dice: “El Padre siempre obra y también yo obro siempre”, los doctores de la ley se escandalizaron y querían matarlo porque no sabían recibir las cosas de Dios como don», sino «solamente como justicia», llegando incluso a pensar: los mandamientos «son pocos, ¡hagamos más!». Así, prosiguió Francisco, «en lugar de abrir el corazón al don, se escondieron, buscaron

refugio en la rigidez de los mandamientos, que ellos habían multiplicado hasta quinientos o más: no sabían recibir el don». De lo demás, dijo el Pontífice, «el don solamente se recibe con la libertad», pero «estos rígidos tenían miedo de la libertad que Dios nos da; tenían miedo del amor». Y por esto querían matar a Jesús, «porque dijo que el Padre ha hecho esta maravilla como un don: ¡recibir el don del Padre!».

«Eres grande Señor, te quiero mucho, porque me has dado

este don, me has salvado, me has creado»: esta, afirmó el Papa, «es la oración de alabanza, la oración de alegría, la oración que nos da la alegría de la vida cristiana». Y «no esa oración cerrada, triste, de la persona que nunca sabe recibir un don porque tiene miedo de la libertad que siempre lleva consigo un don». Y así, al final, «solo sabe hacer su deber, pero el deber cerrado: esclavos del deber, pero no del amor». En cambio «cuando tú te haces esclavo del amor eres libre: es una bonita esclavitud, pero

estos no entendían».

He aquí entonces, afirmó Francisco, las «dos maravillas del Señor: la maravilla de la creación y la maravilla de la redención, de la re-creación; la del inicio del mundo y la de después de la caída del hombre, de restablecer el mundo y por esto envió al Hijo: ¡es bonito!». Claro, «podemos preguntarnos cómo recibo estas maravillas, cómo recibo esto que Dios me ha dado —la creación— como un don». Y «si lo recibo como un don, amo la creación, custodio lo creado

porque ha sido un don». En definitiva, insistió Francisco, es oportuno preguntarse «cómo yo recibo la redención, el perdón que Dios me ha dado, el hacerme hijo con su Hijo, con amor, con ternura, con libertad». Sin nunca esconderme «en la rigidez de los mandamientos cerrados que siempre, siempre, son más seguros —entre comillas— pero no te dan alegría, porque no te hacen libre». Cada uno de nosotros —es la sugerencia de Papa— «puede preguntarse cómo vive estas dos maravillas:

la maravilla de la creación y la todavía más maravilla de la recreación». Con la esperanza de «que el Señor nos haga entender esta cosa grande y nos haga entender lo que Él hacía antes de crear el mundo: amaba. Que nos haga entender su amor hacia nosotros y nosotros podamos decir —como hemos dicho hoy— “¡Eres muy grande, Señor, gracias, gracias!”». Y «sigamos adelante así».

7 de febrero de 2017.

Cuestión de ADN.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 10 de febrero de 2017

Vuelta a los orígenes para entender quién es el hombre y, sobre todo, quién es el hombre a los ojos de Dios. Siguiendo las sugerencias de la liturgia de la palabra, el Papa Francisco, en la homilía de la misa

celebrada en Santa Marta el martes 7 de febrero, se detuvo a reflexionar sobre la creación y sobre el gran amor que el Señor siente por el hombre. El Pontífice en primer lugar retomó uno de los versículos del Salmo responsorial: «¡Oh Yaveh, Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!» para recordar cómo la Iglesia, en estos días, «nos lleva a alabar tanto al Señor». Y, prosiguiendo en la lectura del Salmo 8 —«¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te

cuides?»— subrayó cómo esto exprese «la admiración ante de la ternura, del amor de Dios: ¿por qué tú te comportas así con nosotros? No somos nada, pero tú eres grande...»

La respuesta se encuentra en la primera lectura que cuenta el pasaje de la creación en el Génesis (1, 20 - 2, 4). Allí se lee, de hecho, al final del sexto día: «Dijo Dios: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos...”.

Creó, pues, Dios al ser humano

a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: "Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar..."». Es decir, dijo el Papa, «Dios da todo al hombre. Y la creación del hombre y de la mujer es la coronación de toda la creación del mundo, es el final». Pero, se preguntó, «¿qué nos da Dios» para hacernos decir en el Salmo: «qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te

cuides?».

«En primer lugar —respondió— nos ha dado el ADN, es decir que nos ha hecho hijos, nos ha creado a su imagen, a su imagen y semejanza, como Él». Y, añadió «que se le parezca mucho o poco, es hijo: ha recibido la identidad». Se trata de una unión que permanece. Y así «si el hijo es bueno, el padre está orgulloso de ese hijo» y dice: «¡pero mira que bueno!». Igualmente, si el hijo «es un poco feo», el padre aun así dirá: «¡es guapo!», porque «el padre es así, siempre». E

incluso: «si es malo, el padre lo justifica, lo espera...». El mismo Jesús, por otro lado, «nos ha enseñado cómo un padre sabe esperar a los hijos». En definitiva, Dios «nos ha dado esta identidad de hijos». Incluso podemos decir: «Somos "como dioses" porque somos hijos de Dios». Y Dios «está contento, porque tiene en la tierra un hijo, como tiene otro en el Cielo. Está feliz el Señor: "Es muy bueno", se dice a sí mismo». Esta, por tanto, es la primera cosa que Dios ha dado al hombre en la creación.

La segunda es a la vez un «don» y una «tarea». Es decir, explicó Francisco, «nos ha dado toda la tierra». De hecho en la Escritura se lee: «Mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra». Y Dios dice a los hombres: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en todo animal». Dios, es decir, «ha dado la realeza: el hombre es un rey. Es el que domina. Así lo quiere el Señor: no lo quiere esclavo, lo quiere

señor». ¿Y qué implica esta señoría? Conlleva «la tarea de llevar adelante la Creación», es decir, «un trabajo».

El Pontífice se detuvo en este último aspecto: «Como Él ha trabajado en la creación, nos ha dado a nosotros el trabajo, nos ha dado el trabajo de llevar adelante la Creación. No de destruirla; sino de hacerla crecer, de cuidarla, de custodiarla y que dé fruto».

Además, añadió, hay un hecho «curioso»: Dios «ha dado todo», pero «no nos ha dado el dinero». No por casualidad «las

abuelas dicen que el diablo entra por el bolsillo...».

El último don indicado por el Pontífice se encuentra prosiguiendo en la lectura del Génesis: «A imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó». Es decir: «la tercera cosa que ha dado es el amor». Dios dice: «No es bueno que el hombre viva sola. E hizo una compañera». Con este propósito el Papa Francisco confió que a veces, escuchando «alguna música que trata de decir esto», le «gusta pensar» cómo podría haber sido «ese

primer diálogo, cuando los dos se miraban; el diálogo entre el hombre y la mujer, el diálogo del amor».

Resumiendo, Dios ha dicho al hombre: «Tú eres el hijo, tú tienes que hacer esto: cuidar la creación, trabajar, ir adelante. Y amar. Porque yo soy amor y te doy esto». Frente a esto se exclama con la Escritura: «¡Eres grande Señor, eres grande! ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios lo hiciste, coronándole de

gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies. Oh Yahveh, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!».

Dios, dijo el Pontífice, «nos ha dado la identidad: tenemos la misma identidad de Dios, somos hijos de Dios. Hemos sido creados a su imagen y semejanza. Nos ha dado el don de la tierra, de la creación: "¡Todo es vuestro, pero para llevarlo adelante, para cuidarlo, no para destruirlo!"». Y «esto se hace con el trabajo: el

trabajo es un don de Dios y cuando una persona no tiene trabajo, se siente sin dignidad, le falta algo que viene de Dios». Finalmente Dios «nos ha dado el amor: el amor que empieza aquí, en el hombre y en la mujer».

Por eso, concluyó, «damos las gracias al Señor por estos tres regalos que nos ha dado: la identidad, el don-tarea y el amor. Y pedimos la gracia de custodiar esta identidad de hijos, de trabajar en el don que nos ha dado y llevar adelante con nuestro trabajo este don, y

la gracia de aprender cada día
a amar más».

10 de febrero de 2017. **Cómo se responde a las tentaciones.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 17 de febrero de 2017

En la debilidad de las tentaciones, que todos tenemos antes o después — basta con pensar en la tragedia de la corrupción que comienza siempre con las pequeñas

concesiones — no se debe cometer la ingenuidad de embrollarse en el diálogo: es necesario, sin embargo, tener la valentía de la oración y pedir perdón para levantarse de nuevo e ir adelante, con la certeza de que la gracia nos ayuda a no escondernos del Señor. Es una “manual” esencial práctico contra las tentaciones el sugerido por el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes 10 de febrero, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Tanto al inicio de la creación, como al inicio de la re-creación, como primer evento está la tentación», recordó en seguida el Papa, haciendo referencia a la primera lectura, del libro del Génesis (3, 1-8): «Adán y Eva estaban en el paraíso terrestre con todos los dones que Dios había dado, con la tarea de hacer, de cuidar, de llevar adelante la creación, y con el amor. Con estas tres cosas estaban allí para hacer su vida y precisamente al inicio llega la tentación». Del mismo modo, «la tentación viene», siempre

«al principio», cuando «Jesús deja Nazaret, se hace bautizar, va al desierto a rezar para comenzar la tarea que Dios le había dado». Por eso, destacó Francisco, «tanto en la creación como en la re-creación está la tentación».

«Hemos escuchado —prosiguió— este pasaje del libro del Génesis, la primera tentación, la de Adán y Eva». El texto bíblico «nos dice» que «"la serpiente era la más astuta": el diablo se hace ver en forma de serpiente atrayente y con la astucia trata de engañar: él es

especialista en esto, es el "padre de la mentira", así lo llama Jesús». El diablo, explicó el Papa, «es un mentiroso, sabe cómo engañar, sabe cómo estafar a la gente». Y así «la serpiente engañó a Eva con su astucia: le hace sentir bien, le hace —por así decir— beber un poco de agua dulce». Tanto que Eva «se siente bien, se fía, comienza el diálogo y, paso a paso, la lleva donde él quiere». El diablo, prosiguió el Pontífice, intenta hacer «lo mismo con Jesús en el desierto. Le hace tres propuestas, pero este

diálogo con Jesús termina mal para el diablo: "¡Vete Satanás!"». Sin embargo «el diálogo con Eva no termina bien para Eva: gana Satanás». «Cuando el diablo engaña a una persona —afirmó el Papa— lo hace con el diálogo, trata de dialogar». Es precisamente eso lo que trata de hacer también «con Jesús: "Tú tienes hambre, hay una piedra, tú eres Dios, ¡conviértela en pan! Tú has venido aquí para salvarnos a todos, una vida de cansancio, de trabajo, pero ven conmigo, vamos al templo y tírate sin

paracaídas: ¡harás un bonito espectáculo y toda la gente creerá en ti y todo terminará en media hora!"». Pero «Jesús no lo hace». Y así al final el diablo «muestra el verdadero rostro: "¡Ven, ven!"». Y «le muestra todo el mundo y le propone la idolatría: "¡Adórame, yo te daré todo esto!"».

Francisco llamó la atención sobre la actitud de Jesús que es tentando: no dialoga con el diablo, más bien «escucha al diablo y da una respuesta, pero que no es suya: toma la

respuesta de la Palabra de Dios». Y de hecho «las tres respuestas de Jesús al diablo son tomadas de la Biblia, del Antiguo Testamento, de la Palabra de Dios, porque con el diablo no se puede dialogar». Con Eva, sin embargo, la tentación del diablo fue de otra manera. Era «ingenua», explicó el Papa. Y al inicio la situación le «parecía buena». Pensaba «que se habría transformado en una diosa, es el pecado de la idolatría»: por esto «fue adelante» con el diálogo. Pero terminó mal, nos dice el

Génesis: «Ella y el marido desnudos, sin nada». La cuestión, afirmó Francisco, es que «el diablo es un mal pagador, no paga bien: es un estafador, te promete todo y te deja desnudo». Ciertamente, también «Jesús terminó desnudo, pero en la cruz, por obediencia al Padre: otro camino».

Por tanto, destacó el Pontífice, «la serpiente, el diablo es astuto: no se puede dialogar con el diablo». Por otro lado, añadió, «todos nosotros sabemos qué son las tentaciones, todos sabemos

porque todos las tenemos:
imuchas tentaciones de
vanidad, de soberbia, de
codicia, de avaricia, muchas!»
Pero todas «empiezan» cuando
nos decimos: «pero, se puede,
se puede...»

«Hoy se habla mucho de
corrupción» recordó Francisco
explicando: «Muchos corruptos,
muchos peces gordos corruptos
que hay en el mundo, de los
cuales conocemos su vida a
través de los periódicos, quizá
comenzaron con una pequeña
cosa, no sé, para ajustar bien
el balance: eso que era un kilo,

no, hacemos novecientos gramos pero que parezca un kilo». Porque «la corrupción comienza desde lo poco, con el diálogo», precisamente como sucede con Eva que se siente segura con la serpiente: «Pero no, no es verdad que te hará mal este fruto, cómelo, es bueno, es poca cosa, nadie se dará cuenta, ¡hazlo, hazlo!». Y así, «poco a poco, poco a poco, se cae en el pecado, se cae en la corrupción».

«La Iglesia hoy, con esta liturgia de la palabra, nos enseña — explicó el Papa — a

no ser ingenuos, por no decir tontos, para tener los ojos abiertos y pedir ayuda al Señor porque solos no podemos». Y después, en el pasaje del Génesis, «está también una palabra que es algo triste: Adán y Eva se “esconden” del Señor». Porque «la tentación te lleva a esconderte del Señor y tú te vas con tu culpa, con tu pecado, con tu corrupción, lejos del Señor». A ese punto «es necesaria la gracia de Jesús para volver y pedir perdón, como hizo el hijo pródigo». Es por esto que «en la tentación

no se dialoga, se reza: "Ayuda, Señor, soy débil, no quiero esconderme de ti"».

«Esto es valentía, esto es ganar» concluyó Francisco.

Porque «cuando tú empiezas a dialogar terminarás vencido, derrotado». De aquí el deseo de «que el Señor nos dé la gracia y nos acompañe en esta valentía y, si estamos engaños por nuestra debilidad, en la tentación nos dé la valentía de levantarnos e ir adelante: ¡por esto ha venido Jesús, por esto!».

13 de febrero de 2017. **La historia de Caín y Abel.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 17 de febrero de 2017

El Papa Francisco quiso ofrecer la misa celebrada el lunes 13 de febrero por la mañana en la capilla de Santa Marta, por un misionero especial, que el miércoles viajará a Oriente. «Un pensamiento de familia»

subrayó el Pontífice, porque el misionero es el padre Adolfo Nicolás Pachón, antiguo prepósito general de la Compañía de Jesús. «Que el Señor le devuelva todo el bien que ha hecho y le acompañe en la nueva misión: gracias, padre Nicolás» dijo Francisco dirigiéndose al religioso que concelebró con él.

Refiriéndose después a la primera lectura, extraída del libro del Génesis (4, 1-15.25), el Papa en la homilía hizo notar que «es la primera vez que en la Biblia se dice la palabra

hermano». La de Caín y Abel, explicó, «es la historia de una hermandad que debía crecer y ser hermosa» y sin embargo «termina destruida». Y «la historia, la hemos oído, empezó con pequeños celos: Caín, cuando vio que su sacrificio no había sido aceptado, se irritó mucho y empezó a cocer ese sentimiento dentro». «Esa irritación —explicó Francisco— no era sólo en el alma, sino también en el cuerpo: su rostro estaba hundido». Y he aquí que «el Señor, como Padre, le habla: “¿Por qué estás irritado

y por qué está hundido tu rostro? ¿Si actúas bien, no deberías quizás tenerlo alto? Pero si no actúas bien, el pecado está agazapado delante de tu puerta; hacia ti es tu instinto».

Al final, afirmó el Papa, «Caín prefirió el instinto, prefirió dejar cocer dentro de sí este sentimiento, agrandarlo, dejarlo crecer. Este pecado que cometerá después, que está agazapado detrás del sentimiento, crece».

Precisamente «así —prosiguió el Pontífice— crecen las

enemistades entre nosotros: comienzan con una pequeña cosa, unos celos, una envidia y luego esto crece y nosotros vemos la vida solamente desde ese punto y esa paja se convierte para nosotros en una viga: pero la viga la tenemos nosotros, está ahí». Tanto que luego «nuestra vida gira entorno a eso, y eso destruye el vínculo de hermandad, destruye la fraternidad». También cuando «estamos bajo este instinto agazapado, en nuestro corazón, nos volvemos con el espíritu amarillo, como

se dice: la hiel, como si no tuviéramos sangre, como si tuviéramos hiel, es así». Hasta tal punto que «lo único que cuenta es solamente esa persona, lo que ha hecho mal». Estamos «obsesionados, perseguidos por eso, y así crece la enemistad y termina mal, siempre"».

En definitiva, añadió Francisco, termina que «yo me separo de mi hermano: "este no es mi hermano, este es un enemigo, este debe ser destruido, expulsado!". Y es precisamente así como «se destruye a la

gente, así las enemistades destruyen familias, pueblos, todo». Es «ese subirse la bilis, siempre obsesionado con ese». Precisamente «esto es lo que le ocurrió a Caín y, al final, eliminó al hermano: “no, no hay hermano, solamente yo; no hay hermandad, isolo yo!”». Lo que «ocurrió al inicio — advirtió Francisco— puede ocurrirnos a todos nosotros, es una posibilidad». Por esta razón es un «proceso» que «debe ser detenido inmediatamente, al inicio, desde la primera amargura». Es necesario

detenerlo, porque «la amargura no es cristiana: el dolor sí, la amargura no». También «el resentimiento no es cristiano: el dolor sí, el resentimiento no». En cambio «cuántas enemistades, cuántas fisuras» hay.

«Hoy hay nuevos párrocos» siguió diciendo el Papa refiriéndose a los sacerdotes presentes y haciendo notar: «también en nuestros presbiterios, en nuestros colegios episcopales, ¡cuántas fisuras comienzan así!». Y quizás uno se pregunta: «¿Por

qué a este le han dado esta sede y no a mí? ¿Y por qué a este?». Así, con «pequeñas cositas, fisuras, se destruye la hermandad».

Ante esta actitud del hombre «¿qué hace el Señor?». El pasaje del Génesis sugiere que Él, como a Caín, «nos pregunta: “¿dónde está Abel, tu hermano?”». Para el Pontífice «la respuesta de Caín es irónica: “no lo sé. ¿Soy yo acaso el guardia de mi hermano?”». Pero podemos rebatir: «Sí, tú eres el custodio de tu hermano». Por su parte

«Caín habría podido responder: "Sí, yo sé dónde está Abel, pero no sé dónde está mi hermano, porque Abel no es mi hermano: he destruido esa hermandad"». Como diciendo: «yo sé dónde está ese o esa o estos o aquellos: lo sé, pero no sé dónde están mis hermanos». En efecto, «cuando se cae en este proceso que termina con la destrucción de la hermandad — explicó el Pontífice— se puede decir esto: yo sé, sí, dónde está este o esa, pero no sé dónde está mi hermano, mi hermana

porque para mí este o esta no son hermanos ni hermanas». Sobre este punto, continúa el Génesis, «el Señor es fuerte: “La voz de la sangre de tu hermano me grita desde el suelo”». Es verdad, prosiguió Francisco, que «cada uno de nosotros puede decir: “Padre, yo no he matado a nadie nunca, ¡nunca!”». Pero «pensemos en el Evangelio de ayer: si tú tienes un sentimiento malvado hacia tu hermano, le has matado; si tú insultas a tu hermano, le has matado en tu corazón». Porque

«el asesinato es un proceso que comienza por lo pequeño, como aquí». Cada uno de nosotros —«al menos yo me inscribo en la lista» precisó el Papa— «piense: cuántas veces he dado de lado a este, he tenido celos, a este le he separado de aquí, de allá». Y aún más: «cuántas veces, por decir la verdad, dije al Señor: “yo sé dónde está este o aquel, pero no sé dónde está mi hermano”».

Precisamente «esta es la palabra de Dios para nosotros» y «no para conocer un pedazo

de historia o de teología bíblica».

«También hoy —afirmó el Pontífice— la voz de Dios, no sólo a cada uno de nosotros, sino a toda la humanidad, pregunta; “¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está tu hermana?». Y nuestra respuesta es: «Yo sé dónde están los que son bombardeados allá, que son expulsados de allí, pero estos no son hermanos, he destruido el vínculo». De la misma manera, «cuántos potentes de la tierra pueden decir: “A mí

me interesa este territorio, a mí me interesa este pedazo de tierra, este otro, si la bomba cae y mata a doscientos niños no es culpa mía: es culpa de la bomba; a mí me interesa el territorio"».

Entonces, «todo comienza por ese sentimiento que te lleva a separarte, a decir al otro: "Este es este tipo, este es así, pero no es hermano"». Y «termina con la guerra que mata». Pero, observó el Papa, «tú has matado al inicio: este es el proceso de la sangre y hoy la sangre de mucha gente en el

mundo grita a Dios desde el suelo». Y «está todo relacionado: esa sangre ahí tiene una relación —quizás una pequeña gota de sangre— que con mi envidia, mis celos, he hecho salir yo cuando he destruido una hermandad: no es el número que destruye la hermandad es lo que sale del corazón de cada uno de nosotros».

«Que el Señor hoy —fue el deseo del Papa— nos ayude a repetir esta palabra suya: “¿dónde está tu hermano?”». Y «cada uno de nosotros» —

sugirió para concluir Francisco como examen de conciencia— que piense «en todos estos que hemos separado, en todos estos de los cuales hablamos mal cuando nos encontramos, o destruimos con la lengua». Y «pensemos también en todos aquellos que por el mundo son tratados como cosas y no como hermanos porque es más importante un pedazo de tierra que el vínculo de la hermandad».

14 de febrero de 2017.

¿Corderos o lobos?

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
7, viernes 17 de febrero de
2017

En la fiesta litúrgica de los
santos Cirilo y Metodio,
«buenos heraldos del
Evangelio» que «arriesgaron
todo» e «hicieron más fuerte a
Europa», el Papa Francisco se
detuvo a reflexionar sobre

«misionariedad de la Iglesia» y sobre las características que debe tener quien es «invitado a proclamar la Palabra de Dios». Lo hizo durante la misa celebrada en la capilla Santa Marta el 14 de febrero. La meditación del Pontífice hizo referencia a la oración colecta del día, en la cual se pide «que todos los pueblos — todos los hombres! — acojan la Palabra de Dios y formen al santo pueblo fiel de Dios». Y si para «formar al pueblo» es necesario «acoger la Palabra», entonces «hay necesidad de

sembradores de Palabra, de misioneros, de verdaderos heraldos». Como los santos Cirilo y Metodio, patronos de Europa, los cuales «fueron buenos: buenos heraldos, que llevaron la Palabra de Dios. Y que también consiguieron llevarla en la lengua de aquella gente, para que la entendieran».

También en las lecturas propuestas por la liturgia se habla de misionariedad, con Jesús que envía a los discípulos (*Lucas 10, 1 -9*) y con Pablo y Bernabé que son enviados

(Hechos de los Apóstoles 13, 46-49). Pero, se preguntó Francisco, ¿cómo debe ser «la personalidad de un enviado, de un enviado a proclamar la Palabra de Dios?». Emergieron tres características.

En primer lugar, «de Pablo y Bernabé se dice que hablaban con franqueza». Por tanto, dijo el Papa, la Palabra de Dios se debe llevar «con franqueza, es decir, abiertamente; también con fuerza, con valentía». Son precisamente éstas, explicó, las traducciones de la palabra griega usada por Pablo en la

Escritura: parresía. Esto significa que «la palabra de Dios no se puede llevar como una propuesta —“pero, si te gusta...”— o como una idea filosófica o moral, buena —“pero, tú puedes vivir así...”». Ésta sin embargo «necesita ser propuesta con esta franqueza, con esa fuerza, para que la palabra penetre, como dice el mismo Pablo, hasta los huesos».

Sucede de hecho que «la persona que no tiene valentía — valentía espiritual, valentía en el corazón, que no está

enamorada de Jesús, y de ahí le viene la valentía— dirá, sí, algo interesante, algo de moral, algo que hará bien, un bien filantrópico», pero en él no se encontrará la Palabra de Dios. Así será «incapaz de formar al Pueblo de Dios», porque «sólo la palabra de Dios proclamada con esta franqueza, con esta valentía, es capaz de formar al Pueblo de Dios».

La segunda característica del enviado emerge del pasaje evangélico. Aquí Jesús dice: «La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al

Dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Comentó el Papa: «la Palabra de Dios es proclamada con oración», y esto se hace «siempre». De hecho, añadió, «sin oración, tú puedes dar una bonita conferencia, una bonita instrucción, buena, buena, pero no es la Palabra de Dios. Solamente de un corazón en oración puede salir la Palabra de Dios». Es necesario por tanto la oración «para que el Señor acompañe este sembrar la Palabra, para que el Señor

riegue la semilla para que germine».

Finalmente, del Evangelio emerge «una tercera característica que es interesante». Se lee: «os envío como corderos en medio de lobos». ¿Qué significa? «El verdadero predicador —explicó el Pontífice— es el que sabe que es débil, que sabe que no puede defenderse de sí mismo». El enviado «en medio de los lobos» podría objetar: «¿Pero, Señor, para que me coman?». La respuesta es: «¡Tú ve! Este es el camino». Al

respecto Francisco hizo referencia a una «reflexión muy profunda» de Juan Crisóstomo: «Pero si tú no vas como cordero, si vas como lobo entre los lobos, el Señor no te protege: defiéndete solo». Es decir: «cuando el predicador se cree demasiado inteligente o cuando ese que tiene la responsabilidad de llevar adelante la Palabra de Dios quiere hacerse el astuto» y quizá piensa: «¡Ah, yo puedo con esta gente!», entonces «terminará mal», o «negociará la Palabra de Dios: con los

poderosos, con los
soberbios...».

Para apoyar este pensamiento, el Papa contó una historia («no sé si es verdadera o no —dijo— pero ayuda a pensar»). Se refiere a una persona «que presumía de predicar bien la Palabra de Dios y se sentía lobo: “Yo tengo la fuerza, no necesito, no soy un cordero”». Después de su predicación, fue al confesionario, y se arrodilló «un “pez gordo”, un gran pecador», que «lloraba, lloraba, lloraba» por los «muchos pecados» y, «arrepentido,

quería pedir perdón». Entonces el confesor, pensando que era gracias a su predicación, «empezó a hincharse de vanidad» y preguntó al penitente: «Dígame, ¿cuál es la palabra que dije le ha tocado más, con la cual sintió que tenía que arrepentirse?». Y la respuesta fue: «Ha sido cuando usted dijo: pasamos a otro tema».

Es sólo una anécdota para explicar que «cuando el que debe llevar la Palabra de Dios lo hace seguro de sí mismo y no como un cordero, termina

mal». Si en cambio lo hace «como un cordero, será el Señor el que defienda a los corderos. Los lobos no podrán. Quizá te quitarán la vida, pero tu corazón permanecerá fiel al Señor».

«Así —concluyó el Papa— es la misionaridad de la Iglesia. Así se proclama la Palabra de Dios. Así son los grandes misioneros, los que proclaman la Palabra no como algo propio, sino con la valentía, la franqueza que viene de Dios». Son aquellos que «como se sienten poca cosa, rezan». Por tanto «los

grandes heraldos que han sembrado y han ayudado a hacer crecer las Iglesias en el mundo, han sido hombres valientes, de oración y humildes». Por otro lado, añadió el Pontífice, «el mismo Jesús lo dice: “Y cuando vosotros hayáis hecho todo esto, decid: soy siervo inútil”. El verdadero predicador se siente inútil porque siente que es la fuerza de la Palabra, la que lleva adelante el Reino de Dios».

La invitación es por tanto la de rezar a santos Cirilo y Metodio,

«patrones de Europa, heraldos del Evangelio, que nos ayuden a proclamar la Palabra de Dios con valentía, en oración y con humildad».

16 de febrero de 2017. **El tráfico de armas alimenta los conflictos.**

Jueves.

Fuente: www.osservatoreroman

«La guerra ha terminado»: el grito de la vecina de casa en Buenos Aires, y el abrazo con mamá Regina, tocaron y conmovieron tan profundamente al pequeño Jorge Mario que está todavía muy vivo en su recuerdo. Es precisamente el grito «la

guerra ha terminado» —dijo el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves por la mañana, 16 de febrero, en la capilla de Santa Marta— debería ser repetido hoy por cada persona para tener finalmente la paz en el corazón pero también en familia, en el barrio, en el lugar de trabajo y, así, hasta el mundo entero. Porque los conflictos, advirtió el Pontífice, comienzan por las pequeñas cosas y conducen, con «el tráfico de armas», a los «bombardeos de escuelas y hospitales» por «el poder» y

«un trozo de tierra más». Es por eso que la paz, afirmó el Papa, es un trabajo artesanal que cada uno de nosotros está llamado a construir cada día y también a invocar con la oración que no es nunca «una formalidad».

En la primera lectura, observó Francisco refiriéndose al pasaje del libro del Génesis (9, 1-13) y también al pasaje de Marcos (8, 27-33), «hay tres palabras, tres figuras, tres imágenes que nos ayudarán a reflexionar, a pensar y a entender mejor lo que Jesús explica en el

Evangelio a sus discípulos: la imagen de la paloma, el arco iris y la alianza».

Y de hecho, explicó el Papa, «después del diluvio, la primera imagen es la de la paloma que, después de haber dado varias vueltas, vuelve finalmente con un ramo de olivo en el pico». Y «en ese momento se comenzó a pensar que había terminado la tragedia, había terminado la destrucción y volvía la paz».

Precisamente «por esto la paloma con el olivo en el pico es un signo de paz, es el mensaje de Dios a la

humanidad». Dios «se arrepintió de esa destrucción y prometió no hacerla más: “Yo quiero la paz”». Así «esta paloma es signo de eso que Dios quería después el diluvio: paz, que todos los hombres estuvieran en paz».

La «segunda figura», afirmó Francisco, es «el arco iris». Sí, ese «arco iris que el mismo Señor hace y dice que es el signo de la alianza que hará: “Este es el signo de la alianza que yo pongo entre vosotros y yo para todas las generaciones futuras. Pongo mi arco en las

nubes”, para que sea signo, recuerdo, de esta paz que será alianza».

«La tercera palabra es la alianza» prosiguió el Pontífice.

Y de hecho «Dios promete:

“Nunca destruiré, nunca, yo nunca, quiero la paz, hago esta alianza con vosotros”, la alianza de la paz». Y, añadió, «Noé hizo sacrificios y esto agradó a Dios».

«La paloma y el arco iris son frágiles» afirmó Francisco. «El arco iris es bonito después de la tormenta, pero después viene una nube, desaparece: es

un signo efímero». También «la paloma es frágil porque basta que pase un rapaz hambriento». Esto, recordó el Papa, «lo hemos visto hace dos años desde la ventana, en el Ángelus del domingo, cuando los dos niños soltaron dos palomas: vino una gaviota y las mató». Por tanto, «son signos frágiles». Sin embargo, «la alianza que Dios hace es fuerte, pero nosotros la recibimos, la aceptamos con debilidad». Así «Dios hace la paz con nosotros, pero no es fácil custodiar la paz: es un

trabajo de todos los días». Porque «dentro de nosotros aún está esa semilla, ese pecado original, el Espíritu de Caín que por envidia, celos, codicia y voluntad de dominación, hace la guerra, una guerra que hace desaparecer el arco iris, la paloma y destruye la alianza con Dios».

«Hay una cosa de la alianza, una palabra que se repite, la "sangre"» indicó el Pontífice. Al punto que Dios dice «de vuestra sangre pediré cuentas; pediré cuentas a cada ser

viviente y preguntaré de la vida del hombre al hombre, a cada uno de su hermano». Por eso, afirmó Francisco, «nosotros somos custodios de los hermanos y cuando hay derramamiento de sangre hay pecado y Dios pedirá cuentas». Hoy, dijo el Papa, «en el mundo hay derramamiento de sangre, hoy el mundo está en guerra: muchos hermanos y hermanas mueren, también inocentes, porque los grandes y los poderosos quieren un trozo más de tierra, quieren un poco más de poder y quiere un poco

más de ganancia con el tráfico de armas».

Pero «la palabra del Señor es clara: “De vuestra sangre, o sea de vuestra vida, yo pediré cuentas; pediré cuentas a cada ser viviente y preguntaré de la vida del hombre al hombre, a cada uno de su hermano”». Por eso «también a nosotros — parece estar en paz, aquí— el Señor pedirá cuentas de la sangre de nuestros hermanos y hermanas que sufren la guerra».

A este propósito, el Pontífice sugirió las líneas para un

examen de conciencia: «La pregunta que yo haría hoy es: ¿cómo cuido yo la paloma? ¿Qué hago para que el arco iris sea siempre una guía? ¿Qué hago para que no se derrame más sangre en el mundo?». Es evidente, añadió, que «todos nosotros estamos implicados en esto: la oración por la paz no es una formalidad, el trabajo por la paz no es una formalidad». Es más, «la guerra comienza en el corazón del hombre, comienza en casa, en las familias, entre amigos y después va más allá, a todo el

mundo». Por tanto, relanzó las líneas para la reflexión personal, «¿qué hago yo cuando siento que viene en mi corazón algo rapaz que quiere destruir la paz? ¿En la familia, en el trabajo, en el barrio, somos sembradores de paz?». Pregunta crucial, advirtió el Papa, porque «la guerra comienza aquí y termina allí». Sí, «las noticias las vemos en los periódicos o en los telediarios: hoy mucha gente muere y esa semilla de guerra que hace la envidia, los celos, la codicia en mi corazón, es lo

mismo – crecido, hecho árbol – que la bomba que cae en un hospital, en una escuela y mata a los niños, ¡es lo mismo!».

Porque realmente «la declaración de guerra empieza aquí, en cada uno de nosotros». De aquí la importancia de plantearse a sí mismo la pregunta «¿cómo custodio yo la paz en mi corazón, en mi intimidad, en mi familia?». Porque se trata «no solo de custodiar la paz» sino también de «hacerla con las manos, artesanalmente, todos

los días. Así lograremos hacerla en el mundo entero».

«La paloma, el arco iris, la sangre», por tanto. Y «no es necesario derramar sangre de los hermanos: solamente una sangre ha sido derramada una vez para siempre, es de la que habla Jesús en el Evangelio: "El hijo del hombre será asesinado!». Y precisamente «la sangre de Cristo es la que hace la paz, pero no esa sangre que yo hago con mi hermano, con mi hermana y que hacen los traficantes de armas o los poderosos de la tierra en las

grandes guerras». Por esto, insistió Francisco, «es necesaria la paz», son necesarias «la paloma, el arco iris y la alianza de paz». Al respecto el Papa quiso compartir su recuerdo personal, una «anécdota, porque es una cosa que me hace bien recordar: era niño, tenía cinco años y, recuerdo, comenzó a sonar la alarma de los bomberos, después de los periódicos y en la ciudad». Y «esto se hacía para atraer la atención sobre un hecho o una tragedia u otra cosa. Y

enseguida escuché a la vecina de casa que llamaba a mi madre: "¡Señora Regina, ven, ven, ven!". Y mi madre salió un poco asustada: "¿Qué ha sucedido?". Y esa mujer desde la otra parte del jardín le decía: "¡Ha terminado la guerra!" y lloraba. Y vi a estas dos mujeres abrazarse, besarse, llorar juntas porque esa guerra había terminado».

En conclusión, el Pontífice pidió «que el Señor nos dé la gracia de poder decir "ha terminado la guerra" llorando: "Ha terminado la guerra en mi

corazón, ha terminado la guerra en mi familia, ha terminado la guerra en mi barrio, ha terminado la guerra en mi lugar de trabajo, ha terminado la guerra en el mundo"». Y así serán más fuertes «la paloma, el arco iris y la alianza».

23 de febrero de 2017. **No posponer la conversión.**

Jueves.

Fuente: www.osservatoreroman

El «escándalo» de quien se profesa cristiano y después muestra su verdadero rostro con una vida que cristiana no es para nada; es el contratestimonio de quien «explota» y «destruye» las vidas de los otros fingiendo ser un buen católico. En esto se centró la misa celebrada el

jueves 23 de febrero en Santa Marta por el Papa Francisco, quien, comentando las palabras severas usadas por Jesús en el Evangelio, llamó a la conversión a los protagonistas de ciertas «dobles vidas».

La homilía del Pontífice hizo referencia al salmo 1, en el que se lee: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta, mas se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche». La Escritura, explicó

Francisco, se refiere al hombre que tiene «su fuerza» en el Señor, «que se siente pequeño, que sabe que sin el Señor no puede hacer nada». Este «es el bendito del Señor».

Más adelante, añadió, el salmo propone también la «contraposición entre los que siguen la ley del Señor y esos arrogantes, malvados». Es la misma contraposición que se encuentra en el Evangelio del día (*Marcos 9, 41-50*). También en ese pasaje «hay buenos y hay malos». Detrás de las palabras de Jesús se percibe

«la figura de estos justos que se sienten pequeños, pero su confianza está en el Señor». Un pasaje, hizo notar el Papa, en el que «en cuatro ocasiones» vuelve a la palabra «escándalo». Y al usarla el Señor «ha sido muy fuerte», tanto que dice: «Cuidado con escandalizar a uno de estos pequeños. ¡Cuidado!». De hecho, explicó el Pontífice, «el escándalo, para el Señor, es destrucción». Y Jesús aconseja: «Es mejor destruirte a ti mismo que destruir a los otros. Córtate la mano, córtate el pie,

quítate el ojo, tírate al mar. Pero no escandalizar a los pequeños, es decir a los justos, los que se fían del Señor, que simplemente creen en el Señor».

A este punto el Pontífice se preguntó: «¿Pero qué es el escándalo?». La respuesta toca a la vida concreta de cada persona: «El escándalo es decir una cosa y hacer otra; es la doble vida». ¿Un ejemplo? «Yo soy muy católico, yo voy siempre a misa, pertenezco a esta asociación y a otra; pero mi vida no es cristiana, no pago

lo justo a mis trabajadores, exploto a la gente, soy sucio en los negocios, blanqueo dinero». Esta es una «doble vida». Lamentablemente, consideró el Papa, «muchos católicos son así, y estos escandalizan». Palabras claras que llevan a cada uno a la vida de todos los días: «cuántas veces hemos escuchado», añadió Francisco, «en el barrio y en otras partes: “pero para ser católico como ese, mejor ser ateo”. Es ese el escándalo», que «destruye», que «echa por los suelos». Y «esto sucede todos los días: es

suficiente con ver el telediario o mirar los periódicos. En los periódicos hay muchos escándalos, y también está la gran publicidad de los escándalos. Y con los escándalos se destruye».

Como explicación ulterior de sus palabras, el Pontífice contó un hecho reciente relativo a «una empresa importante» que estaba «al borde de la bancarrota». Ya que, dijo, las autoridades «querían evitar una huelga justa, pero que no hubiera hecho bien», trataron de ponerse en contacto con el

responsable de la empresa. ¿Y dónde estaba él mientras «la empresa estaba fracasando» y la gente «no recibía el sueldo del propio trabajo»? Este dirigente, que también decía ser «un hombre católico, muy católico», se encontraba «en una playa de Oriente Medio» en las «vacaciones de invierno». El hecho, añadió el Papa, «no salió en los periódicos», pero «la gente lo supo». Estos «son los escándalos, la doble vida». Y Jesús dice a quien se comporta así: «A estos pequeños, estos

pobres que creen en mí, no les arruines con tu doble vida».

Parafraseando otro pasaje del Evangelio, el Pontífice imaginó el momento en el que quien da escándalo llamará a la puerta del Cielo: «¡Soy yo, Señor!» — «Pero sí, ¿no te acuerdas? Yo iba a la iglesia, estaba cerca de ti, pertenecía a tal asociación, hago esto... no te acuerdas de todas las ofrendas que he hecho?». — «Sí, recuerdo. Las ofrendas, esas las recuerdo: todas sucias. Todas robadas a los pobres. No te conozco».

El problema, explicó el Papa, nace de una actitud que se encuentra bien descrita precisamente en la Primera Lectura del día (Siracida, 5, 1-10): «En tus riquezas no te apoyes, ni digas: "tengo bastante con ellas"». Y sigue: «No te dejes arrastrar por tu deseo y tu fuerza para seguir la pasión de tu corazón». La doble vida, es decir, «viene del seguir las pasiones del corazón, los pecados capitales que son las heridas del pecado original». Quien da escándalo, dijo Francisco, sigue estas pasiones

también si las esconde. La Escritura advierte a estas personas que, aún reconociendo su error, cuentan sobre el hecho que «el Señor es paciente, se olvidará...». E invita a todos a «no posponer la conversión».

Una invitación reiterada por el Pontífice a cada cristiano: «A cada uno de nosotros, hará bien, hoy, pensar si hay algo de doble vida en nosotros, de aparentar ser justos, de parecer buenos creyentes, buenos católicos, pero por debajo hacer otra cosa». Se

trata de comprender si la actitud es la de quien dice: «Pero, sí, el Señor me perdonará después todo, pero yo continúo...» y, aun consciente de los propios errores, repite: «Sí, esto no va bien, me convertiré, pero hoy no: mañana». Un examen de conciencia que debe llevar a la conversión del corazón, a partir de la conciencia de que «el escándalo destruye».

24 de febrero de 2017.

Justicia con misericordia.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 3 de marzo de 2017

«Señor, que yo sea justo, pero justo con misericordia»: es la oración sugerida por el Papa Francisco para no caer en el «engaño hipócrita» de la «casuística», en la «lógica del "se puede" y "no se puede"». Conscientes de que «en Dios

justicia es misericordia y misericordia es justicia». Son estas las líneas esenciales de la reflexión propuesta por el Pontífice en la misa celebrada el viernes 24 de febrero, por la mañana, en Santa Marta.

«Había tres grupos de personas que seguían a Jesús» hizo notar Francisco, refiriéndose al pasaje evangélico de Marcos (10, 1-12) propuesto por la liturgia. Y así, ante todo, «la muchedumbre le seguía para aprender, porque Él hablaba con autoridad». Claro, añadió, le seguían también, para

hacerse curar». El segundo grupo está compuesto por «doctores de la ley» que, en cambio, «le seguían para ponerle a prueba: se acercaban y para ponerle a la prueba le preguntaban cosas». Están además «los discípulos, el tercer grupo: le seguían porque estaban unidos a Él, Jesús mismo les había llamado para estar cerca». Y así «estos tres grupos seguían siempre a Jesús».

Marcos narra que al Señor «se acercan estos doctores de la ley: está claro, lo dice el

Evangelio, para ponerlo a la prueba preguntaban a Jesús si es lícito para un marido repudiar a su mujer». Pero «Jesús —explicó el Papa— no responde si sea lícito o no sea lícito; no entra en su lógica casuística, porque ellos pensaban solamente en la fe en términos de “se puede” o “no se puede”, hasta donde “se puede”, hasta donde “no se puede”». Pero en «esa lógica de la casuística Jesús no entra». Es más, a ellos «les formula una pregunta: “¿qué os ha ordenado Moisés?”». En

realidad pregunta «“¿qué hay en vuestra ley?”».

Para responder a esta pregunta de Jesús, hizo presente Francisco, los doctores de la ley «explican el permiso que ha dado Moisés para repudiar a la mujer, y son precisamente ellos los que caen en la trampa, porque Jesús les califica de “duros de corazón”». Y se dirige a ellos así: «Por la dureza de vuestro corazón Él les escribió para vosotros esta norma». Y así Jesús «dice la verdad, sin casuística, sin permisos, la verdad: “desde el inicio de la

creación, Dios les hizo hombre y mujer”». Y sigue: «por eso el hombre dejará a su padre y a su madre» y «se pone en camino», y «se unirá a su mujer y los dos se convertirán en una sola carne». Por ello «ya no son dos, sino una sola carne». Y esta, afirmó el Papa, «no es ni casuística, ni permiso: es la verdad; Jesús dice siempre la verdad». Marcos, además, narra en su Evangelio la reacción del «tercer grupo, los discípulos, en casa: le preguntan de nuevo sobre este argumento para

entender mejor, porque ellos conocían este permiso de Moisés, esta ley de Moisés». Y «Jesús una vez más es muy claro: “Quien repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio hacia ella; y si ella, repudiado el marido, se casa con otro, comete adulterio».

Entonces Jesús dice «la verdad», afirmó el Pontífice. Él «sale de la lógica casuística y explica cómo han sido creadas las cosas, explica la verdad». Pero «seguramente, alguien puede pensar: “sí, la verdad es

esta, pero tú, Jesús, ¡tú has ido allí a hablar con una adúltera!"». Y además «muchas veces adúltera: cinco, creo». Por ello, actuando así, «te has convertido en impuro. Y te has convertido en impuro también porque ella era pagana, era una samaritana. Y hablar con uno que no era judío te hacía impuro y te has hecho impuro, también porque has bebido de su vaso, que no había sido purificado». Entonces, «¿cómo dices que esto es adulterio, que esto es grave y luego hablas con aquella, le explicas el

catecismo y bebes también lo que ella te da?». Y aún más: «en otra ocasión te llevaron una adúltera —claro para todos: la descubrieron cometiendo adulterio— y tú, al final, ¿qué has dicho? “yo no te condeno, no peques más”. Pero ¿cómo se explica esto?» se podría, entonces, objetar. «Es el camino cristiano» fue la respuesta del Pontífice. Se trata del «camino de Jesús, porque también Él —pensemos en Mateo, en Zaqueo en los banquetes que hace con todos los pecadores— iba a su casa, a

comer». Y «el camino de Jesús, se ve claro, es el camino de la casuística hacia la verdad y la misericordia: Jesús deja fuera la casuística». Y «a los que querían ponerle a prueba, a los que pensaban con esta lógica del “se puede”, les califica —no aquí, sino en otro pasaje del Evangelio— de hipócritas». Y esto vale incluso «con el cuarto mandamiento: estos negaban atender a los padres con la excusa de que habían dado una buena donación a la Iglesia, ¡hipócritas!». Porque, insistió Francisco, «la casuística es

hipócrita, es un pensamiento hipócrita: "se puede, no se puede"». Un pensamiento «que luego se hace más sutil, más diabólico: "¿pero hasta aquí puedo?". "Pero de aquí a aquí, no puedo"». Es «el engaño de la casuística». En cambio «no: de la casuística a la verdad pero la verdad es esta». Y «Jesús no negocia la verdad, nunca: la dice tal cual es». Pero no está «sólo la verdad», explicó el Papa. Existe «también la misericordia, porque Él es la encarnación de la misericordia del Padre y no

puede negarse a sí mismo». Y «no puede negarse a sí mismo porque es la verdad del Padre, y no puede negarse a sí mismo porque es la misericordia del Padre». Y «este —prosiguió— es el camino que Jesús nos enseña a recorrer: no es fácil, en la vida, cuando surgen las tentaciones: pensemos en las tentaciones en los negocios». En ese caso «los negociantes» dicen: «yo puedo hacer hasta aquí, despido estos trabajadores y gano más de allá». Es «la casuística», efectivamente. «Cuando la

tentación te toca el corazón — afirmó el Papa— este camino de salir de la casuística a la verdad y a la misericordia no es fácil: se necesita la gracia de Dios para que nos ayude a seguir adelante así. Y debemos pedirla siempre».

«Señor, que yo sea justo, pero justo con misericordia» es la oración sugerida por Francisco. Pero «no justo, cubierto por la casuística». Sin embargo la oración que hay que dirigir al Señor es para ser «justo en la misericordia, como eres tú, justo en la misericordia». Y

«luego uno de mentalidad casuística puede preguntar: ¿qué es lo más importante en Dios, justicia o misericordia?». Pero esto «es un pensamiento enfermo, que busca salir: ¿Qué es más importante?». En realidad «no son dos: es uno solo, una sola cosa. En Dios, justicia es misericordia y misericordia es justicia». Y «que el Señor —concluyó el Papa— nos ayude a entender este camino, que no es fácil, pero nos hará felices, a nosotros, y hará feliz a mucha gente».

28 de febrero de 2017. **Todo y nada.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 3 de marzo de 2017

«¡Contento, Señor, contento!»: el rostro sonriente de un santo contemporáneo, el chileno Alberto Hurtado, quien también en la dificultad y en las diferencias asegura al Señor ser «feliz», se contrapone al «entristecido» del «joven rico»

evangélico en la meditación del Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta, el martes 28 de febrero. Son las dos formas de responder al don y a la propuesta de vida que Dios hace al hombre y que el Pontífice sintetizó con una expresión: «Todo y nada». La homilía de Francisco hizo referencia a una consideración sobre la liturgia de estos «tres últimos días antes de la Cuaresma» en la que es presentada la «relación entre Dios y las riquezas». En el Evangelio del domingo,

recordó, «el Señor fue claro: no se puede servir a Dios y al dinero. No se pueden servir a dos padrones, dos señores: o tú sirves a Dios o sirves a las riquezas». El lunes, sin embargo, «fue proclamada la historia de ese joven rico, que quería seguir al Señor pero al final era tan rico que eligió las riquezas». Un pasaje evangélico (Marcos, 10, 17-27) en el que se subraya el lema de Jesús: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios. Es más fácil que un camello pase por el ojo

de una aguja», y la reacción de los discípulos «un poco asustados: “Pero ¿quién se podrá salvar?”».

El martes la liturgia continúa proponiendo el pasaje de Marcos examinando la reacción de Pedro (10, 28-31), que dice a Jesús: «De acuerdo ¿y nosotros?». Parece casi, comentó el Papa, que Pedro con su pregunta —«Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos toca a nosotros?»— presentara «las cuentas al Señor», como en una «negociación

comercial». En realidad, explicó el Pontífice, probablemente no era «esa la intención de Pedro», el cual, evidentemente, «no sabía qué decir: “Sí, este se ha ido, ¿pero nosotros?”». En cualquier caso, «la respuesta de Jesús es clara: “Yo os digo: no hay ninguno que haya dejado todo sin recibir todo”». No hay término medio: «Ya lo ves, nosotros hemos dejado todo», «recibiréis todo». Hay sin embargo «esa medida desbordante con la que Dios da sus dones: “recibiréis todo. Nadie que haya dejado casa,

hermanos, hermanas, madres, padres, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, que no reciba ya ahora en este tiempo quedará sin recibir cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, campos, y la vida eterna que vendrá”.

Todo».

Esta es la respuesta, dijo el Pontífice: «El Señor no sabe dar menos de todo. Cuando Él dona algo, se dona a sí mismo, que es todo».

Una respuesta, sin embargo, donde emerge una palabra que «nos hace reflexionar». Jesús

de hecho afirma que si «recibe ya ahora en este tiempo cien veces en casas, hermanos, junto a persecuciones». Por tanto «todo y nada». Explicó el Papa: «todo en cruz, todo en persecuciones, junto a las persecuciones». Porque se trata de «entrar en otra forma de pensar, en otra forma de actuar». De hecho, «Jesús se da todo Él mismo, porque la plenitud, la plenitud de Dios es una plenitud aniquilada en la cruz». Aquí está por tanto el «don de Dios: la plenitud aniquilada». Y aquí está

entonces también «el estilo del cristiano: buscar la plenitud, recibir la plenitud aniquilada y seguir por ese camino».

Ciertamente un compromiso que «no es fácil».

Pero el Papa, siguiendo su meditación, fue más allá y se preguntó: «¿cuál es el signo, cuál es la señal de que yo voy adelante en este dar todo y recibir todo?». ¿Qué hace entender que se está en el camino adecuado?

La respuesta, dijo, se encuentra en la primera lectura del día (*Siracida* 35, 1-15),

donde está escrito: «Con ojo generoso glorifica al Señor, y no escatimes las primicias de tus manos. En todos tus dones pon tu rostro alegre, con contento consagra los diezmos. Da al Altísimo como él te ha dado a ti, con ojo generoso, con arreglo a tus medios». Por tanto, «ojos generosos, rostro alegre, alegría...». Explicó el Pontífice: «El signo que nosotros vamos en este camino del todo y nada, de la plenitud aniquilada, es la alegría». No por casualidad «al joven rico se le ensombreció el rostro

y se fue entristecido». No había sido «capaz de recibir, de acoger esta plenitud aniquilada». Sin embargo, explicó el Papa, «los santos, el mismo Pedro, la han acogido. Y en medio de las pruebas, de las dificultades tenían el rostro alegre, el ojo generoso y la alegría del corazón. Este es el signo».

Y es en este punto que el Papa recurrió a un ejemplo tomado de la vida de la Iglesia contemporánea: «Me viene a la mente —dijo— una pequeña frase de un santo, san Alberto

Hurtado, chileno. Trabajaba siempre, dificultad tras dificultad, tras dificultad... Trabajaba para los pobres». Es un santo que «fue perseguido» y tuvo que afrontar «muchos sufrimientos». Pero «cuando él estaba precisamente ahí, aniquilado en la cruz» decía: «Contento, Señor, contento». Que san Alberto, concluyó el Pontífice, «nos enseñe a ir sobre este camino, nos dé la gracia de ir por este camino un poco difícil del todo y nada, de la plenitud aniquilada de Jesucristo y decir siempre,

sobre todo en las dificultades:
"Contento, Señor, contento"».

***Homilías del Papa Francisco, en
la Misa de la mañana en santa
Marta.***

Año 2017.



Textos tomados de: www.vatican.va

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

MARZO.

2 de marzo de 2017. **La brújula del creyente.**

3 de marzo de 2017. **El verdadero ayuno.**

14 de marzo de 2017.

Aprender a hacer el bien.

16 de marzo de 2017. **Como si nada.**

20 de marzo de 2017. **José el soñador.**

21 de marzo de 2017. **La gracia de la vergüenza.**

23 de marzo de 2017. **Una
jornada para escuchar.**

28 de marzo de 2017. **Raíces
secas.**

30 de marzo de 2017. **El
sueño y las desilusiones de
Dios.**

2 de marzo de 2017. **La brújula del creyente.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 10 de marzo de 2017

La «brújula del cristiano es seguir a Cristo crucificado»: no un falso Dios «desencarnado y abstracto», sino Dios que se hizo carne y que lleva sobre sí «las llagas de nuestros hermanos». Una fuerte llamada

a la conversión y a lo concreto de la realidad es la sugerencia del Papa Francisco para la Cuaresma, propuesta en la meditación de la misa celebrada el jueves 2 de marzo por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«La palabra, la exhortación de la Iglesia precisamente desde el inicio de la Cuaresma es “convertíos”» y «lo hemos dicho antes del Evangelio: “Convertíos, dice el Señor”» hizo notar el Pontífice enseguida, citando el canto al Evangelio, tomado de *Mateo* (4,

17). Así «hoy —explicó— la liturgia de la Palabra nos hace reflexionar sobre tres realidades que hay tener delante para esta conversión: la realidad del hombre —la realidad de la vida— la realidad de Dios y la realidad del camino». Estas «son realidades de la experiencia humana, las tres, pero que la Iglesia, y también nosotros, tenemos delante para esta conversión». La primera realidad, por consiguiente, es «la realidad del hombre: tu estás ante una elección» afirmó Francisco

haciendo una referencia al pasaje del Deuteronomio (30, 15-20) propuesto por la liturgia: «Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia». Nosotros hombres estamos ante esta realidad: o es el bien, o es el mal (...). Pero si tu corazón se desvía y si no escuchas y te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses irás por el camino del mal. Y «esto —explicó el Papa— nosotros lo percibimos en nuestra vida: siempre podemos tomar o el bien o el mal, está la realidad humana de la libertad. Dios nos

ha hecho libres, la elección es nuestra». Pero el Señor «no nos deja solos, nos enseña, nos advierte: estate atento, está el bien y el mal; adorar a Dios, cumplir los mandamientos es el camino del bien; ir a otra parte, el camino de los ídolos, de los falsos dioses —muchos falsos dioses— que hacen equivocar la vida». Y «esta es una realidad: la realidad del hombre es que todos nosotros estamos ante el bien y el mal». Luego, prosiguió el Pontífice, «hay otra vía, la segunda realidad fuerte: la realidad de

Dios». Sí, afirmó, «hay Dios, pero ¿Cómo hay Dios? Dios se hizo Cristo: esta es la realidad y para los discípulos era difícil entender esto». A propósito Francisco volvió a proponer el pasaje evangélico del día, Lucas (9, 22-25): «Jesús dijo a sus discípulos: “el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser asesinado y resucitar al tercer día”». Así «Dios ha tomado toda la realidad humana, menos el pecado: no hay Dios sin Cristo,

un Dios sin Cristo,
"desencarnado", es un Dios no
real». Efectivamente, explicó el
Papa, «la realidad de Dios es
Dios hecho Cristo por nosotros,
para salvarnos, y cuando nos
alejamos de esto, de esta
realidad y nos alejamos de la
cruz de Cristo, de la verdad de
las llagas del Señor, nos
alejamos también del amor, de
la caridad de Dios, de la
salvación y vamos por un
camino ideológico de Dios,
lejano: No es Dios que vino a
nosotros y se hizo cercano para
salvarnos y murió por

nosotros».

«Esta es la realidad de Dios — insistió Francisco— Dios revelado en Cristo: no hay un Dios sin Cristo». A este propósito, confió, «me viene a la mente un diálogo de un escritor francés del siglo pasado, un diálogo entre un agnóstico y un creyente. El agnóstico de buena voluntad preguntaba al creyente: “Pero, cómo puedo... para mí el problema es cómo Cristo es Dios: no puedo entender esto, ¿cómo Cristo es Dios?”. Y el creyente respondió: “Para mí

esto no es un problema, el problema habría sido si Dios no se hubiera hecho Cristo"». Entonces, volvió a plantear el Pontífice, «esta es la realidad de Dios: Dios hecho Cristo, Dios hecho carne y este es el fundamento de las obras de misericordia», porque «las llagas de nuestros hermanos son las llagas de Cristo, son las llagas de Dios, porque Dios se hizo Cristo». Y, advirtió Francisco, «no podemos vivir la Cuaresma sin esta segunda realidad: nosotros debemos convertirnos no a un Dios

abstracto, sino al Dios concreto que se hizo Cristo».

He aquí entonces, «la realidad del hombre —estamos ante el bien y el mal— la realidad de Dios —Dios se hizo Cristo— y la tercera realidad humana: la realidad del camino».

La pregunta es «¿cómo vamos?, ¿qué camino tomar?». El Papa volvió a proponer la fuerza de las palabras de Jesús: «Si alguien quiere seguirme, que reniegue de sí mismo, tome su cruz cada día y me siga».

Porque «la realidad del camino es la de Cristo: seguir a Cristo,

hacer la voluntad del Padre, como Él, tomar las cruces de cada día y renegar de sí mismo para seguir a Cristo». Esto significa «no hacer lo que quiero yo, sino lo que quiere Jesús, seguir a Jesús». Y Él dice «que por este camino nosotros perdemos la vida para ganarla después; es un continuo perder la vida, perder el hacer lo que yo quiero, perder las comodidades, estar siempre en el camino de Jesús que estaba al servicio de los demás, a la adoración de Dios: ese es el camino justo».

Por tanto, «tres realidades»: «la realidad humana, del hombre, de la vida, del hombre ante el bien y el mal; la realidad de Dios: Dios se hizo Cristo y no podemos adorar un Dios que no sea Cristo, porque esta es la realidad». Y además «la realidad del camino: el único camino seguro es seguir a Cristo crucificado, el escándalo de la cruz». Y «estas tres realidades humanas son la brújula del cristiano, con estas tres señales, que son realidad, nosotros no nos equivocaremos de camino». De ahí también la

sugerencia al inicio de la Cuaresma: «“Convertíos” dice el Señor, es decir, tomad en serio estas realidades de la experiencia humana: la realidad de la vida, la realidad de Dios y la realidad del camino».

3 de marzo de 2017. **El verdadero ayuno.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 10 de marzo de 2017

¿Cómo se puede pagar una cena de doscientos euros y luego hacer como que no se ve a un hombre hambriento a la salida del restaurante? Y ¿cómo se puede hablar de ayuno y penitencia y luego no pagar los

impuestos a las asistentes domésticas o el sueldo justo a los propios trabajadores recurriendo al salario en negro? Precisamente del riesgo de caer en la tentación de «tomar el atajo de la vanidad», del querer parecer buenos haciendo «un bonito donativo a la Iglesia» mientras se «explotan» a las personas, el Papa Francisco ha puesto en guardia en la misa celebrada el viernes por la mañana, 3 de marzo, en Santa Marta. Una reflexión sobre el significado del «verdadero ayuno» surgida

de la elocuente actualidad de las palabras del profeta Isaías: «más bien No es este el ayuno que quiero: ¿deshacer los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes?»

«La palabra del Señor —hizo presente enseguida Francisco— hoy habla del ayuno, es decir de la penitencia que nosotros

estamos invitados a hacer en este tiempo de Cuaresma: la penitencia para acercarse al Señor». En el salmo 50, efectivamente, «hemos orado: “Te agrada, Señor, el corazón penitente”». Y «el corazón que se siente pecador y sabe que es pecador, ante Dios se presenta así y ante los demás lo mismo: “soy pecador y por esto intento humillarme”».

La primera lectura, explicó el Papa haciendo referencia al paso extraído del profeta Isaías (58, 1-9), «es precisamente un debate entre Dios y los que se

lamentan de que Dios no escucha sus oraciones, sus penitencias, sus ayunos». El Señor dice: «vuestro ayuno es un ayuno artificial, no es un ayuno de verdad, es un ayuno para cumplir una formalidad». Porque afirmó Francisco, «ellos ayunaban solo para obedecer a ciertas leyes». Y en el pasaje de Isaías «se lamentan porque su ayuno no era eficaz» y preguntan: «¿Por qué ayunar si tú no lo ves, mortificarte, si tú no so sabes?». Pero «he aquí — responde el Señor— en el día de vuestro ayuno cuidáis de

vuestros negocios, humilláis a todos vuestros trabajadores. He aquí, vosotros ayunáis entre peleas y altercados golpeando con puñetazos a malvados». En fin, «por una parte ayunáis, hacéis penitencia, y por otra parte, hacéis injusticias». Al fin y al cabo, explicó el Pontífice, «estos creían que ayunar era un poco como maquillar el corazón: “yo soy justo porque ayuno”». Y «es la queja que hacen a Jesús estos discípulos de Juan —que eran buenos— y los fariseos: “soy justo, me maquillo el corazón pero luego

me peleo, exploto a la gente"». «En el día del ayuno cuidáis de vuestros asuntos»: esto «es el sentido más incisivo», dijo una vez más el Papa, añadiendo que se trata de «negocios sucios». Un modo de hacer que «Jesús siempre ha dicho que es hipocresía».

Así, prosiguió, «hemos oído cuando Jesús habla de esto, el miércoles pasado: "Cuando ayunáis no os mostréis melancólicos, la cara triste, para que toda la gente vea que ayunáis"». Y «cuando reces no hagas ver que estás rezando

para que la gente diga: “pero qué persona buena, justa”». En fin, «cuando dáis limosna no hagáis sonar la trompeta».

También en el pasaje Isaías, «el Señor explica a esta gente que se lamenta de cuál era el verdadero ayuno: “Más bien no es este el ayuno que quiero: ¿deshaced las cadenas inicuas, quitad los vínculos del yugo, liberad los oprimidos y romped cada yugo? ¿No consiste quizás en el dividir el pan con el hambriento, en introducir en casa a los miserables, sin techo, en vestir a uno que ves

desnudo, sin descuidar a tus parientes? Esto quiero yo, esto es el ayuno que yo quiero"». El otro, sin embargo, «es el ayuno "hipócrita" —es la palabra que usa tanto Jesús— es un ayuno para hacerse ver o para sentirse justo, pero al mismo tiempo he cometido injusticias, no soy justo, exploto a la gente». No vale decir: «yo soy generoso, haré un buen donativo a la Iglesia». Más bien, «dime, ¿pagas lo justo a tus asistentas domésticas? ¿A los trabajadores les pagas en negro? ¿O como

dice la ley para que puedan dar de comer a sus hijos?».

«Me viene a la mente —confió Francisco — una historia que escuché contar al padre Arrupe», el religiosos español que fue propósito general de la Compañía de Jesús desde 1965 al 1983: «Cuando él era misionero en Japón, al principio, lleno de celo apostólico, después de la bomba atómica, viajó por algunos países del mundo para suscitar este celo apostólico y pedir oraciones para la misión de Japón y pedir ayuda. Y daba

conferencias y explicaba. Era un hombre de gran celo apostólico y un hombre de oración, de verdad». Padre Arrupe, «hablando de esta hipocresía, contó que un día, después de una conferencia, se le acercó una persona muy importante de la sociedad de ese país y le dijo: "Me ha conmovido, padre, con lo que usted ha dicho. Yo quisiera ayudarle, también. Venga a mi oficina, mañana, porque quisiera dar un donativo, una ayuda. Le espero mañana"». Y así «al día siguiente» el

jesuita «fue dónde él»; pero ese hombre «lo esperaba con un fotógrafo y con un periodista. Era un hombre de negocios conocido y le dijo: "Padre, muchas gracias". Hizo un pequeño discurso, abrió el cajón, cogió un sobre: "Este es mi donativo que quiero dar para Japón. Muchas gracias". Hablaron un poco y se fue. Hizo otra conferencia. Después dio el sobre al secretario que lo ayudaba y fue el secretario y dijo: "Pero, padre, ¿este sobre quién te lo ha dado?" — "Ese señor para darme las gracias"

—“¡Pero hay diez dólares dentro!”».

«Esto —hizo notar el Papa— es lo mismo que nosotros hacemos cuando no pagamos lo justo a nuestra gente». Así «nosotros tomamos de nuestras penitencias, de nuestros gestos de oración, de ayuno, de limosna, tomamos una “tangente”: la tangente de la vanidad, del hacernos ver». Pero «eso no es autenticidad, es hipocresía». Por tanto, insistió el Pontífice, «cuando Jesús dice: “cuando recéis hacedlo a escondidas, cuando

deis limosna no hagáis sonar la trompeta, cuando ayunéis no pongáis cara triste”, es lo mismo que si dijera: “por favor, cuando hagáis una buena obra no toméis la tangente de esta buena obra, es solamente para el Padre”».

En el pasaje de Isaías, prosiguió el Papa, hay una palabra del Señor dirigida a aquellos «que hacen este ayuno hipócrita», que «parece dicha para nuestros días: “No es este el ayuno que quiero: ¿deshacer los lazos de maldad, deshacer las coyundas del

yugo, dar la libertad los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes?"». Francisco sugirió pensar «en estas palabras: pensemos en nuestro corazón, cómo ayunamos, rezamos, damos limosna». Y «también — concluyó el Papa— nos ayudará pensar qué siente un hombre después de una cena que ha pagado, no sé, doscientos

euros, vuelve a casa y ve a un hombre hambriento y no lo mira y continúa caminando. Nos hará bien pensarlo».

14 de marzo de 2017.

Aprender a hacer el bien.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
11, viernes 17 de marzo de
2017

La conversión que se pide a cada cristiano, de forma particular en el periodo cuaresmal, es un recorrido arduo pero con «reglas» muy «sencillas» que es necesario hacer propias «no con

palabras», sino en lo concreto de la vida. Y es, sobre todo, un camino en el cual nadie está solo: es suficiente dejarse «tomar de la mano» del «Padre que nos quiere».

Después de la pausa de la semana de ejercicios espirituales en Ariccia junto a la Curia romana, el Papa Francisco retomó las habituales celebraciones eucarísticas matutinas en la capilla de Santa Marta y, en la homilía del martes 14 de marzo, se detuvo en el tema de la conversión. Punto de partida de la

meditación fue la invitación que el profeta Isaías (1, 10.16-20) hace en el pasaje propuesto por la liturgia de la Palabra:

«Lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda».

Dos expresiones, subrayó el Pontífice, «llaman la atención» en este pasaje: «desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien». De hecho, dijo, es

precisamente este «el camino de la conversión: es simple». Esta indicación se basa en lo que cada persona vive en su propia carne: «Cada uno de nosotros —explicó Francisco— cada día hace algo feo: la Biblia dice que el más santo peca siete veces al día... Pero el problema está en el hecho de no acostumbrarse a vivir en las cosas feas». Así, prosiguió, «si yo hago algo feo me doy cuenta y quiero alejarme». Al respecto dice Isaías: «desistid de hacer el mal», de «eso que te envenena el alma, que encoge

el alma, que te hace enfermar». He aquí la primera actitud requerida: «alejarse del mal».

Pero no es suficiente. Porque después se lee: «aprended a hacer el bien». Y, reconoció el Papa, «no es fácil hacer el bien: tenemos que aprenderlo, siempre». Afortunadamente está el Señor que «enseña». Por eso los hombres tienen que hacer «como los niños» y «aprender». Esto significa que «en el camino de la vida, de la vida cristiana se aprende todos los días. Se debe aprender

todos los días a hacer algo, a ser mejores que el día anterior». Esta es por tanto «la regla de la conversión: alejarse del mal y aprender a hacer el bien». Explicó el Pontífice: «Convertirse no es ir donde un hada que con la varita mágica nos convierte: ¡no! Es un camino. Es un camino de alejarse y de aprender». Es un camino que requiere «valentía para alejarse» del mal, y «humildad para aprender» a hacer el bien. Y que, sobre todo, necesita «cosas concretas». No es casualidad,

indicó el Papa, que el Señor, a través del profeta, indica algunos ejemplos concretos: «buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda». Pero se podrían enumerar muchos otros. Es importante comprender que «se aprende a hacer el bien con cosas concretas, no con palabras». Y de hecho Jesús, como se lee en el Evangelio del día (*Mateo 23, 1-12*), «regaña a esta clase dirigente del pueblo de Israel, porque “dicen y no hacen”, no conocen la

concreción. Y si no hay concreción, no puede haber conversión».

En este punto, después de haber individuado qué hacer en el camino de la conversión, el Papa pasó a reflexionar sobre “cómo” actuar. Y, siguiendo la lectura del pasaje de Isaías, se detuvo sobre todo en una «bonita palabra» dicha por el Señor: «Venid, pues, y disputemos». Es decir, el Señor «primero, nos invita, después, nos ayuda». Y usa la palabra “venid”, o «la misma palabra que dijo a los paralíticos: “Ven,

levántate, toma tu camilla y vete". Ven. La misma palabra que dijo a la hija de Jairo, la misma palabra que dijo al hijo de la viuda en la puerta de Naín: ven».

Dios siempre invita a levantarse, pero siempre «nos da la mano para ir». Y lo hace, dijo el Pontífice, con la característica de la humildad. En el pasaje de Isaías se lee: «Venid y disputemos». Es decir: Dios «se abaja, como uno de nosotros, nuestro Dios es humilde». Es esta la lógica que lleva a la conversión:

«primero la invitación, después la ayuda, el caminar juntos para ayudarnos, para explicarnos las cosas, para tomarnos de la mano y llevarnos de la mano». Y «el resultado de esto», subrayó Francisco, «es algo maravilloso: “Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán”». El Señor «es capaz de hacer este milagro» el «de cambiarnos. No de un día para otro: ino, no, no! Con el camino. En el camino». Por tanto, sugirió el Papa, este

«es el camino de la conversión cuaresmal. Simple. Es un Padre que habla, es un Padre que nos quiere, nos quiere mucho. Y nos acompaña». Lo único que se nos pide es «ser humildes». Jesús de hecho dice: «Quien se ensalzará, será humillado y quien se humillará será ensalzado». Por esto, concluyó el Pontífice: «Si tú dejas que el Señor te tome de la mano y te lleve adelante, ven, y te alza y vas con Él, con este gesto de humildad serás ensalzado, serás perdonado, serás blanqueado». Así, dijo,

«creceremos como buenos cristianos».

16 de marzo de 2017. **Como si nada.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 17 de marzo de 2017

Los sintecho, los nuevos pobres sin dinero para el alquiler, los desempleados y los niños que piden limosna —que se les mira mal porque pertenecen a «esa etnia que roba»— parece que ya forman parte del «panorama

de la ciudad». «Como una estatua, la parada del autobús, la oficina de correos». Y son tratados con la misma indiferencia, como si no existieran, como si su situación fuera incluso «normal» y no llega a tocar el corazón. Pero así se resbala «del pecado a la corrupción» donde no hay remedio, advirtió el Papa Francisco en la misa celebrada en Santa Marta el jueves por la mañana, 16 de marzo. Así, insistió el Pontífice, es como cuando pensamos que es suficiente con «un Avemaría y

un Padrenuestro», y se continúa después «viviendo como si nada», viendo en la televisión y en los periódicos niños asesinados por una bomba lanzada a un hospital o a una escuela.

«En la antífona del inicio», indicó enseguida el Papa en su homilía citando el Salmo 139 (23-24), «hemos rezado: “Escruta, Dios, mi corazón; mira si recorro un camino de mentira, y guíame en el camino de la vida”». Porque, explicó, «podemos recorrer una vida de mentira, de apariencias:

aparentar una cosa y la realidad es otra». Precisamente «por esto pedimos al Señor que él escrute la verdad de nuestra vida: y si yo recorro una vida de mentira, que me lleve por el camino de la vida, de la verdadera vida».

«Esta oración —explicó Francisco— está en armonía con lo que el profeta Jeremías nos dice en la primera lectura» (17, 5-10) presentando «estas dos opciones que son pilares de vida: “Maldito el hombre que confía en el hombre; bendito el hombre que confía en el

Señor"». Por tanto, «maldito y bendito». Por un lado está «el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su apoyo, es decir en las cosas que él puede gestionar, en la vanidad, en el orgullo, en las riquezas, en sí mismo» y «se siente como si fuera un dios, aleja su corazón del Señor». Precisamente «este alejamiento del Señor "no verá venir el bien"» escribe el profeta Jeremías. Y el hombre «será como un tamarisco en la estepa», es decir «sin fruto, no será fecundo: todo termina con

él, no dejará vida, se cierra esa vida con la propia muerte, porque su confianza estaba en sí mismo». «Sin embargo “bendito el hombre que confía en el Señor y el Señor es su confianza”» afirmó el Pontífice, repitiendo las palabras de Jeremías. Ese hombre de hecho «se fía del Señor, se aferra al Señor, se deja conducir por el Señor». Aquel que confía en el Señor será, escribe Jeremías, «como un árbol plantado a orillas del agua, hacia la corriente echa sus raíces; no teme cuando viene el calor».

En una palabra, «será fecundo». Mientras que aquel que confía en sí mismo «será “como un tamarisco en la estepa”, estéril».

Es así, explicó el Papa, que «esta opción, entre estas dos formas de vida que se convierten luego en pilares de vida, viene del corazón: la fecundidad del hombre que confía en el Señor y la esterilidad del hombre que confía en sí mismo, en sus cosas, en su mundo, en sus fantasías o también en sus riquezas, en su poder».

Jeremías no deja de advertirnos: «Estate atento, no te fíes de tu corazón: "inada es más traicionero que el corazón y difícilmente se cura!"». Por tanto, insistió Francisco, «nuestro corazón nos traiciona si nosotros no estamos atentos, si no estamos en vigilancia continua, si somos perezosos, si vivimos con ligereza, un poco así, mirando solamente las cosas». Y «este camino es un camino peligroso, es un camino resbaladizo, cuando me fío solamente de mi corazón: porque es traicionero, es

peligroso».

Precisamente «esto —prosiguió el Papa haciendo referencia al pasaje de Lucas (16, 19-31)— le sucedió a este señor rico del Evangelio: cuando una persona vive en su ambiente cerrado, respira ese aire de sus bienes, de su satisfacción, de la vanidad, de sentirse seguro y se fía solamente de sí mismo, pierde la orientación, pierde la brújula y no sabe dónde están los límites». Su problema es que «vive solamente ahí: no sale fuera de sí». Es la historia, precisamente, del hombre rico

del cual habla Jesús a los fariseos en la narración de Lucas: «Vivía bien, no le faltaba nada, tenía muchos amigos», porque «cuando hay dinero hay amigos y cuando no hay dinero no hay fiestas, los amigos desaparecen, se van». Entonces ese hombre «estaba siempre con amigos, en las fiestas», pero en su «puerta estaba el pobre». Pero «él sabía quién era ese pobre — ¡lo sabía! — porque después, cuando habla con el padre Abraham, dice: “¡envía a Lázaro!”». Por eso «sabía también cómo se

llamaba pero no le importaba». Y entonces «¿era un hombre pecador? Sí. Pero del pecado se puede volver atrás, se pide perdón y el Señor perdona». Respecto a ese hombre rico, en cambio, «el corazón le ha llevado por un camino de muerte, hasta tal punto que no se puede volver atrás: hay un punto, hay un momento, hay un límite del cual difícilmente se vuelve atrás». Y «es cuando el pecado se transforma en corrupción». Por eso, explicó el Papa, ese hombre rico «no era un pecador, era un corrupto

porque conocía las muchas miserias, pero era feliz allí y no le importaba nada». Aquí vuelven con fuerza las palabras de Jeremías: «Maldito el hombre que confía en sí mismo, que confía en su corazón: "nada es más traicionero que el corazón, y difícilmente se cura" y cuando tú estás por ese camino de enfermedad, difícilmente sanarás».

Llegados a este punto Francisco quiso proponer un examen de conciencia: «yo hoy haré una pregunta a todos nosotros: ¿qué sentimos en el corazón

cuando vamos por la calle y vemos a los sintecho, vemos a los niños solos que piden limosna?». Quizá pensamos que «son de esa etnia que roba». Pero «¿qué siento yo cuando veo a los sintecho, a los pobres, a los abandonados, también a los sintecho bien vestidos, porque no tienen dinero para pagar el alquiler, porque no tienen trabajo?». Y todo «esto —afirmó el Papa— es parte del panorama, del paisaje de una ciudad, como una estatua, la parada del autobús, la oficina de correos:

y ¿también los sintecho son parte de la ciudad? ¿Esto es normal? Estad atentos, estemos atentos cuando estas cosas suenan como normales en nuestro corazón —“pero sí, la vida es así, yo como, bebo, pero para quitarme un poco de sentimiento de culpabilidad doy un donativo y sigo adelante”— el camino no va bien».

Si tenemos estos pensamientos quiere decir que «estamos, en ese momento, por ese camino resbaladizo», que lleva «del pecado a la corrupción». Por esto, prosiguió el Pontífice, es

oportuno preguntarnos: «qué siento yo cuando en el telediario, en los periódicos, veo que ha caído una bomba allá, en un hospital, y han muerto muchos niños, en una escuela, ¿pobre gente?». Quizá «digo un Avemaría, un Padrenuestro por ellos y sigo viviendo como si no pasara nada». En cambio es bueno preguntarse si el drama de tanta gente «entra en mi corazón» o si soy exactamente «como ese rico» del cual habla el Evangelio, en cuyo «corazón Lázaro jamás entró», del cual

«tenían más piedad los perros». Y «si yo fuese así como ese rico, estaría en camino del pecado a la corrupción». «Por esto — concluyó Francisco refiriéndose a las palabras del Salmo 139 proclamadas en la antífona del inicio— pedimos al Señor: “Escruta, oh Señor, mi corazón; mira si mi camino es equivocado, si yo estoy en ese camino resbaladizo del pecado a la corrupción, del que no se puede volver atrás”». Porque, reiteró, «habitualmente el pecador, si se arrepiente,

vuelve atrás; el corrupto difícilmente, porque está cerrado en sí mismo». Por eso «hoy la oración» que hay que hacer es precisamente: «Escruta, Señor, mi corazón y hazme entender en qué camino estoy, en qué camino estoy yendo».

Al finalizar la celebración, el Papa dirigió un saludo especial a los cardenales Angelo Comastri y Crescenzo Sepe que concelebraron con él con motivo de los cincuenta años de su ordenación sacerdotal.

20 de marzo de 2017. **José el soñador.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 24 de marzo de 2017

En la solemnidad litúrgica de san José —este año pospuesta un día por coincidir con el tercer domingo de Cuaresma— el Papa Francisco celebró la misa en Santa Marta, el lunes 20 de marzo, deteniéndose

precisamente en la figura del santo patrón de la Iglesia universal. En él, el Pontífice indicó el modelo de «hombre justo», de «hombre capaz de soñar», de «custodiar» y «llevar adelante» el «sueño de Dios» para el hombre. Por esto lo propuso como ejemplo para todos y de forma particular para los jóvenes, a los cuales José enseña a no perder nunca «la capacidad de soñar, de arriesgar» y de asumir «tareas difíciles».

Y muchos sueños para su futuro tenían seguramente las

trece estudiantes que precisamente hace un año murieron en un accidente de tráfico en Cataluña mientras hacían el programa de estudios Erasmus. El Pontífice quiso expresamente ofrecer por ellas la celebración eucarística, en la que participaron también los parientes de las siete jóvenes italianas muertas en el accidente del autobús. La meditación de Francisco hizo referencia a la liturgia de la Palabra que habla de «descendencia, herencia, paternidad, filiación,

estabilidad»: todas expresiones, indicó, «que son una promesa pero después se concentran en un hombre, en un hombre que no habla, no dice una sola palabra, un hombre del cual se dice solamente que era justo. Y después un hombre que nosotros vemos que actúa como un hombre obediente». José.

Un hombre, prosiguió el Papa, «del cual no sabemos ni siquiera la edad» y que «lleva sobre sus hombros todas estas promesas de descendencia, de

herencia, de paternidad, de filiación, de estabilidad del pueblo». Una gran responsabilidad que, como se lee en el Evangelio de Mateo (1, 16.18-21.24), se encuentra por completo concentrada «en un sueño». Aparentemente, dijo el Pontífice, todo esto parece «demasiado sutil», demasiado débil. Y sin embargo precisamente este «es el estilo de Dios» en el cual José se encuentra plenamente: él, un «soñador», es capaz «de aceptar esta tarea, esta dura tarea y que tiene tanto que

decirnos a nosotros en este tiempo de fuerte sentido de orfandad». Así él acoge «la promesa de Dios y la lleva adelante en silencio con fortaleza, la lleva adelante para que se cumpla eso que Dios quiere».

Así se delinea «la figura de José: el hombre escondido, el hombre del silencio, el hombre que hace de padre adoptivo; el hombre que tiene la autoridad más grande en ese momento sin hacerla ver». Un hombre, añadió el Papa, que podría «decirnos tantas cosas», sin

embargo «no habla»; que podría «mandar», ya que manda en el Hijo de Dios, sin embargo «obedece». A él, a su corazón, Dios confía «cosas débiles»: de hecho «una promesa es débil», así como es débil «un niño», pero también «una joven de la que él tuvo una sospecha». Debilidades que después continúan también en los eventos sucesivos: «pensemos en el nacimiento del niño, la fuga a Egipto...». «Todas estas debilidades, explicó el Pontífice, José «las toma de la mano, las toma en

su corazón y las lleva adelante como se llevan adelante las debilidades, con ternura, con mucha ternura, con la ternura con la que se toma en brazos a un niño». La liturgia, por eso, ofrece el ejemplo del «hombre que no habla sino que obedece, el hombre de la ternura, el hombre capaz de llevar adelante las promesas para que se conviertan en sólidas, seguras; el hombre que garantiza la estabilidad del Reino de Dios, la paternidad de Dios, nuestra filiación como hijo de Dios». He aquí por qué,

reveló el Papa, «me gusta pensar en José como el guardián de las debilidades», también «de nuestras debilidades». De hecho él «es capaz de hacer nacer muchas cosas bonitas de nuestras debilidades, de nuestros pecados». Él «es guardián de las debilidades para que se conviertan en firmes en la fe». Una tarea fundamental que José «recibió en sueños», porque él era «un hombre capaz de soñar». Por tanto él no solo «es guardián de nuestras debilidades, sino que

también podemos decir que es el guardián del sueño de Dios: el sueño de nuestro Padre, el sueño de Dios, de la redención, de salvarnos a todos, de esta recreación, está encomendado a él».

«¡Grande este carpintero!», exclamó el Pontífice, subrayando una vez más cómo él, «callado, trabaja, custodia, lleva adelante las debilidades, es capaz de soñar». Y a él, dijo Francisco, «yo quisiera pedir: nos dé a todos nosotros la capacidad de soñar porque cuando soñamos cosas grandes,

cosas bonitas, nos acercamos al sueño de Dios, las cosas que Dios sueña para nosotros».

En conclusión, una intercesión particular: «Que dé a los jóvenes —porque él era joven— la capacidad de soñar, de arriesgar y tomar las tareas difíciles que han visto en los sueños». Y a todos los cristianos, finalmente, done «la fidelidad que generalmente crece en una actitud adecuada, crece en el silencio y crece en la ternura que es capaz de custodiar las propias debilidades y las de los otros».

21 de marzo de 2017. **La gracia de la vergüenza.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 24 de marzo de 2017

Es necesario pedir a Dios «la gracia de la vergüenza», porque «es una gran gracia avergonzarse de los propios pecados y así recibir el perdón y la generosidad de darlo a los demás». Es la invitación del

Papa Francisco en la misa celebrada el martes 21 de marzo, en Santa Marta.

Comentando como es habitual las lecturas del día, el Pontífice se detuvo en Mateo 18, 21-35. Jesús, explicó, habla «a sus discípulos sobre la corrección fraterna, sobre la oveja perdida, de la misericordia del pastor. Y Pedro piensa haber entendido todo y valiente como era él, también generoso, dice: "pero, entonces ¿cuántas veces debo perdonar, con esto que tú has dicho de la corrección fraterna y de la oveja perdida?"

¿Siete veces está bien?”. Y Jesús dice: “siempre”, con esa forma “setenta veces siete”». En realidad, hizo notar el Papa «es difícil entender el misterio del perdón, porque es un misterio: ¿por qué debo perdonar —se preguntó— si la justicia me permite seguir adelante y pedir que esa justicia haga lo que tiene que hacer?».

La respuesta, sugirió el Papa, la ofrece la Iglesia, que «hoy nos hace entrar en este misterio del perdón, que es la gran obra de misericordia de Dios». Y lo

hace ante todo con la primera lectura (Daniel 3, 25.34-43), a través de la cual «nos lleva a la oración de Azarías, momento muy triste de la historia del Pueblo de Dios. Son despojados de todo, han perdido todo y tienen la tentación de creer que Dios les ha abandonado». Descrita la escena, Francisco repitió sus palabras: «Pudiéramos ser acogidos con el corazón contrito y con el espíritu humillado. Pudiéramos encontrar misericordia, tal sea hoy el corazón contrito, el espíritu humillado y nuestro

sacrificio delante de ti. Señor, no nos cubras de vergüenza, haz con nosotros según tu clemencia, tu gran misericordia. Sálvanos con tus prodigios».

En particular el Pontífice confirmó: «Señor no nos cubras de vergüenza». Ellos, comentó, «sentían la vergüenza dentro porque permanecieron así, como dice antes: "a causa de nuestros pecados"». En definitiva «Azarías entendió bien que esa situación del Pueblo de Dios es por los pecados. Y se

avergüenza. Y por la vergüenza pide perdón». He aquí entonces el "primer paso" que hay que dar: "la gracia de la vergüenza. Para entrar en el misterio del perdón debemos avergonzarnos». Pero, precisó el Papa, «no podemos solos, la vergüenza es una gracia: "Señor, que yo tenga vergüenza de lo que he hecho". Y así la Iglesia se pone ante este misterio del pecado y nos hace ver la salida, la oración, el arrepentimiento y la vergüenza».

Sucesivamente, prosiguió

Francisco, «la Iglesia retoma el pasaje del Evangelio y explica qué significa ese “setenta veces siete”». Quiere decir, aclaró, «que siempre debemos perdonar. Y Jesús narra esta parábola de los dos siervos: el primero fue a ajustar cuentas con el señor y el señor quería hacer justicia y él le suplicaba: “ten paciencia”, pidió perdón y luego el señor tuvo compasión y le perdonó». Pero luego, al salir, encontró al otro, cuya deuda «era muy pequeña, le debía cien denarios, monedas». Y en lugar de perdonarle, «le

toma por el cuello y: "¡págame, págame!"». Entonces «el señor, cuando se entera de esto, se ofende y llama a los captores y le hace ir a la cárcel»: "Así también mi Padre celeste lo hará con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno al propio hermano"». Por esto la necesidad de preguntarse: «¿por qué ha sucedido esto? Este hombre al que se le había perdonado pero mucho dinero, hasta el punto que debía ser vendido como esclavo él, la mujer, los hijos y vendido todo lo que tenía», después sale «y

es incapaz de perdonar pequeñas cosas». En resumen, «no ha entendido el misterio del perdón».

Recurriendo a una especie de diálogo imaginario con los presentes, el Papa preguntó: «Si yo pregunto: “¿Pero todos vosotros sois pecadores?” — “Sí, padre, todos” — “¿Y para tener el perdón de los pecados?” — “Nos confesamos” — “¿Y cómo vas a confesarte?” — “Pues, yo voy, digo mis pecados, el sacerdote me perdona, me da tres Avemarías para rezar y después vuelvo en

paz"». En este caso, advirtió el Pontífice, «tú no has entendido. Tú solamente has ido al confesionario a hacer una operación bancaria, a hacer una gestión de oficina. Tú no has ido ahí avergonzado de lo que has hecho. Has visto algunas manchas en tu conciencia y te has equivocado porque has creído que el confesionario era una tintorería» capaz solo de quitar «las manchas». La experiencia concreta de cada día lo enseña: «el misterio del perdón es muy difícil» de entender. Por eso,

observó Francisco, «hoy la Iglesia es sabia cuando nos hace reflexionar sobre estos dos pasajes». De hecho, «yo puedo perdonar» solamente «si me siento perdonado. Si tú no tienes conciencia de ser perdonado nunca podrás perdonar, nunca». En el fondo, en cada persona «está siempre esa actitud de querer ajustar cuentas con los otros».

Mientras «el perdón es total. Pero solamente se puede hacer cuando yo siento mi pecado, me avergüenzo, tengo vergüenza y pido el perdón a

Dios y me siento perdonado por el Padre. Y así puedo perdonar. Si no, no se puede perdonar, somos incapaces. Por esto el perdón es un misterio». Esta es la enseñanza de la parábola del siervo, «al cual le han sido perdonadas muchas, muchas, muchas cosas», pero que aún «no ha entendido nada: ha salido feliz, se ha quitado un peso de encima, pero no ha entendido la generosidad de ese señor. Ha salido diciendo en su corazón: "¡No me ha ido mal, he sido astuto!" u otras cosas». Y actualizando la

reflexión, el Pontífice advirtió: «saliendo del confesionario, cuántas veces no decimos pero sentimos que no nos ha ido mal». Pero, añadió, «esto no es recibir el perdón: esta es la hipocresía de robar un perdón, un perdón fingido. Y así, si como yo no tengo la experiencia de ser perdonado, no puedo perdonar a los otros, no tengo capacidad, como este hipócrita que ha sido incapaz de perdonar a su compañero». De aquí la conclusión del Papa: «Pidamos hoy al Señor la gracia de entender este

“setenta veces siete”. Por otro lado, «si el Señor me ha perdonado tanto, ¿quién soy yo para no perdonar?».

23 de marzo de 2017. **Una jornada para escuchar.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 31 de marzo de 2017

Entre las muchas jornadas especiales que se celebran por los más variados motivos, sería útil dedicar una «jornada para escuchar». Sumergidos como estamos en la «confusión», en las palabras, en las prisas, en

nuestro egoísmo, en la «mundanidad», corremos el riesgo de hecho de permanecer «sordos a la Palabra de Dios», de «endurecer» nuestro corazón, y de «perder la fidelidad» al Señor. Es necesario «detenerse» y «escuchar».

Lo sugirió el Papa Francisco celebrando la misa en Santa Marta el jueves 23 de marzo. En la homilía, retomando los textos de la liturgia del día, hizo notar en seguida: «Precisamente a mitad de la Cuaresma, en este camino

hacia la Pascua, el mensaje de la Iglesia hoy es muy sencillo: "Parad. Parad un momento"». Pero «¿por qué —se preguntó— debemos pararnos?». La respuesta llega con la antífona del salmo responsorial (94): «Escuchad hoy la voz del Señor: no endurezcáis vuestro corazón». Por tanto: «Parad para escuchar».

De aquí partió la reflexión del Pontífice, que después comentó la lectura del profeta Jeremías (7, 23-28) en la cual se cuenta, a través de las palabras de Dios mismo, «el drama de ese

pueblo que no ha querido, no ha sabido escuchar. “Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”». La invitación del Señor es clara: «y seguiréis todo camino que yo os mandaré, para que os vaya bien». Es decir, explicó el Papa, es como si el Señor hubiera dicho a su pueblo: «Las cosas que yo os diré son para vuestra felicidad. No seáis necios. Creed en esto. Parad: escuchad». Una invitación caída en el vacío. Tanto que «después el Señor se lamenta un poco; es un lamento de un padre

dolorido: “Pero estos no han escuchado, ni prestaron atención a mi palabra, es más, procedieron con obstinación según su corazón malvado. En vez de dirigirse hacia mí, me han dado la espalda”».

En seguida Francisco comparó el pasaje bíblico con la situación del hombre de hoy: «cuando nosotros no nos paramos a escuchar la voz del Señor terminamos por alejarnos, nos alejamos del Él, damos la espalda». Una actitud, añadió, que conlleva consecuencias: «si no se

escucha la voz del Señor, si escuchamos otras voces. Y de tanto cerrar los oídos, nos convertimos en sordos: sordos a la Palabra de Dios». Nadie puede sentirse fuera de esta situación, como evidenció el Papa dirigiéndose a los fieles presentes. «Todos nosotros, si hoy nos paramos un poco y miramos nuestro corazón, veremos cuántas veces — icuántas veces!— hemos cerrado los oídos y cuántas veces nos hemos convertido en sordos».

¿Qué conlleva esta sordera?

«Cuando un pueblo, una comunidad, pero decimos también una comunidad cristiana, una parroquia, una diócesis —explicó el Pontífice— cierra los oídos y se hace sorda a la Palabra del Señor, busca otras voces, otros señores y termina con ídolos, los ídolos que el mundo, la mundanidad, la sociedad les ofrece». Se aleja, de hecho, «del Dios vivo».

Pero no es esta la única consecuencia. El Papa de hecho observó que «dar la espalda hace que nuestro corazón se

endurezca. Y cuando no se escucha, el corazón se hace más duro, más cerrado en sí mismo, pero duro e incapaz de recibir algo». Por tanto: «no solo cerrazón», sino también «dureza de corazón». En esta situación el hombre, «vive en ese mundo, en esa atmósfera que no le hace bien», en una realidad que «lo aleja cada día más de Dios».

Es un proceso negativo que conduce del «no escuchar la Palabra de Dios» al alejarse, por tanto al «corazón endurecido, cerrado en sí

mismo», hasta perder «el sentido de la fidelidad». De hecho, también en el pasaje de Jeremías, se lee el lamento del Señor: «La fidelidad ha desaparecido». También aquí, inmediata por parte del Papa, la referencia a la contemporaneidad: es entonces, dijo, que «nos convertimos en católicos "infieles", católicos "paganos" o, más feo todavía, católicos "ateos", porque no tenemos una referencia de amor al Dios viviente». Ese «no escuchar y dar la espalda» que «nos hace

endurecer el corazón», lleva por tanto al hombre «en el camino de la infidelidad». Y no termina aquí. Hay «más». El vacío interior que creamos con nuestra infidelidad, de hecho, «¿cómo se llena?». Se llena, respondió el Pontífice, «en una forma de confusión» en la que «no se sabe dónde está Dios, donde no está» y «se confunde a Dios con el diablo». Es precisamente la situación descrita en el Evangelio de Lucas (11, 14-23), en la cual se narra el episodio en el que «a Jesús, que hace milagros, que

hace tantas cosas por la salvación y la gente está contenta, está feliz», algunos dicen: «y esto lo hace porque es un hijo del diablo. Es el poder de Beelzebul». Esta, explicó Francisco, «es la blasfemia. La blasfemia es la palabra final de este recorrido que comienza con el no escuchar, que endurece el corazón, te lleva a la confusión, te hace olvidar la fidelidad y, al final, blasfemias». Comentó el Papa: «¡ay del pueblo que se olvida de ese estupor, de ese estupor del primer encuentro

con Jesús!»). Es el estupor descrito también en el Evangelio —«las multitudes fueron tomadas por sorpresa»— que «abre las puertas a la Palabra de Dios». Por eso, concluyó el Pontífice invitando a todos a un serio examen de conciencia, «cada uno de nosotros hoy puede preguntarse: “¿Me detengo para escuchar la Palabra de Dios, tomo la Biblia en las manos, y me está hablando?”»; y también: «¿mi corazón se ha endurecido? ¿Me he alejado del Señor? ¿He perdido la fidelidad

al Señor y vivo con los ídolos que me ofrece la mundanidad de cada día? ¿He perdido la alegría del estupor del primer encuentro con Jesús?».

De aquí la invitación: «Hoy es una jornada para escuchar. “Escuchad, hoy, la voz del Señor”, hemos rezado. “No endurezcáis vuestro corazón”». Y la sugerencia para la oración personal: «Pidamos esta gracia: la gracia de escuchar para que nuestro corazón no se endurezca».

28 de marzo de 2017. **Raíces secas.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 31 de marzo de 2017

Hay un pecado que «paraliza» el corazón del hombre, lo hace «vivir en la tristeza» y le hace «olvidar la alegría». Se trata de la «pereza», esa actitud que lleva a las personas a ser como árboles de «raíces secas» y a

«no tener ganas de ir adelante». Para ellos la palabra de Jesús es como una descarga: «¡levántate!», toma tu vida en tus manos y «¡ve adelante!». Son las palabras que el Papa repitió en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta en la mañana del martes 28 de marzo. Toda la meditación del Pontífice, siguiendo la liturgia del día, fue acompañada por uno de los símbolos más importantes y recurrentes en la Biblia, el del agua. En la primera lectura, de hecho, Ezequiel, (47, 1-9.12)

«nos habla del agua, de un agua que salía del templo de Dios, el agua de Dios, un agua bendecida». Se trata, especificó el Papa, de «un torrente de agua, mucha agua». Un agua «resanadora». El profeta describe «muchos árboles verdes, bonitos» que crecían «cerca de esa agua»: son claramente un símbolo para representar «la gracia, el amor, la bendición de Dios». Estos árboles de hecho «eran verdes, bonitos, no estaban secos». Y si se combinan estas palabras a las del salmo 1 —«beato el

justo porque será como un árbol plantado junto a corrientes de agua»— se comprende inmediatamente la simbología aplicada a la «persona justa y buena». También en el Evangelio de Juan (5, 1-16), observó el Pontífice, se encuentra el agua. Es la de la piscina de Betesda, una piscina «con cinco pórticos bajo los cuales yacía un gran número de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos». La tradición, explicó Francisco, quería que de vez en cuando bajara del cielo un ángel a mover las

aguas y que las primeras personas que en ese momento entraban en el agua se sanaban. Por tanto esta gente estaba siempre esperando, «pidiendo la sanación».

Entre ellos había un paralítico que estaba allí desde hacía treinta y ocho años. Y Jesús, «que conocía el corazón del hombre» y sabía que desde hacía mucho tiempo estaba en esas condiciones, «le dijo: "¿quieres sanarte?"». En primer lugar, observó el Papa, es necesario señalar qué «bonito» es que Jesús diga al

paralítico y, a través de él, también a los hombres de nuestro tiempo: «¿quieres sanarte? ¿Quieres ser feliz? ¿Quieres mejorar tu vida? ¿Quieres estar lleno de Espíritu Santo? ¿Quieres sanarte?». Frente a una pregunta de este tipo, continuó Francisco, «todos los otros que estaban allí, enfermos, ciegos, cojos, paralíticos habrían dicho: "¡sí, Señor, sí!"». Sin embargo este parece precisamente «un hombre extraño» y «responde a Jesús: "Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la

piscina cuando el agua se agita; mientras voy otro baja antes que yo"». Su respuesta, es decir, «es una queja: "Pero mira, Señor, qué fea, qué injusta es la vida conmigo. Todos los otros pueden ir y sanar y yo desde hace treinta y ocho años lo intento pero..."». Explicó el Pontífice: «Este hombre era como el árbol, estaba cerca del agua pero tenía las raíces secas, tenía las raíces secas y esas raíces no llegaban al agua, no podía tomar la salud del agua». Una realidad que «se entiende de la

actitud, de las quejas» y de su buscar siempre «culpar a otro: "pero son los otros que van antes que yo, yo soy un pobrecillo aquí desde hace treinta y ocho años..."».

Aparece aquí bien descrito «el pecado de la pereza», un «pecado feo». Este hombre, dijo el Papa, «estaba enfermo pero no tanto de la parálisis sino de la pereza, que es peor que tener el corazón tibio, peor todavía». La pereza, continuó, es ese vivir por vivir, es ese «no tener ganas de ir adelante, no tener ganas de hacer algo

en la vida»: es el «haber perdido la memoria de la alegría». Es más, «este hombre ni siquiera de nombre conocía la alegría, la había perdido». Se trata, reiteró el Pontífice, de una «enfermedad fea», que lleva a esconderse detrás de justificaciones como: «Pero estoy cómodo así, me he acostumbrado... Pero la vida ha sido injusta conmigo...». Así detrás de las palabras del paralítico, «se ve el resentimiento, la amargura de ese corazón». Y también «Jesús no lo regaña», le mira y le

dice: «Levántate, toma tu camilla y anda». Y ese hombre toma la camilla y se va.

El pasaje evangélico continúa especificando que el hecho sucede en sábado y que el hombre se encontró con los doctores de la ley que le objetaron: «Pero no, no es lícito, porque el código dice que el sábado no se puede hacer esto... ¿y quién te ha sanado?». Refiriéndose a Jesús continuaban: «No, eso no, porque va contra la ley, no es de Dios ese hombre». Frente a esa escena el Papa trazó un

breve perfil de ese hombre, una persona que «no sabía cómo salir adelante en la vida» y que a Jesús «ni siquiera le dijo “gracias”». Ni siquiera le había preguntado el nombre. El hombre simplemente se «levantó con esa pereza» que lo caracterizaba y se fue. Un hecho que hace aparecer una vez más cuánto la pereza es «un pecado feo».

Este pecado, explicó el Papa, puede afectar a cada hombre: es «vivir porque es gratis el oxígeno, el aire», es «vivir siempre mirando a los otros

que son más felices que yo, vivir en la tristeza, olvidar la alegría». Es, en resumen, «un pecado que paraliza, nos hace parálíticos. No nos deja caminar».

Y también a nosotros Jesús hoy nos dice: «Levántate, toma tu vida como es, bonita, fea, como sea, tómala y ve adelante. No tengas miedo, ve adelante con tu camilla — “Pero, Señor, no es el último modelo...” — ¡Pero ve adelante! ¡Con esa camilla fea, quizá, pero ve adelante! Es tu vida, es tu alegría».

La primera pregunta que el

Señor plante a todos, hoy, es por tanto: «¿quieres sanar?». Y si la respuesta es «Sí, Señor», Jesús exhorta: «¡Levántate!». Por eso, concluyó el Pontífice haciendo referencia a la antífona de la misa («Vosotros que tenéis sed venid a las aguas — son aguas gratis, no de pago — os saciaréis con alegría») si «nosotros decimos al Señor: “Sí, quiero sanarme. Sí, Señor, ayúdame que quiero levantarme”, sabremos cómo es la alegría de la salvación».

30 de marzo de 2017. **El sueño y las desilusiones de Dios.**

Jueves.

Fuente: www.osservatoreroman

«El sueño y las desilusiones de Dios»: fue precisamente el Papa Francisco quien sugirió el título para la meditación propuesta en la misa celebrada el jueves por la mañana, 30 de marzo, en Santa Marta: «El pasaje del libro del Éxodo que hemos oído, que hemos

escuchado —dijo al inicio de la homilía haciendo referencia a la primera lectura (32, 7-14)— podemos llamarlo, por darle un título: “el sueño y las desilusiones de Dios”». Porque, explicó, «Dios ha soñado y al final queda decepcionado». «Dios —explicó el Pontífice— ha soñado un pueblo y lo ha soñado desde el principio, ha elegido un hombre, Abraham, lo hizo caminar durante años, y un día le hizo ver las estrellas: “Mira las estrellas del cielo, así será el pueblo, tu descendencia, mi pueblo”».

Este es «el sueño de Dios: soñaba porque amaba». Y «el amor era tanto —es mucho también hoy— que no podía tenerlo para sí mismo, era para darlo».

«Con tanta bondad» Dios «prometió este pueblo a Abraham, ya anciano, casado con una mujer estéril: “Tú tendrás un hijo y este hijo será tu descendencia, numerosa como las estrellas”. Y así ha sucedido». Después, prosiguió Francisco, «con los años, con el tiempo, este pueblo se convirtió en esclavo en Egipto y el Señor

va y libera a su pueblo». Y «lo libera y le hace atravesar el mar como si fuera tierra, porque amaba y tenía este deseo para este pueblo». En resumen, «un padre que amaba a sus hijos».

«Pero este pueblo era un pueblo difícil» afirmó el Papa. «En camino hacia la tierra definitiva que él quería darles, hizo subir al monte a Moisés para darle la Ley». Y «Dios empieza a sentir la decepción: “Baja, venga, baja —dice a Moisés— porque tu pueblo, y mi pueblo, que has hecho salir

de la tierra de Egipto —que yo he hecho salir con tu ayuda— se ha pervertido”». De hecho, explicó Francisco, «el pueblo no tuvo la paciencia de esperar a Dios, de esperar cuarenta día solamente». Así terminó incluso diciendo: “Y este Dios, pero... hagamos otro”».

Entonces, recordó el Papa, «hicieron un becerro, allí: “Y esto es dios, es para divertirse, al menos para no aburrirse”». Y «se olvidaron de Dios que les había salvado».

«El profeta Baruc —indicó el Pontífice— tiene una frase que

dibuja bien este pueblo: “Os habéis olvidado de quien os ha criado”». Y precisamente «olvidar a Dios que nos ha creado, que nos ha hecho crecer, que nos ha acompañado en la vida: esta es la desilusión de Dios».

«Muchas veces en el Evangelio —afirmó el Papa— Jesús en las parábolas habla de ese hombre que hace un viña y después fracasa, porque los trabajadores quieren tomarla para ellos». Pero «en el corazón del hombre, siempre está esta inquietud: no está

satisfecho de Dios, del amor fiel». Y así «el corazón del hombre está siempre inclinado hacia la infidelidad: esta es la tentación». Por esto, explicó Francisco, «Dios, por medio de un profeta, regaña a este pueblo así, que no tiene constancia, no sabe esperar, se ha pervertido, no tardó en alejarse del camino que “yo les había indicado”, se han hecho un becerro de metal fundido, después se postraron ante él, le ofrecieron sacrificios y dijeron: “este es tu dios”». Sin embargo «al otro lo han olvidado».

Es así que Dios, «a través del profeta, dice al corazón de este pueblo: “Vosotros estáis siempre buscando otro dios”». Porque «el Señor cuando habla, habla fuerte, y nos dice cosas fuertes».

Aquí «está la desilusión de Dios: la infidelidad del pueblo», dijo el Papa. Y «también nosotros —prosiguió— somos pueblo de Dios y conocemos bien cómo es nuestro corazón; y cada día debemos retomar el camino para no resbalar lentamente hacia los ídolos, hacia las fantasías, hacia la

mundanidad, hacia la infidelidad». Precisamente en esta perspectiva, Francisco sugirió «que hoy nos hará bien pensar al Señor decepcionado: "Dime Señor, ¿tú estás decepcionado conmigo?". En algo sí, seguro». Pero es oportuno «pensar en hacer esta pregunta». Con la certeza de que «él tiene un corazón tierno, un corazón de padre; recordamos cuándo Jesús ve Jerusalén y llora por ella: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido recoger a tus hijos como la gallina reúne a

sus polluelos bajo las alas; y vosotros no habéis querido"». Pero estas palabras, insistió el Papa, el Señor las «dice a mí, a ti, a ti, a ti, a ti, a todos nosotros». Es necesario preguntarse entonces: «¿Dios llora por mí? ¿Me he alejado del Señor?» — «¡No! Yo no voy todos los domingos a misa, sino todos los días"». E incluso: «¿cuántos ídolos tengo que no soy capaz de quitarme de encima, que me esclavizan?». Así se puede reconocer «que idolatría tenemos dentro», por la cual «Dios llora por mí».

A la luz de este examen de conciencia, prosiguió el Pontífice, «pensemos hoy en esta decepción de Dios, que nos ha hecho por el amor», mientras «nosotros vamos a buscar amor, bienestar, diversión en otras partes y no en su amor: nos alejamos de este Dios que nos ha levantado». Y «esto es un pensamiento de Cuaresma: nos hará bien». Pero, advirtió, es un ejercicio para hacer «todos los días, un pequeño examen de conciencia: "Señor, tú que has tenido tantos sueños sobre

mí, yo sé que me he alejado, pero dime dónde, cómo, para volver». Y «la sorpresa — aseguró Francisco— será que Él siempre nos espera, como el padre del hijo pródigo que lo vio venir desde lejos porque le esperaba».

El Papa concluyó su meditación proponiendo una «oración» para recitar «hoy y mañana, todos los días: “Señor, que no me aleje de ti. Ayúdame. Que yo tenga miedo de los ídolos y así pueda servirte y ser feliz”: porque Dios nos quiere a todos nosotros felices».

***Homilías del Papa Francisco, en
la Misa de la mañana en santa
Marta.***

Año 2017.



Textos tomados de: www.vatican.va

*Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com*

ABRIL.

3 de abril de 2017. **Corrupción y misericordia.**

4 de abril de 2017. **En la señal de la cruz.**

6 de abril de 2017. **Como un grano de arena.**

24 de abril de 2017. **La fe es concreta.**

25 de abril de 2017. **Misa por Teodoro II.**

3 de abril de 2017. **Corrupción y misericordia.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 7 de abril de 2017

En la encrucijada profundamente humana entre «inocencia y pecado, corrupción y ley», Jesús pide mirar a los demás siempre con misericordia, sin erigirnos en jueces de su corazón: es la sugerencia que el Papa propuso

en la misa celebrada el lunes 3 de abril en Santa Marta.

«La Palabra de Dios que la Iglesia hoy ofrece a nuestra meditación —hizo presente Francisco— parece ser sobre dos mujeres sorprendidas en adulterio: un adulterio fingido, ficticio; el otro verdadero». La referencia es al episodio de Susana, narrado en el libro de Daniel (13, 1-9.15-17.19-30.33-62), y a la de la mujer sorprendida en adulterio narrado por Juan en su Evangelio (8, 1-11). A través de estas dos mujeres,

entonces, «el mensaje es profundo» en cuanto que en las dos lecturas, «se dan cita cuatro personas, se encuentran cuatro situaciones diferentes». Y es precisamente «lo que la Iglesia quiere que nosotros hoy pensemos, veamos: se encuentran la inocencia y el pecado, la corrupción y la ley». Y de hecho, insistió el Pontífice, de la liturgia surge «un encuentro entre estas cuatro cosas: inocencia, pecado, corrupción y ley». En su meditación el Papa se ha inspirado en «la inocencia de

esta mujer, Susana, acusada falsamente por los dos jueces ancianos. Ella está obligada a elegir: o fidelidad a Dios y a la ley o salvar su vida». Quién sabe, prosiguió el Pontífice, «quizás Susana era una mujer que tenía otros pecados, porque todos somos pecadores». Efectivamente «la única mujer que no ha pecado es la Virgen; todos los demás, todos nosotros, los tenemos». Pero «Susana era una mujer con pecados leves, no era una adúltera, era fiel al marido»; y esta es «la inocencia»

presentada por la liturgia. Después he aquí «el pecado: la otra mujer —narra Juan en el Evangelio— fue sorprendida en pecado, había pecado de verdad, era una adúltera, había sido infiel al marido». Entonces llega «la corrupción»: la «que estaba en los jueces de ambos casos, tanto con Susana como con la otra mujer adúltera», porque «en ambos casos los jueces eran corruptos». Y finalmente está «la ley, la plenitud de la ley: Jesús». En la liturgia, entonces, «se encuentran» estas cuatro

realidades: «inocencia, pecado, corrupción y ley», o sea la «ley en su plenitud». No es ciertamente el único caso evangélico de «jueces que se han corrompido»: en el capítulo 18 de Lucas, efectivamente, «Jesús habla de otro que no temía a Dios ni se preocupaba por nadie». Por otra parte, observó Francisco, «siempre ha habido en el mundo jueces corruptos» y «también hoy en todas las partes del mundo los hay». La cuestión, dijo, es «por qué se corrompe una persona».

En realidad, explicó el Papa, la corrupción es peor que el pecado, porque yo puedo pecar, «resbalo, soy infiel a Dios, pero luego intento no hacerlo más o ponerme a bien con el Señor o al menos sé que no está bien». En cambio «la corrupción es cuando el pecado entra, entra, entra, entra en tu conciencia y no te deja lugar ni siquiera para el aire, todo se convierte en pecado: esto es corrupción». Por su parte, los corruptos «creen que hacen bien las cosas así, se creen con impunidad», remarcó Francisco.

Sobre todo, «en el caso de Susana», los dos ancianos «incluso confiesan su corrupción» y «dicen la verdad: estaban corrompidos por los vicios de la lujuria». Ellos se dirigen así a Susana: «las puertas del jardín están cerradas, nadie nos ve y nosotros te deseamos; consiente, pues, y entrégate a nosotros. En caso contrario te acusaremos; diremos que un joven estaba contigo y por eso has hecho salir a las siervas». En resumen, le dicen: «o haces

esto o daremos falso testimonio».

«No es el primer caso que en la Biblia aparecen falsos testimonios» afirmó el Papa.

«Pensemos en Nabot, cuando la reina Jezabel crea todo ese falso testimonio; pensemos en Jesús, que fue condenado a muerte con falso testimonio; pensemos en san Esteban».

Pero, advirtió el Pontífice haciendo referencia al pasaje evangélico de Juan, «son corruptos también los doctores de la ley que llevan a esta mujer —escribas, algunos

fariseos— y dicen a Jesús:
"Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la ley, nos ha mandado lapidar a mujeres como esta. "¿Tú qué dices?"». Si esa contra Susana «era un falso testimonio, esto es verdad». Y si Susana «era inocente, esta era pecadora». Y «estos también son jueces». Los ancianos, con Susana, «habían perdido la cabeza dejando que la lujuria se adueñara de ellos». Ellos, sin embargo, «habían perdido la cabeza haciendo crecer en ellos

una interpretación de la ley tan rígida que no dejaba espacio al Espíritu Santo: corrupción de legalidad, de legalismo, contra la gracia».

«Y después está la cuarta persona, Jesús: la plenitud de la ley» explicó Francisco. Y «Él se encuentra como maestro de la ley delante de estos que son maestros de la ley: ¿tú qué dices?» le preguntaron». A los «falsos jueces que acusaban a Susana» Jesús responde así «por boca de Daniel: “Estirpe de Canaán y no de Judá, la belleza te ha seducido, ila

pasión te ha pervertido el corazón! Así hacíais con las mujeres de Israel y ellas por miedo se unían a vosotros”». Y «al otro le dice: envejecido en la iniquidad, ahora han llegado al colmo los delitos de tu vida pasada, dictador de sentencias injustas, que condenaban a los inocentes y absolvían a los culpables”».

«Esta es la corrupción de estos jueces» prosiguió el Pontífice en referencia al pasaje del Antiguo Testamento. Sin embargo «a los otros jueces Jesús dice pocas cosas: “quien

esté libre de pecado que tire la primera piedra"». Después se dirige así a la pecadora: "Tampoco yo te condeno, ve y de ahora en adelante no peques más"». Y «esta — explicó el Papa— es la plenitud de la ley; no esa de los escribas y fariseos que habían corrompido su mente haciendo muchas leyes, muchas leyes, sin dejar espacio a la misericordia: Jesús es la plenitud de la ley y Jesús juzga con misericordia».

Así el Señor «deja libre a una mujer inocente por medio del

profeta del pueblo» afirmó Francisco. Y «a los jueces corruptos dice —hemos escuchado palabras no bonitas en boca del profeta— “envejecidos en la iniquidad”». Después «a los jueces corruptos por una actitud malvada delante de la ley dice: “quien esté libre de pecado, tire la primera piedra”». Por tanto «Jesús, el totalmente inocente, al inocente puede decir “mamá”, porque su madre es la única inocente».

En conclusión el Papa invitó a pensar en «ese camino, en la

maldad con la cual vuestros vicios juzgan a la gente» porque «también nosotros juzgamos en el corazón a los otros». Y es oportuno preguntarse si «estamos corrompidos o todavía no». Entonces es bueno pararse y mirar a «Jesús que siempre juzga con misericordia: "tampoco yo te condeno; ve y de ahora en adelante no peques más"».

4 de abril de 2017. **En la señal de la cruz.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 7 de abril de 2017

Hacerse «la señal de la cruz» de forma distraída u ostentar «el símbolo de los cristianos» como si fuera «distintivo de un equipo» o «un ornamento», quizá con «piedras preciosas, joyas y oro» no tiene nada que ver con «el misterio» de Cristo.

Tanto que el Papa Francisco sugirió un examen de conciencia precisamente sobre la cruz, para verificar como cada uno de nosotros lleva en la cotidianidad el único verdadero «instrumento de salvación». Estas son las líneas de reflexión que el Pontífice propuso en la misa celebrada el martes por la mañana, 4 de abril, en Santa Marta.

«Llama la atención —hizo notar enseguida, refiriéndose al pasaje del evangelista Juan (8, 21-30)— que en este breve pasaje del Evangelio en tres

ocasiones Jesús dice a los doctores de la ley, a los escribas, a algunos fariseos: “Moriréis en vuestros pecados”». Lo repite «tres veces». Y «lo dice —añadió— porque no entendían el misterio de Jesús, porque tenían el corazón cerrado y no eran capaces de abrir un poco, de tratar de entender ese misterio que era el Señor». De hecho, explicó el Papa, «morir en el propio pecado es algo feo: significa que todo muere ahí, en la suciedad del pecado».

Pero después «este diálogo — en el cual Jesús repite tres veces “moriréis en vuestros pecados”— continúa y, a al final, Jesús mira hacia atrás en la historia de la salvación y les hace recordar algo: “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy y que no hago nada por mi propia cuenta”». El Señor dice precisamente: «cuando hayáis levantado al Hijo del hombre».

Con estas palabras —afirmó el Pontífice, refiriéndose al pasaje del libro de los Números (21, 4-

9) — «Jesús hace recordar lo que sucedió en el desierto y hemos escuchado en la primera lectura». Es el momento en el que «el pueblo aburrido, el pueblo que no puede soportar el camino, se aleja del Señor, habla mal de Moisés y del Señor, y encuentra esas serpientes que muerden y provocan la muerte». Entonces «el Señor dice a Moisés que haga una serpiente de bronce y la levante, y la persona que sufra una herida de la serpiente, y que mire la de bronce, será sanada».

«La serpiente —prosiguió el Papa— es el símbolo del mal, es el símbolo del diablo: era la más astuta entre los animales en el paraíso terrestre». Porque «la serpiente es la que es capaz de seducir con las mentiras», es «el padre de la mentira: este es el misterio». Pero entonces « ¿debemos mirar al diablo para salvarnos? La serpiente es el padre del pecado, la que ha hecho pecar a la humanidad». En realidad «Jesús dice: "Cuando yo sea levantado en lo alto, todos

vendrán a mí". Obviamente este es el misterio de la cruz». «La serpiente de bronce sanaba —dijo Francisco— pero la serpiente de bronce era signo de dos cosas: del pecado hecho por la serpiente, de la seducción de la serpiente, de la astucia de la serpiente; y también era señal de la cruz de Cristo, era una profecía». Y «por esto el Señor les dice: "cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy"». Así podemos decir, afirmó el Papa, que «Jesús se ha "hecho

serpiente”, Jesús se “ha hecho pecado” y ha tomado sobre sí todas las suciedades de la humanidad, todas las suciedades del pecado. Y se ha “hecho pecado”, se ha hecho levantar para que toda la gente lo mire, la gente herida por el pecado, nosotros. Este es el misterio de la cruz y lo dice Pablo: “Se ha hecho pecado” y ha tomado la apariencia del padre del pecado, de la serpiente astuta».

«Quien no miraba la serpiente de bronce después de ser herido por una serpiente en el

desierto —explicó el Pontífice— moría en el pecado, el pecado de murmuración contra Dios y contra Moisés». De la misma manera, «quien no reconoce en ese hombre levantado, como la serpiente, la fuerza de Dios que se ha hecho pecado para sanarnos, morirá en su propio pecado». Porque «la salvación viene solamente de la cruz, pero de esta cruz que es Dios hecho carne: no hay salvación en las ideas, no hay salvación en la buena voluntad, en las ganas de ser buenos». En realidad, insistió el Papa, «la

única salvación es un Cristo crucificado, porque solamente Él, como la serpiente de bronce significaba, ha sido capaz de tomar todo el veneno del pecado y nos ha sanado ahí». «¿Pero qué es la cruz para nosotros?» es la cuestión planteada por Francisco. «Sí, es el signo de los cristianos, es el símbolo de los cristianos, y nosotros hacemos la señal de la cruz pero no siempre la hacemos bien, a veces lo hacemos así... porque no tenemos esta fe de la cruz» evidenció el Papa. La cruz,

además, afirmó, «para algunas personas es un distintivo de pertenencia: "Sí, yo llevo la cruz para hacer ver que soy cristiano"». Y «está bien», pero «no solo como distintivo, como si fuera un equipo, el distintivo de un equipo»; sino, dijo Francisco, «como memoria de aquel que se ha hecho pecado, que se ha hecho diablo, serpiente, por nosotros; se ha abajado hasta aniquilarse totalmente».

Además, es verdad, «otros llevan la cruz como un ornamento, llevan cruces con

piedras preciosas, para hacerse ver». Pero, hizo presente el Pontífice, «Dios dijo a Moisés: “Quien mira la serpientes será sanado”; Jesús dice a sus enemigos: “cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy”». En resumen, explicó, «quien no mira la cruz, así, con fe, morirá en sus propios pecados, no recibirá esa salvación».

«Hoy —destacó el Papa— la Iglesia nos propone un diálogo con este misterio de la cruz, con este Dios que se ha hecho pecado, por amor por mí». Y

«cada uno de nosotros puede decir: "por amor hacia mí"». Así, prosiguió, es oportuno preguntarse: « ¿cómo llevo yo la cruz: como un recuerdo? ¿Cuando hago la señal de la cruz, soy consciente de lo que hago? ¿Cómo llevo yo la cruz: solamente como un símbolo de pertenencia a un grupo religioso? ¿Cómo llevo yo la cruz: como ornamento, como una joya con muchas piedras preciosas de oro?». O « ¿he aprendido a llevarla sobre los hombros, donde hace daño?».

«Cada uno de nosotros hoy — sugirió el Pontífice en la conclusión de su meditación— mire al crucifijo, mire a este Dios que se ha hecho pecado para que nosotros no muramos en nuestros pecados y responda a estas preguntas que yo os he sugerido».

6 de abril de 2017. **Como un grano de arena.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 14 de abril de 2017

Cada cristiano debería dedicar un día a la «memoria» para releer la propia historia personal insiriéndola en la historia de un pueblo: «yo no estoy solo, soy un pueblo», un «pueblo soñado por Dios». Es la invitación hecha por el Papa

Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 6 de abril.

Partiendo de la liturgia de la Palabra, que presenta la figura de Abraham, padre en la fe, el Pontífice hizo notar cómo durante el tiempo de Cuaresma el creyente es a menudo animado «a detenerse un poco y a pensar». No por casualidad los dos pasajes de la Escritura de la liturgia del día (*Génesis 17, 3-9* y *Juan 8, 51-59*) dicen: «Párate. Párate un poco. Piensa en tu padre». Y en

el centro de la atención está Abraham.

En la primera lectura, efectivamente, «se habla de ese diálogo de Dios con Abraham, cuando Dios hace la Alianza con él», y en el Evangelio Jesús y los fariseos le llaman «padre» porque él «es el que comenzó a generar este pueblo que hoy es la Iglesia, somos nosotros: hombre leal». Recogiendo entonces la invitación de las Escrituras, añadió el Pontífice, «nos hará bien pensar en nuestro padre Abraham».

¿Cuáles son entonces los aspectos fundamentales del episodio de Abraham de los cuales es importante hacer memoria? Ante todo, él «obedeció cuando fue llamado para ir, y para irse a otra tierra que habría recibido en herencia». Es decir, Abraham, «se fió. Obedeció. Y se fue sin saber dónde iba». Es decir, él fue «hombre de fe, hombre de esperanza». A los cien años y con la mujer estéril. Creyó «contra toda esperanza. Este es nuestro padre» subrayó Francisco, añadiendo: «Si

alguien intentase hacer una descripción de la vida de Abraham, podría decir: "Este es un soñador"». Pero atención: Abraham «no era un loco», el suyo era el «sueño de la esperanza».

Una identidad confirmada enseguida: «Puesto a la prueba, después de haber tenido un hijo», cuando después el chico se hizo adolescente, «se le pidió que lo ofreciera en sacrificio: obedeció y siguió adelante contra toda esperanza». He aquí quién es «nuestro padre Abraham»: uno

«que sigue adelante, adelante, adelante». En el Evangelio, Jesús dice: Abraham «se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró». Explicó el Pontífice: él tuvo la alegría «de ver la plenitud de la promesa de la Alianza, la alegría de ver que Dios no le había engañado, que Dios es siempre fiel a su Alianza». Y también los creyentes, hoy, están llamados a hacer lo que indica el *Salmo*

responsorial (105, 5):

«Recordad las maravillas que él ha hecho, sus prodigios y los

juicios de su boca». Porque todos los cristianos son «estirpe de Abraham». Y como «cuando —dijo Francisco— nosotros pensamos en nuestro padre que ya no está: recordar a papá, las cosas buenas de papá». Así podemos también recordar lo «grande» que era «nuestro padre Abraham». La grandeza del patriarca fue fundada basándose en un «pacto» con Dios. «Por parte de Abraham», evidenció el Pontífice, fue la «obediencia: obedeció siempre». Por parte de Dios una promesa: «Por mi

parte, he aquí mi Alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, padre de una muchedumbre de pueblos». Y Abraham creyó. El Papa se detuvo en la belleza y la grandeza de la promesa de Dios que Abraham, el cual «tenía cien años sin hijos, con la mujer estéril», dijo: «Te haré muy, muy fecundo. Te haré convertirte en naciones y de ti saldrán reyes». Y luego, en otro diálogo: «escucha, mira, mira al cielo: ¿eres capaz de

contar las estrellas?” — “Oh no, imposible...” — “Así será tu descendencia. Mira la playa del mar: ¿eres capaz de contar cada uno de los granos de esa arena?” — “Pero ¡es imposible!” — “Así será tu descendencia”».

Entonces, pasando de la memoria a la vida cotidiana, Francisco subrayó: «Hoy, nosotros obedeciendo a la invitación de la Iglesia, nos detenemos y podemos decir, con verdad: “yo soy una de esas estrellas. Yo soy un grano de arena”».

Pero el vínculo con Abraham, continuó el Papa, no agota la identidad cristiana: «nosotros somos hijos de Abraham, pero antes de Abraham hay otro Padre. Y antes de nosotros hay otro Hijo. Y en nuestra historia, entre nuestro padre Abraham y nosotros, hay otra historia, la grande, la historia del Padre de los cielos y de Jesús». Este es el motivo, explicó el Pontífice, por el cual Jesús en el pasaje evangélico «respondió a los fariseos y a los doctores de la ley: "Abraham se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio

y se alegró"». Precisamente este es «el gran mensaje. Hoy la Iglesia nos invita a detenernos, a mirar nuestras raíces, a mirar a nuestro padre que nos ha hecho pueblo, cielo lleno de estrellas, playas llenas de granos de arena». Cada cristiano, entonces, es invitado a «mirar la historia» y a darse cuenta: «Yo no estoy solo, soy un pueblo. Vamos juntos. La Iglesia es un pueblo. Pero un pueblo soñado por Dios, un pueblo que ha dado un padre sobre la tierra que obedeció, y tenemos un hermano que dio

su vida por nosotros, para hacernos pueblo». Partiendo de esta sabiduría, «podemos mirar al Padre, dar las gracias; mirar a Jesús, dar las gracias; y mirar a Abraham y a nosotros que somos parte del camino».

Al finalizar su meditación, el Papa sugirió un compromiso práctico: «hagamos de hoy un día de memoria» para comprender cómo «en esta gran historia, en el marco de Dios y Jesús, está la pequeña historia de cada uno de nosotros». Por eso, añadió, «os invito a dedicar, hoy, cinco

minutos, diez minutos, sentados, sin radio, sin televisión; sentados, y pensar en la propia historia: las bendiciones y los problemas, todo. Las gracias y los pecados: todo». Cada uno, dijo, en esta memoria podrá encontrar «la fidelidad de ese Dios que ha permanecido fiel a su Alianza, ha permanecido fiel a la promesa que había hecho a Abraham, ha permanecido fiel a la salvación que había prometido en su Hijo Jesús». Esta fue la conclusión del Pontífice: «Estoy seguro de que

en medio a las cosas quizás feas —porque todos las tenemos, muchas cosas feas, en la vida— si hoy hacemos esto, descubriremos la belleza del amor de Dios, la belleza de su misericordia, la belleza de la esperanza. Y estoy seguro de que todos nosotros estaremos llenos de alegría».

24 de abril de 2017. **La fe es concreta.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 28 de abril de 2017

¿Qué significa vivir verdaderamente la Pascua, el «espíritu pascual»? pregunta necesaria, porque para el cristiano existe el riesgo de la «idealización» y de olvidar que «nuestra fe es concreta». En la primera misa celebrada en

Santa Marta después de las festividades pascuales, durante la mañana del lunes 24 de abril, el Papa Francisco marcó el recorrido a seguir: «ir por los caminos del Espíritu, sin compromisos», testimoniando con valor y franqueza la verdad.

Para comprender este programa de vida es necesario «un cambio de mentalidad», liberarse de los lazos del «racionalismo» y adherir a la «libertad» del Espíritu. Y es lo que Jesús explicaba a Nicodemo en el célebre episodio

evangélico de la visita nocturna (*Juan 3, 1-8*) analizado por el Pontífice para comentar la liturgia del día.

«Este fariseo —dijo el Papa— era un hombre bueno. Era inquieto, no entendía. Su corazón estaba en la noche». Sin embargo se trataba de «una noche diversa de la de Judas, porque esta es una noche que le llevaba a acercarse a Jesús, al otro, a alejarse». Yendo a ver a Jesús para «pedir explicaciones», recibe una respuesta que «no entiende». Parece casi que

«Jesús quisiera complicar las cosas o ponerlo en compromiso». Responde efectivamente: «en verdad yo te digo: el que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios». Nicodemo pregunta: «¿pero cómo se puede nacer otra vez?». Parece, hizo notar Francisco, «un poco irónico, pero no es así». Sin embargo es la expresión de un gran tormento interior. Jesús entonces explica que se trata de «un cambio de una mentalidad a otra» y «con mucha paciencia, con mucho

amor, a este hombre de buena voluntad, le ayuda en este pasaje».

El Pontífice se detuvo también en la respuesta de Jesús: «pero ¿qué significa “nacer del Espíritu”? ¿Qué significa “debéis nacer de lo alto?: el viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es cualquiera nacido del Espíritu”». Y subrayó cómo en este mensaje se percibe «un aire de libertad».

Permanece, de todos modos, un discurso, no fácil y, «para

entenderlo mejor —sugirió el Papa— nos ilumina la primera lectura». En el pasaje propuesto por la liturgia (*Hechos de los Apóstoles* 4, 23-31) se encuentra «el final de una historia que la liturgia ha propuesto durante toda la semana de Pascua. La historia de la sanación, por parte de Pedro y Juan, del paralítico que era llevado todos los días hasta la puerta del Templo, llamada “la Hermosa”, para pedir limosna». La lectura de este episodio arroja luz sobre el discurso a Nicodemo. Lo explicó

el Papa haciendo notar que «toda la gente que estaba allí en el pórtico de Salomón», había «visto» y se había asombrado. Se trata precisamente de «ese sentimiento —más que un sentimiento: ese estado de ánimo— que obra en nosotros la presencia del Señor. El estupor. El encuentro con el Señor lleva al estupor».

Ante esto los jefes, los sumos sacerdotes, los doctores de la ley, se «escandalizaron» y, conscientes de que el milagro fuera público, se preguntaban:

« ¿Qué hacemos?». Lo mismo, recordó el Pontífice, ocurrió cuando Jesús curó al ciego de nacimiento. Entonces los presentes se preguntaban: « ¿Qué hacemos para cubrir esto? porque la gente ha visto, la gente cree, tenemos la evidencia... ¿Cómo esconder esto?». Por otra parte, veían a ese paralítico que según la narración «saltaba de alegría para hacerles entender que Jesús le había curado». Los doctores de la ley se pusieron de acuerdo para llamar a los dos apóstoles y «decirles que

no hablasen más, que no predicasen más», pero cuando hicieron «su propuesta», Pedro —precisamente él que «había renegado de Jesús tres veces» respondió: « ¡No! No podemos callar lo que hemos visto y escuchado. Y... continuaremos así». He aquí el detalle que aclara todo. Las «dos palabras» que son luego las mismas con las cuales Juan inicia la primera carta: «lo que hemos visto y escuchado». Se trata, hizo notar el Papa, de la «concreción. La concreción de un hecho. La concreción de la

fe. La concreción de la encarnación del Verbo». Ante todo esto, continuó explicando el Pontífice, «los jefes quieren entrar en las negociaciones para llegar a compromisos». Pero los apóstoles «no quieren acuerdos; tienen valor. Tienen la franqueza, la franqueza del Espíritu». Una «franqueza que significa hablar abiertamente, con valor». Entonces es «este el punto: la concreción de la fe». Una conclusión que afecta a cada cristiano. Efectivamente recordó Francisco: «a veces nos

olvidamos de que nuestra fe es concreta: el Verbo se hizo carne, no se hizo idea: se hizo carne». No por casualidad «cuando rezamos el Credo, todas las cosas que decimos son concretas: “Creo en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra, creo en Jesucristo que nació, murió...”, son todas cosas concretas. Nuestro credo no dice: “Yo creo que debo hacer esto, que debo hacer esto, que debo hacer esto o que las cosas son para estas...” ¡no! Son cosas concretas». Y la «concreción de la fe» lleva «a

la franqueza, al testimonio hasta el martirio, que está contra los compromisos o la idealización de la fe». Se podría decir que para esos doctores de la ley «el Verbo no se hizo carne: se hizo ley». Para ellos era importante solo establecer: «se debe hacer esto hasta aquí y no más; se debe hacer esto... y así estaban enjaulados en esta mentalidad racionalista». Una mentalidad, que sin embargo, avisó el Papa, «no ha terminado con ellos». Efectivamente en la historia muchas veces esa Iglesia «que

ha condenado el racionalismo, el iluminismo», también ha «caído en una teología del “se puede y no se puede”, “se puede y no se puede”, “hasta aquí o hasta allá”, y ha olvidado la fuerza, la libertad del Espíritu, este renacer del Espíritu que te da la libertad, la franqueza de la predicación, el anuncio que Jesucristo es el Señor».

Según esta clave de lectura, aclaró el Pontífice, se entiende también «la historia de las persecuciones». Y efectivamente en la primera

lectura se lee: «Se han presentado los reyes de la tierra, los magistrados se han aliado contra el Señor y contra su Ungido. Verdaderamente en esta ciudad se han aliado Herodes y Poncio Pilato, con las naciones y los pueblos de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien has Ungido».

He aquí entonces una enseñanza todavía actual: «Pidamos al Señor esta experiencia del Espíritu que va y viene y nos lleva hacia adelante, del Espíritu que nos da la unción de la fe, la unción

de la concreción de la fe». Resuenan de nuevo las palabras dichas a Nicodemo: «No te maravilles si te he dicho: “debéis nacer de lo alto”. El viento sopla donde quiere y escuchas su voz, pero no sabes de dónde vienen ni a dónde va. Así es cualquiera que ha nacido del Espíritu”». Quien ha nacido del Espíritu «escucha su voz, sigue el viento, sigue la voz del Espíritu sin conocer dónde terminará. Porque ha tomado la opción de la concreción de la fe y el renacimiento en el Espíritu».

Por ello el Papa Francisco concluyó con una oración: «que el Señor nos dé a todos nosotros este Espíritu pascual, de ir por los caminos del Espíritu sin compromisos, sin rigidez, con la libertad de anunciar a Jesucristo como Él vino: en carne»

25 de abril de 2017. **Misa por Teodoro II.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 17, viernes 28 de abril de 2017

A pocas horas del viaje a Egipto, el Papa Francisco ofreció «por mi hermano Teodoro II», patriarca copto de Alejandría, la misa celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta, el martes por la mañana 25 abril. «Hoy es san Marcos

evangelista, fundador de la Iglesia de Alejandría» dijo el Pontífice, pidiendo también «la gracia que el Señor bendiga nuestras dos Iglesias con la abundancia del Espíritu Santo». Y precisamente las palabras de Marcos «al final del Evangelio» (16, 15-20), propuestas por la liturgia de hoy, fueron el hilo conductor de la meditación del Papa: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación». En este mandato, explicó Francisco, «está la misión que Jesús da a los discípulos: la misión de

anunciar el Evangelio, de proclamar el Evangelio». Y «lo primero que pide Jesús es ir, no permanecer en Jerusalén: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación”». Es una invitación a «salir, ir».

Por otro lado, hizo notar el Papa, «el Evangelio es proclamado siempre en camino: nunca sentados, siempre en camino, siempre». Salir, por tanto, para ir «donde Jesús no es conocido y donde Jesús es perseguido o donde Jesús es desfigurado, para proclamar el

verdadero Evangelio». Y «como hemos escuchado en el cántico del aleluya, «nosotros anunciamos a Cristo crucificado, poder de Dios y sabiduría de Dios».

Precisamente «este es el Cristo que Jesús nos manda a anunciar».

Así los cristianos son llamados para «salir a anunciar, y también en esta salida va la vida, se juega la vida del predicador: no está seguro, no hay seguro de vida para los predicadores». Tanto que «si un predicador busca un seguro de

vida, no es un verdadero predicador del Evangelio: no sale, permanece, seguro». «Primero: id, salid» insistió el Pontífice. Porque «el Evangelio, el anuncio de Jesucristo, se hace en salida, siempre; en camino, siempre». Y «tanto en camino físico como en camino espiritual o en camino del sufrimiento: pensemos en el anuncio del Evangelio que hacen tantos enfermos — itantos enfermos!— que ofrecen los dolores por la Iglesia, por los cristianos». Son

personas que «siempre salen de sí mismas».

Pero « ¿cómo es el estilo de este anuncio?» es la cuestión propuesta por Francisco. «San Pedro, que fue precisamente el maestro de Marcos, es muy claro en la descripción de este estilo: ¿cómo se anuncia el Evangelio?». He aquí su respuesta, propuesta de nuevo en la primera lectura (*1 Pedro 5, 5-14*): «revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones». Sí, explicó el Papa, «el Evangelio es anunciado en humildad, porque

el Hijo de Dios se ha humillado, se ha aniquilado: el estilo de Dios es este, no hay otro». Y «el anuncio del Evangelio no es un carnaval, una fiesta que es algo bellísimo, pero esto no es el anuncio del Evangelio». Es necesaria «la humildad: el Evangelio no puede ser anunciado con el poder humano, no puede ser anunciado con el espíritu de trepar e ir arriba, ¡no! ¡Esto no es el Evangelio!».

«Humildad» sobre todo, como pide vivamente Pedro en la primera carta: «Revestíos todos

de humildad en vuestras mutuas relaciones». Y en seguida explica la razón de este estilo: «Porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes». Y «para anunciar el Evangelio es necesaria la gracia de Dios, y para recibir esta gracia es necesaria la humildad: el estilo del anuncio es esta propuesta». Y Pedro añade también estas palabras: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, confiadle todas vuestras preocupaciones».

La humildad es necesaria,
afirmó el Pontífice,
«precisamente porque nosotros
llevamos adelante un anuncio
de humillación, de gloria pero a
través de la humillación». Y «el
anuncio del Evangelio padece la
tentación: la tentación del
poder, la tentación de la
soberbia, la tentación de la
mundanidad, de tantas
mundanidades que hay y nos
llevan a predicar o a recitar».
Sí, explicó, «porque no es
predicación un Evangelio
aguado, sin fuerza, un
Evangelio sin Cristo crucificado

y resucitado». Precisamente «por esto Pedro dice que hay que vigilar: “Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistid firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos”».

«El anuncio del Evangelio, si es verdad, padece la tentación» remarcó Francisco. «Si un cristiano que dice que anuncia el Evangelio, con la palabra o con el testimonio, nunca es tentado», puede estar

«tranquilo» que el diablo no se preocupa «y cuando el diablo no se preocupa es porque no le damos problemas, porque estamos predicando algo que no sirve». He aquí por qué «en la verdadera predicación hay siempre algo de tentación y también de persecución». En resumen, indicó el Papa, «estilo de humildad, camino —porque se va fuera— camino de tentación, pero la esperanza» no debe disminuir. De hecho, escribe Pedro: «El Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo,

después de breves sufrimientos, os restablecerá». Y, añadió el Papa, «será precisamente el Señor el que nos lleve, dé la fuerza, porque esto es lo que Jesús ha prometido cuando envió a los apóstoles». Como indica Marcos en el pasaje evangélico de hoy: «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban». Sí, afirmó Francisco, «será el Señor quien nos consuele, nos dé la fuerza para ir adelante, porque Él

actúa con nosotros si somos fieles al anuncio del Evangelio, si salimos de nosotros mismos para predicar a Cristo crucificado, escándalo y locura, y si nosotros hacemos esto con un estilo de humildad, de verdadera humildad».

«Que el Señor —deseó Papa— nos dé esta gracia, como bautizados, todos, de tomar el camino de la evangelización con humildad, con confianza en Él mismo, anunciado el verdadero Evangelio: “El Verbo se hizo carne”». Y «esto es una locura, es un escándalo».

Evangelizar, por tanto, «en la conciencia de que el Señor está junto a nosotros, actúa con nosotros y confirma nuestro trabajo».

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.***

Año 2017.



Textos tomados de:

www.vatican.va

*Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com*

MAYO.

2 de mayo de 2017. Como los dos de Emaús.

8 de mayo de 2017. El Dios de las sorpresas.

9 de mayo de 2017.
Resistencia contra docilidad.

16 de mayo de 2017. La paz no es tranquilidad.

22 de mayo de 2017. **No
somos huérfanos.**

23 de mayo de 2017. **La
Iglesia no es de los tibios.**

2 de mayo de 2017. Como los dos de Emaús.

Martes.

Fuente: www.osservatoreroman

Un «diálogo a tres» debe tener como protagonista a cada uno de nosotros en un cara a cara con Jesús y la adúltera — pecadora pero víctima por excelencia de los «corazones de piedra» — para dejarnos llevar por la «ternura de Dios que, como fue para los dos discípulos de Emaús», nos

«calienta el corazón» y nos abre los ojos. Una fuerte invitación a no dejarnos cerrar en la «rigidez» que nos lleva incluso a «taparnos los oídos y rechinar los dientes» para no dejar pasar al Espíritu Santo, fue lanzada por el Papa en la misa celebrada el martes por la mañana, 2 de mayo, en Santa Marta.

«La semana pasada reflexionamos sobre el ser cristiano» — recordó Francisco — y «hemos visto que el cristiano es un testigo de obediencia», precisamente

como Jesús que obedeció hasta la muerte, y la muerte de cruz. Y «hoy la primera lectura nos hace ver otro testimonio de obediencia en Esteban», explicó el Papa haciendo referencia al pasaje de Hechos de los Apóstoles (7,51-8,1). Él es «perseguido, acusado, también con la misma maldad con la que lo fue Jesús, por decir la verdad, por testigo de la obediencia». Y esto, hizo presente Francisco, «me hace pensar en distintos modos de no entender la Palabra de Dios, porque estos que lapidaron a

Esteban no entendían la Palabra de Dios».

Así el Pontífice propuso sobre todo el ejemplo de los «discípulos de Emaús», que «no entendían y estaban en camino». Pero «¿qué les dice Jesús? “Insensatos y tardos de corazón para creer”», y después «comienza: sí, no estaban cerrados, pero no entendían». Ciertamente, reconoció el Papa, «no es una alabanza decir “insensato”; pero no es tan fuerte como lo que Esteban dice a esa gente» que termina lapidándolo: a ellos de hecho

les «dice "duros de cerviz", "incircuncisos de corazón y de oídos", y decir "incircunciso" a uno es decir "pagano"». Jesús a los discípulos de Emaús «no dice "pagano"» sino «dice "medio creyente": "Vosotros creéis, creíais, ahora no, estáis en duda"». Sin embargo aquellos que lapidaron a Esteban, explicó Francisco, «están convencidos: son paganos». Los discípulos de Emaús «no entendían, también tenían miedo porque no querían problemas y tomaban distancia de Jerusalén: tenían

miedo. Pero, eran buenos. Con estos límites, pero eran buenos: estaban abiertos a la verdad».

Sin embargo, quienes acusaron y lapidaron a Esteban, remarcó el Papa, «es gente cerrada a la verdad, cerrada; y cuando Esteban les regaña con estas palabras duras — “como vuestros padres, así vosotros” — estaban furiosos en su corazón: el corazón estaba cerrado por la furia “y rechinaban los dientes contra Esteban”». Los discípulos de Emaús, por su parte, tuvieron

una actitud diferente frente al reclamo y «sentían, dejaban entrar las palabras de Jesús, y el corazón se calentaba».

Los Hechos de los Apóstoles, prosiguió el Pontífice, cuentan además que «cuando Esteban dice que ve a Jesús en la gloria», sus perseguidores «se taparon los oídos: no querían — ino querían! — escuchar». Y «este es el drama de la cerrazón: la cerrazón dura, la dureza del corazón».

«El Señor advierte a su pueblo en el salmo 94: “No endurezcáis vuestro corazón

como en Meriba"» relanzó el Papa. Y «después, con el profeta Ezequiel, hace una promesa bellísima: "Tenéis un corazón de piedra, pero yo os daré un corazón de carne", es decir un corazón que sepa oír, que sepa escuchar, que sepa recibir el testimonio de obediencia y que precisamente el Verbo se ha hecho carne». Pero «esto — añadió — hace sufrir mucho, mucho, a la Iglesia: los corazones cerrados, los corazones de piedra, los corazones que no quieren abrirse, que no quieren

escuchar; los corazones que solamente conocen el lenguaje de la condena». Estos «saben condenar» y «no saben decir: "explícame, ¿por qué dices esto? ¿Por qué esto? Explícame". No, están cerrados, saben todos, no necesitan explicaciones». Y, «como reprocha Esteban y también Jesús a ellos: "¿qué habéis hecho a los profetas? Les habéis matado, porque os decían lo que no os gustaba"». En resumen, insistió el Papa, «no había sitio en su corazón para el Espíritu Santo». Sin

embargo precisamente «la lectura de hoy nos dice que Esteban, lleno de Espíritu Santo, había entendido todo: era testigo de la obediencia del Verbo hecho carne, y esto lo hace el Espíritu Santo». Y si Esteban «estaba lleno, un corazón cerrado, un corazón testarudo, un corazón pagano no deja entrar al Espíritu y se siente autosuficiente».

Francisco sugirió dirigir la mirada a «estos dos grupos: los dos de Emaús somos nosotros, con tantas dudas, tantos pecados, tantas veces que

somos cobardes y queremos alejarnos de la cruz, de las pruebas. Pero hagamos sitio para escuchar a Jesús que nos calienta el corazón. Y pidamos la gracia de ser como ellos». Miramos al otro grupo — ha exhortado el Papa — formado por aquellos «que se tapan los oídos, no querían escuchar: suficientes, cerrados en la rigidez de las leyes». A estos «Jesús habló mucho y dijo cosas más feas que las que dijo Esteban». Y «podemos terminar con un diálogo, un diálogo a tres: cada uno de nosotros

entra en un diálogo entre Jesús y la víctima de los corazones de piedra, la adúltera». Escribas y fariseos «querían lapidarla: era una pecadora, pecadora». Pero «Jesús responde solamente: “Mirad dentro de vosotros”». Y así, afirmó el Pontífice, «miramos esta ternura de Jesús: el testigo de la obediencia, el gran testigo Jesús, que dio la vida, nos hace ver la ternura de Dios respecto a nosotros, a nuestros pecados, a nuestras debilidades».

«Entramos en este diálogo — sugirió Francisco — y pedimos

la gracia que el Señor ablande un poco el corazón de estos rígidos, de esa gente que está cerrada siempre en la ley y condena todo lo que está fuera de esa ley: no saben que el Verbo se ha hecho carne, que el Verbo es testigo de obediencia; no saben que la ternura de Dios es capaz de apartar un corazón de piedra y poner en su lugar un corazón de carne».

8 de mayo de 2017. **El Dios de las sorpresas.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 12 de mayo de 2017

A Pedro no le faltó la valentía de dejarse sorprender por las novedades del Espíritu Santo para romper la rigidez del «siempre se ha hecho así», sin temor a dar «escándalo» o faltar a su misión de «piedra».

Pero con la libertad de «no ser impedimento a la gracia de Dios» y de no «silenciar el ruido que hace el Espíritu, cuando viene a la Iglesia». Sugiriendo pedir al Padre «la gracia del discernimiento», el Papa Francisco —en la misa celebrada el lunes 8 de mayo en Santa Marta— invitó a no cometer «el pecado de resistir al Espíritu Santo».

«En estos capítulos que hemos leído en estas semanas en los Hechos de los Apóstoles —hizo notar en seguida el Pontífice, refiriéndose en particular al

pasaje litúrgico (11, 1-18) y mostrando su actualidad— se ve a la comunidad cristiana en movimiento; y eso que hace mover a la comunidad es el Espíritu Santo». Hay que recordar, afirmó Francisco, «que Jesús había prometido esto a los discípulos, en la última cena: “Yo no os dejaré solos: os mandaré el espíritu de verdad, él os guiará en la verdad plena, os enseñará, os recordará”». Así es «precisamente el Espíritu Santo que mueve esta Iglesia: hemos escuchado muchos milagros,

muchas cosas extrañas», tanto que «algunos seguramente tenían miedo de estas novedades de la Iglesia». «El Espíritu —explicó el Papa— es el don de Dios, de este Dios, Padre nuestro, que siempre nos sorprende: el Dios de las sorpresas». Y esto «porque es un Dios vivo, es un Dios que habita en nosotros, un Dios que mueve nuestro corazón, un Dios que está en la Iglesia y camina con nosotros; y en este camino nos sorprende siempre». Por eso «como Él ha tenido la creatividad de crear el

mundo, así tiene la creatividad de crear cosas nuevas todos los días». Él, insistió Francisco, es «el Dios que nos sorprende». Pero, añadió, «también esto crea dificultad: por ejemplo los apóstoles, los hermanos que estaban en Judea supieron que también los paganos habían acogido la Palabra de Dios». Refiriéndose a ellos como «los incircuncisos», se preguntaban: «¿Cómo puede suceder esto? Se ve que Pedro y que los otros se han equivocado, han ido más allá buscando una novedad, ¡pero quién sabe!». Y

así «comenzó la desconfianza». Hasta el punto que «cuando Pedro subió a Jerusalén, los fieles circuncisos lo reprocharon diciendo: “¡Has entrado en casa de hombres no circuncidados, y han comido junto a ellos!”». Sería como decir: «¡Pero mira qué escándalo estás dando! Tú, Pedro, la piedra de la Iglesia, ¿dónde nos llevas?”».

Por su parte, se lee en los Hechos, «Pedro cuenta qué sucedió y, con toda sencillez, esa visión del cielo». Después cuenta también de esos

«hombres que le pidieron ir a casa de este pagano». Y precisamente «cuando hablaba con ellos —recordó el Papa— descendió el Espíritu, cambió todo, y Pedro bautiza: entiende el signo de Dios, es capaz de tomar una decisión valiente, es capaz de acoger la sorpresa de Dios».

En la conclusión de su discurso, Pedro «pide perdón» diciendo estas palabras: «Si por tanto Dios les ha dado a ellos el mismo don que nos ha dado a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo

para poner impedimento a Dios?"». Esta —explicó Francisco— «es precisamente la palabra del instrumento apostólico, de ese apóstol que se siente instrumento de Dios: ¿pero quién soy yo para detener la gracia de Dios, para hacer callar el ruido que hace el Espíritu, cuando viene a la Iglesia?».

Así precisamente «delante de tantas sorpresas del Señor — después de esto los apóstoles deben reunirse y discutir y llegar a un acuerdo para dar el paso adelante que el Señor

quiere— delante de tantas cosas», el Papa Francisco propuso «dos palabras» que, confió, «me vienen a la mente para decir».

«Siempre, desde los tiempos de los profetas hasta hoy, está el pecado de resistir al Espíritu Santo: la resistencia al Espíritu», afirmó. Y «este es el pecado que reprocha Esteban precisamente a los miembros del sanedrín: “Vosotros y vuestros padres habéis resistido siempre al Espíritu Santo”». La resistencia al Espíritu Santo, por tanto.

Expresada también al decir: "No, siempre se ha hecho así y debe hacerse así"». Casi aconsejando «no venir con estas novedades: Pedro, estate tranquilo, tómate una pastilla que te calme los nervios, estate tranquilo».

Pero esta es precisamente «la cerrazón a la voz de Dios», afirmó el Pontífice. Y «el Señor, en el salmo 94, habla a su pueblo: no endurezcáis vuestro corazón como vuestros padres en Meribá». Más bien «buscad la voluntad del Señor, la voz del Señor, eso que el Señor

quiere». Y «lo que el Señor quiere es que haya otros pueblos, lo hemos escuchado en el Evangelio» (*Juan 10, 11-18*), porque «hay otros rebaños que no pertenecen pero habrá “un solo rebaño, un solo pastor” ». Sin embargo terminaba que los paganos eran juzgados, «como condenados», y también «los prosélitos, esos paganos que se hicieron creyentes», eran considerados «creyentes de segunda clase: ninguno lo decía, pero de hecho», era así.

«La cerrazón, la resistencia al Espíritu Santo», prosiguió Francisco, sucede también a través de «esa frase que cierra siempre, que te paraliza: "Siempre se ha hecho así"». Pero esta forma de hacer «mata: mata la libertad, mata la alegría, mata la fidelidad al Espíritu Santo que siempre actúa hacia adelante, llevando adelante la Iglesia». Por otro lado, añadió, «¿cómo puedo saber si una cosa es del Espíritu Santo o es de la mundanidad, del espíritu del mundo o es del espíritu del

diablo?».

La única forma, explicó el Papa, es «pedir la gracia del discernimiento». De hecho «el instrumento que el mismo Espíritu nos da es el discernimiento: discernir, en cualquier caso, cómo se debe hacer». Y «es lo que han hecho los apóstoles: se reunieron, hablaron y vieron que ese era el camino del Espíritu Santo». Sin embargo «esos que no tenían este don, o no habían rezado para pedirlo, permanecieron cerrados y quietos». Y los cristianos

deben, «sobre todo en un tiempo que es tan comunicado, con tantas novedades, saber discernir: discernir una cosa de la otra, discernir cuál es la novedad, el vino nuevo que viene de Dios; cuál es la novedad que viene del espíritu del mundo y cuál es la novedad que viene del diablo».

Alguno puede pensar — prosiguió el Papa— que si estos paganos eran pecadores y condenados y después cambiaron, ¿la fe cambia?». No, es la respuesta, «la fe no cambia nunca, la fe es la

misma, pero está en movimiento, crece, aumenta». Al respecto «un viejo monje del siglo v, san Vincenzo de Lerino, dijo esta frase: “Las verdades de la Iglesia van adelante”, *ut annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*». Es decir, «se consolidan con los años, se desarrollan con el tiempo, se profundizan con la edad». Y esto «para que sean más fuertes con el tiempo, con los años, se agranden con el tiempo y sean más ensalzadas con la edad de la Iglesia». Este es «el camino», explicó

Francisco: «es la misma verdad pero que se hace entender mejor». Nos ayuda «esa palabra de Jesús: “Habrá un solo rebaño”». Pero «los discípulos no han entendido eso que Jesús quería decir, y quería decir esto: también los paganos recibirán el Espíritu».

En conclusión, el Pontífice invitó a pedir «al Señor la gracia del discernimiento para no equivocarse de camino y no caer en la inmovilidad, en la rigidez, en la clausura del corazón».

9 de mayo de 2017.

Resistencia contra docilidad.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 12 de mayo de 2017

Fueron los laicos, «dispersos por la persecución desencadenada después del martirio de Esteban», quienes llevaron «la palabra a los paganos de Antioquía», donde «por primera vez fueron

llamados “cristianos”»,
obteniendo después la vía libre
y el aliento de la comunidad de
los apóstoles en Jerusalén a
través de Bernabé. Y el secreto
de esa primera y extraordinaria
evangelización fue «la docilidad
ante el Espíritu Santo para
acoger y anunciar la Palabra»,
dijo el Papa en la misa del
martes 9 de mayo, por la
mañana, invitando a rezar
también hoy precisamente «por
Antioquía». Y ofreciendo la
celebración «por las religiosas
de Casa Santa Marta» —las
hijas de la caridad de San

Vicente de Paúl— que recuerdan «el día de su fundadora, santa Luisa de Marillac».

Francisco hizo notar enseguida que la primera lectura propuesta por la liturgia, extraída de los Hechos de los Apóstoles (11, 19-26), «comienza con estas palabras: "en aquellos años, los que se habían dispersado cuando la tribulación originada a la muerte de Esteban».

Efectivamente, «después del martirio de Esteban estalló un gran persecución en Jerusalén

y los creyentes se dispersaron por todos lados».

Permanecieron «solamente los apóstoles» mientras «los laicos se fueron, dispersos: fueron ellos los que llevaron la buena noticia de Jesús: dispersos».

Una persecución, entonces, después de «ese martirio de Esteban» que «reprochó muchas veces — ¡muchas veces! — la dureza de corazón a los jefes, a los doctores de la ley».

Y «la palabra más fuerte que» Esteban «continuamente repetía» era precisamente: «vosotros siempre habéis

resistido al Espíritu Santo»: el pecado, en definitiva, de «resistir al Espíritu Santo, hacer resistencia al Espíritu Santo».

«Hoy —hizo presente— las lecturas nos hablan de otra actitud, la contraria: la docilidad ante el Espíritu Santo, que es la actitud de los cristianos». Y así, explicó refiriéndose al pasaje de los Hechos de los Apóstoles, «yo me pregunto: estos que fueron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, ¿no proclamaban la Palabra a nadie que no fuera

judío” porque «tenían todavía esta mentalidad, que la salvación es para los judíos?». Sin embargo se lee en el texto: «Pero algunos de ellos, gente de Chipre y de Cirene, llegados a Antioquía, comenzaron a hablar también a los griegos, anunciando que Jesús es el Señor. Y la mano del Señor —el Espíritu del Señor— estaba con ellos». Y así «crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor» como refieren los Hechos.

Entonces estos cristianos, explicó el Pontífice, «dieron el

paso de anunciar a Jesucristo a los paganos con naturalidad, porque sentían dentro que el Espíritu le impulsaba a esto: fueron dóciles». Por ello «han sido los laicos a llevar la palabra, después de la persecución, porque tenían esta docilidad ante el Espíritu Santo».

Al respecto, aclaró Francisco, «hoy querría decir algo sobre esta docilidad». El apóstol Santiago, «en el primer capítulo de su carta, nos aconseja que acojamos la palabra con docilidad, recibirla

como llega: la palabra que lleva el Espíritu». He aquí, añadió, es necesario «ser abiertos, no cerrados, no rígidos: abiertos». Y «el primer paso es acoger la palabra, el primer paso en el camino de la docilidad es acoger la palabra: abrir el corazón, recibirla, dejarla entrar como la semilla que luego germinará».

Una vez recibida la palabra, prosiguió el Papa, «después se profundiza un poco» y «el segundo paso es conocer la palabra: conocer la palabra y conocer a Jesús». En el

Aleluya, hizo notar, «hemos cantado: "mis ovejas escuchan mi voz, dice el Señor, yo las conozco y ellas me siguen"». Entonces «me conocen y me siguen» dice el Señor, como se lee en el Evangelio de Juan (10, 22-30) propuesto por la liturgia. «El rebaño no sigue a los brigantes, no sigue a los que no entran por la puerta», precisó el Papa, insistiendo luego en la palabra «"conocer": conocen, por la fuerza del Espíritu, porque son dóciles al Espíritu, cual es la palabra de Jesús».

«Y luego, un tercer paso, es la familiaridad con la palabra», volvió a insistir Francisco. Es importante «llevar siempre con nosotros la palabra, leerla, abrir el corazón a la palabra, abrir el corazón al Espíritu es lo que nos hace entender la palabra». Y «el fruto de este recibir la palabra, de conocer la palabra, de llevarla con nosotros, de esta familiaridad con la palabra, es un fruto grande: la actitud de una persona que hace esto, es» animado por «bondad, benevolencia, alegría, paz,

dominio de sí, docilidad». En definitiva, «todo lo que el apóstol Pablo dice a los Gálatas en el quinto capítulo de su carta».

«El estilo que nos da la docilidad hacia el Espíritu es esto» explicó una vez más el Pontífice; pero «debo recibir el Espíritu que me lleva a la palabra docilidad, y esta docilidad, no hacer resistencia ante el Espíritu, me llevará a este modo de vivir, a este modo de actuar».

El camino adecuado, por ello, es «recibir con docilidad la

palabra, conocer la palabra y pedir al Espíritu la gracia de hacerla conocer». Y «además dar lugar para que esta semilla germine y crezca en aquellas actitudes de bondad, docilidad, benevolencia, paz, caridad, dominio de sí : todo esto que hace el estilo cristiano».

Los Hechos de los Apóstoles, afirmó una vez más Francisco, nos dicen que «cuando la noticia de esta gente que, venida de Chipre y de Cirene anunciaba la palabra a los paganos, llegó a Jerusalén, también ellos se asustaron un

poco y mandaron a Bernabé a Antioquía: “¿pero qué sucede? Estos están estropeando la fe, ¿cómo es que se predica la palabra a un pagano, a un no circunciso? ¿Cómo es que la predicán no los apóstoles, sino esta gente que nosotros no conocemos?”».

Y «es bonito», comentó el Papa, lo que se lee en los Hechos: «enviaron a Bernabé a Antioquía. Cuando llegó y vio la gracia de Dios se alegró y exhortaba a todos a permanecer, con corazón firme, unidos al Señor». Bernabé,

siguen narrando los Hechos, era «un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo». Una actitud que «es el contrario» respecto «a las resistencias que Esteban reprochaba a los jefes, a los doctores de la ley: “vosotros habéis resistido al Espíritu Santo”».

Francisco entonces sugirió que nos preguntemos «si resistimos al Espíritu», si «le oponemos resistencia o lo acogemos con docilidad, esta es la palabra de Santiago: “acoger con docilidad”». Se podría decir, en resumen, «resistencia contra

docilidad» afirmó el Papa, invitándonos a pedir la gracia de ser dóciles. «Y un poco fuera de la homilía —concluyó el Pontífice— me gusta decir esto, que es como termina esta lectura: fue precisamente en Antioquía donde nos dieron el apellido, precisamente allí: en Antioquía por primera vez los discípulos fueron llamados “cristianos”. Es bonito, pero recemos por Antioquía».

16 de mayo de 2017 **La paz no es tranquilidad.**

Martes.

Fuente: www.osservatoreroman

Del riesgo de dejarse embaucar por una «paz tranquila, artificial y anestesiada» –con el cartel de «no molestar» incluido– típica del mundo y que cada uno puede fabricarse por sí mismo, advirtió el Papa Francisco en la misa celebrada el martes 16 de mayo en Santa Marta. Y propuso de nuevo la

verdadera esencia de la paz que sin embargo nos dona Jesús: «una paz real» porque está enraizada en la cruz, capaz de pasar a través de las muchas tribulaciones cotidianas de la vida, entre sufrimientos y enfermedades. Pero sin caer en el estoicismo o haciendo “de faquires”. Y precisamente respecto a esto, Francisco quiso reproponer el pensamiento eficaz de san Agustín: «La vida del cristiano es un camino entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de

Dios» (*De Civitate Dei* XVIII, 51).

Para su meditación el Pontífice se inspiró en el pasaje evangélico de Juan (14, 27-31), propuesto por la liturgia: «Jesús estaba en la cena con sus discípulos, la última cena, y les dice: “os dejo la paz, mi paz os doy”». Él, insistió el Papa, «les regala la paz». Y añadió también: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde».

Haciendo esto, explicó Francisco, «el Señor comienza a despedirse de los suyos» precisamente «con este regalo,

con el don de la paz». Además, prosiguió, «hemos escuchado también el pasaje de los Hechos de los Apóstoles» (14, 19-28), que cuenta «el viaje que Pablo y Bernabé hicieron desde Antioquía para después volver a Antioquía, y escuchamos las cosas que sufrieron». Tanto que la pregunta propuesta por el Papa es precisamente si «esta es la paz que te da Jesús». Pablo y Bernabé, de hecho, «predicaban en Listra»; pero – nos dicen los Hechos – «vinieron de Iconio algunos

que persuadieron a la multitud que lo que predicada Pablo no era verdad». Y la multitud enseguida fue «por otro lado: lapidaron a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, dándole por muerto».

En resumen, se preguntó el Pontífice, «¿pero esta es la paz que da Jesús? ¿O Pablo no había recibido la paz?». Los Hechos cuentan después que Pablo «"se levantó y, rodeado de los discípulos entró en la ciudad", porque no estaba muerto, y continuó anunciando el Evangelio». Con su estilo,

explicó Francisco, «había hecho un número considerable de discípulos y antes de irse ordenó sacerdotes, presbíteros, para que cuidara de esa gente». Así Pablo «seguía trabajando». Y frente a todo esto repetía: «Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios»

Por tanto, afirmó el Pontífice, «es una paz en medio de las tribulaciones». Y por esta razón «cuando Jesús da este regalo y dice a sus discípulos: “os dejo la paz, mi paz os doy”, añade:

“no os la doy como la da el mundo, yo os la doy a vosotros”». De hecho, explicó el Papa, «la paz que nos ofrece el mundo es una paz sin tribulaciones: nos ofrece una paz artificial, una paz que más que paz es tranquilidad». Sería como decir: «por favor, no molestar: yo quiero estar tranquilo».

Se podría decir, prosiguió Francisco, que el mundo nos ofrece «una paz que mira solamente a las propias cosas, a las propias seguridades, que no falte nada». A este

propósito, el Pontífice hizo referencia a la «figura del rico Epulón, ese hombre que vivía en paz, feliz, siempre con los amigos, pero amigos interesados porque iban con él porque se comía bien en esa casa, se hacía fiesta». Y así, «estaban todos tranquilos», pero también estaban todos «cerrados: no veían más allá». «El mundo nos enseña el camino de la paz con la anestesia» volvió a repetir el Papa. Y el mundo «nos anestesia para no ver otra realidad de la vida: la cruz».

Por este motivo «Pablo dice que se debe entrar en el reino del cielo en el camino, con muchas tribulaciones». Pero «¿se puede tener paz en la tribulación?».

«Por nuestra parte, no» respondió Francisco, porque «nosotros no somos capaces de hacer una paz que sea tranquilidad, una paz psicológica, una paz hecha por nosotros porque las tribulaciones existen: hay quien tiene un dolor, una enfermedad, una muerte». En cambio «la paz que da Jesús es un regalo: es un don del

Espíritu Santo». Y «esta paz va en medio de las tribulaciones y va hacia adelante: no es – precisó– una especie de estoicismo, como el que hace el faquir». Es exactamente «otra cosa, es un don que nos hace seguir adelante». Tanto que «Jesús, después de haber dicho esto, se fue al Monte de los Olivos porque les dijo: “ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo». Y diciendo estas palabras, «se fue a sufrir la tentación: el ofrece todo a la voluntad del Padre y

sufre, pero no falta la consolación de Dios». Se lee efectivamente en el Evangelio: «Se le apareció del cielo un ángel para consolarle».

He aquí, entonces, explicó el Papa, que «la paz de Dios es una paz real, que va en la realidad de la vida, que no niega la vida». Porque «la vida es así: hay sufrimiento, hay enfermos, hay muchas cosas feas, hay guerras, pero esa paz de dentro, que es un regalo, no se pierde, sino que se sigue adelante llevando la cruz y el sufrimiento». Con la conciencia

de que «una paz sin cruz no es la paz de Jesús: es una paz que se puede comprar». Quizás «podemos fabricarla nosotros, pero no es duradera: termina». Llevando su reflexión a la vida cotidiana de cada uno, el Papa explicó que «cuando yo me enfado y pierdo la paz, cuando mi corazón se preocupa, es porque no estoy abierto a la paz de Jesús; porque no soy capaz de llevar la vida tal como viene, con las cruces y los dolores que llegan: porque no soy capaz de pedir: “Señor, dame tu paz”». Y esta, afirmó

Francisco, «es una bonita gracia para pedir hoy, escuchando este pasaje de Jesús y esa palabra de Pablo: “debemos entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones”». De aquí la invitación a pedir «la gracia de la paz, de no perder esa paz interior». Por ello, al finalizar, la oración sugerida por el Papa fue que «el Señor nos haga entender bien cómo es esta paz que Él nos regala con el Espíritu Santo».

22 de mayo de 2017. **No
somos huérfanos.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
21, viernes 26 de mayo de
2017

«Señor, ábreme el corazón para
que yo pueda entender lo que
tú me has enseñado. Para que
yo pueda recordar tus palabras.
Para que yo pueda seguir tus
palabras. Para que yo llegue a
la verdad plena». Es la

“oración” para «hacer estos días» sugerida por el Papa durante la misa celebrada el lunes por la mañana, 22 de mayo, en Santa Marta.

Francisco la pronunció comentando como es habitual la liturgia de la palabra que — explicó— «en estos días nos hace escuchar el largo discurso de Jesús en la Última cena» en el que anuncia «a los suyos» el envío del Espíritu Santo.

Se trata de «un discurso en el cual Jesús advierte, enseña, consuela» a los discípulos y «les da esperanza»

asegurando: «“Estad tranquilos, no os dejaré huérfanos. Yo me iré, pero vosotros no os quedáis huérfanos, porque os mandaré otro “abogado” para defenderos delante del Padre». Al respecto el Pontífice hizo notar que si «el primer abogado era Él», Cristo mismo, «el gran abogado que nos ha perdonado todos los pecados, que nos defiende», en la Última cena habla de un segundo “abogado”. De hecho dice: «os mandaré otro que os acompañará», explicando que «cuando venga el Paráclito —es

decir el abogado, que es el Espíritu Santo— que yo os mandaré del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí».

Según Francisco esto «quiere decir que solamente el Espíritu Santo nos da la seguridad de ser salvados por Jesús», que es «solamente el Espíritu Santo el que nos enseña a decir: “Jesús es el Señor”». Mientras que «sin el Espíritu, ninguno de nosotros es capaz de decirlo, de escucharlo, de vivirlo». Por otro lado, añadió el Papa, «Jesús, en

otros pasajes de este largo discurso, ha dicho» que el Espíritu «“os conducirá a la verdad plena”, nos acompañará hacia la verdad plena. “Os hará recordar todas las cosas que yo he dicho; os enseñará todo”».

Por esto, aseguró el Pontífice, «el Espíritu Santo es el compañero de camino de cada cristiano» y «también el compañero de camino de la Iglesia. Y este es el don que Jesús nos da».

Basándose en la propia experiencia de obispo, Francisco recordó que «cuando

celebramos las confirmaciones y hacemos la unción en la frente de los confirmandos, decimos: “Recibe por esta señal el Don del Espíritu Santo”». De hecho, el Paráclito «es un don: el gran don de Jesús, es el Espíritu. El que no nos hace equivocarnos».

Entonces viene natural preguntarse: «¿Dónde vive el Espíritu?». El Papa identificó una posible respuesta en la primera lectura litúrgica, tomada de Hechos de los Apóstoles (16, 11-15), que cuenta una «aventura de los

apóstoles hacia Macedonia, donde fueron llamados».

Parafraseando el pasaje bíblico, el Pontífice añadió que «llegados a Filipos, en la ciudad, el sábado fueron al río donde se rezaba; y allí había un grupo de mujeres que rezaban». Así los apóstoles «comenzaron a predicar a las mujeres, sobre Jesús». Y está escrito en el libro de los Hechos que «escuchando estaba también una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura». Ella, comentó Francisco, «no era tonta: era una

comerciante, sabía hacer las cosas». Ella, «de la ciudad de Tiatira» era «una creyente en Dios. Y el Señor le abrió el corazón para adherirse a la Palabra de Dios». Es decir, insistió el Papa, «le abrió el corazón para que entrara el Espíritu Santo y ella» se convirtiera «en una discípula». De hecho, «es precisamente en el corazón» que «nosotros llevamos al Espíritu Santo». Tanto que «la Iglesia lo llama "el dulce huésped del corazón"». Pero, advirtió el Pontífice, «en un corazón

cerrado no puede entrar» ni es posible comprar «las llaves para abrir el corazón», porque «es un don también eso. Es un don de Dios». De aquí la invocación de Francisco: «Señor, ábreme el corazón para que entre el Espíritu y me haga entender que Jesús es el Señor». En resumen, exhortó, «corazón abierto para que el Espíritu entre, y nosotros, escuchemos al Espíritu». De esta doble observación, finalmente, el Papa invitó a realizarse «dos preguntas solamente que se pueden

tomar de estas lecturas», sobre las cuáles «hará bien» reflexionar. La primera es: «¿yo pido al Señor la gracia de que mi corazón esté abierto?». Y la segunda: «¿trato de escuchar al Espíritu Santo, sus inspiraciones, las cosas que Él dice a mi corazón para que yo vaya adelante en la vida de cristiano, y pueda testimoniar también yo que Jesús es el Señor?». Este es entonces el consejo conclusivo de Francisco: «Pensad en estas dos cosas, hoy: mi corazón está abierto, y yo hago el esfuerzo

de escuchar al Espíritu Santo,
qué me dice. Y así iremos
adelante en la vida cristiana y
daremos también nosotros
testimonio de Jesucristo».

23 de mayo de 2017. **La Iglesia no es de los tibios.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 26 de mayo de 2017

La Iglesia no debe ser nunca «tibia» y está llamada, así como cada cristiano, a un camino de «conversión diario». Es necesario de hecho prestar atención a no adecuarse a un estado «tranquilo»,

«mundano», y estar siempre abiertos al «anuncio alegre que Jesús es el Señor». Como hizo, por ejemplo, el arzobispo Óscar Arnulfo Romero, recordado por el Papa Francisco en el segundo aniversario de la beatificación, durante la misa celebrada en Santa Marta el martes 23 de mayo.

El Pontífice tomó la primera lectura (*Hechos de los Apóstoles* 16, 22-34) y, explicando de que se trata del pasaje final de una historia más amplia, resumió toda la evolución. Es un momento

importante de la predicación de Pablo y Silas que, llegados a la ciudad de Filipos, encuentran «una esclava que practicaba la adivinación» y que gracias a su actividad hacía ganar mucho a sus amos. Esta mujer, al ver a los dos que «iban a rezar», comenzó a gritar: «¡Estos son siervos de Dios!».

Aparentemente, hizo notar el Papa, se trataba de una «alabanza». Pero, sus palabras, repetidas «todos los días» tuvieron una consecuencia. Se lee en los Hechos que «un día Pablo se cansó». El apóstol,

explicó el Pontífice, «tenía el espíritu de discernimiento y sabía que esta mujer estaba poseída del mal espíritu», por eso «se dirigió a ella» y «expulsó al espíritu malo». La inmediata consecuencia fue que «esta señora, esta esclava ya no puedo adivinar y sus amos viendo desvanecerse sus ganancias —ganaban mucho— tomaron a Pablo y Silas y les llevaron ante las autoridades». Empezó así una serie de acusaciones.

Y precisamente en este punto se inserta el pasaje propuesto

por la liturgia del día en la cual se lee que «los pretores les hicieron arrancar los vestidos y mandaron azotarles con varas. Después de haberles dado muchos azotes, los echaron a la cárcel y mandaron al carcelero que los guardase con todo cuidado. Éste, al recibir tal orden, los metió en el calabozo interior y sujetó sus pies en el cepo». Pero a este punto, dijo el Papa, «intervino Dios» y así, mientras «hacia media noche Pablo y Silas cantaban, alababan a Dios y los otros prisioneros escuchaban», llega

un «fuerte terremoto y se abren todas las puertas». Y frente a un evento tan excepcional, el carcelero, temiendo la fuga de los reclusos, quería matarse porque «la ley de aquel tiempo» preveía que cuando los prisioneros escapan se juzgaba al custodio.

Entonces «Pablo gritó: “No te hagas ningún mal, que estamos todos aquí”. Y ese no entendió: “Pero ¿cómo sucede esto? ¿Estos delincuentes en vez de aprovechar la oportunidad de escapar están aquí?”. El

carcelero, dándose cuenta que había sucedido «algo extraño y que era algún signo de Dios, tanto el temblor como las puertas abiertas y que ninguno de ellos había escapado», se precipitó dentro «y temblando cayó a los pies de Pablo y Silas y después les llevó fuera y dijo: “señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?”».

Evidentemente, señaló Francisco, era «un hombre al que el Espíritu había tocado el corazón». La respuesta de los dos fue: «“Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu

casa". Y proclamaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. Él los tomó consigo a esa hora de la noche, les lavó las heridas y enseguida fue bautizado, él con todos los suyos; después les hizo subir a casa, preparó la mesa y se llenó de alegría"; festejaron esta gracia». Se trata, dijo el Papa concluyendo la narración, de «una bonita historia que nos hace pensar».

De aquí partió la reflexión que sobre todo destacó cómo en la situación se encuentra un «pasaje». Se inicia, de hecho,

con «un estado de predicación tranquila porque Pablo y Silas tenían que estar contentos porque esta esclava que tenía tanta autoridad, esta maga, esta adivinadora, dijera que ellos eran hombres de Dios». El hecho es que esa «no era la verdad». Y «¿por qué?», se preguntó el Pontífice. «Porque Pablo —fue la respuesta— movido por el Espíritu, entendió que esa no era la Iglesia de Cristo, que ese no era el camino de la conversión de esa ciudad, porque todo permanecía tranquilo, no había

conversiones. Sí, todos aceptaban la doctrina: “Qué bonito, qué bonito, estamos todos bien”».

Una situación, subrayó el Papa, que «se repite» más veces «en la historia de la salvación»: de hecho, «cuando el Pueblo de Dios estaba tranquilo o servía a la mundanidad, no digo a los ídolos, no, a la mundanidad y estaba en la mediocridad», el Señor «enviaba a los profetas». Es más: «a los profetas les sucedió lo mismo que a Pablo: eran perseguidos, golpeados,

¿por qué? Porque
incomodaban».

Algo hecho igualmente por
Pablo, «hombre de
discernimiento»,
comprendiendo que el espíritu
que poseía la magia, «era un
espíritu de mediocridad, que
hacía tibia a la Iglesia»,
entendió el engaño y expulsó al
espíritu malo. Y la verdad se
supo».

Es una dinámica, dijo el
Pontífice, que sucede todavía
hoy en la Iglesia: «cuando
alguno denuncia tantos modos
de mundanidad es mirado con

malos ojos, esto no va, mejor que se aleje». Y añadió: «yo recuerdo en mi tierra, muchos, muchos hombres y mujeres, consagrados buenos, no ideológicos, pero que decían: "No, la Iglesia de Jesús es así..."», de aquellos dijeron: «¡Este es comunista, fuera!», y les echaban, les perseguían. Pensemos en el beato Romero». Y esto sucedió a «muchos, muchos en la historia de la Iglesia, también aquí en Europa». La explicación se encuentra en el hecho de que «el mal espíritu prefiere una

Iglesia tranquila sin riesgos, una Iglesia de negocios, una Iglesia cómoda, en la comodidad de la mediocridad, tibia».

Para comprender mejor este razonamiento, el Papa recordó dos palabras que se encuentran en el pasaje de la Escritura tomado en consideración, una «al inicio de la historia» y otra «al final». Si se lee con atención, de hecho, se ve que «los amos de este señora, esclava, adivinadora, se enfadaron porque habían

dejado de ganar dinero». Esta es la palabra: «dinero».

De hecho, «el mal espíritu siempre entra por el bolsillo» y, sugirió el Pontífice «cuando la Iglesia es tibia, tranquila, toda organizada, no hay problemas, mirad dónde están los negocios, enseguida». Hay después otra palabra que surge al final de la narración: «alegría». De hecho se lee que el carcelero, después de haber sido bautizado, «preparó la mesa y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios». Así está claro, dijo

Francisco, «el camino de nuestra conversión cotidiana: pasar de un estado de vida mundano, tranquilo sin riesgos, católico, sí, sí, pero así, tibio, a un estado de vida del verdadero anuncio de Jesús, a la alegría del anuncio de Cristo. Pasar de una religiosidad que mira demasiado a los beneficios, a la fe y a la proclamación: “Jesús es el Señor”». Y esto, añadió, «es el milagro que hace el Espíritu Santo».

Por eso el Papa sugirió a los presentes releer el capítulo 16

de los Hechos de los Apóstoles, para comprender mejor «este recorrido» y cómo «el Señor con sus testigos, con sus mártires, hace ir adelante a la Iglesia». Nos daremos cuenta que «una Iglesia sin mártires da desconfianza; una Iglesia que no corre el riesgo da desconfianza; una Iglesia que tiene miedo de anunciar a Jesucristo y expulsar los demonios, los ídolos, al otro señor, que es el dinero, no es la Iglesia de Jesús».

Concluyendo la meditación, Francisco recordó cómo en la

liturgia del día hay una oración en la que se da gracias «al Señor por la renovada juventud que nos da con Jesús». También la Iglesia de Filipos, dijo, «fue renovada y se convirtió en una Iglesia joven».

Por tanto, debemos rezar para que «todos nosotros tengamos esto: una renovada juventud, una conversión de la forma de vivir tibios al anuncio alegre de que Jesús es el Señor».

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.***

Año 2017.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

JUNIO.

5 de junio de 2017. **El riesgo de la misericordia.**

6 de junio de 2017. **El hipócrita es siempre un adulator.**

12 de junio de 2017. **Dios se las arregla para entrar.**

13 de junio de 2017. **Imágenes fuertes.**

16 de junio de 2017.

Reconocer nuestra vulnerabilidad.

5 de junio de 2017. **El riesgo de la misericordia.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 9 de junio de 2017

Acogiendo a los judíos perseguidos, en los años de la Segunda Guerra Mundial, Pío XII atestiguó cómo se cumplen las obras de misericordia: compartiendo, compadeciendo, corriendo el riesgo en primera persona y sin miedo a burlas o

incomprensiones. Con un llamamiento a redescubrir y poner en práctica «las catorce obras de misericordia corporales y espirituales» el Papa Francisco invitó a un examen de conciencia personal en la misa celebrada el lunes 5 de junio en Santa Marta.

Para su meditación, Francisco hizo referencia a la «primera lectura de la liturgia de hoy, tomada del libro de Tobías» (*Tb* 1, 3; 2, 1-8): «Toda una historia, pero hoy nos habla de cómo era Tobit, —Tobit, el padre de Tobías— cómo era su

vida de fe: un hombre creyente». Quizá «parece, al inicio, que él presume un poco; pero no, no es así» observó el Papa.

«Simplemente, es una historia que tiene momentos feos y al final hay un mensaje». Y «hoy este pasaje nos habla del testimonio de Tobit, ese testimonio de misericordia». Tobit, de hecho, «hace las obras de misericordia». Se lee en el texto bíblico: «Yo, Tobit, he andado por caminos de verdad y en justicia todos los días de mi vida y he repartido muchas

limosnas entre mis hermanos y compatriotas, deportados conmigo a Nínive —fue prisionero, esclavo en Nínive— al país de los asirios».

En resumen, Tobit «era un hombre rico, pero era generoso». Pero «después —explicó Francisco— ocurrió esto, cuando él en la fiesta de Pentecostés hizo preparar una buena comida y antes de sentarse a la mesa dijo al hijo que saliera y viera si había algún hermano judío pobre para invitarle a comer: hacía una obra de misericordia». Y es

así que, prosiguió el Papa, «el hijo viene —él estaba feliz, era un día de fiesta— y dice que habían matado a un hermano judío». Enseguida Tobit «se levantó, dejó intacta la comida, después fue a la plaza, sacó al hombre de la plaza, lo llevó a una habitación esperando el ocaso para enterrarlo». Y al final, se lee en el pasaje, «volví, me lavé —dice Tobit— y comí con tristeza».

Tobit puso en práctica «una obra de misericordia, una las catorce obras de misericordia corporales y espirituales»

afirmó Francisco. Y «en la lista de las obras de misericordia que la Iglesia nos da, esta es la última: rezar a Dios por los vivos y los difuntos, y por tanto también enterrar a los muertos». Precisamente por esta razón, confió el Papa, «yo quisiera hoy hablar sobre las obras de misericordia».

«Una obra de misericordia — explicó— significa no solo compartir lo que yo tengo».

Cierto, «esto es muy importante: y Tobit compartía el dinero, porque era rico y daba limosnas». Pero

«compartía también la amistad: invitaba a comer a los pobres». Por eso, advirtió el Pontífice, no se trata «solo de compartir, sino de compadecer, es decir, de sufrir por quien sufre».

Por otro lado, hizo presente, «una obra de misericordia no es hacer algo para descargar la conciencia: una obra de bien, así estoy más tranquilo, me quito un peso de encima.

¡No!». Cumplir una obra de misericordia significa «también compartir el dolor de los otros», porque «compartir y compadecer van juntas». Por

eso «es misericordioso el que sabe compartir y también compadecerse de los problemas de otras personas».

Y he aquí las preguntas que Francisco sugirió, precisamente como examen de conciencia:

«¿Yo sé compartir? ¿Soy generoso, soy generosa?

¿Cuando veo una persona que sufre, que está en dificultad, también yo sufro? ¿Sé ponerme en los zapatos de los otros, en la situación de sufrimiento?».

Las palabras en Tobías son elocuentes: «Comí con tristeza». Expresan bien la idea

de «compartir y compadecer. Esta es la primera característica, la primera forma, la primera consecuencia de una obra de misericordia: yo comparto, yo me compadezco». «Pero luego hay otra cosa» continuó el Papa. Efectivamente «hacer obras de misericordia a veces significa arriesgarse». Y esto es respaldado nuevamente por el pasaje del libro de Tobías propuesto por la liturgia. «¡Ya no tiene miedo!» decían los vecinos de Tobit; y «precisamente por este motivo

le buscaron para matarlo. Tuvo que huir, y ahora aquí le tenemos de nuevo enterrando a los muertos».

«Muchas veces se arriesga» para cumplir una obra de misericordia, insistió Francisco. «Pensemos aquí, en Roma, en plena guerra: cuántos arriesgaron, comenzando por Pío XII, para esconder a los judíos, para que no fueran asesinados, para que no fueran deportados. ¡Se jugaban la vida! ¡Pero era una obra de misericordia, salvar la vida de aquella gente!».

He aquí el por

qué se debe «arriesgar» también.

En esta reflexión sobre lo que conlleva cumplir auténticamente una obra de misericordia, el Pontífice indicó también la posibilidad de que se termine «a veces» por «convertirse en objeto de burla». Es el caso de Tobit, el cual afirma: «mis vecinos se burlaban de mí». Quizás llamándole «loco» y mirándole mal por el hecho de que continuase haciendo estos gestos por el prójimo, no obstante hubiese sido ya

«perseguido». Como diciendo que este Tobit realmente «no sabe vivir bien...».

Pero precisamente su historia, afirmó el Papa, nos indica las «tres características», las «tres huellas de las obras de misericordia»: dividir y compadecerse, arriesgarse y también estar preparados para la burla. Tobit, prosiguió Francisco, «no es como el rico Epulón, del cual narra Jesús en el Evangelio, que hacía las fiestas e ignoraba al pobre Lázaro que estaba hambriento en la puerta de su palacio:

sabía que estaba allí, pero le ignoraba». Tobit en cambio sabe «compartir y compadecer». Y también «arriesgar: se arriesga siempre y, como he dicho, a veces los riesgos son feos». Además es necesario «saber que si nosotros hacemos obras de misericordia, alguien dirá: "este hombre está loco, esta mujer está loca: en lugar de estar tranquilo, cómodo en su casa, va al hospital, va aquí, va allá"...».

«Las obras de misericordia son el camino para encontrar

misericordia» volvió a insistir el Pontífice. «En las bienaventuranzas —explicó— Jesús dice: “Bienaventurados los misericordiosos porque encontrarán misericordia”». Con una certeza: aquel «que es capaz de hacer una obra de misericordia, lo hace porque sabe que él ha sido “misericordiado” antes: fue el Señor quien le dio la misericordia a él». Y «si nosotros hacemos estas cosas, es porque el Señor tuvo piedad de nosotros: pensemos en nuestros pecados, en nuestros

errores y en cómo el Señor nos ha perdonado, nos ha perdonado todo, ha tenido esta misericordia». Por ello, insistió el Papa, «al menos hagamos lo mismo con nuestros hermanos». He aquí la esencia de las «obras de misericordia». «Yo quisiera añadir otra cosa —confió Francisco— que no está explícita sino implícita en el pasaje que hemos leído: las obras de misericordia, hacer obras de misericordia es incómodo». Podríamos pensar: «pero yo tengo un amigo enfermo, una amiga enferma,

quisiera ir a visitarle, pero no tengo ganas, prefiero descansar, o ver la televisión, tranquilo...”». Porque «hacer obras de misericordia es siempre aumentar la incomodidad». Este tipo de obras «incomodan, pero el Señor padeció la incomodidad por nosotros: fue a la cruz, para darnos misericordia». En conclusión, el Pontífice invitó a pensar «hoy en las obras de misericordia». Y sobre todo, sugirió, «recordémoslas: son catorce, siete corporales y siete espirituales». Y con una

sonrisa tranquilizó a los que estaban en la capilla de Santa Marta: «yo no diré aquí: “quien sepa las obras de misericordia, cuáles son, levante la mano”; no lo digo, porque tengo miedo de que sean pocas las manos las que se levanten». Pero pidió no perder la ocasión para encontrar la forma de practicarlas. Claro, recordando «cuáles son», pero también preguntándose: «¿y si yo hago esto? ¿Yo sé compartir, sé compadecerme? ¿Arriesgo? ¿Yo me dejo incomodar para hacer una obra de misericordia?».

Es una cuestión importante, añadió el Papa, porque «las obras de misericordia son las que nos quitan del egoísmo y nos hacen imitar a Jesús más de cerca». Y no tiene importancia si, «es verdad, que alguien se burlará de nosotros y dirá “esta persona está loca, las cosas que hace, en lugar de estar cómoda...”». No importa, afirmó Francisco, «dejémoslo pasar». Pero «hoy tomemos un poco de tiempo —nos hará bien a todos— para pensar en las obras de misericordia y para preguntarnos: ¿Yo hago esto?

¿Yo hago esto? ¿Yo hago esto?».».

6 de junio de 2017. **El hipócrita es siempre un adulator.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 9 de junio de 2017

«Un verdadero cristiano no puede ser hipócrita y un hipócrita no es un verdadero cristiano»: contra la tentación de la «doble cara» el Papa Francisco usó un lenguaje directo, sin equívocos. Lo hizo

en la misa que celebró en Santa Marta el martes 6 de junio, durante la cual tomó el pasaje del Evangelio de Marcos (*Mc* 12, 13-17) en el que «algunos fariseos y herodianos» buscaban el error en Jesús.

«En el pasaje del Evangelio — hizo notar— hay una palabra que Jesús usa mucho para calificar a los doctores de la ley: «Pero Él conociendo su hipocresía: “hipócritas” es la palabra que más usa para calificarles». Estos, explicó Francisco, son «hipócritas

porque hacen ver una cosa, pero piensan otra»: ellos, en efecto, añadió aludiendo a la etimología griega de la palabra, «hablan, juzgan, pero hay otra cosa por debajo». Nada más distante de Jesús: la hipocresía, en efecto, «no es el lenguaje de Jesús. La hipocresía no es el lenguaje de los cristianos». Es un dato absolutamente «claro». Pero si Jesús se preocupa de subrayar esta característica, es necesario comprenderla a fondo y, por lo tanto, resaltar «cómo proceden», cómo se comportan los hipócritas.

Sobre todo, dijo el Papa, «el hipócrita siempre es un adulator, en tono mayor o menor, pero es un adulator». Así, por ejemplo, ellos se dirigen a Jesús diciéndole: «Maestro, sabemos que eres veraz y que no te importa por nadie, porque no miras la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios». Utilizando, así, «esa adulación que suaviza el corazón y suaviza la vida». Por tanto, los «hipócritas siempre comienzan con la adulación. Y luego hacen una

pregunta». En las técnicas de la adulación están también el «no decir una verdad», el «exagerar», el «hacer crecer la vanidad». Al respecto el Pontífice recordó a un sacerdote —«conocido hace mucho tiempo, no aquí»— que, «pobrecillo, se creía todas las adulaciones que le hacían, era su debilidad. Y los compañeros decían de él que había aprendido mal la liturgia», porque no había comprendido bien el verdadero sentido de la «incensación».

Así, continuó el Papa, «la adulación comienza así, pero con mala intención». Esto se entiende bien también leyendo el pasaje evangélico: los fariseos, para poner a prueba a Jesús, «le adulan para que Él crea esto y resbale». Es la técnica del hipócrita: «te hace ver que te quiere, siempre te hincha, para alcanzar su objetivo».

Luego está, añadió Francisco, «un segundo aspecto» que hay que subrayar que se encuentra en «lo que hace Jesús». Ante el gesto del hipócrita que, con su

«doble cara», hace una pregunta justa pero «con una intención injusta» —preguntan: «¿es justo pagar a César, es justo?»— Jesús «conociendo su hipocresía, dice claramente: “¿por qué me tentáis? Traedme un denario, que lo vea”». He aquí el método de Jesús: siempre «a los hipócritas y a los ideológicos responde con la realidad. La realidad es así, todo lo demás es hipocresía o ideología».

Por ello Jesús dice: «traedme un denario». Quiere efectivamente mostrar «la

realidad» y responder «con sabiduría»: «lo del César, devolvédsele al César —la realidad era que el denario tenía la imagen del César— y lo de Dios, a Dios».

Por último, dijo el Pontífice, es necesario subrayar «un tercer aspecto» relativo al «lenguaje de la hipocresía» es decir que eso «es el lenguaje del engaño, es el mismo lenguaje que el de la serpiente a Eva, es el mismo. Comienza con la adulación: “No... si coméis de esto seréis grandes, conoceréis todo...”, para destruirla».

La hipocresía explicó el Papa, «destruye, la hipocresía mata, mata a las personas, incluso arranca la personalidad y el alma de una persona. Mata a las comunidades». Y añadió: «Cuando hay hipócritas en una comunidad hay un peligro grande ahí, hay un peligro muy feo». Por ello «el Señor Jesús nos dijo: "sea vuestro hablar: sí, sí, no, no. Lo superfluo procede del maligno". Fue claro». Y respecto a ello, recordó Francisco, «Santiago en su Carta es más fuerte

todavía: “que vuestro sí sea sí y vuestro no sea no”».

Palabras claras que nos hacen entender hoy a nosotros «cuánto mal» haga a la Iglesia la hipocresía. Cuánto mal provocan «esos cristianos que caen en esta actitud pecaminosa que mata». Porque, reiteró el Pontífice, «el hipócrita es capaz de matar a una comunidad. Está hablando dulcemente, está juzgando mal a una persona. El hipócrita es un homicida». En conclusión el Papa resumió su reflexión recordando que la hipocresía

«comienza con la adulación», que a esta se responde solo «con la realidad», y que la hipocresía usa «el mismo lenguaje del diablo que siembra esa lengua bífida en las comunidades para destruirlas». Por ello, sugirió, «pidamos al Señor que nos custodie para no caer en este vicio de la hipocresía, del maquillarnos la actitud pero con intenciones malvadas. Que el Señor nos dé esta gracia: "Señor, que yo nunca sea hipócrita, que sepa decir la verdad y si no puedo decirla, estar callado, pero

nunca, nunca, una
hipocresía"».

12 de junio de 2017. **Dios se las arregla para entrar.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 16 de junio de 2017

Es suficiente con tener la puerta del corazón entreabierta y «Dios se las arregla para entrar», salvándonos de terminar en la fila de los «inmisericordiosos»: neologismo para entender a aquellos que

sin misericordia ponen en práctica las bienaventuranzas al contrario. Es precisamente la tentación «narcisista de la autorreferencialidad» —lo opuesto de «la alteridad» cristiana que «es don y servicio»— sobre la que el Papa Francisco advirtió en la misa celebrada el lunes por la mañana, 12 de junio, en Santa Marta.

Refiriéndose al pasaje de la segunda carta de Pablo a los Corintios (2 *Cor* 1, 1-7), propuesto por la liturgia como primera lectura, el Pontífice

hizo notar enseguida que en apenas «diecinueve líneas en ocho ocasiones Pablo habla de consolación, de dejarse consolar para consolar a los demás». La consolación, entonces, «aparece ocho veces en diecinueve líneas: es demasiado fuerte, algo quiere decirnos». Y «por ello creo —añadió— que esta sea una oportunidad, una ocasión para reflexionar sobre la consolación: qué es la consolación de la cual habla Pablo». Pero «antes de todo debemos ver que la consolación

no es autónoma, no es una cosa cerrada en sí misma». Efectivamente, hizo presente el Papa, «la experiencia de la consolación, que es una experiencia espiritual, necesita siempre una alteridad para ser plena: nadie puede consolarse a sí mismo, nadie». Y quien «intenta hacerlo, termina mirándose al espejo: se mira al espejo, intenta maquillarse a sí mismo, aparentar; se consuela con estas cosas cerradas que no le dejan crecer y el aire que respira es ese aire narcisista de la autorreferencialidad». Pero

«esta es la consolación maquillada que no deja crecer, no es la consolación porque es cerrada, le falta una alteridad». «En el Evangelio encontramos a mucha gente que es así» explicó Francisco. «Por ejemplo —dijo— los doctores de la ley que están llenos de su propia suficiencia, cerrados, y esta es “su consolación” entre comillas». El Papa quiso hacer explícita referencia al «rico Epulón, que vivía de fiesta en fiesta y con esto pensaba ser consolado». Pero, afirmó, son quizás las palabras de la

oración del fariseo, del publicano, ante el altar, las que mejor expresan esta actitud: «Te doy las gracias Dios porque no soy como los otros». En definitiva, ese hombre «se miraba al espejo, miraba su propia alma maquillada por ideologías y daba gracias al Señor». Es Jesús mismo quien «hace ver esta posibilidad de esta gente que, con este modo de vivir, nunca llegará a la plenitud» sino «a lo sumo a la "hinchazón", o sea a la vanagloria».

«La consolación, para ser verdadera, para ser cristiana, necesita una alteridad» continuó Francisco, porque «la verdadera consolación se recibe». Por esta razón «Pablo comienza con esa bendición: "sea bendito Dios, Padre del Señor nuestro Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación!"». Y «es precisamente el Señor, es Dios quien nos consuela, es Dios quien nos da este don: nosotros con el corazón abierto, Él viene y nos da». Esta es «la alteridad que hace

crecer la verdadera
consolación; y la verdadera
consolación del alma madura
también en otra alteridad, para
que nosotros podamos consolar
a los demás». He aquí,
entonces, que «la consolación
es un estado de paso del don
recibido al servicio donado»,
tanto que «la verdadera
consolación tiene esta doble
alteridad: es don y servicio».
«Así —reiteró el Pontífice— si
yo deajo entrar la consolación
del Señor como don es porque
necesito ser consolado: estoy
necesitado». Efectivamente

«para ser consolado es necesario reconocer estar necesitado: solamente así el Señor viene, nos consuela y nos da la misión de consolar a los demás». Ciertamente, reconoció Francisco, «no es fácil tener el corazón abierto para recibir el don y hacer el servicio, las dos alteridades que hacen posible la consolación».

«Es precisamente Jesús quien explica cómo puedo hacer que mi corazón esté abierto» afirmó el Papa: «Un corazón abierto es un corazón feliz y en el Evangelio hemos oído quiénes

son los felices, quiénes son los bienaventurados: los pobres». Así «el corazón se abre con una actitud de pobreza, de pobreza de espíritu: los que saben llorar, los dóciles, la docilidad del corazón; los hambrientos de justicia, que luchan por la justicia; los que son misericordiosos, que tienen misericordia hacia los demás; los puros de corazón; los agentes de paz y los que son perseguidos por la justicia, por amor a la justicia». Y «así el corazón se abre y el Señor viene con el don de la

consolación y la misión de consolar a los demás».

Pero sin embargo hay, advirtió Francisco, también quienes «tienen un corazón cerrado: no son felices porque no puede entrar el don de la consolación y darlo a los demás». No siguen las bienaventuranzas, en definitiva, y «se sienten ricos de espíritu, es decir suficientes». Son «aquellos que no tienen necesidad de llorar porque se sienten justos; los violentos que no saben qué es la docilidad; los injustos que viven en la injusticia y cometen

injusticia; los “in-
misericordiosos” —es decir, sin
misericordia— que nunca
perdonan, nunca tienen
necesidad de perdonar porque
no se sienten con la necesidad
de ser perdonados; los sucios
de corazón; los agentes de
guerras, no de paz; y los que
nunca son criticados o
perseguidos porque luchan por
la justicia porque a ellos no les
importan las injusticias de las
otras personas: estos están
cerrados».

Precisamente ante estas
bienaventuranzas al contrario,

sugirió el Pontífice, «nos hará bien hoy pensar» en «cómo está mi corazón: ¿abierto? ¿Sé recibir el don de la consolación, lo pido al Señor, y luego sé darlo a los demás como un don del Señor y mi servicio?». Y «así, con estos pensamientos durante la jornada, volver a agradecer al Señor que es muy bueno y siempre intenta consolarnos».

Recordando que Dios «nos pide solamente que la puerta del corazón esté abierta o al menos un poquito, así luego Él se las arregla para entrar».

13 de junio de 2017.

Imágenes fuertes.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 23 de junio de 2017

El «anuncio del Evangelio» no admite «sombras» o incertidumbres, no se esconde detrás de los “quizá” o los “sí o no”. Es solamente “sí” la palabra sobre la que se funda el anuncio cristiano. Y es esta

la fuerza que «lleva al testimonio», a ser «sal de la tierra» y «luz del mundo» y a «glorificar a Dios». Las imágenes y las palabras «fuertes» propuestas por la liturgia del martes 13 de junio estuvieron en el centro de la meditación del Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta. «Imágenes fuertes —dijo el Pontífice— para contar cuánto abrumador, contundente y decisivo es el anuncio del Evangelio». No se trata por tanto, explicó, «de esas

palabras, de esas sombras que son un poco "sí-sí", "no-no", y que al final te llevan a buscar una seguridad artificial, como por ejemplo es la casuística» Estamos sin embargo frente a «palabras fuertes: "sí", es así. Palabras que indican la fuerza del Evangelio, la fuerza del anuncio cristiano, esa fuerza que te lleva al testimonio y también a glorificar a Dios». San Pablo, por ejemplo, en la segunda carta a los Corintios (2 *Cor* 1, 18-22), explica que en el "sí", están encerradas «todas las promesas de Dios: en Jesús

están cumplidas. Son "sí"»,
porque «Él es la plenitud de las
promesas. En Él se cumple todo
eso que ha sido prometido y
por esto Él es plenitud, es "sí"».
Dijo Francisco: «En Jesús no
hay un "no": siempre "sí", por
la gloria del Padre». Y añadió:
«Pero también nosotros
participamos de este "sí" de
Jesús, porque Él nos ha
concedido la unción, nos ha
impreso el sello, nos ha dado la
"fianza" del Espíritu». Por tanto
«participamos porque estamos
todos ungidos, sellados y
tenemos en la mano esa

seguridad – la “fianza” del Espíritu». Ese Espíritu «que nos llevará al “sí” definitivo», a «nuestra plenitud», y que «nos ayudará a convertirnos en luz y sal», es decir a dar «testimonio».

Por el contrario, «quien esconde la luz da un contra-testimonio; es un poco “sí” y un poco “no”. Tiene la luz, pero no la dona, no la hace ver y si no la hacer ver no glorifica al Padre que está en los cielos». Del mismo modo, está quien «tiene la sal, pero la toma para sí mismo y no la dona para que

se evite la corrupción». El Señor, sin embargo, nos enseñó «palabras decisivas» y dijo: «Vuestro hablar sea este: sí, no. Lo superfluo proviene del maligno».

Esta «actitud de seguridad y de testimonio», explicó el Pontífice, fue encomendada por el Señor «a la Iglesia y a todos nosotros bautizados», a los cuales se pide «seguridad en la plenitud de las promesas en Cristo: en Cristo todo está cumplido», y «testimonio hacia los otros». Esto, añadió, «es ser cristiano: iluminar, ayudar a

que el mensaje y las personas no se corrompan, como hace la sal».

Pero si no se aceptan «el "sí" en Jesús» y la «"fianza" del Espíritu», entonces «el testimonio será doble».

La «propuesta cristiana», especificó el Papa, es tan «sencilla» como «decisiva» y «bonita», y «da mucha esperanza». Basta por tanto preguntarse: «¿Yo soy luz para los otros? ¿Yo soy sal para los otros, que da sabor a la vida y la defiende de la corrupción? ¿Yo estoy agarrado a Jesucristo,

que es el "sí"? ¿Yo me siento ungido, sellado? ¿Yo sé que tengo esta seguridad que será plena en el cielo, pero al menos es "fianza", ahora, el Espíritu?».

Para comprender mejor las similitudes de la luz y de la sal, Francisco recordó que también «en el hablar cotidiano, cuando una persona está llena de luz decimos: "esta es una persona solar"». Aquí, explicó, estamos frente al «reflejo del Padre en Jesús, en el cual las promesas están todas cumplidas» y al «reflejo de la unción del

Espíritu que todos nosotros tenemos».

Pero, concluyó, ¿cuál es el fin de todo esto? ¿Por qué «hemos recibido esto?». La respuesta se encuentra en las lecturas del día. De hecho, san Pablo dice: «Y por esto, a través de Cristo, sube a Dios nuestro "amén" para su gloria», por tanto «para glorificar a Dios». Y Jesús —en el Evangelio de Mateo (*Mt* 5, 13-16)— dice a los discípulos: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro

Padre».

Una vez más, «para glorificar a Dios». Por eso, sugirió el Papa, «pidamos esta gracia: de estar agarrados, enraizados en la plenitud de las promesas en Cristo Jesús, que es "sí", totalmente "sí"», y de «llevar esta plenitud con la sal y la luz de nuestro testimonio a los otros para dar gloria al Padre que esta en los cielos».

16 de junio de 2017.
**Reconocer nuestra
vulnerabilidad.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
25, viernes 23 de junio de
2017

El secreto para ser «muy
felices» es reconocerse siempre
débiles y pecadores, es decir
«recipientes de barro», ese
material pobre pero que sin
embargo puede contener

incluso «el tesoro más grande: la potencia de Dios que nos salva». Y es ante la tentación de muchos cristianos de maquillarse para aparentar ser «recipientes de oro» en cambio, hipócritamente «suficientes por si mismos», que Francisco puso en guardia en la misa celebrada el viernes 16 de junio en Santa Marta. «En este cuarto capítulo de la segunda carta a los Corintios —enseguida hizo presente el Papa refiriéndose al pasaje propuesto por la liturgia (2 *Cor* 4, 7-15)— Pablo habla del

misterio de Cristo, habla de la fuerza del misterio de Cristo, de la potencia del misterio de Cristo». Y luego, explicó, el apóstol «continúa con el pasaje que hemos leído: "hermanos, llevamos este tesoro —Cristo— en recipientes de barro"». Entonces, volvió a insistir Francisco, «este tesoro de Cristo nosotros lo tenemos, pero en nuestra fragilidad: nosotros somos barro». Es «un gran tesoro en recipientes de barro: ¿pero esto por qué?». La respuesta de Pablo es clara: «para que aparezca que una

fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros».

He aquí entonces, afirmó el Pontífice, «la potencia de Dios, la fuerza de Dios que salva, que sana, que pone en pie, y la debilidad del barro, que somos nosotros». Con la conciencia, por ello, de que «ninguno de nosotros se puede salvar a si mismo: todos necesitamos la potencia de Dios, la potencia del Señor, para ser salvados».

Esta verdad, recordó el Pontífice, «es como un leitmotiv en las cartas de Pablo». Y efectivamente «el Señor dice a

Pablo: "mi potencia se manifiesta plenamente en la debilidad. Si no hay debilidad, mi potencia no puede manifestarse"». De ahí la eficaz imagen del «recipiente, pero el recipiente débil, de barro». Así prosiguió el Papa, «cuando Pablo se lamenta y pide al señor que le libere de los ataques de Satanás, dice él, que le humilla y avergüenza, ¿qué responde el Señor? "Te basta mi gracia, tú continúa siendo barro, que la potencia de salvación la tengo yo"».

Precisamente «esta es la realidad de nuestra vulnerabilidad» explicó Francisco. Porque «todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles y necesitamos ser sanados». Pablo lo dice con fuerza en su carta a los Corintios: «somos atribulados, aplastados, perseguidos, derribados como manifestación de nuestra debilidad». He aquí la «debilidad de Pablo, manifestación del barro». Y «esta es nuestra vulnerabilidad: una de las cosas más difíciles en la vida es

reconocer la propia vulnerabilidad».

«Otras veces —admitió el Papa — intentamos cubrir la vulnerabilidad, que no se vea; o la maquillamos, para que no se vea»; o terminamos por «disimular». Tanto que «el mismo Pablo, al inicio de este capítulo» de la segunda carta a los Corintios, dice: «Cuando he caído en las disimulaciones vergonzosas». Porque «las disimulaciones son vergonzosas, siempre; son hipócritas, porque hay una hipocresía hacia los demás». Y

efectivamente «a los doctores de la ley el Señor dice: "hipócritas"». Pero, advirtió el Pontífice, «hay otra hipocresía: afrontar a nosotros mismos, es decir cuando yo creo ser otra cosa distinta de lo que soy, creo que no necesito sanación, no necesito apoyo; creo que no estoy hecho de barro, que tengo un tesoro "mío"». Y esto, hizo presente Francisco, «es el camino, es el camino hacia la vanidad, la soberbia, la autorreferencialidad de los que no sintiéndose de barro, buscan

la salvación, la plenitud de si mismos».

No se debe olvidar nunca por ello, que es «la potencia de Dios que nos salva», recordó el Pontífice. Porque «nuestra vulnerabilidad Pablo la reconoce», diciendo sin medios términos: «somos atribulados, pero no aplastados porque la potencia de Dios nos salva». Y por esta misma razón Pablo reconoce también que «estamos perplejos mas no desesperados: hay algo de Dios que nos da esperanza». Y entonces «somos perseguidos

pero no abandonados;
derribados pero no aniquilados:
siempre hay esta relación entre
el barro y la potencia, el barro
y el tesoro». Así
verdaderamente «nosotros
tenemos un tesoro en
recipientes de barro, pero la
tentación es siempre la misma:
cubrir, disimular, no creer que
somos barro», cediendo así a
«aquella hipocresía respecto a
nosotros mismos».

«Pablo nos lleva, con este modo
de pensar, de razonar, de
predicar la palabra de Dios, a
un diálogo entre el tesoro y el

barro», siguió afirmando Francisco. «Un diálogo que continuamente debemos hacer para ser honestos» añadió, indicando a modo de ejemplo «cuando vamos a confesarnos» y quizás reconocemos: «sí, he hecho esto, he pensado esto». Y así «decimos los pecados como si fueran una lista de precios en el mercado: he hecho esto, esto, esto». Pero según el Papa, la verdadera pregunta que hay que plantearse es: «¿tú tienes conciencia de este barro, de esta debilidad, de esta

vulnerabilidad tuya?». Porque «es difícil aceptarla».

«También cuando nosotros decimos “somos todos pecadores” —prosiguió el Pontífice— quizás es una palabra que decimos así», sin pensar del todo en el significado. Por lo que es oportuno hacer un examen de conciencia con uno mismo, preguntándonos si «tenemos conciencia de ser barro, débiles, pecadores», conscientes de que «sin la potencia de Dios» no podemos «seguir adelante». ¿O bien

«creemos que la confesión sea blanquear un poco el barro y con esto es más fuerte? ino!».

Pero «está la vergüenza — continuó afirmando Francisco— que ensancha el corazón para que entre la potencia de Dios, la fuerza de Dios».

Precisamente «la vergüenza de ser barro y no ser un recipiente de plata y oro: ser barro». Y «si nosotros llegamos a este punto, seremos muy felices».

Siempre respecto al «diálogo entre la potencia de Dios y la creada», el Pontífice sugirió pensar en «la lavanda de los

pies, cuando Jesús se acerca a Pedro y le dice: "no, a mí no, Señor, pero por favor, ¿qué haces?». El hecho es que Pedro «no había entendido qué era barro, que necesitaba la potencia del Señor para ser salvado». Pero he aquí que «cuando el Señor le dice la verdad», Pedro no duda ni un segundo y responde: «ah, si es así, no solo los pies: todo el cuerpo, ¡incluso la cabeza!». Pedro es un hombre «generoso», explicó el Papa. De esa «generosidad» que lleva a «reconocer ser vulnerables,

frágiles, débiles, pecadores: solamente si nosotros aceptamos ser barro, esta extraordinaria potencia de Dios vendrá a nosotros y nos dará la plenitud, la salvación, la felicidad, la alegría de ser salvados».

En conclusión, el Papa rogó al Señor precisamente para que «nos dé esta gracia», para ser siempre capaces de recibir «tu tesoro, Señor, con la sabiduría de ser de barro».

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2017.***



***Textos tomados de:
www.vatican.va***

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

SEPTIEMBRE.

14 de septiembre de 2017. **Dos tentaciones.**

15 de septiembre de 2017. **Dio a luz la Iglesia.**

18 de septiembre de 2017. **Rezar por los gobernantes.**

19 de septiembre de 2017. **Mirar con el corazón.**

25 de septiembre de 2017. **Prepararse para el consuelo.**

26 de septiembre de 2017. **Como una familia.**

29 de septiembre de 2017.

**Confiémonos a los
arcángeles.**

14 de septiembre de 2017. **Dos tentaciones.**

Jueves.

Fuente: www.osservatoreromano.it

Jesús no es un simple «maestro espiritual» dispensador de «buenos consejos» o de «un poco de consuelo». Y seguirlo no significa abandonarse desesperadamente a un «masoquismo espiritual» sin esperanza. Como si fuéramos protagonistas de una «tragedia pagana». Sobre estas «dos

tentaciones» el Papa Francisco advirtió recordando que «la cruz es un misterio de amor» y que no puede haber «Cristo sin cruz» ni «cruz sin Cristo». Una meditación propuesta de forma significativa precisamente en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, el jueves, 14 de septiembre, día en el que el Pontífice reanudó la celebración de la misa en Santa Marta, después de la pausa estiva. «En la oración hemos dicho que la cruz es misterio de amor, misterio que se entiende solo desde el corazón y desde el

amor», hizo notar Francisco, haciendo referencia a la propuesta de la liturgia. Y «la liturgia, cuando habla de la cruz, la ve como un árbol y dice: "es un árbol noble, un árbol fiel"». Precisamente «este es el misterio de amor: la nobleza del amor de Jesucristo, la fidelidad del amor de Dios». Pero, advirtió el Papa, «no es sencillo entender la cruz, porque solo con la contemplación se avanza en este misterio de amor». Así, añadió refiriéndose al pasaje evangélico de San Juan (3, 13-

17), «Jesús, cuando quiere explicar este misterio de amor a Nicodemo, usa dos verbos: subir, bajar o bajar, subir».

Por lo tanto, «este es el misterio de amor: Jesús bajado del cielo para llevarnos a todos nosotros a subir al cielo: este es el misterio de la cruz».

En la segunda lectura, afirmó el Papa retomando el contenido de la epístola a los filipenses (2, 6-11), «Pablo explica esta subida y esta bajada de Jesús; y sobre la bajada de Jesús dice: "Se despojó de sí mismo tomando condición de siervo

haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.”». Esta «es la bajada de Jesús: hasta abajo, la humillación, se despojó de sí mismo por amor y por eso Dios lo exaltó y le hizo subir». Por eso, explicó Francisco, «solo si nosotros logramos entender este descenso hasta el final podemos entender la salvación que nos ofrece este misterio de amor».

«Pero no es fácil —insistió el Pontífice— porque siempre ha habido en nuestra historia y en nuestra vida tentaciones; considerar o tomar una mitad y no la otra mitad, ¿no?». A este propósito, prosiguió, «San Pablo dijo una palabra fuerte a los gálatas —“¡Oh, insensatos gálatas!— cuando ellos cedieron a la tentación de no entrar en el misterio del amor, sino de explicarlo». San Pablo le increpa: “ ¡Oh insensatos gálatas!, ¿Quién os fascinó a vosotros, a cuyos ojos fue presentado Jesucristo

crucificado?"».

En realidad, explicó el Papa, «fueron fascinados por una ilusión de un Cristo sin cruz o de una cruz sin Cristo. Estas son las dos tentaciones: un Cristo sin cruz, es decir, un maestro espiritual que nos lleva adelante tranquilo, no hay sufrimientos o al menos tu escapas de los sufrimientos y te vas». Pero «un Cristo sin cruz que no es el Señor: es un maestro, nada más. Es lo que es, sin saberlo, igual buscaba a Nicodemo».

Y «es una de las tentaciones. Sí, Jesús, qué buen maestro, pero sin cruz: ¿quién os ha fascinado con esta imagen?». Esta es precisamente la ira de Pablo: Jesucristo presentado pero no crucificado».

«La otra tentación —dijo Francisco— es la cruz sin Cristo, la angustia de permanecer abajo, rebajados, con el peso del pecado, sin esperanza. Es una especie de "masoquismo" espiritual. Solo la cruz, pero sin esperanza, sin Cristo. Es un misterio de tragedia, ¿no? Podemos pensar

en las tragedias paganas». Pero «la cruz es un misterio de amor, la cruz es fiel, la cruz es noble».

«Hoy podemos tomar algún minuto —resumió el Pontífice sugiriendo un examen de conciencia— y cada uno hacerse la pregunta: ¿el Cristo crucificado, para mí, es un misterio de amor?, ¿yo sigo a Jesús sin cruz, un maestro espiritual que llena de consuelo, de consejo buenos?, ¿sigo la cruz sin Jesús, siempre lamentándome, con este “masoquismo” de espíritu?». Y

aún: «¿Me dejo llevar por este misterio del descenso, vaciamiento total y elevación del señor?». Como conclusión, el Papa auspició en la oración, «que el señor nos dé la gracia no digo de entender, sino de entrar —con el corazón, con la mente, con el cuerpo, con todo, entenderemos algo— en este misterio de amor».

15 de septiembre de 2017. **Dio a luz la Iglesia.**

Viernes.

Fuente: www.osservatoreromano.it

María bajo la cruz de Jesús es un icono para «contemplar»: no son necesarias muchas palabras para reconocer la esencial del testimonio de «una mujer» que es «madre de todos nosotros». Lo afirmó el Papa celebrando el viernes por la mañana 15 de septiembre, memoria de la Beata Virgen

María de los Dolores, la misa en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Este pasaje del Evangelio es más para contemplar que para reflexionar» confió Francisco refiriéndose al pasaje de Juan (19, 25-27), propuesto en la liturgia del día, que presenta a María bajo la cruz de Jesús. Sí, explicó, «contemplar a la madre de Jesús, contemplar este signo de contradicción, porque Jesús es el vencedor pero en la cruz». Y esta, añadió, «es una contradicción, no se entiende: es necesaria la

fe para entender» o «al menos para acercarse a este misterio». Y la madre de Dios «sabía», afirmó el Papa, «porque toda la vida vivió con el alma atravesada, lo dijo Simeón». Y «seguía Jesús y escucha las palabras que la gente decía: "¡qué grande!" — "¡Pero esto no es de Dios!" — "¡Este no, no es un verdadero creyente!"». María «escuchaba todo: todas las palabras a favor y en contra» de Jesús. Por otro lado, María, hizo presente Francisco, estaba «siempre detrás de su Hijo: por

esto decimos que es la primera discípula». Y «siempre con la inquietud que hacía nacer en su corazón este signo de contradicción». Siempre, insistió el Pontífice, hasta «el final está allí, de pie, mirando al Hijo». Y «quizá, ella escuchó los comentarios: “Mira, esa es la madre de uno de los tres delincuentes”». Pero se quedó «callada: es la madre, no renegó del Hijo, dio la cara por el Hijo».

«Esto que yo digo ahora — confió el Papa— son pequeñas palabras para ayudar a

contemplar, en silencio, este misterio: en ese momento, ella nos dio a luz a todos nosotros, dio a luz a la Iglesia». Y repitiendo las palabras del Evangelio de Juan, el Pontífice hizo notar que Jesús llama a su madre «mujer» y le dice «ahí tienes a tus hijos». Sí, Jesús «no dice "madre", dice "mujer"». Y María es una «mujer fuerte, valiente: una mujer que estaba allí para decir "este es mi Hijo: no lo reniego"».

En conclusión Francisco invitó «solamente, en silencio, a

contemplar, a mirar: que sea el Espíritu Santo —deseó— a decir a cada uno de nosotros lo que necesitamos».

18 de septiembre de 2017.

Rezar por los gobernantes.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore*

Romano, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 22 de septiembre de 2017

«Es una pena confesar no rezar por los gobernantes». Y esta oración debe hacerse sobre todo «para no dejar solos» a aquellos que tienen menos «conciencia» de que su poder no es absoluto sino que viene

del pueblo y de Dios. Pero también «los gobernantes deben rezar para pedir la gracia» de servir lo mejor posible al pueblo que se les ha confiado. Y si no son creyentes, que al menos pidan consejo para no perder de vista el bien común y para salir, de todos modos, del pequeño contexto autorreferente del propio partido.

Es un auténtico y característico «manual del buen político» aquel que el Papa sugirió el lunes 18 de septiembre, por la mañana, celebrando la misa en

Santa Marta. Al comentar las lecturas de la liturgia, el Pontífice enseguida señaló que «en el centro están los gobernantes». En la primera lectura, trató la Primera Epístola a Timoteo (2, 1-8). Pablo aconseja «rezar por los gobernantes: por todos, también por aquellos que gobiernan». Después, en el Evangelio según San Lucas (7, 1-10) «hemos visto a un gobernante que reza: este centurión es un gobernante y tenía un problema con un siervo enfermo». Pero «hay

una frase aquí que llama la atención: "Ama a nuestro pueblo"». Por lo tanto, afirmó Francisco, «está el gobernante que ama a un pueblo» incluso siendo «extranjero». Y «amaba a su siervo: porque amaba se preocupaba y porque se preocupaba fue a buscar la solución para resolver este problema de la enfermedad. Y acudió a Jesús y rezó». «Este hombre —señaló en Pontífice— sintió la necesidad de la oración, pero, ¿por qué?. Porque amaba, ciertamente». Pero también «porque tenía la

conciencia de no ser el dueño de todo, de no ser la última instancia». San Lucas reporta las palabras del centurión romano: «porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes». Son palabras que, explicó el Papa, expresan «la conciencia del gobernante que sabe que sobre él hay otro que manda. Y esto lo lleva a rezar».

«El gobernante que tiene esta conciencia, reza», ratificó el Papa. Por lo demás, «si no reza, se cierra en la propia autorreferencia o en aquella de

su partido, en ese círculo del que no puede salir: es un hombre cerrado en sí mismo». Pero «cuando ve los problemas reales y tiene esta conciencia de subalterno, un gobernante reza» explicó. Porque tiene la conciencia de «que hay otro que tiene más poder que él». Claro, añadió, quisiera preguntaros «¿quién tienen más poder que un gobernante?», y la respuesta, dijo Francisco, es «el pueblo, que le ha dado el poder y Dios, de quien viene el poder a través del pueblo».

«Es muy importante —insistió el Pontífice— la oración del gobernante, tan importante porque es la oración por el bien común del pueblo que le ha sido confiado». Y precisamente a este propósito, confió:

«Recuerdo un vez, hace tiempo, que un gobernante me dijo esto: “Yo todos los días me tomo dos horas de silencio delante de Dios”. Yo pensé: “Pero este gobernante está atareado, tantas cosas...”».

Pero realmente es importante, explicó de nuevo Francisco, «pedir la gracia de poder

gobernar bien». Y así, «cuando Dios pide a Salomón: “¿Qué quieres: oro, plata, riquezas, poder, qué?”, ¿cuál fue la respuesta de Salomón?, “dame sabiduría para gobernar”».

Precisamente «por esto — afirmó el Papa— los gobernantes deben pedir esta sabiduría: “Señor, dame sabiduría; Señor, no me quites la conciencia de subalterno de ti y del pueblo, que mi fuerza la encuentras allí y no en el pequeño grupo o en mí mismo”».

Por lo tanto, repitió el Pontífice, «es muy importante que los gobernantes recen: es muy importante». Pero, prosiguió, tal vez «alguno pueda decirme: "Padre, es cierto eso que usted dice, pero yo no soy creyente, yo soy agnóstico, soy ateo"». La respuesta del Papa fue: «De acuerdo, pero mídete: si no puedes rezar, mídete con tu conciencia; mídete con los sabios; llama a los sabios de tu pueblo y mídete». Por eso, «si no puedes rezar, al menos haz esto, pero no te quedes solo con el pequeño grupo de tu

partido. No, esto es autorreferente: sal, busca el consejo fuera o en la oración o confrontándote con aquellos que pueden aconsejarte». Y «esta es la oración del gobernante».

En la primera lectura, recordó Francisco, «Pablo nos habla y nos aconseja rezar por los gobernantes: “Que se hagan — aconseja— preguntas, súplicas, oraciones y agradecimientos para todos los hombres, para el rey —todos los reyes— y para todos aquellos que están en el poder, para los gobernantes,

para que podamos llevar una vida calmada y tranquila, digna, dedicada a Dios». Por lo tanto, recomienda Pablo, «el pueblo debe rezar por los gobernantes y nosotros no tenemos una conciencia fuerte sobre esto: cuando un gobernante hace una cosa que no nos gusta, decimos cosas feas; si hace una cosa que nos gusta: ¡Ah, qué bueno!». Pero lo dejamos solo, lo dejamos con su partido, dejamos que se las arregle con el Parlamento, con esto, pero no solo».

Y tal vez hay quien se desenvuelve diciendo: «Yo lo he votado» o «yo no lo he votado, que haga lo suyo». En cambio, insistió Francisco, «nosotros no podemos dejar a los gobernantes solos: debemos acompañarlos con la oración». Los cristianos «deben rezar por los gobernantes». Y también en este caso, señaló el Papa, alguno podrá objetar: «Padre, ¿cómo voy a rezar por este que hace tantas cosas malas?». Pero precisamente entonces «tiene más necesidad aún: reza, ¡haz penitencia por el

gobernante!». «La oración de intercesión —es tan bonito esto que dice Pablo— es para todos los reyes, para todos aquellos que están en el poder», prosiguió el Pontífice. Y lo es «porque podemos conducir una vida calmada y tranquila». De hecho, «cuando el gobernante es libre y puede gobernar en paz, todo el pueblo se beneficia de esto». «Nosotros debemos crecer en esta conciencia de rezar por los gobernantes» repuso el Papa. Es más: «Yo os pido un favor: que cada uno de vosotros tome hoy cinco

minutos, no más. Si es un gobernante, que se pregunte: "¿Yo rezo a aquello que me ha dado el poder a través del pueblo?". Si no es gobernante, "¿yo rezo por los gobernantes? Sí, por esto y por aquello, sí porque me gusta, por aquellos, no"». Pero son precisamente aquellos los que «tienen más necesidad». Por lo tanto, es oportuno preguntarnos: «¿Rezo por todos los gobernantes?. Y si encontráis, cuando hacéis examen de conciencia para confesaros, que no habéis rezado por los gobernantes,

contad esto en la confesión. Porque no rezar por los gobernantes es un pecado». Como conclusión, el Papa sugirió pedir «al Señor en esta misa la gracia de que nos enseñe a rezar por nuestros gobernantes: por todos aquellos que están en el poder, dice Pablo que nos enseña». Y «también la gracia de que los gobernantes recen».

19 de septiembre de 2017.

Mirar con el corazón.

Martes.

Fuente: www.osservatoreromano.va

Qué significa «mirar con el corazón», tener realmente «compasión» y no simple «pena» frente al dolor de las personas. A este tema dedicó el Papa la meditación en la misa celebrada en Santa Marta, el martes, 19 de septiembre. Partiendo del pasaje del Evangelio según San Lucas (7,

11-17), el del encuentro de Jesús con la viuda de Naím, el Pontífice aprovechó la ocasión para una catequesis sobre la relación del cristiano con el sufrimiento de los pobres y de los marginados.

Francisco comenzó haciendo hincapié en que Jesús, aun estando con los discípulos en medio de una gran muchedumbre, «tuvo la capacidad de mirar a una persona», una «viuda que iba a sepultar a su único hijo». Hay que tener presente, recordó que «en el Antiguo Testamento,

los más pobres eran las viudas, los huérfanos y los extranjeros y forasteros». En la Escritura se encuentran continuamente exhortaciones del tipo: «cuida de la viuda, de huérfano y del migrante». Por lo demás, «la viuda está sola, el huérfano tiene necesidad de cuidados para encajar en la sociedad» y por lo que respecta al extranjero, al migrante, se hace continuamente referencia al exilio en Egipto. Es una verdadera y auténtica «cantinela en el Deuteronomio, en el Levítico... es una

cantinela... en los mandamientos...». Parece, añadió el Papa, que estos fueran precisamente «los más pobres, también más pobres que los esclavos: la viuda, el huérfano y el inmigrante, el forastero, el extranjero». Una atención que se vuelve a encontrar en el comportamiento de Jesús, el que «tiene la capacidad de mirar el detalle»: había tanta gente, pero él «miraba allí... Jesús mira con el corazón». En este punto, el Pontífice analizó el comportamiento de

Jesús e individuó «tres palabras que nos ayudan a entender que hizo» para estar junto a la viuda, para «ir por el mismo camino».

Para empezar, «tuvo compasión». Se lee, de hecho que «viéndola, el señor fue preso de una gran compasión por ella». La compasión, explicó Francisco, «es un sentimiento que fascina, es un sentimiento del corazón, de las vísceras, compromete todo». Sobre todo, «no es lo mismo que la "pena"» ni que quien dice «... "¡qué pena, pobre gente!" : no, no es

lo mismo». La compasión, de hecho «implica, es "ir con"» Y Jesús «se implica con una viuda y con un huérfano». Alguno, observó el Pontífice, podría objetar: «Pero di, tu tienes toda una multitud aquí, ¿por qué no hablas a la multitud?. Déjalo... la vida es así... hay tragedias que suceden, ocurren...». Y en cambio «no. Para Él eran más importantes aquella viuda y aquel huérfano muerto que la multitud a la que estaba hablando y que lo seguía». Porque, explicó el Papa, «su corazón, sus vísceras

se habían implicado. El Señor, con su compasión, se había implicado en este caso. Tuvo compasión».

Hay después «una segunda palabra» a notar: Jesús «se acercó. La compasión lo empujó a acercarse». Explicó Francisco: «Acercarse es una señal de compasión. Yo puedo ver tantas cosas pero no acercarme. Igual siento un dolor... pero, pobre gente...». Y sin embargo acercarse es otra cosa. El Evangelio añade un detalle: Jesús dijo «no llores» a la mujer. Y el Pontífice a tal

respecto reveló: «a mí me gusta pensar que “el Señor, cuando decía esto a aquella mujer, la acariciaba”; Él tocó a la mujer y tocó el ataúd». Es necesario, dijo, «acercarse y tocar la realidad. Tocar. No mirarla desde lejos».

Sucede después el milagro de la resurrección del hijo de la viuda. Y «Jesús no dice: “Hasta pronto, yo continúo el camino”», sino «toma al chico y ¿qué dice? “lo devolvió a su madre”». He aquí la tercera palabra clave: «restituir. Jesús hace milagros para restituir,

para poner en el lugar preciso a las personas. Y es eso lo que ha hecho con la redención». Dios «tuvo compasión, se acercó a nosotros en su hijo y nos restituyó a todos en la dignidad de hijos de Dios. Nos ha recreado a todos».

Un ejemplo que cada cristiano debe seguir en la vida de cada día: «También nosotros debemos hacer lo mismo», explicó el Papa dando un ejemplo concreto. Sucede, de hecho, que «muchas veces vemos los telediarios o la portada de los periódicos, las

tragedias... pero mira, en ese país los niños no tienen qué comer; en aquel país los niños hacen de soldados; en ese país las mujeres son esclavizadas; en aquel país... ¡oh, qué calamidad! Pobre gente...».

Pero después «cambio de página y paso a la novela, a la telenovela que viene después. Y esto no es cristiano».

Desde aquí la invitación a un examen de conciencia: «¿Soy capaz de tener compasión, de rezar?, cuando veo estas cosas que me llevan a casa a través de los medios, la televisión...

¿Se mueven las vísceras? El corazón palpita con esa gente, o siento pena, digo "pobre gente"», y después, ¿termina ahí?

Y si nos damos cuenta de esto, añadió Francisco, debemos «pedir la gracia: "Señor, dame la gracia de la compasión"». Del mismo modo, cuando se encuentra a una persona necesitada: «¿Me acerco?, hay tantos modos de acercarse... o ¿busco ayudarlo desde lejos?». Hay, de hecho, quien se justifica diciendo: «Sepa, padre, que esta gente huele

mal y a mí no me gusta olerlo, porque esta gente no se ducha, huele mal...».

Y entonces, añadió el Pontífice, cada cristiano debería preguntarse: «¿Soy capaz — con la oración de intercesión, con mi trabajo como cristiano— de ayudar a fin de que la gente que sufre consiga ser reintegrada en la sociedad, en la vida de familia, en la vida del trabajo, en la vida cotidiana?» Desde aquí la exhortación final: «Pensemos en estas tres palabras: nos ayudarán. Compasión, acercarse,

restituir». Con la invitación a rezar para que «el Señor nos dé la gracia de tener compasión frente a tanta gente que sufre, nos dé la gracia de acercarnos y la gracia de llevarlos de la mano en el lugar digno que Dios quiere para ellos».

25 de septiembre de 2017.

Prepararse para el consuelo.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore*

Romano, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 29 de septiembre de 2017

Ninguno está excluido del encuentro con el Señor: Dios «pasa» por la vida de cada uno y cada cristiano está llamado a estar «en tensión en este encuentro» para reconocerlo y acoger su paz. Es un mensaje

de esperanza y de alegría el lanzado por el Papa en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta el 25 de septiembre. Pero es también una invitación a desprenderse del entumecimiento, a no ser cristianos «cerrados».

La ocasión para la reflexión vino de la primera lectura del día (*Esdras, 1, 1-6*) que «cuenta el momento en el que el pueblo de Israel fue liberado del exilio». Un pueblo que — como se repite también en el Salmo— canta: «Grandes cosas ha hecho el Señor por

nosotros». Viendo cómo Dios había inspirado «el corazón del rey pagano para ayudar al pueblo a volver a Jerusalén», repetían felices: «nos parecía soñar». Y de nuevo: «nuestra boca se llena con una sonrisa, nuestra lengua, de alegría». Ellos, dijo Francisco, «no entendían, pero estaban muy alegres».

Era el mismo pueblo que, cuando los paganos les pidieron cantar durante el exilio respondieron: «Pero no, no podemos, está lejos». Explicó el Pontífice: «Las guitarras

estaban allí, en los árboles, no podían cantar porque no tenían la alegría: tenían la tristeza del exilio».

La que viene descrita en la Escritura es, por tanto, «una visita del Señor: el Señor visitó a su pueblo y lo volvió a llevar a Jerusalén». Y precisamente sobre la palabra «visita» se paró el Papa: una palabra «importante en la historia de la salvación». Se encuentra, por ejemplo, cuando «Juan dice a sus hermanos en Egipto: “Dios, por supuesto, vendrá a visitaros. Llevad mis huesos

con vosotros"». Cada vez que se habla de «liberación, cada acción de redención de Dios, es una visita: el Señor visita a su pueblo». Y también «en el tiempo de Jesús», cuando «la gente que estaba liberada de demonios decía: "el Señor ha visitado a su pueblo"». El mismo Jesús, recordó Francisco, «cuando mira Jerusalén llora, llora por ella. ¿Por qué llora?». Porque, afirma, «no conociste el tiempo en el que fuiste visitada; no entendiste la visita del Señor».

He aquí entonces la enseñanza para cada hombre: «Cuando el Señor nos visita, nos da la alegría, es decir, nos lleva a un estado de consolación», nos lleva a «cosechar la alegría», da «consuelo espiritual». Un consuelo, añadió, que «no solo pasa en aquel tiempo», sino que «es un estado en la vida espiritual de cada cristiano». Sobre ello, el Papa articuló, en tres puntos, su meditación: «esperar el consuelo», después «reconocer el consuelo, porque hay falsos profetas que parecen consolarnos y en cambio nos

engañan» y «conservar el consuelo».

En primer lugar, explicó Francisco, es necesario «estar abiertos a la visita de Dios», porque «el Señor visita a cada uno de nosotros; busca a cada uno de nosotros y lo encuentra». Puede haber «momentos más débiles, momentos más fuertes que este encuentro, pero el Señor siempre nos hará sentir su presencia, siempre, de un modo o de otro». Y, añadió, «cuando viene con el consuelo espiritual, el Señor nos llena de

alegría» como pasó con los israelitas. Es necesario, por lo tanto, «esperar esta alegría, esperar esta visita» y no, como piensan tantos cristianos, esperar solo el cielo. Preguntó, en efecto, el Pontífice: «En la tierra, ¿qué esperas? ¿No quieres encontrarte con el Señor? ¿No quieres que el Señor te visite en el ánimo y te dé lo bonito del consuelo, de la felicidad de su presencia?».

La pregunta siguientes es entonces: «¿Cómo se espera el consuelo?». La respuesta es: «Con aquella virtud humilde, la

más humilde de todas: la esperanza. Yo espero que el Señor me visite con su consuelo». Es necesario «pedir al Señor que se deje ver, que se deje encontrar».

Hace falta «prepararse» explicó el Papa, porque «el cristiano es un hombre, una mujer, en tensión hacia el encuentro con Dios», hacia «el consuelo que da este encuentro». Y si no es así, «es un cristiano cerrado, un cristiano colocado en el almacén de la vida, no sabe qué hacer». Por eso, reafirmó una vez más, es necesario

«prepararse para el consuelo, pedir la visita del Señor», como los israelitas que «durante setenta años han pedido esta visita. El Señor los ha visitado». Prepararse con «esperanza», también aunque se crea tener una esperanza «pequeña», porque «muchas veces» esta esperanza «es fuerte cuando está escondida como las brasas bajo la ceniza».

El segundo punto es «reconocer el consuelo». De hecho, «el consuelo del Señor no es una alegría común, no es una

alegría que se pueda
comparar», como cuando
«vamos al circo». El consuelo
del Señor, dijo Francisco, «es
otra cosa». Se reconoce: «toca
dentro y te mueve y te da un
aumento de caridad, de fe, de
esperanza y también te lleva a
llorar por tus pecados» y a
«llorar con Jesús» cuando
contemplamos su pasión. El
«verdadero consuelo», explicó
el Papa, «eleva el alma a las
cosas del cielo, a las cosas de
Dios y también calma el alma
en la paz del Señor». No se
puede confundir con la

«diversión». No es que, precisó, la diversión sea «una cosa mala cuando es bueno, somos humanos, debemos tenerla»; pero el consuelo es otra cosa. Eso «te toma y se siente la presencia de Dios» y hace reconocer: «esto es el Señor». Y la misma experiencia vivida por los discípulos en el mar de Galilea, la noche en la que no habían pescado nada y Juan en la orilla dice: "¡Es el Señor!". Lo reconoció enseguida». Y es lo que vivieron los israelitas después del exilio: «Nuestra lengua se

llena de alegría. Nuestra boca se llena de sonrisas».

Por eso es necesario reconocer el consuelo «cuando llega». Y cuando llega «agradecer al Señor». Cada uno debe ser consciente de que «es precisamente el Señor que pasa, que pasa para visitarme, para ayudarme a ir adelante, para esperar, para llevar la cruz». Para eso, dijo el Pontífice también es necesario «prepararse con la oración». Esperanza y oración: «Ven, Señor, ven, ven».

Al final hay un tercer punto:
«conservar el consuelo».

Porque si es cierto que el
«consuelo es fuerte», es
también cierto que «no se
conserva tan fuerte —es un
momento— pero deja sus
huellas». Entra, así, en juego el
hacer «memoria». Como hizo el
pueblo de Israel cuando fue
liberado.

Y cuando después, se preguntó
Francisco, «pasa este momento
fuerte» del encuentro y del
consuelo, «¿qué queda? La
paz», que es precisamente «el
último nivel de consuelo». Un

estado que se reconoce; se dice, de hecho: «Mira, un hombre en paz, una mujer en paz». He ahí entonces que cada uno pueda preguntarse: ¿yo estoy en paz?, ¿estoy tranquilo en el alma?».

La exhortación final del Papa fue la de pedir «al Señor que nos enseñe esta tensión hacia la redención, este camino de tensión» respecto al que el salmo, comentando el retorno del exilio, dice: «Al ir se va llorando, llevando la semilla para tirar, pero al volver viene con alegría, llevando sus

gavillas». De aquí el deseo final: «Que el Señor nos de esta gracia: esperar el consuelo, reconocer el consuelo espiritual y conservar el consuelo».

26 de septiembre de 2017.

Como una familia.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
39, viernes 29 de septiembre
de 2017

Es «familiaridad» la palabra clave de la homilía pronunciada por el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el martes, 26 de septiembre. El centro es la perspectiva que cada cristiano

debe «sentirse familia de Jesús», vivir en «cercanía» con Él cada momento del día, incluso aquellos aparentemente más banales.

Fue precisamente Jesús quien ofreció esta oportunidad a cada hombre, haciendo lo mismo — dijo el Pontífice— «un paso más en la cercanía que tiene con nosotros». Es lo que emerge claramente del evangelio del día (*Lucas, 8, 19-21*), en el que se lee que «Jesús estaba predicando con tanta multitud» mientras «llegó su familia» a encontrarlo. «Y cuando le dicen

que allí está su madre, sus parientes, su familia», Jesús «alarga el concepto y dice: “Esta es mi familia, ellos, es esta, todos, todos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”». He aquí, explicó el Papa, el «paso más» que da Jesús, que afirma: «Yo tengo una familia más grande que pequeña, en la cual he venido al mundo». De este modo Él «nos hace pensar a nosotros que somos su familia», es decir, aquellos «que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

Un gesto, aquel de Jesús, que restituye «el concepto de familiaridad con Dios, de familiaridad con Jesús». De hecho, dijo Francisco, «nosotros podemos ser discípulos, podemos ser amigos, pero ser familia es aún más». Es un salto de calidad si se piensa en el «primer mandamiento que hemos recibido en la persona de nuestro padre Abraham», o sea: «Camina en mi presencia y sé irreprochable». Hoy aquel mandamiento «ha crecido y es más grande y largo: “Escucha

la palabra de Dios. Ponla en práctica, así serás mi familia, tendrás familiaridad conmigo"». De aquí, sugirió el Pontífice, cada uno puede valorar su propia relación con Jesús y preguntarse: «¿Es una actitud formal, educada?. Yo voy a rezar, después voy con mis cosas, me olvido de Jesús y hago mis cosas, vuelvo a rezar». ¿Es, por tanto, una actitud diplomática»? O ¿«es una actitud familiar», en la que se siente «familiaridad con el Señor»? Para responder hay que comprender «qué significa

esta palabra que los padres espirituales en la Iglesia han usado tanto y nos han enseñado: la familiaridad con Dios». A este respecto, el Papa dio indicaciones. Antes de nada, significa «entrar en la casa de Jesús: entrar en esa atmósfera, vivir aquella atmósfera que hay en la casa de Jesús. Vivir allí, contemplar, ser libres, allí». De hecho, aquellos que «habitan la casa del Señor», ya que son «hijos» y «tienen familiaridad con Él», son también «libres». Hay una diferencia sustancial con quien

no tiene esta familiaridad: Francisco reclamó una expresión bíblica, o sea «los hijos de la esclava» y la aplicó a aquellos que «son cristianos pero no osan acercarse, no osan tener esta familiaridad con el Señor y siempre hay una distancia que los separa del Señor».

Por tanto, y es el segundo aspecto a considerar, «familiaridad con Jesús significa estar con Él, mirarlo, escuchar su palabra, buscar practicarla, hablar con Él». Un diálogo simple, explicó el

Pontífice en el que se habla con el Señor de las cosas de cada uno, con «aquella oración que se hace también de camino:

“Pero, Señor, ¿qué piensas?”».

Se trata, por lo demás, de aquella familiaridad que tenían los santos. El Papa recordó, por ejemplo a Santa Teresa, «que encontraba al Señor en todas partes, era familiar con el Señor en todas partes, incluso entre las cazuelas en la cocina».

Pero más allá de «estar con el Señor», añadió Francisco, es importante «quedarse con el

Señor», como Él mismo aconsejó en «el discurso de la última cena». El pensamiento, dijo el Pontífice, va al inicio del Evangelio, cuando Juan indica: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Y Andrés y Juan fueron tras Jesús: “Maestro, ¿dónde estás?” —“venid y veréis”» Los dos discípulos lo siguieron y, dice el Evangelio con una «frase hermosa: “se quedaron con él todo el día y toda la noche”».

Por tanto, concluyó el Papa, hay que, proceder «con esta

actitud de familiaridad con el Señor» y no quedarse como cristianos que se conforman con tener una «actitud buena con el Señor, pero tú allí y yo aquí». La invitación del Señor está clara y es más atrayente: «Somos familia, vosotros sois mi familia si escucháis mi palabra y si la ponéis en práctica».

Hay que tener el estilo de quien, con sus problemas, durante el día «va en el bus, en el metro e interiormente habla con el Señor o al menos sabe que el Señor lo mira, le es

cercano: esta es la familiaridad,
es cercanía, es sentirse de la
familia de Jesús».

29 de septiembre de 2017.

Confiémonos a los arcángeles.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 6 de octubre de 2017

Un verdadero y característico acto de entrega a los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel para que nos ayuden en la lucha contra las seducciones del diablo, nos

Lleven las buenas nuevas de la salvación y nos tomen de la mano para no que no tomemos el camino equivocado en la vida, cooperando así «al plan de salvación de Dios». Es la oración pronunciada por el Papa en la misa celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta, el viernes, 29 de septiembre, día de la fiesta de los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

«En la oración del principio de la misa —señaló Francisco inmediatamente— hemos rezado así: “oh, Dios que

llamas a los ángeles y a los hombres a cooperar en tu plan de Salvación, concédenos, a nosotros, peregrinos en la tierra la protección de los espíritus bienaventurados, que en el cielo están frente a ti para servirte y contemplan la gloria de tu rostro”».

«Algo que llama la atención desde el inicio —explicó el Papa— es que los ángeles y nosotros tengamos la misma vocación: cooperar en el plan de salvación de Dios; somos, por decirlo así, “hermanos en la vocación». Los ángeles «están

frente al Señor para servirlo, para alabarlo y también para contemplar la gloria del rostro del Señor: los ángeles son los grandes contempladores, contemplan al Señor; sirven y contemplan. Pero el Señor también los envía para acompañarnos en el camino de la vida».

«Hoy celebramos el día de tres de estos arcángeles —afirmó el Pontífice— porque han tenido un papel importante en la historia de la salvación. Y conmemoramos a estos tres porque también tienen un

papel importante en nuestro camino hacia la salvación». Comenzando por «Miguel —el gran Miguel— el que hace la guerra al diablo», explicó el Papa refiriéndose al pasaje del Apocalipsis (12, 7-12) propuesto por la liturgia y subrayando: «Al final, cuando el dragón combatía contra Miguel, cuando ganó, el texto dice así: “el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra”». El diablo es «nuestro enemigo» y ésta,

explicó el Pontífice, es «una visión del fin del mundo, pero, mientras tanto molesta, molesta en nuestra vida: siempre busca seducir, como sedujo nuestra madre Eva, con argumentos convincentes: “come el fruto, te hará bien, te hará conocer tantas cosas”». Y así «comienza, como la serpiente, a seducir, a seducir y después, cuando hemos caído, nos acusa delante de Dios: “es un pecador, ¡es mío!”». Por lo tanto, dijo Francisco, «“este es mío” es precisamente la palabra del diablo, nos gana

con la seducción y después nos acusa delante de Dios: "es mío, a este lo llevo conmigo"». Y «Miguel le hace la guerra, el Señor le pidió hacer la guerra: por nosotros que estamos en camino, en esta vida nuestra, hacia el cielo, Miguel nos ayuda a hacerle la guerra, a no dejarnos seducir por este espíritu maligno que nos engaña con seducciones». Precisamente «por esto hoy agradecemos a san Miguel por este trabajo que hace por la Iglesia y por cada uno de

nosotros y le pedimos que continúe defendiéndonos». El segundo arcángel, «Gabriel, es el que lleva las buenas nuevas, el que llevó la noticia a María, a Zacarías, a José» continuó Francisco. Gabriel, por lo tanto, lleva «las buenas nuevas y la buena nueva de la salvación». También él «está con nosotros y nos ayuda en el camino». Sobre todo cuando, y sucede «tantas veces, nosotros con tantas noticias malas o tantas noticias que no tienen sustancia, olvidamos la buena nueva, aquella del Evangelio de

Dios, de la salvación, que Jesús vino con nosotros y nos trajo la salvación de Dios». Y es precisamente «Gabriel quien nos recuerda esto y por eso hoy pedimos a Gabriel que nos anuncie siempre la buena nueva». Gabriel, fue la oración de Francisco, «recuérdanos la buena nueva de Dios, lo que Dios ha hecho».

«Y después está el tercer arcángel, Rafael, el que nos ayuda en el camino, el que camina con nosotros», dijo el Pontífice. «Miguel —especificó— nos defiende, Gabriel nos da la

buena nueva y Rafael nos toma de la mano y camina con nosotros, nos ayuda en tantas cosas que suceden en el camino». A Rafael «le debemos pedir: por favor, que nosotros no seamos seducidos para dar el paso equivocado, equivocarse de camino; guíanos por el buen camino. Tu eres el compañero de camino, como fuiste el compañero de camino de Tobías».

Los tres arcángeles, prosiguió Francisco, «están delante de Dios, son nuestros compañeros porque tienen la misma

vocación en el misterio de la salvación: llevar adelante el misterio de la salvación.

Adoran a Dios, glorifican a Dios, sirven a Dios». Y así, «hoy recemos simplemente a los tres arcángeles, Miguel, Gabriel Rafael», invitó el Papa sugiriendo las palabras de la oración: «Miguel, ayúdanos en la lucha; cada uno sabe qué lucha tiene en su propia vida hoy, cada uno de nosotros conoce la lucha principal, la que hace arriesgar la salvación. Ayúdanos, Gabriel, tráenos noticias, tráenos la buena

nueva de la salvación, que Jesús está con nosotros, que Jesús nos ha salvado y danos esperanza. Rafael, tómanos de la mano y ayúdanos en el camino para no equivocarnos de rumbo, para no quedarnos parados: siempre caminar, pero ayudados por ti».

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2017.***



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

OCTUBRE.

3 de octubre de 2017. Solo hacia Jerusalén.

6 de octubre de 2017. La gracia del arrepentimiento.

10 de octubre de 2017. Jonás el testarudo.

13 de octubre de 2017.

Vigilantes contra la mundanidad.

17 de octubre de 2017. Tres grupos de fariseos.

20 de octubre de 2017. **Almas maquilladas.**

23 de octubre de 2017. **Quien hace pasar hambre a los niños.**

24 de octubre de 2017. **En el abismo del misterio.**

30 de octubre de 2017. **En el camino del buen pastor.**

31 de octubre de 2017. **Si la pastoral no tiene valentía.**

3 de octubre de 2017. **Solo hacia Jerusalén.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 6 de octubre de 2017

«Pedir a Jesús la gracia de seguirlo de cerca», para no dejarlo solo, superando así las tentaciones de mirarnos a nosotros mismos para “dividirse el pastel” de los intereses personales»: es el consejo

espiritual sugerido por Francisco en la misa celebrada el martes, 3 de octubre en Santa Marta.

«Este pasaje del Evangelio — señaló el Pontífice refiriéndose al pasaje litúrgico de Lucas (9, 51-56)— nos cuenta el momento en el que se acerca la pasión del Señor: “Como se iban cumpliendo los días de su asunción”». Y así, explicó, «Jesús va adelante, se acerca el momento de la cruz, el momento de la pasión y frente a esto, Jesús hace dos cosas».

En primer lugar, el Señor «tomó la firme decisión de ponerse en marcha —“acepto la voluntad del Padre”— y va adelante». Después, «anuncia esto a sus discípulos: Jesús ha decidido hacer la voluntad del Padre hasta el final». Y se lo dice claramente al Padre: «Es tu voluntad, yo estoy aquí para obedecer; tú no quieres sacrificios, sino que quieres obediencia y yo obedezco y voy adelante».

Por lo demás, afirmó el Papa, Jesús «solo una vez se permitió pedir al Padre alejar un poco

esta cruz»: cuando en el monte de los olivos pregunta al Padre: «Si es posible, aleja de mí este cáliz, pero que no se haga la mía, sino tu voluntad». Jesús es «obediente con lo que el Padre quiere: decidido y obediente y nada más y así, hasta el final».

«El Señor entra en paciencia» prosiguió el Pontífice, porque «es un ejemplo de camino no solo morir sufriendo en la cruz, sino caminar con paciencia».

Así Jesús, «frente a esta decisión firme que Él tomó, comunica a sus discípulos que

se acerca el tiempo». Por su parte, «los discípulos —muchos pasajes del Evangelio cuentan su actitud frente a este camino hacia Jerusalén— algunas veces no entienden qué quiere decir o no quieren entender, porque tenían miedo, estaban asustados». Tanto que, expresó el Papa, «cuando Jesús les dijo de ir a casa de Marta y María, porque Lázaro había muerto, ellos intentan convencerlo de no ir allí, a Judea porque era peligroso para su vida: tenían miedo, estaban asustados».

Por esta razón, pues, los discípulos «no preguntaban, no entendían», tal vez diciéndose entre ellos que era «mejor no preguntar sobre esto: dejemos que el tiempo vaya adelante, tal vez cambia y no, sobre este tema no se habla"». En resumen, es la actitud de «esconder la verdad bajo la mesa, allí, que no se vea». Es más: «otros, en otros momentos hablaban de sus cosas, cosas totalmente separadas de lo que Jesús decía».

De hecho, cuando el Señor exhortaba: «vayamos a Jerusalén, el hijo del hombre será crucificado», ellos no entendía de qué hablaba. Y «se avergonzaban porque habían hablado de quien, entre ellos, sería el más grande: “No, a ti te toca esto cuando viene el reino; a mi a la derecha, tú a la izquierda”. Y se dividían el pastel, un trozo para cada uno». Mientras Jesús se quedaba «solo, solo». En cambio, «otras veces, como en este caso, buscaban hacer algo: “Señor, hay uno que da caza a

los demonios, pero no es de los nuestros, ¿qué hacemos?». O hacían «como los dos hijos de Zebedeo que querían estar a la izquierda y a la derecha de Jesús en el momento de la venida del reino». Lucas, en su evangelio, cuenta que los samaritanos no quisieron recibir a Jesús en un pueblo. Y la reacción de Santiago y Juan es fuerte: «¿Hacemos que descienda del cielo fuego y les consuma?». En conclusión, explicó el Papa, «intentan hacer cosas alienantes», pero, prosigue el evangelista, «Jesús

se giró y les reprobó». En sustancia, afirmó el Pontífice, los discípulos «buscaban una coartada para no pensar en lo que se esperaba». Y en cambio «Jesús» estaba «solo, no estaba acompañado en esta decisión, porque ninguno entendía el misterio de Jesús, la soledad de Jesús en el camino hacia Jerusalén: ¡solo!». Todo «esto hasta el final»: basta pensar, reafirmó el Papa, «en el abandono de los discípulos, en la traición de Pedro». Jesús, por lo tanto,

está «solo: el Evangelio nos dice que solo le aparece un ángel del cielo para confortarlo en el monte de los olivos. Solo esa compañía, ¡solo!»

«Pero Él, solo, tomó la decisión de ir adelante y hacer la voluntad del Padre» observó Francisco. Y los discípulos «no entendían: hacían otras cosas, luchaban entre ellos o buscaban alternativas para no pensarlo». Esta «soledad de Jesús a veces se manifiesta: recordemos aquella vez que se da cuenta de que no había sido entendido: "oh, generación

incrédula y perversa, ¿hasta cuando debería estar entre vosotros y soportaros?». El señor, por tanto, «sentía esta soledad».

Precisamente en esta perspectiva, el Papa sugirió «que hoy todos nosotros tomemos un poco de tiempo para pensar: Jesús nos ha amado tanto y no fue entendido por los suyos».

Incluso «los parientes, dice el Evangelio, cuando fueron a encontrarlo decía: "ha perdido la cabeza, ha perdido la cabeza". No era entendido». Y

así, insistió Francisco, es importante «pensar en Jesús solo, hacia la cruz, decidido, en medio de la incompreensión de los suyos: pensar esto y ver a Jesús caminar decididamente hacia la cruz y darle las gracias». Decir, en conclusión: «Gracias Señor, porque has sido obediente, has sido valiente; has querido tanto, me has querido tanto».

De este modo, se puede «hacer hoy un coloquio con él: ¿cuántas veces intento hacer tantas cosas y no te miro a ti que hiciste esto por mí? Tú que

fuiste paciente —el hombre paciente, Dios paciente— y que con tanta paciencia toleraste mis pecados, mis fallos». Y entonces, dijo aún Francisco, se puede «hablar con Jesús así — él siempre está decidido a andar adelante, a poner la cara — y darle las gracias».

Por lo tanto, concluyó el Pontífice, «tomemos un poco de tiempo, pocos minutos —cinco, diez, quince— frente al crucifijo, tal vez, o veamos con la imaginación a Jesús caminar decididamente hacia Jerusalén

y pedir la gracia de tener el valor de seguirlo de cerca».

6 de octubre de 2017. **La gracia del arrepentimiento.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 13 de octubre de 2017

Nuestro «primer nombre es "pecador"». Por esto «pidamos al Señor la gracia de avergonzarnos» frente a Dios omnipotente que «nos abraza» con toda su misericordia. Y «para pedir perdón, el camino justo nos lo indica hoy el

profeta Baruc» afirmó el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes por la mañana, 6 de octubre, en Santa Marta.

De hecho, «la primera lectura es un acto de arrepentimiento», señaló inmediatamente refiriéndose precisamente al pasaje del libro de Baruc (1, 15-22). «El pueblo se arrepiente frente al Señor y pide perdón por sus pecados: se arrepiente viendo la gloria del Señor y las cosas malas que ha hecho». Y «el pasaje del profeta Baruc comienza así: “Al Señor, nuestro Dios, la Justicia”,

porque Él es justo y “a nosotros, en cambio, la confusión del rostro”».

Por lo tanto, afirmó el Pontífice, «se sienten así, sin honor y con este corazón piden perdón». Y «no dicen: “hemos hecho esto, esto, esto...”: las cosas que han hecho siempre, las dicen en relación con el Señor, delante del Señor». Es este «el modo de arrepentirse: todo el pueblo se arrepintió, en aquel momento, y pidió perdón por todos “los habitantes de Jerusalén, por nuestros reyes y por nuestros jefes, por nuestros

sacerdotes y nuestros profetas y por nuestros padres, porque hemos pecado contra el Señor"».

«Esto quiere decir que todos somos pecadores, todos», dijo Francisco. Tanto que «ninguno puede decir "yo soy justo" o "yo no soy como aquel o como aquella"». Pero reconoce, sobre todo, que «yo soy pecador». Y «yo diría que casi es el primer nombre que todos tenemos: pecadores», afirmó el Papa, preguntándose después: «¿Por qué somos pecadores? Hemos desobedecido, siempre en

relación con el Señor: Él ha dicho una cosa y nosotros hemos hecho otra; no hemos escuchado la voz del Señor: Él nos ha hablado tantas veces». En efecto, insistió, «en nuestra vida cada uno puede pensar: "cuántas veces el Señor me ha hablado, ¡cuántas veces no lo he escuchado!"». Por ejemplo, prosiguió, «ha hablado con los padres, con la familia, con el catequista, en la iglesia, en las prédicas, ha hablado también en nuestro corazón: escuchamos la voz del Señor» pero «no hemos escuchado esa

voz que nos hablaba de
"caminar de acuerdo con los
decretos" que Él había dado». Se lee aún en el pasaje de Baruc propuesto por la liturgia: «Nosotros nos hemos rebelado al Señor nuestro Dios». Y «el pecado siempre es ese», en cuanto «el pecado aislado no existe». Porque «el pecado siempre es pecado porque está en relación con Dios». Más bien, explicó el Pontífice «el pecado aislado» está en la «descripción en los libros, pero en la vida, un pecado siempre es una cosa mala delante de

Dios, en la relación con Él». Y así, prosiguió el Papa retomando las palabras del pasaje de Baruc, «nos hemos rebelado» a Él, «nos hemos obstinado a no escuchar su voz»: he aquí «la obstinación del corazón».

«Yo creo —confesó Francisco— que el profeta nos enseña cómo arrepentirnos; nos enseña cuál es el camino para pedir perdón, el verdadero camino». Baruc escribe que «con el pecado llegaron tantos males»: y esto «porque —señaló el Papa— el pecado arruina, arruina el

corazón, arruina la vida, arruina el alma: debilita, enferma». Se lee incluso en el pasaje de Baruc: «No hemos escuchado la voz del Señor» y, más bien, «cada uno de nosotros, en vez de escuchar la voz del Señor “ha seguido las perversas inclinaciones de su corazón, ha servido a dioses extranjeros y ha hecho aquello que está mal a ojos del Señor”».

En resumen, afirmó el Pontífice, «el Señor nos ha hablado» pero «cada uno de nosotros ha hecho lo contrario:

ha caído en la idolatría, las pequeñas idolatrías de cada día, ha hecho lo que está mal a los ojos del Señor y ha seguido “las perversas inclinaciones del corazón”».

«Nosotros sabemos —dijo sugiriendo hacer una reflexión personal— que en nuestro corazón hay tantas veces inclinaciones hacia los pecados: hacia la codicia, hacia la envidia, hacia el odio, hacia la difamación». Y «pensemos» precisamente en la «difamación: tal vez vosotros no —no lo sé— pero, ¿cuántas

veces yo he hablado mal de los demás? ¿Cuántas veces he criticado?». La difamación, de hecho, «es una inclinación del corazón: arruinar la vida de los demás». Es más: «nosotros nos rasgamos las vestiduras cuando escuchamos noticias de las guerras, pero criticar es una guerra, es una guerra del corazón para destruir al otro». Y cuando «el Señor nos dice: "no, no critiques, estate callado"», en cambio «yo hago lo que quiero». Es importante, por lo tanto, resaltó Francisco, «mirar

siempre el pecado en esta relación con el Señor, que nos ama, nos da todo», incluso si «nosotros hacemos lo que queremos». Por esta razón, sugirió «cuando nosotros hacemos examen de conciencia o nos preparamos para la confesión, no debemos hacer solamente una lista de los pecados, como una lista telefónica o la lista del supermercado: no». Es necesario en cambio reconocer «este pecado que he cometido delante del Señor: siempre hacer la relación: “yo he hecho

esto delante de ti"».

Muchas veces, señaló, «vamos a la confesión con la lista de los pecados —malos, eso es cierto — y soltamos allí todo delante del sacerdote y nos quedamos tranquilos». Pero, prosiguió, «yo me pregunto: ¿Dónde está el Señor ahí? ¿He pensado que este pecado es contra el Señor? "Ah, no me ha venido a la mente"». Sin embargo, «no es una mancha a quitar, si fuera una mancha bastaría con ir a la tintorería y limpiarla». En cambio, explicó el Papa, «el pecado es una relación de

rebelión contra el Señor: es malo en sí mismo, pero malo contra el Señor, que es bueno». Entonces «si yo pienso así sobre mis pecados, en vez de deprimirme siento ese gran sentimiento: la vergüenza, el deshonor del que habla el profeta Baruc». Porque «la vergüenza es una gracia: sentir vergüenza delante del Señor». Desde aquí la propuesta de un examen de conciencia personal: «Que ninguno responda pero sí se responda en el corazón: ¿habéis sentido vergüenza frente al Señor por

vuestros pecados? ¿Habéis pedido la gracia de la vergüenza, la gracia de avergonzaros frente a ti, Señor, que te he hecho esto? Porque yo soy malo: cúrame, Señor». Y «que el Señor nos cure a todos» auspició el Papa, recordando que la vergüenza «abre la puerta a la curación del Señor».

Por su parte, continuó Francisco, «¿qué hace el Señor? Hace aquello que hemos rezado en la oración del principio: "Señor, Tú que revelas tu omnipotencia, sobre

todo con la misericordia y el perdón"». Por lo tanto, «cuando el Señor nos ve así» debemos «avergonzarnos de lo que hemos hecho y con humildad pedir perdón: Él es omnipotente, borra, nos abraza, nos acaricia y nos perdona». Pero «para llegar al perdón, el camino es este que hoy nos enseña el profeta Baruc».

«Alabemos hoy al Señor —fue la exhortación del Papa— porque ha querido manifestar precisamente la omnipotencia en la misericordia y en el

perdón; después, también en la creación del mundo, pero esto es secundario». Y «sobre todo en la misericordia y en el perdón y frente a un Dios tan bueno, que perdona todo, que tiene tanta misericordia, pidamos la gracia de la vergüenza, de avergonzarnos; la gracia de sentir el deshonor». Como escribe Baruc «al Señor, nuestro Dios, la justicia; a nosotros, el deshonor, es decir, la vergüenza». Y «con esta vergüenza, acercarse a Él que es tan omnipotente en la

misericordia y en el perdón».

10 de octubre de 2017. **Jonás el testarudo.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 13 de octubre de 2017

Al hombre le cuesta entrar en la lógica de Dios y a menudo aplica un concepto de «justicia» que se ve afectado por su «rigidez» y «terquedad». Limitado como está al pequeño horizonte de su corazón, no es

capaz de entender como «obra el Señor», su infinita misericordia y voluntad de perdón. Lo aclara la historia del profeta Jonás que el Papa Francisco tomó como punto de partida para la reflexión durante la misa celebrada en Santa Marta el martes, 10 de octubre.

Se trata de la historia bíblica propuesta por la liturgia cotidiana de la palabra en los primeros tres días de esta semana. El Pontífice recorrió el libro de Jonás señalando, de forma preliminar, cómo parece

«un diálogo entre la misericordia, la penitencia, la profecía y la terquedad». Ante todo está Jonás, «un testarudo que quiere enseñar a Dios cómo se deben hacer las cosas». De hecho, «cuando el Señor lo envió a predicar la conversión a la ciudad de Nínive», él se fue «con un barco en la dirección opuesta». Es decir, «escapaba de la misión que Dios le había confiado y le había encargado». Los acontecimientos, sin embargo, pasan por alto su voluntad, ocurre, de hecho, que a causa

de una tempestad el «barco está en peligro» y Jonás confiesa su culpa a los marineros que «rezan cada uno a su dios» y les pide: «Tiradme al mar, yo soy el culpable».

Así sucede, pero, recordó Francisco, «el Señor, que es tan bueno, hizo que un pez se tragara a Jonás y tres días después lo dejara en la playa».

La segunda parte de la historia está narrada precisamente en la primera lectura del martes (*Jonás 3, 1-10*): «En aquellos días, por segunda vez el Señor dirigió estas palabras a Jonás:

“levántate, vete a Nínive, la gran ciudad y proclama el mensaje que yo te diga”». Esta vez el profeta «obedeció». Y, anotó el Papa, «se ve que predicaba bien, porque los ninivitas tuvieron miedo, tanto miedo que se convirtieron». Gracias a su intervención, explicó, «la fuerza de la palabra de Dios llegó a su corazón». Y a pesar de que era una «ciudad muy pecadora», sus habitantes cambiaron de vida, «rezaron, hicieron ayuno». Sucede así que «Dios vio sus obras, es decir, que se

habían convertido de su conducta perversa y Dios se arrepintió del mal que había determinado hacerles y no lo hizo».

Nos podríamos preguntar: «Pero, entonces, ¿Dios cambió?». En realidad, puntualizó el Pontífice «ellos cambiaron». De hecho, primero «Dios no podía entrar en su vida porque estaba cerrada en los propios vicios, pecados»; después ellos «con la penitencia abrieron el corazón, abrieron la vida y el Señor pudo entrar».

Continuando la historia, el Papa anticipó también la primera lectura del miércoles, en la que «la Iglesia nos hace contemplar el tercer pasaje», o sea, el hecho de que «Jonás se disgustó y se irritó, porque el Señor había perdonado a la ciudad: “No, tú me mandaste, yo prediqué. Ahora tú debes hacer lo que me habías dicho”». Emerge aquí el hecho de que Jonás «era un testarudo, más que testarudo, era rígido; estaba enfermo» de «rigidez del alma». Añadió Francisco: «tenía el alma

“almidonada”, no se podía agrandar, cerrada: las cosas son así y deben ser así». Por eso, explicó, después de «la conversión de Nínive «al Señor le tocó hacer “otro trabajo”: la «conversión de Jonás».

El Pontífice, en este punto, se paró a analizar el método pedagógico usado por el Señor con Jonás. El profeta «irritado, se va fuera de la ciudad, a una cabaña». Y ya que «allí el sol era fuerte, el Señor hizo crecer una planta de ricino, para que le diese sombra». Jonás —que «había ido allí para ver qué

ocurría en la ciudad, estaba seguro de que el Señor le había perdonado» y de que «tal vez tenía la esperanza, o peor, las ganas de que bajara fuego del cielo. Estaba allí, esperaba el espectáculo— en realidad «estaba feliz» por este árbol que le daba consuelo. Pero después «el Señor hizo que el ricino se secase» y entonces Jonás «se enfadó más» y, usando la misma expresión que había usado con lo marineros, dijo «mejor para mí morir que vivir».

Es este, explicó el Papa, el momento en el que «el Señor entra en el corazón de Jonás» y le habla: «¿Te parece justo irritarte así por esta planta de ricino?». Él responde: “Sí, es justo” —estaba realmente enfadado—; “Estoy tremendamente irritado”. Pero el Señor le responde: “Tú sientes piedad por esta planta de ricino, por la que no has trabajado, que no has hecho salir, que en una noche creció y en una noche murió. ¿Y yo no debería tener piedad de Nínive, esa gran ciudad en la que hay

más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir entre la mano derecha y la mano izquierda y una gran cantidad de animales?"». El Señor «manifiesta a Jonás su misericordia». He aquí entonces cómo la Escritura habla también del hombre de hoy.

Explicó Francisco: «los testarudos de alma, los rígidos, no entienden qué es la misericordia de Dios. Son como Jonás: "debemos predicar esto, que se castigue a estos porque

han hecho el mal y deben ir al infierno». Es decir, los rígidos «no saben agrandar el corazón como el Señor. Los rígidos son pusilánimes, como el pequeño corazón cerrado, pegados a la justicia desnuda». Sobre todo, añadió, los rígidos «olvidan que la justicia de Dios se hizo carne en su Hijo, se hizo misericordia, se hizo perdón; que el corazón de Dios siempre está abierto al perdón. Es más, olvidan lo que rezamos la semana pasada en la oración colecta: olvidan que Dios, su omnipotencia, se manifiesta

sobre todo en la misericordia y en el perdón». Para el hombre, explicó el Papa, «no es fácil entender la misericordia de Dios, no es fácil». Y «es necesaria tanta oración para entenderla, porque es una gracia». Los hombres, de hecho, están habituados a la lógica del «me la has hecho, te la devolveré», a la justicia del «la has hecho, la pagas». Y, en cambio, «Jesús pagó por nosotros y continúa pagando». A Jonás —«testarudo, pusilánime, rígido», que «no entendió la misericordia de

Dios»— el Señor «le habría podido decir: “Arréglatelas tú con tu rigidez y tu terquedad”». Y, en cambio, «el mismo Dios que quiso salvar aquellas ciento veinte mil personas, fue a él a hablarle y a convencerlo». Porque es «el Dios de la paciencia, es el Dios que sabe acariciar, que sabe agrandar los corazones». He aquí, entonces, «el mensaje de este libro profético»: con su «diálogo entre la profecía, la penitencia, la misericordia y la pusilanimidad o la terquedad», nos dice que «siempre vence la

misericordia de Dios», porque «su omnipotencia se manifiesta precisamente en la misericordia».

Por eso, el Pontífice concluyó la homilía aconsejando «tomar la Biblia y leer este libro de Jonás —es pequeñísimo, son tres páginas— y ver cómo actúa el Señor, cómo es la misericordia del Señor, cómo el Señor transforma nuestros corazones. Y agradecer al Señor porque Él es tan misericordioso».

13 de octubre de 2017.

Vigilantes contra la mundanidad.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 20 de octubre de 2017

El Papa Francisco advirtió sobre los «demonios educados», que bien camuflados proponen de forma astuta tentaciones y seducciones con las buenas maneras y terminan haciendo

«posesiones de salón». A las cuales sugirió responder con «la vigilancia», que significa «oración, examen de conciencia y obras de caridad», para no caer en la «mundanidad» y merecer también el apelativo de «insensato» que san Pablo reserva a los Gálatas. De aquí la invitación —dirigida a los fieles durante la misa celebrada en Santa Marta el viernes 13 de octubre— a volver a mirar a «Cristo crucificado», dejando el papel de «cristianos tibios». «Muchas veces Jesús en sus predicaciones nos advierte que

debemos ser vigilantes, velar, quedar en espera» hizo presente el Papa en la homilía. En una ocasión, añadió, pidió vigilar «porque vosotros no conocéis la hora en la que vendrá el hijo del hombre». De hecho, «la vigilancia debe ser preparada en función de la venida del Señor». En otras ocasiones Jesús hizo esta misma recomendación «subrayando el “prepararse”»: es el caso de las diez siervas, las prudentes y las que no eran prudentes, no estaban preparadas». Las primeras

«tenían todo preparado, también el aceite de las lámparas»; las segundas «estaban allí a la buena, sin pensar estar preparadas». «Vigilad», por tanto, es la sugerencia de Jesús que, «otras veces, lo hace aconsejando la oración, la vigilancia para no caer en tentación». Por ejemplo, afirmó el Pontífice, «lo dice a sus discípulos en el huerto de los Olivos: ellos se dormían por el miedo» y él les aconseja: «rezad y vigilad para no caer en tentación».

En resumen «muchas veces el Señor pide estar vigilantes», porque «el cristiano siempre está en vela, vela, está atento; tiene algo del centinela, debe estar atento». Y «hoy el Señor nos sorprende con otra vigilancia que no es fácil de entender pero es muy común», hizo notar el Papa refiriéndose al pasaje evangélico de Lucas (11, 15-26) propuesto por la liturgia.

En la práctica, explicó recurriendo al pasaje del Evangelio, Jesús «expulsa un demonio y después viene esta

discusión. Algunos dijeron: "Tiene el permiso de Belcebú", y toda esa historia; Jesús se defiende y, en la diatriba, lleva a estos al ridículo. Terminado esto, se detiene y nos dice no una parábola: en forma de parábola, pero no una parábola, nos dice una verdad. Cuando el espíritu impuro sale del hombre, camina por lugares desiertos, buscando alivio, y no encontrándolo, dice: "volveré a mi casa de donde he salido". Al llegar, la encuentra barrida y decorada. El hombre que vive allí es libre. Entonces va, toma

otros siete espíritus peores que él, entran y llegan a casa. Y la última condición de ese hombre se convierte en peor que la primera. La condición de ese hombre antes de que el demonio fuera expulsado de su vida era mejor que esta».

¿Qué significan estas palabras de Jesús y cuándo suceden estas cosas? Esta es la cuestión planteada por el Pontífice en el proponer la meditación sobre el pasaje del Evangelio de Lucas. «Es una figura» explicó. El Señor «toma la figura de los demonios en el desierto, dando

vueltas, sufriendo. Pensemos cuando Jesús expulsa esos demonios que se llaman "legiones" porque son muchos y ellos piden ir donde los cerdos, porque quieren dar vueltas por el desierto». Y en particular «aquí dice: "vaga por lugares desiertos buscando alivio" y después de un tiempo vuelve». Pero esta es la «sorpresa» de «volver a casa» y encontrarla «barrida, adornada: el alma de ese hombre estaba en paz con Dios y él no entra». Entonces «busca otros siete, peores que él».

«Esa palabra —peor— tiene mucha fuerza, en este pasaje» observó el Pontífice. «Y después entra», dice Lucas. Pero «¿cómo entra? Entra suavemente: llama a la puerta, pide permiso, toca el timbre, vuelve educadamente». Y «esta segunda vez son los diablos educados». Así «el hombre no se da cuenta: entran sin hacer ruido, comienzan a formar parte de la vida, con sus ideas y sus inspiraciones ayudan también a ese hombre a vivir mejor y entrar en la vida del hombre, entran en su corazón

y desde dentro comienzan a cambiar a ese hombre, pero tranquilamente, sin hacer ruido».

Toda «esta forma», explicó Francisco, «es diferente del de la posesión diabólica que es fuerte: esta es una posesión diabólica un poco “de salón”, digamos». Y «es el que el diablo hace lentamente en nuestra vida para cambiar los criterios, para llevarnos a la mundanidad: se mimetiza en nuestra forma de actuar y nosotros difícilmente nos damos cuenta». Así «ese

hombre, liberado por un demonio, se convierte en un hombre malo, un hombre oprimido por la mundanidad». Precisamente «esto es lo que quiere, el diablo: la mundanidad».

De hecho la mundanidad, reiteró el Papa, «es un paso adelante —me permito la palabra, entre comillas— en las “posesiones” del demonio. Me viene a la mente el adjetivo que Pablo ha dicho a los Gálatas cuando entraron por ese camino: “Insensato, o Gálatas insensatos, ¿quién os

ha fascinado? ¿A vosotros, a cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado?».

Por tanto, afirmó el Pontífice, «es un encantamiento: es la seducción, porque» el diablo «es el padre de la seducción. Pensemos en qué hizo con Eva: comenzó hablando, suavemente, suavemente, suavemente», y «salió con su “¿quién os ha encantado?”». Pero «cuando el demonio entra así suavemente, educadamente y toma posesión de nuestras actitudes, nuestros valores van del servicio de Dios a la

mundanidad». Así «somos cristianos tibios, cristianos mundanos y hacemos hacer esta mezcla, esta macedonia entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios». Aun así, advirtió el Papa, «no se puede vivir así: esto aleja del Señor, pero es demasiado sutil».

El punto, prosiguió Francisco, es preguntarse «cómo se hace para no caer en este y para salir de esto». La respuesta es clara: «Antes que nada retomo la palabra "vigilancia": no asustarse, como Isaías dijo a Acaz, "vigilancia y calma"»,

como decir: «estate atento». Porque, explicó, «vigilar significa entender qué pasa en mi corazón, significa pararme un poco y examinar mi vida». Al respecto el Papa no dejó de proponer las preguntas para un examen de conciencia personal: «¿Soy cristiano? ¿Educo más o menos bien a mis hijos? ¿Mi vida es cristiana o es mundana? ¿Y cómo puedo entender esto?».

Para responder es necesario recurrir a la «misma receta de Pablo: mirar a Cristo crucificado». De hecho «la

mundanidad se entiende donde está, y se destruye, solamente delante de la cruz del Señor». Precisamente «este es el objetivo del crucificado delante de nosotros: no es un ornamento» sino «es precisamente lo que nos salva de estos encantamientos, de estas seducciones que te llevan a la mundanidad».

Así vuelve la pregunta esencial: «¿Yo miro a Cristo crucificado? ¿Yo, a veces, hago el vía crucis para ver el precio de la salvación, el precio que nos ha salvado no solo de los

pecados sino también de la mundanidad?»». Y después, prosiguió, «como he dicho», es necesario «el examen de conciencia» para verificar «qué sucede, pero siempre delante del Cristo crucificado la oración». Es más, añadió el Pontífice, «nos hará bien hacerse una fractura, pero no en los huesos: una fractura a las actitudes cómodas: las obras de caridad». En resumen: «yo soy cómodo, pero haré esto que me cuesta». Por ejemplo «visitar a un enfermo, dar una ayuda a alguien que lo

necesita: una obra de caridad». Y «esto rompe la armonía que trata de hacer este demonio, estos siete demonios con la cabeza, para hacer la mundanidad espiritual».

En conclusión, el Papa invitó a pensar «en estas tres cosas: Cristo crucificado nos salvará de estos demonios educados, de este resbalar lentamente hacia la mundanidad; nos salvará de la estupidez, de la seducción. El examen de conciencia nos ayudará a ver si hay estas cosas. Y las obras de caridad, esas que cuestan, nos

llevarán a ser más atentos, más vigilantes para que no entren estos personajes que son astutos». Finalmente, deseó que «el Señor nos dé esta gracia y nos haga recordar el adjetivo de Pablo: “insensato”».

17 de octubre de 2017. **Tres grupos de fariseos.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 20 de octubre de 2017

El «camino de la necedad lleva a la corrupción»: es la enseñanza que el Papa tomó de las lecturas litúrgicas al celebrar el martes, 17 de octubre la misa matutina en Santa Marta. Francisco

comenzó señalando que «en la liturgia de la palabra de hoy dos veces se dice la palabra "insensato". La dice Jesús a los doctores de la ley, a algunos fariseos (*Lucas 11, 37-41*); y la dice Pablo a los paganos: "jactándose de sabios, se volvieron estúpidos" (*Romanos 1, 16-25*)». A estos Francisco quiso añadir un tercer caso: Pablo se lo dijo también a los Gálatas, al definirlos como «"insensatos" porque se dejaron engañar, encantar por las nuevas ideas». En consecuencia, «esta palabra

dicha a los doctores de la ley, dicha a los paganos y dicha a los cristianos que se dejan encantar por las ideologías, es una condena». O mejor, aclaró el Papa, «más que una condena, es una señal porque deja ver el camino de la insensatez: lleva a la corrupción».

Al respecto, el Pontífice individuó «tres grupos de insensatos» que «son corruptos». En primer lugar los doctores de la ley y los fariseos, a los que «Jesús había dicho: "Parecéis sepulcros

encalados”: por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos y podredumbre. Corruptos». En segundo lugar, los paganos, los acusados «por Pablo en la lectura de hoy» de haberse «convertido en insensatos», habiendo «cambiado la gloria de Dios incorruptible por una imagen y una figura de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos... Por eso Dios los ha abandonado a la indecencia, según los deseos de su corazón».

En definitiva, también en este

caso «existe corrupción», precisamente como aquellos doctores de la ley citados anteriormente que «se vuelven corruptos por resaltar solo la apariencia y no aquello que está dentro. Corruptos de la vanidad, del parecer, de la belleza exterior, de la justicia exterior. Se han vuelto corruptos porque se preocupaban solo de limpiar, de embellecer el exterior de las cosas, no iban dentro: dentro está la corrupción. Como en los sepulcros». Por lo tanto, continuó el Papa con el

paralelismo, «estos paganos se volvieron corruptos porque cambiaron la gloria de Dios, que habrían podido conocer por la razón, por los ídolos: la corrupción de la idolatría, de tantas idolatrías». Y, advirtió al respecto Francisco, «no solo las idolatrías de los tiempos antiguos, también la idolatría del hoy: la idolatría, por ejemplo, del consumismo; la idolatría de buscar un dios cómodo».

Al final, el tercer caso, el de los Gálatas, «a los que Pablo dice lo mismo», siendo «sobornados

por las ideologías: dejan de ser cristianos para convertirse en ideólogos del cristianismo». En definitiva, es la conclusión del Pontífice, «todas las tres» categorías «terminan en la corrupción, por esta insensatez».

Desde aquí, la invitación a preguntarse: «¿Qué es esta insensatez?». Y la primera respuesta del Papa es que «es un no escuchar; literalmente se puede decir un "necio", "no sé", no escuchar. La incapacidad de escuchar esta Palabra: cuando la Palabra no entra, no la dejo

entrar porque no la escucho. El insensato no escucha. Él cree que escucha, pero no escucha. Está a lo suyo, siempre. Y por esto la palabra de Dios no puede entrar en el corazón y no hay lugar para el amor». O al límite, y es este un caso bastante común, la palabra «si entra, entra destilada, transformada por mi concepción de la realidad». Por lo tanto, continuó con el razonamiento Francisco, «los insensatos no saben escuchar. Y esta sordera les lleva a esa corrupción. No entra en la

palabra de Dios, no hay lugar para el amor y en definitiva, no hay lugar para la libertad». Y sobre este aspecto «Pablo es claro: se convierten en esclavos. "Por eso Dios los ha abandonado a la indecencia según los deseos de su corazón hasta deshonar sus propios cuerpos". ¿Por qué? Porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a criaturas en lugar de al Creador. No son libres y el no escuchar, esta sordera, no deja lugar al amor ni a la libertad: siempre lleva a una

esclavitud». Sería, por lo tanto, oportuno preguntarse, sugirió el Papa: «¿Escucho yo la palabra de Dios? ¿La dejo entrar? Esta palabra, de la que hemos escuchado cantando el Aleluya, la palabra de Dios está viva, es eficaz, discierne los sentimientos y los pensamientos del corazón. Corta, va dentro. ¿Dejo entrar a esta palabra o soy sordo con esta palabra? ¿La transformo en apariencia, la transformo en idolatría, costumbres idólatras o la transformo en ideología? Y no entra». Porque, advirtió el

Pontífice, «esta es la insensatez de los cristianos».

En definitiva, Francisco instó a dar otro paso, o «así como los iconos de los santos nos hacen tanto bien», se debería «mirar a los iconos de los insensatos de hoy». Y, aseguró «hay» muchos.

«Hay cristianos insensatos y también pastores insensatos»: aquellos que, recordó el Papa, «san Agustín “apalea” bien, con fuerza. Porque la insensatez de los pastores hace mal al rebaño: tanto la insensatez del pastor corrupto, como la

insensatez del pastor satisfecho de sí mismo, pagano, como la insensatez del pastor ideólogo».

He ahí entonces la consigna concluyente del Pontífice: «Miremos el icono de los cristianos insensatos, y junto a esta insensatez miremos al Señor, que siempre está en la puerta: llama a la puerta y espera».

Prácticamente se trata de pensar «en la nostalgia del Señor, cuando recuerda los buenos tiempos: "Me acuerdo de ti y del tiempo de tu

juventud, del tiempo del amor, de tu compromiso, cuando me seguías en el desierto, en las tierras sin sembrar". Aquella nostalgia de Dios, del primer amor que ha tenido con nosotros».

De hecho, «si nosotros caemos en esta insensatez y nos alejamos, él experimenta esta nostalgia. Nostalgia de nosotros». Hasta el punto que «Jesús con esta nostalgia llora, lloró por Jerusalén: era la nostalgia de un pueblo que él había elegido, había amado, pero que se había alejado por

insensatez; había preferido las apariencias, los ídolos o las ideologías».

20 de octubre de 2017. **Almas maquilladas.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 27 de octubre de 2017

Los hipócritas viven de «apariencia». Y como «pompas de jabón» esconden la verdad a Dios, a los demás y a sí mismos, ostentando una «cara de estampita» para «maquillar la santidad». De este riesgo

advirtió el Papa Francisco en la celebración eucarística del viernes 20 de octubre en Santa Marta, invitando a desenmascarar «la justificación de la apariencia» —decir una cosa y hacer otra— y pidiendo dar siempre espacio a la «coherencia de vida» y a la «verdad».

«En la primera lectura —hizo notar el Papa enseguida refiriéndose al pasaje de la carta a los Romanos (4, 1-8)— el apóstol Pablo continúa enseñándonos cuál es el verdadero perdón de Dios, el

que es gratuito, el que viene de la gracia, de su voluntad y no el que nosotros pensamos que tenemos por nuestras obras». Por otro lado, explicó Francisco, «nuestras obras son la respuesta al amor gratuito de Dios que nos ha justificado y que nos perdona siempre». Y «nuestra santidad es precisamente recibir siempre este perdón». Por tal razón el pasaje de la carta de Pablo «termina citando el salmo que hemos rezado: "¡Dichoso el que es perdonado de su culpa y le queda cubierto su pecado!

Dichoso el hombre a quien Yahveh no le cuenta el delito"». «Es el Señor —señaló el Pontífice— que nos ha perdonado el pecado original y que nos perdona cada vez que vamos donde Él». De hecho, añadió, «nosotros no podemos perdonarnos nuestros pecados con nuestras obras: solo él perdona». Por nuestra parte, explicó, «no podemos responder con nuestras obras a este perdón».

Pero «Jesús, en el Evangelio, nos hace entender otra manera, otra forma de buscar

la justificación: no por la gratuidad del Señor, no por nuestras obras». Y así «hace ver esos que se creen justos por las apariencias: aparecen como justos y a ellos les gusta hacer esto y saben poner la “cara de estampita”, como si fueran santos». Sin embargo «son hipócritas: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”» se lee en el pasaje evangélico de Lucas (12, 1-7). «Dentro, él mismo ha dicho que está todo sucio, pero por fuera —explicó Francisco— se hacen ver como justos, como

buenos: a ellos les gusta pasear y dejarse ver bien elegantes, ostentar cuánto rezan y cuánto ayunan, cuánta limosna dan».

Pero, advirtió el Papa, «todo es aparentar, aparentar, pero dentro del corazón no hay nada, no hay sustancia en esa vida, es una vida hipócrita: es decir, como dice la palabra, abajo está la verdad y la verdad es nada».

Y por esto, afirmó el Pontífice, «es sabio el consejo de Jesús delante de esta gente: haz lo que dicen porque dicen verdad,

pero no lo que hacen porque hacen lo contrario». De hecho, insistió Francisco, «estos maquillan el alma, viven del maquillaje: la santidad es un maquillaje para ellos». Sin embargo, «Jesús siempre nos pide ser veraces, pero veraces dentro del corazón: y si algo aparece, que aparezca esta verdad, la que está dentro del corazón».

Precisamente por esta razón Jesús da «ese consejo: cuando tú rezas, hazlo escondido; cuando tú ayunes, allí sí, pero maquíllate un poco, para que

nadie vea en el rostro la debilidad del ayuno; y cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, hazlo a escondidas».

En resumen, Jesús aconseja exactamente «lo contrario de lo que hace esta gente: aparentar». En ellos está «la justificación de la apariencias: son pompas de jabón que hoy están y mañana ya no están». Sin embargo «Jesús nos pide coherencia de vida, coherencia entre lo que hacemos y lo que vivimos».

«La falsedad hace mucho mal, la hipocresía hace mucho mal: es una forma de vivir» hizo presente el Pontífice. «En el salmo —recordó— hemos pedido la gracia de la verdad delante del Señor» y «es bonito lo que hemos pedido: Señor, te he hecho conocer mi pecado, no lo he escondido, no he cubierto mi culpa, no he maquillado mi alma». Y el salmo 31 recita así: «He dicho: "Me confesaré a Yahveh de mis rebeldías" y tú absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado». «Siempre la verdad delante de

Dios, siempre», exhortó el Papa. «Y esta verdad delante de Dios —explicó— es la que hace espacio para que el Señor nos perdone; sin embargo la hipocresía» es exactamente lo contrario. Tanto que «al principio esta gente sabe» que es «hipócrita, dice una cosa y no la hace: pero con la costumbre también ellos creen que son justos».

Por ejemplo, sugirió Francisco, «pensemos en la oración de ese doctor de la ley delante del altar: “Te doy gracias, Señor, ¡muchas gracias!”».

Pero no añade «porque me has perdonado» sino que dice: «porque no soy como los otros, yo hago todo lo que se debe hacer». Y, prosiguió el Papa, «después gira la cabeza: “Ni tampoco soy como ese que ha hecho esto, esto, esto...”».

Las personas hipócritas «acusan siempre a los otros pero no han aprendido la sabiduría de acusarse a sí mismos» concluyó el Pontífice, invitando a pedir al Señor, con las palabras del salmo 31, «la gracia de la verdad interior y de poder decir con verdad: “te

he hecho conocer mi pecado,
no lo he escondido, no he
cubierto mi culpa"».

23 de octubre de 2017.
Quien hace pasar hambre a los niños.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 27 de octubre de 2017

Doscientos mil niños rohingya y con ellos todos los que hoy en el mundo sufren el hambre son víctimas de la «idolatría del dinero, que hace "sacrificios humanos"» provocando la

muerte de tantas personas. Y ninguno puede permanecer indiferente mirando «a los niños hambrientos que no tienen medicinas, que no tienen educación, que están abandonados». Desde ahí, la amonestación contra «el dios dinero» —que destruye también a las familias que caen en la codicia de los intereses personales— lanzada por el Papa Francisco en la misa celebrada el lunes, 23 de octubre por la mañana, en Santa Marta.

«Este pasaje del Evangelio — señaló inmediatamente el Pontífice, refiriéndose al pasaje de san Lucas (12, 13-21)— comienza con una herencia y termina a las puertas de otra herencia». Jesús «advierde claramente: “Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes”». Y después «cuenta esta parábola» de un «hombre rico que se encuentra frente a la abundancia de lo cultivado y no sabe qué hacer». Solo «le viene a la mente hacer dos

movimientos: ensanchar y alargar». O sea, explicó el Papa, «ensanchar los almacenes y, en su fantasía, alargar la vida: "Así estaré tranquilo", pero el cultivo no se toca, el dinero no se toca, todo debe estar custodiado, porque ese dinero es su dios».

Por lo tanto, «él ensancha para tener más espacio para su dios y alarga su vida para adorar a aquel dios, en su fantasía: es un esclavo de eso, ¿no? No conoce la saciedad». Por eso, continúa la parábola de Jesús, aquel hombre «va adelante,

tomando más bienes, más bienes, más bienes hasta la náusea: no conoce la saciedad». Pero «¿cómo razona este hombre?». Nos lo dice Jesús en la parábola referida por san Lucas: «Él razonaba con él mismo: "Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea"». En pocas palabras, «vive la buena vida, todo en ti, con tu dios: come, bebe y entra en ese movimiento del consumismo exasperado, no se detiene, no conoce el límite».

Pero «es Dios quien pone el límite» afirmó el Pontífice. Continúa, de hecho, la parábola: «Pero Dios le dice: "necio —cuántas veces esta palabra, 'necio' viene en el Evangelio— esta misma noche te reclamarán el alma, las cosas que preparaste, ¿para quién serán?"». Aquella riqueza, prosiguió Francisco, terminará en la mano de los herederos de aquel hombre que se pongan a pelear por aquellos tesoros considerados como un dios.

He aquí que, señaló el Papa, «este pasaje del Evangelio comienza con un pleito por una herencia y termina con otro pleito, cuando vengan los nietos y todos: nosotros sabemos qué sucede». Pero «es Dios el que pone el límite a este apego al dinero». Que «el hombre se vuelve esclavo del dinero no es una fábula que Jesús inventa: esta es la realidad», también «de hoy». Estoy de acuerdo, dijo Francisco, «tantos hombres que viven para adorar el dinero, para hacer del dinero su propio

dios: tantas personas que viven solo para esto y la vida no tiene sentido». El pasaje del Evangelio se concluye con estas palabras: «Así es el que atesora riquezas para sí —dice el Señor— y no se enriquece en orden a Dios». En realidad no saben qué es enriquecerse en orden a Dios».

Al respecto el Papa quiso compartir una historia personal: «Recuerdo hace algunos años, en la otra diócesis, un caso que me impresionó mucho. Un gran empresario, muy rico, tenía un

poco de esta actitud. Tenía cáncer. Él lo sabía. Le faltaban pocos días de vida. En aquella última semana de vida, se entusiasmó con una villa y compró una villa: pensaba solo en esto. Estaba cerrado en ese pensamiento. Esto me impresionó, cuando le vi. No pensaba en la próxima semana, que debería presentarse ante Dios». Y «también hoy» hay «mucha gente, muchos de los que tienen tantísimo»: pero «miremos solo a los niños hambrientos que no tienen medicinas, que no tienen

educación, que están abandonados». Y «esta es una idolatría, pero es una idolatría que mata, hace “sacrificios humanos”, porque esta idolatría hace morir de hambre a tanta gente».

«Pensemos —insistió el Papa— solo en un caso: en doscientos mil niños rohingya en los campos de refugiados. Allí hay ochocientas mil personas, doscientos mil son niños. Apenas tienen para comer, malnutridos, sin medicinas. También hoy sucede esto, no es

una cosa que el Señor dice de aquellos tiempos: no, ¡hoy!».

Por esta razón, insistió, «nuestra oración debe ser fuerte: Señor, por favor, toca el corazón de estas personas que adoran al dios, al dios dinero. Toca también mi corazón para que yo no caiga en eso, para que yo sepa ver. Y después otra consecuencia es la guerra, siempre, aquí la guerra de familia. Todos nosotros sabemos qué sucede cuando está en juego una herencia: las familias se dividen terminan en el odio la una con la otra». En

conclusión, Francisco señaló cómo, en el pasaje evangélico, «el Señor subraya con suavidad al final: “Quien no se enriquece en orden a Dios”». Porque «aquel es el único camino: la riqueza, pero en Dios». Y «no es un desprecio por el dinero, no, es precisamente la codicia, como dice él: la codicia», es decir «vivir pegado al dios dinero». Por lo tanto, sugirió el Papa, «nuestra oración debe ser fuerte, hoy, en estos tiempos donde los medios nos hacen ver tantas cosas, tantas calamidades, tantas injusticias,

pensemos solo en los niños:
 Señor, convierte el corazón de
 esta gente, que te conozcan y
 no adoren al dios dinero».

24 de octubre de 2017. **En el abismo del misterio.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 27 de octubre de 2017

Entrar «en el misterio de Jesús» mirando al Crucifijo y así «dejarse llevar» al «abismo» de su misericordia. En la invitación hecha por el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el

martes 24 de octubre, está la indicación de un «camino» para cada cristiano: un itinerario hacia el verdadero «centro» de la propia vida, en el cual aparece cada palabra y permanece solo la contemplación del amor de quien «ha dado la vida» por la salvación del hombre.

La meditación del Pontífice comenzó con la primera lectura del día, un pasaje de la Carta a los Romanos (5, 12.15.17-19.20-21) en el cual parece casi que Pablo no consiga «expresar eso que quiere

decir». Es un pasaje en el que el apóstol utiliza una serie de «contraposiciones»: cinco veces habla de «un hombre» y de «otro hombre», incluye los conceptos de «pecado, caída, desobediencia, gracia, justicia, perdón», y contrapone «abundancia y sobreabundancia», pone junto a la «justicia» el «perdón». Al intentar llevar al lector «a entender algo», explicó el Papa, el apóstol usa un método que no es «estudiado» pero «es precisamente eso que le sale del corazón». Sobre todo Pablo

«siente que es impotente» al explicar eso que quiere explicar». En realidad, dijo Francisco, detrás de todo este discurso «está la historia de la salvación, está la creación, está la historia del pecado, de la caída del hombre. Está la "re-creación", es decir la redención que la Iglesia dice que es más maravillosa que la creación, es más poderosa». Y el lenguaje usado por Pablo se justifica con el hecho que, efectivamente, «no hay palabras suficientes para explicar a Cristo». Por eso él, dándose cuenta de esta

imposibilidad, «nos empuja, nos lleva casi hasta el abismo y nos empuja; es más: nos arroja, para que caigamos en el misterio». En el «misterio de Cristo».

Por tanto, dijo el Pontífice, todas «estas palabras, estas contraposiciones, estas descripciones son solamente pasos en el camino para sumergirse en el misterio de Cristo». Un misterio que «es tan sobreabundante, tan fuerte, tan generoso, tan inexplicable que no se puede entender con

argumentaciones». Las argumentaciones, añadió, «te llevan hasta ahí, pero tú debes sumergirte en el misterio para entender quién es Jesucristo para ti, quién es Jesucristo para mí, quién es Jesucristo para nosotros».

La síntesis, explicó el Papa, es la propuesta por Pablo en otro pasaje en el que, mirando a Jesús, afirma: «"Me amó y se entregó por mí", y no encuentra otra explicación». Escribe el apóstol: «Difícilmente se encuentra entre nosotros uno que quiere dar la vida por una

persona buena, una persona justa: es difícil. Pero los hay. Pero ¿uno que quiera dar la vida por un criminal, por un pecador como yo? Solo Jesucristo». Así, dijo Francisco, se entra en el misterio de Cristo. Incluso si, sea como sea, «no es fácil: es una gracia». Todo esto, explicó el Papa, lo han entendido bien los santos. Y «no solo los santos canonizados» sino «todos los santos escondidos en la vida cotidiana. Tanta gente humilde, sencilla que solamente pone su esperanza en el Señor. Han

entrado en el misterio de Jesucristo». Ese misterio que san Pablo describe como una «locura» y de la cual afirma también: «si yo tuviera que presumir de algo no presumiría de lo que he estudiado en la sinagoga con Gamaliel, ni tampoco de lo que he hecho, de mi familia, de mi sangre noble: no, no presumiría de esto. Solamente puedo presumir de dos cosas: de mis pecados y de Jesucristo crucificado». Una vez más, una contraposición «nos lleva al misterio de Jesús», es decir: «Él, crucificado, en

diálogo con mis pecados». Se trata en cualquier caso, continuó el Pontífice, de un camino difícil, porque «nosotros no estamos acostumbrados a entrar en el misterio. Cuando venimos a misa, sí, vamos a rezar, es verdad; sabemos que Jesús viene, también, sabemos que Él está en la palabra de Dios, que Él viene a la comunidad». Pero «esto no basta». De hecho «entrar en el misterio de Jesucristo es más: es dejarse llevar a ese abismo de misericordia donde no hay palabras: solamente el abrazo

del amor. El amor que lo llevó a la muerte por nosotros».

Para hacer comprender mejor tal concepto, el Papa utilizó el ejemplo del sacramento de la reconciliación: «Cuando nosotros vamos a confesarnos porque hemos pecado», ¿qué hacemos? «Vamos, decimos los pecados al confesor y estamos tranquilos y contentos». Pero «si hacemos esto, no hemos entrado en el misterio de Jesucristo». Sin embargo «si yo voy, voy a encontrar a Jesucristo, a entrar en el misterio de Jesucristo, a entrar

en ese abrazo de perdón del que habla Pablo; de esa gratuidad del perdón».

He aquí entonces una pregunta para cada cristiano: «¿Quién es Jesús para ti?», "Es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad". Podemos decir todo el Credo, todo el catecismo, y eso es verdad». Pero, afirmó el Pontífice, todavía esto es un punto en el que no se consigue expresar «el centro del misterio de Jesucristo», que es «me amó y se entregó por mí». Y es precisamente este el «trabajo que nosotros los cristianos

debemos hacer». Por tanto: «entender el misterio de Jesucristo no es algo que tiene que ver con el estudio; tiene que ver con la gracia. A Jesucristo se le entiende gratuitamente. Jesucristo es entendido solamente por pura gracia».

Una ayuda, dijo Francisco, puede llegar de la «piedad cristiana», en particular del ejercicio del Vía crucis: «Es caminar con Jesús en el momento en el que Él nos da el abrazo de perdón y de paz». Y es «bonito hacer el Vía crucis»,

quizá «hacerlo en casa, pensando en los momentos de la Pasión del Señor». Por otro lado, «también los grandes santos aconsejaban siempre comenzar la vida espiritual con este encuentro con el misterio de Jesús Crucificado». Y «santa Teresa aconsejaba a sus monjas: para llegar a la oración de contemplación, la alta oración que ella tenía, comenzar con la meditación de la Pasión del Señor». Frente a Cristo en la cruz, sugirió el Pontífice, es necesario «empezar y pensar. Y así, tratar

de entender con el corazón que "amó y se dio a sí mismo por mí"». Que es después lo «que Pablo quiere explicar en este texto tan difícil, lleno de contradicciones: nos quiere llevar allí, al abismo propio del misterio de Jesucristo». Porque cada uno podría decir: «Yo soy un buen cristiano, voy a misa el domingo, hago obras de misericordia, recito las oraciones, educo bien a mis hijos», y «esto está muy bien». Pero es necesario ir más allá: «Tú has hecho todo esto: ¿pero has entrado en el misterio de

Jesucristo?»), eso es «¿que tú no puedes controlar?». De aquí el consejo del Papa de rezar a san Pablo —«un verdadero testigo, uno que ha encontrado a Jesucristo y se ha dejado encontrar por Él y ha entrado en el misterio de Jesucristo»— para que «nos dé la gracia de entrar en el misterio de Jesucristo que nos amó, se entregó a la muerte por nosotros, que nos ha hecho justos delante de Dios, que ha perdonado todos los pecados, también las raíces del pecado: entrar en el misterio del

Señor». Y, concluyó, «cada vez que miramos a Cristo crucificado, pensemos que este es un icono del mayor misterio de la creación, de todo: Cristo crucificado, centro de la historia, centro de mi vida».

30 de octubre de 2017. **En el camino del buen pastor.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 3 de noviembre de 2017

Hay cinco verbos «de cercanía» que Jesús vive en primera persona y que indican los criterios del «protocolo final»: ver, llamar, hablar, tocar, sanar. Sobre esto serán juzgados no solo los pastores, los primeros

en correr el riesgo de ser «hipócritas», sino todos los hombres. Con la advertencia de que no bastan solo hermosas palabras y buenas maneras, porque Jesús nos pide tocar con la mano la carne del otro, sobre todo si sufre. Es este «el camino del buen pastor» que el Papa indicó en la misa celebrada el lunes 30 de octubre en Santa Marta. «En este paso del Evangelio — señaló Francisco inmediatamente refiriéndose al pasaje de san Lucas (13, 10-17)— encontramos a Jesús no

en el camino, como era su costumbre, sino en la sinagoga: el sábado la comunidad va a la sinagoga a rezar, a escuchar la palabra de Dios y también la prédica; y Jesús estaba allí, escuchando la palabra de Dios». Pero «enseñaba también, porque como tenía una autoridad, una autoridad moral muy grande, lo invitaban a dirigir unas palabras», precisamente para «enseñar a la gente». Y «en la sinagoga había una mujer que estaba encorvada, completamente encorvada, pobre, y no era

capaz de estar derecha: una enfermedad de la columna la mantenía así desde hace años». Y «¿qué hace Jesús? A mí me impresionan —reveló el Papa— los verbos que usa el evangelista para decir lo que hizo Jesús: “vio”, la vio; “llamó”, la llamó; “le dijo”; “impuso sus manos sobre ella y la sanó”». Son «cinco verbos de cercanía».

Antes de nada, explicó el Pontífice, «Jesús se acercó a ella: la actitud del buen pastor, la cercanía». Porque «un buen pastor es cercano, siempre:

enseñamos en la parábola del buen pastor que Jesús predicó», tan «cercano» a la oveja «descarriada que deja a las demás y va a buscarla». Por lo demás, Francisco afirmó que «el buen pastor no puede estar lejos de su pueblo y esa es la señal de un buen pastor: la cercanía. En cambio, los demás, en este caso el jefe de la sinagoga, aquel grupito de clérigos, doctores de la ley, algunos fariseos, saduceos, los ilustres, vivían separados del pueblo, empobreciéndolo continuamente». Pero, reafirmó

el Papa, «estos no eran buenos pastores, estaban cerrados en su propio grupo y no les importaba el pueblo: tal vez les importaba, cuando había terminado el servicio religioso, ir a ver cuánto dinero había en las ofrendas, eso les importaba, pero no estaban cerca del pueblo, no estaban cerca de la gente».

He aquí que «Jesús siempre se presenta así, cercano», señaló el Pontífice. Y «tantas veces aparece en el Evangelio que la cercanía viene de aquello que Jesús siente en el corazón:

“Jesús se conmovió”, dice, por ejemplo, un pasaje del Evangelio, siente misericordia, se acerca». Por esta razón, «Jesús siempre estaba allí con la gente abandonada por aquel grupito clerical: estaban allí los pobres, los enfermos, los pecadores, los leprosos: estaban todos allí porque Jesús tenía esa capacidad para conmoverse frente a la enfermedad, era un buen pastor». Y «un buen pastor se acerca y tiene capacidad de conmoverse».

«Y yo diré —afirmó Francisco— que la tercera parte de un buen pastor es no avergonzarse de la carne, tocar la carne herida, como hizo Jesús con esta mujer: “tocó”, “impuso las manos”, tocó a los leprosos, tocó a los pecadores». Es «una cercanía muy cercana, cercana». Tocar «la carne», por lo tanto. Porque «un buen pastor no dice: “Pero, sí, está bien, sí, sí, yo estoy cerca de ti en espíritu”». En realidad «esto es distancia» y no cercanía. En cambio, insistió el Papa «el buen pastor hace lo que hizo

Dios Padre, acercarse, por compasión, por misericordia, a la carne de su Hijo, eso es un buen pastor». Y «el gran pastor, el Padre, nos ha enseñado como se es un buen pastor: se agachó, se vació, se vació a sí mismo, se rebajó y tomó condición de siervo».

Precisamente «este es el camino del buen pastor» explicó el Pontífice. Y aquí nos podemos preguntar: «Pero, y los demás, los que siguen el camino del clericalismo, ¿a quién se acercan?» esos, respondió Francisco, «se

acercan siempre al poder de turno o al dinero y son malos pastores: ellos piensan solo en cómo subirse al poder, ser amigos del poder y negocian todo o piensan en el bolsillo y esos son los hipócritas, capaces de todo». Seguramente «el pueblo no le importa a esta gente. Y cuando Jesús les dice ese buen adjetivo que utiliza tantas veces con estos —“hipócritas”— ellos se ofenden: “Pero nosotros no, nosotros seguimos la ley”». En cambio, «la gente estaba contenta: es una lástima que el

Pueblo de Dios vea cuándo los malos pastores son golpeados; es una lástima, sí, pero han sufrido tanto que “gozan” de esto un poco».

«Pensemos —fue la sugerencia del Pontífice— en el buen pastor, pensemos en Jesús que ve, llama, habla, toca y sana; pensemos en el Padre que se hace carne en su Hijo, por compasión». Y «este es el camino del buen pastor, el pastor que hoy vemos aquí, en este pasaje del Evangelio: es una gracia para el Pueblo de Dios tener buenos pastores,

pastores como Jesús, que no se avergüenzan de tocar la carne herida, que saben que sobre esto —no solo ellos, sino todos nosotros— seremos juzgados: estaba hambriento, estaba en la cárcel, estaba enfermo...». «Los criterios del protocolo final —concluyó el Papa— son los criterios de la cercanía, los criterios de esta cercanía total» para «tocar, compartir la situación del Pueblo de Dios». Y «no olvidemos esto: el buen pastor está siempre cerca de la gente, siempre, como Dios nuestro Padre se acercó a

nosotros, en Jesucristo hecho carne».

31 de octubre de 2017. Si la pastoral no tiene valentía.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 3 de noviembre de 2017

Los cristianos ¿«creen realmente» en la «fuerza del Espíritu Santo» que está en ellos? ¿Y tienen la valentía de «echar la semilla», de entrar en el juego, o se refugian en una «pastoral de conservación»

que no deja que «el Reino de Dios crezca»? Son las preguntas planteadas por el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el martes 31 de octubre, en la que trazó un horizonte de «esperanza», para cada hombre y para la Iglesia como comunidad: el de la plena realización del Reino de Dios, que tiene dos pilares: la «fuerza» detonante del Espíritu y la «valentía» de dejar soltar esta fuerza.

La inspiración llegó al Pontífice por la lectura del pasaje

evangélico (*Lucas, 13, 18-21*) en el que «parece que a Jesús le cueste un poco: “¿Pero cómo puedo explicar el Reino de Dios? ¿Con qué lo puedo comparar?”» y utiliza «dos ejemplos sencillos de la vida cotidiana»: el del grano de mostaza y la levadura. Ambos son pequeños, explicó Francisco, parecen inofensivos, «pero cuando entran en ese movimiento, tienen dentro un poder que sale de sí mismos y crece, va más allá, también más allá de lo que se pueda

imaginar». Precisamente «este es el misterio del Reino».

La realidad, de hecho, es que «el grano tiene el poder dentro, la levadura tiene el poder dentro» y también «el poder del Reino de Dios viene desde dentro; la fuerza viene de dentro, el crecer viene de dentro». No es, añadió el Papa con una comparación que remite a la actualidad, «un crecer como por ejemplo se verifica en el caso de un equipo de fútbol cuando aumenta el número de los seguidores y el equipo se hace más grade»,

sino «viene de dentro». Un concepto que, añadió, es retomado por Pablo en la Carta a los Romanos (8, 18-25) en un pasaje «que está lleno de tensiones» porque «este crecimiento del Reino de Dios desde dentro, es un crecimiento en tensión». Por eso explica el apóstol: «Cuántas tensiones hay en nuestra vida y dónde nos conducen», y dice que «los sufrimientos de esta vida no son comparables a la gloria que nos espera». Pero también el mismo «esperar», dijo el

Pontífice relejendo la epístola, no es un esperar «tranquilo»: Pablo habla «de ardiente expectativa. Hay una ardiente expectativa en estas tensiones». Además esta última no es solo del hombre, sino «también de la creación» que se «postra hacia la revelación de los hijos de Dios». De hecho, «también la creación, como nosotros, ha estado sometida a la caducidad» y procede en la «esperanza de que será liberada de la esclavitud de la corrupción». Por tanto, «es toda la creación que, desde la

caducidad existencial que percibe, va precisamente a la gloria, a la libertad de la esclavitud; nos lleva a la libertad. Y esta creación —y nosotros con ella, con la creación— gime y sufre los dolores de parto hasta hoy». La conclusión de este razonamiento llevó al Papa a relanzar el concepto de «esperanza»: el hombre y la creación entera poseen «las primicias del Espíritu», es decir «la fuerza entera que nos lleva adelante y nos da la esperanza» de la «plenitud del

Reino de Dios». Por eso el apóstol Pablo escribe «esa frase que nos enseña tanto: “En la esperanza, de hecho, hemos sido salvados”».

Esta esperanza, continuó el Pontífice, es un «camino», es «la que nos lleva a la plenitud, la esperanza de salir de esta cárcel, de esta limitación, de esta esclavitud, de esta corrupción y llegar a la gloria». Y es, añadió, «un don del Espíritu Santo» que «está dentro de nosotros y lleva a esto: a algo grandioso, a una liberación, a una gran gloria. Y

por eso Jesús dice: “Dentro de la semilla de mostaza, de ese pequeño grano, hay una fuerza que desencadena un crecimiento inimaginable”».

Esta es la realidad prefigurada de la parábola: «Dentro de nosotros y en la creación — porque vamos juntos hacia la gloria— hay una fuerza que se desencadena: está el Espíritu Santo. Que nos da la esperanza». Y, añadió

Francisco, «vivir en esperanza es dejar que estas fuerzas del Espíritu vayan adelante y nos ayuden a crecer hacia esta

plenitud que nos espera en la gloria».

Sucesivamente, la reflexión del Pontífice analizó otro aspecto, porque en la parábola se añade que «el grano de mostaza es tomado y lanzado. Un hombre lo tomó y lo lanzó en el jardín» y que tampoco la levadura no es dejada inerme: «una mujer lo toma y lo mezcla». Se entiende que «si el grano no es tomado y lanzado, si la levadura no es tomada por la mujer y mezclada, permanecen allí y esa fuerza interior que tienen permanece allí». De la

misma forma, explicó Francisco, «si nosotros queremos conservar para nosotros el grano, será un grano solo. Si nosotros no lo mezclamos con la vida, con la harina de la vida, la levadura, permanecerá solo la levadura». Por eso es necesario «lanzar, mezclar, esa valentía de la esperanza». Que «crece, porque el Reino de Dios crece desde dentro, no por proselitismo». Crece «con la fuerza del Espíritu Santo». A tal respecto el Papa recordó que «siempre la Iglesia ha

tenido tanto la valentía de tomar y tirar, de tomar y mezclar» como también «el miedo de hacerlo». Y señaló: «tantas veces nosotros vemos que se prefiere una pastoral de conservación» más que «dejar que el Reino crezca». Cuando sucede así «nos quedamos como somos, pequeños, allí», tal vez «estamos seguros», pero «el Reino no crece». Mientras que «para que el Reino crezca hace falta valentía: de tirar el grano, de mezclar la levadura».

Alguno podría objetar: «Si yo tiro el grano, lo pierdo». Pero esta, explicó el Papa, es la realidad de siempre: «Siempre hay alguna pérdida al sembrar el Reino de Dios. Si yo mezclo la levadura, me mancho las manos: ¡gracias a Dios! ¡Ay de aquellos que predicán el Reino de Dios con la ilusión de no mancharse las manos! Estos son guardianes de museos: prefieren las cosas hermosas» al «gesto de tirar para que la fuerza se desencadene, de mezclar para que la fuerza haga crecer».

Todo esto se encierra en las palabras de Jesús y de Pablo propuestas por la liturgia: «la tensión que va de la esclavitud del pecado» a la «plenitud de la gloria». Y la esperanza que «no desilusiona» incluso si es «pequeña como el grano y como la levadura». Alguno, recordó el Pontífice, «decía que es la virtud más humilde, es la sierva. Pero allí está el Espíritu y donde hay esperanza, está el Espíritu Santo. Y es precisamente el Espíritu Santo el que lleva adelante el Reino de Dios». Y concluyó sugiriendo

a los presentes repensar «en el grano de mostaza y en la levadura, al tirar y al mezclar» y preguntarse: ¿Cómo va mi esperanza? ¿Es una ilusión? ¿Un "tal vez"? O, ¿creo que allí dentro está el Espíritu Santo? ¿Hablo con el Espíritu Santo?». .

***Homilías del Papa Francisco,
en la Misa de la mañana en
santa Marta.
Año 2017.***



***Textos tomados de:
www.vatican.va***

Compuestos por:
alphonsus2002@gmail.com

NOVIEMBRE.

6 de noviembre de 2017. Los tres dones de Dios.

7 de noviembre de 2017. Los invitados al banquete.

13 de noviembre de 2017. Los que escandalizan.

17 de noviembre de 2017.

Pensar en la muerte.

21 de noviembre de 2017. No a las colonizaciones ideológicas.

6 de noviembre de 2017. **Los tres dones de Dios.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 10 de noviembre de 2017

Es dejándose «misericordiar» por Dios como se pueden hacer propios sus «dones irrevocables: la elección, la promesa y la alianza». Lo afirmó el Papa, confiando que ve, de forma particular, estas

tres realidades «cada vez que vienen a mí novios para que les bendiga los anillos: la elección —se eligen mutuamente—, la promesa de llevar la vida adelante juntos y la alianza». Y precisamente «por esto el matrimonio está entre las figuras más perfectas del don de Dios». Este es el hilo conductor de la meditación que Francisco, invitando a todos a un examen de conciencia, propuso el lunes por la mañana, 6 de noviembre durante la misa celebrada en Santa Marta.

«En este pasaje de la carta a los Romanos —hizo notar enseguida el Pontífice haciendo referencia al episodio (11, 29-36) propuesto por la liturgia— Pablo está terminando su reflexión sobre la elección de Dios a los israelitas y sobre la elección a los gentiles: es toda una argumentación teológica que Pablo debe hacer para convencer que los dos son elegidos, han sido elegidos». Y «termina con esta frase, fuerte: "los dones y la vocación de Dios son irrevocables». Como diciendo «cuando Dios da

un don, este don es irrevocable: no lo da hoy y lo quita mañana» y «cuando Dios llama, esta llamada permanece toda la vida».

«Han sido tres en la historia de la salvación —explicó el Pontífice— los dones, las llamadas de Dios a su pueblo: la elección, la promesa y la alianza, es decir el don de la elección, el don de la promesa y el don de la alianza».

«El Pueblo de Dios es un pueblo elegido» afirmó Francisco, recordando que «es precisamente el Señor quien

elige a Abraham —el primer elegido— y lo lleva adelante con una promesa y hace con él y con sus sucesores una alianza». Y «es precisamente el Señor quien continúa subrayando, reforzando la elección». De hecho, prosiguió el Papa, «en el ciclo de Abraham, en el Génesis, cuántas veces el Señor dice: “sí, yo te he elegido”, y cuántas veces subraya y repite la promesa: “yo te daré un hijo, pero no este, otro” —“¿Pero a los noventa años?”— “¡A los noventa años!”».

Esta es «la promesa», hizo presente Francisco remarcando el hecho de que «el Señor continuamente celebra la alianza, esa alianza sellada por Él desde el principio». Y «esta es la historia de la salvación», explicó el Papa, «pero el Señor nunca, nunca vuelve atrás». Por tanto «estos dones de la elección, de la promesa y de la alianza son irrevocables: para el Pueblo de Dios, para la Iglesia y también para cada uno de nosotros». Porque, aseguró el Pontífice, «cada uno de nosotros ha sido elegido;

cada uno de nosotros es un elegido, una elegida de Dios; cada uno de nosotros lleva una promesa que el Señor ha hecho: “Camina en mi presencia, sé irreprochable y yo te haré esto”».

Y todavía, añadió Francisco, «cada uno de nosotros hace las alianzas con el Señor». En realidad, precisó el Papa, estas alianzas con el Señor «puede hacerlas, no quiere hacerlas: es libre. Y esto es un hecho».

En esta perspectiva, afirmó el Pontífice, es oportuno que cada uno se plantee una pregunta:

«¿Cómo siento yo la elección: me siento cristiano por casualidad? ¿Cómo vivo yo la promesa, una promesa de salvación en mi camino? ¿Y cómo soy fiel a la alianza, cómo Él es fiel?». Porque, explicó Francisco, «Él es fiel» y por esta razón «los dones y la llamada son irrevocables: Él no puede renegarse a sí mismo, Él es la fidelidad misma».

Por tanto, teniendo en cuenta esa verdad, el Pontífice sugirió algunas preguntas para plantearse a uno mismo: «¿Me siento elegido por Dios?

¿Siento la caricia de Dios en mi corazón? ¿Siento que Dios me ama? ¿Y me cuida? ¿Y cuando me alejo, Él va a buscarme?». Puede ser de ayuda, afirmó, pensar «en la parábola de la oveja perdida, por ejemplo: el Señor que va y las promesas que ha hecho y las alianzas». Así, confió Francisco, «cada vez que vienen a mí los novios para que les bendiga sus anillos, veo ahí, en ese gesto, estas tres cosas: la elección —se eligen mutuamente—, la promesa de llevar la vida adelante juntos y la alianza». Precisamente «por

esto el matrimonio está entre las figuras más perfectas del don de Dios.

En las sucesivas «cuatro líneas» de la carta a los Romanos el apóstol Pablo, «después de haber explicado esto, durante cuatro veces» repite «las palabras “desobediencia” y “misericordia”»: hay una tensión entre las dos, donde está la desobediencia, ha habido misericordia». Pablo lo repite «cuatro veces: eso quiere decir que en el camino de la elección hacia la promesa y la alianza

habrá pecados, habrá desobediencia, pero delante de esta desobediencia está siempre la misericordia».

«Es —explicó el Pontífice— como la dinámica de nuestro caminar hacia la madurez: hay siempre misericordia, porque Él es fiel, Él no revoca nunca sus dones». Y esto «está unido: los dones son irrevocables porque frente a nuestras debilidades y a nuestros pecados hay siempre misericordia y cuando Pablo llega a esta reflexión da un paso más: no de explicación a nosotros, sino de adoración».

«¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! Qué insondables son tus juicios e inaccesibles sus caminos!» escribe el apóstol a los Romanos. Palabras que son «un acto de adoración, de alabanza: él se arrodilla delante de este misterio de la desobediencia y de la misericordia y nos hace libres y delante de esta belleza de los dones irrevocables como son la elección, la promesa y la alianza». Y «esta es la argumentación de Pablo: cuando no puede ir adelante

con la cabeza, porque ha explicado todo, Pablo se arrodilla y adora». Él «adora en silencio». «Pienso que puede hacernos bien, a todos nosotros —sugirió el Papa— pensar hoy en nuestra elección, en las promesas que el Señor nos ha hecho y en cómo vivo yo la alianza con el Señor». Pero también, prosiguió, en «cómo me dejo —permitidme la palabra— “misericordiar” por el Señor, delante de mis pecados, mis desobediencias». Y «al final, si yo soy capaz como Pablo de alabar a Dios por esto

que me ha dado, a cada uno de nosotros: alabar y hacer este acto de adoración».

Concluyendo la homilía, Francisco invitó a «no olvidar nunca» que «los dones y la llamada de Dios son irrevocables: Él es “el fiel”».

7 de noviembre de 2017. **Los invitados al banquete.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 10 de noviembre de 2017

Para la salvación hay un «billete de entrada». Pero con alguna advertencia. Ante todo, es gratuito; y después los titulares serán seguramente hombres y mujeres que tengan «necesidad de curación en el

cuerpo y en el alma». Es fácil imaginar que en los primeros puestos estén «pecadores, pobres y enfermos», los llamados «últimos», en definitiva. Celebrando la misa en Santa Marta, el martes, 7 de noviembre, el Papa Francisco relanzó la imagen evangélica — del Evangelio según San Lucas (14, 15-24)— del banquete al que el dueño de la casa invita «a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos» después del rechazo de los ricos que no comprenden el

valor de la gratuidad de la salvación.

«Los textos evangélicos que hemos escuchado esta semana, estos últimos días están encuadrados en un banquete» hizo notar inmediatamente Francisco. Es «el Señor quien se dirige a la casa de un jefe de los fariseos para comer y allí es reprendido porque no hace las abluciones». Después, prosiguió el Papa, «durante el banquete el Señor aconseja no buscar los primeros puestos porque existe el peligro de que venga alguien que sea más importante y el

dueño de la casa diga: “Cede el puesto a este, ¡cámbiate de sitio!”. Sería una vergüenza». «El paso continúa —afirmó el Pontífice— con los consejos que da el Señor sobre a quien se debe invitar a un banquete a casa». E indica precisamente «a aquellos que no te pueden hacer el intercambio, es decir, aquellos que no tienen nada para darte a cambio». He aquí «la gratuidad del banquete». Así, «cuando terminó de explicar esto, uno de los comensales —es el pasaje de hoy— dijo a Jesús: “¡Dichoso el

que pueda comer en el reino de Dios!"». El Señor «le responde con una parábola, sin explicaciones, sobre este hombre que da una gran cena con muchos invitados». Pero «los primeros invitados no quisieron ir a la cena, no les importaba ni la cena ni la gente que había allí ni el señor que les invitaba: a ellos les importaban otras cosas». Y de hecho, uno detrás de otro comenzaron a excusarse, así, hizo notar el Papa, «el primero le dijo: "He comprado un campo"; otro: "He comprado

cinco yuntas de bueyes"; otro: "me he casado", pero cada uno tenía un interés propio y este interés era más grande que la invitación». El hecho es, afirmó Francisco, que «estos estaban pegados al interés: ¿qué puedo ganar?». Por eso, a una invitación gratuita la respuesta es: «A mí no me importa, tal vez otro día, estoy muy atareado, no puedo ir». «Atareado» pero con los propios «intereses: atareado como aquel hombre que quería, después de la siega, después de la cosecha del grano, hacer

unos almacenes para agrandar sus bienes. Pobre, murió aquella noche».

Estas personas están pegadas «al interés de tal forma que» caen en «una esclavitud del espíritu» y «son incapaces de entender la gratuidad de la invitación». Pero «si no se entiende la gratuidad de la invitación de Dios, no se entiende nada», advirtió el Papa. La iniciativa de Dios, de hecho, «es siempre gratuita: para ir a este banquete, ¿qué se debe pagar? El billete de entrada es estar enfermo, es

ser pobre, es ser pecador». Precisamente este «es el billete de entrada: estar necesitado, tanto en el cuerpo como en el alma». Y «por necesitado» explicó Francisco, se entiende «necesidad de cuidado, de curación, tener necesidad de amor».

«Aquí —explicó el Pontífice— se ven dos actitudes». La de Dios «es siempre gratuita: para salvar Dios no pide pagar nada, es gratuito». Y también, añadió Francisco, «decimos la palabra, un poco abstracta “universal”», en el sentido de que al siervo

«el jefe "airado"» le dice: «Sal inmediatamente a las plazas, a las calles de la ciudad y conduce aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos». En otra versión de Mateo, el dueño dice: «Buenos y malos: todos, todos», porque «la gratuidad de Dios no tiene límites: todos, Él recibe a todos».

«En cambio, aquellos que tienen sus propios intereses — continuó el Papa— no entienden la gratuidad. Son como el hijo que se quedó junto al padre cuando se fue el

más pequeño y después,
después de mucho tiempo,
volvió pobre y el padre hizo
una fiesta y este no quiso
entrar en el banquete, no quiso
entrar en aquella fiesta porque
no entendía: "Ha gastado todo
el dinero, ha gastado toda la
herencia, con vicios, con
pecados y ¿tú le haces una
fiesta? Y yo que soy un
católico, practico, voy a misa
todos los domingos, cumplo las
cosas, ¿a mí, nada?"».

El hecho es que «no entiende
la gratuidad de la salvación,
piensa que la salvación es el

fruto del “yo pago y tú me salvas”: yo pago con esto, con esto y con esto». En cambio, «no, la salvación es gratuita». Y «si tú no entras en esta dinámica de la gratuidad, no entiendes nada».

La salvación, de hecho, afirmó Francisco, «es un regalo de Dios al cual se responde con otro regalo, el regalo de mi corazón». Pero hay quien «tiene otros intereses, cuando escuchan hablar de regalos: “Sí, es cierto, sí, pero se debe hacer regalos”. E inmediatamente piensan: “He

aquí, yo haré este regalo y él mañana y pasado mañana, en otra ocasión, me hará otro"». Así hay «siempre un intercambio».

En cambio, «el Señor no pide nada a cambio: solo amor, fidelidad, como Él es amor y Él es fiel». Porque «la salvación no se compra, simplemente se entra en el banquete:

“Bienaventurado quien coma en el reino de Dios”». Y «esta es la salvación».

En realidad, confió el Papa, «yo me pregunto: ¿qué sienten estos que no están dispuestos a

ir al banquete? Se sienten seguros, se sienten con una seguridad, se sienten salvados a su modo fuera del banquete». Y «han perdido el sentido de la gratuidad, han perdido el sentido del amor y han perdido una cosa más grande y más hermosa aún y eso es muy feo: han perdido la capacidad de sentirse amados». Y, añadió. «cuando tú pierdes —no digo la capacidad de amar, porque esa se recupera— la capacidad de sentirte amado, no hay esperanza: has perdido todo».

Por el resto, concluyó el Pontífice, todo esto «nos hace pensar en el escrito de la puerta del infierno de Dante “Dejad la esperanza”: has perdido todo». Por nuestra parte, es necesario mirar, en cambio, al dueño de casa que quiere que su casa se llene: «es tan amoroso que en su gratuidad quiere llenar la casa». Y así «pidamos al Señor que nos salve de perder la capacidad de sentirse amados».

13 de noviembre de 2017. **Los que escandalizan.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 17 de noviembre de 2017

De las pequeñas y grandes «incoherencias de todos los días» —las que se ven también en las iglesias o son cometidas por cristianos que en el mundo del trabajo dan «escándalo»— el Papa Francisco advirtió en la

misa celebrada el lunes 13 de noviembre en Santa Marta.

«Jesús empieza este pasaje del Evangelio —hizo presente enseguida refiriéndose al pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (17, 1-6)— con una constatación de buen sentido: “Es inevitable que haya escándalos”». Y de hecho «es inevitable» indicó Francisco: escándalos «hay, habrá». Pero Jesús hace «una advertencia que es constatación y advertencia» al mismo tiempo: «Ay de aquel por quien vienen» los escándalos.

Por tanto el Señor lanza «una advertencia fuerte» y va también «más allá», añadiendo: «Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños». Pero no termina aquí, observó el Pontífice. El Señor de hecho «dirigiéndose a los suyos dice: “cuidaos de vosotros mismos”; es decir, estad atentos de no escandalizar». Explicó el Papa que «el escándalo es feo porque hiere la vulnerabilidad del Pueblo de Dios, hiere la

debilidad del Pueblo de Dios, y muchas veces estas heridas se llevan para toda la vida». Es más, el escándalo, explicó el Papa, «no solo hiera» sino que «es capaz de matar: matar esperanzas, matar ilusiones, matar familias, matar muchos corazones».

El escándalo es «un tema sobre el cual Jesús volvía» a menudo, precisó el Pontífice. Por ejemplo «después de una predicación había dicho: "Beatos aquellos que no se escandalizan de mí"». Porque «Él tenía cuidado de no escandalizar». E, incluso,

«cuando era el momento de pagar las tasas, para no “escandalizar” dice a Pedro: “Ve al mar, pesca un pez, toma la moneda que tiene en la boca y paga por ti y por mí”». Siempre «para no escandalizar», Jesús advierte también: «Si tu mano es motivo de escándalo, córtala». Y después, de nuevo, «a Pedro, cuando está delante de la cruz, del proyecto de la cruz, trata de convencerlo de tomar otro camino, no hace tantos matices: “Aléjate de mí, quieres hacerme tropezar, escándalo eres para mí”».

«Jesús en esto es muy preciso» explicó Francisco. Y «a nosotros, a todos» da «esta advertencia: “¡estad atentos de vosotros mismos!”». Porque «está el escándalo del Pueblo de Dios, de los cristianos, cuando un cristiano, diciéndose cristiano, vive como pagano». Por otro lado, afirmó el Papa, «cuántas veces en nuestras parroquias hemos escuchado gente que dice: “No, yo a la Iglesia no voy porque ese o esa que está todo el día encendiendo las velas allí dentro, después sale, habla mal

de los otros, siembra
cizaña...”».

Y «cuántos cristianos —
constató el Pontífice— alejan a
la gente con su ejemplo, con su
incoherencia: la incoherencia
de los cristianos es una de las
armas más fáciles que tiene el
diablo para debilitar al Pueblo
de Dios y para alejar al Pueblo
de Dios del Señor». Es el estilo
de «decir una cosa y hacer
otra». Precisamente «eso que
Jesús decía al pueblo sobre los
doctores de ley: “Haced lo que
ellos dicen, no hagáis lo que

hacen"». Esto es «la incoherencia».

Al respecto, el Papa no dejó de sugerir «preguntarse hoy, cada uno de nosotros: ¿cómo es mi coherencia de vida?». En mi vida hay «¿coherencia con el Evangelio, coherencia con el Señor?». Preguntarse, por tanto, «si por mi incoherencia soy motivo de escándalo para los otros».

E incoherente, explicó el Pontífice, es también el cristiano que dice: «Yo voy todos los domingos a misa, soy de acción católica o de esta

asociación o de la otra, pero pago en negro a mis trabajadores o hago un contrato de septiembre a junio” — “¿Y julio y agosto?” — “¡arréglatelas querido!”».

Precisamente estas son las «incoherencias de todos los días». Pero son motivo de escándalo también «los cristianos empresarios que no pagan lo justo» y se aprovechan «de la gente para enriquecerse».

Cierto, prosiguió Francisco, «después podemos preguntarnos sobre el

escándalo de los pastores, porque en la Iglesia estamos también nosotros pastores». El profeta Jeremías, «hablaba de este “ay de vosotros”» refiriéndose precisamente a los «pastores que explotan a la gente, explotan a las ovejas, para enriquecerse buscan la leche o la lana, así dice Jeremías, para vestirse y por la vanidad, pero no cuidan a las ovejas».

Después está también «el escándalo del pastor que empieza, por ejemplo, a alejarse de la gente: el pastor

lejano». Sin embargo «Jesús nos enseña que el pastor debe ser cercano y cuando el pastor se aleja escandaliza: es un "señor"». De hecho, «Jesús nos dice que no se puede servir a dos señores, Dios y el dinero: cuando el pastor es uno aferrado al dinero, escandaliza». Y «la gente se escandaliza» viendo «al pastor aferrado al dinero», reiteró el Pontífice. Por esta razón «cada pastor debe preguntarse: ¿cómo es mi amistad con el dinero?».

Está, además, el escándalo del «pastor que trata de ir arriba: la vanidad lo lleva a trepar, en vez de ser manso, humilde, porque la mansedumbre y la humildad favorecen la cercanía al pueblo». O también el escándalo del «pastor que se siente "señor" y manda a todos, orgulloso, y no el pastor servidor del pueblo de Dios». Se podría continuar sobre estas cosas, afirmó Francisco. Lo recuerda «Jeremías, y también san Agustín toma este» pensamiento «de Jeremías y hace un largo discurso sobre

los pastores». Y así se podría ir adelante, dijo el Papa, «pero esto, creo, para hoy será suficiente para preguntarnos, cada uno de nosotros: ¿escandalizo como cristiano, como cristiana, como pastor? ¿Escandalizo? ¿Hiero la vulnerabilidad de mi pueblo? ¿En vez de atraer al pueblo, de hacerlo uno, de hacerlo feliz, de dar la paz, la consolación, lo expulso porque yo me siento un pastor “señor” o me siento un cristiano más importante que tú?». ».

No hay que olvidar la advertencia de Jesús a los discípulos: «¡Estad atentos a vosotros mismos!». Es así como, concluyó Francisco, «hoy puede ser un bonito día para hacer un examen de conciencia sobre esto: ¿escandalizo o no y cómo?». Y «así podemos responder al Señor y acercarnos un poco más a él».

17 de noviembre de 2017.

Pensar en la muerte.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
47, viernes 24 de noviembre de
2017

«Pensar en nuestra muerte no es una fantasía mala»; de hecho, vivir bien cada día como si fuera «el último» y no como si esta vida fuera «una normalidad» que dura para siempre, podrá ayudar a

encontrarse verdaderamente listos cuando el Señor llame. Es una invitación a reconocer serenamente la verdad existencial de nuestra existencia lo que el Papa Francisco propuso en la misa celebrada el viernes 17 de noviembre, por la mañana, en Santa Marta.

«En estas dos últimas semanas del año litúrgico —hizo presente inmediatamente— la Iglesia en las lecturas, en la misa, nos hace reflexionar sobre el final». Por una parte, claro «el final del mundo,

porque el mundo se derrumbará, será transformado» y llegará «la venida de Jesús, al final». Pero, por la otra parte, la Iglesia habla también del «fin de cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros morirá: la Iglesia, como madre, maestra, quiere que cada uno de nosotros piense en la propia muerte».

«A mí me llama la atención — confesó el Pontífice, haciendo referencia al pasaje evangélico de san Lucas (17, 26-37)— lo que dice Jesús en este paso que

hemos leído». En particular su respuesta «cuando preguntan cómo será el fin del mundo». Pero, mientras tanto, relanzó el Papa las palabras del Señor, «pensemos en cómo será mi final». En el Evangelio Jesús usa las expresiones «como sucedió en los días de Noé» y «como sucedió en los días de Lot». Para decir, explicó, que los hombres «en aquel tiempo comían, bebían, tomaban mujer, tomaban marido, hasta el día que Noé entró en el arca». Y, aún «como sucedió en los días de Lot: comían, bebían,

compraban, vendían,
plantaban, construían».

Pero he aquí, continuó el Papa,
cuando llega «el día en el que
el Señor hace llover fuego y
azufre del cielo». En definitiva,
«hay normalidad, la vida es
normal —señaló Francisco— y
nosotros estamos
acostumbrados a esta
normalidad: me levanto a las
seis, me levanto a las siete,
hago esto, hago este trabajo,
voy a encontrar esto mañana,
domingo es fiesta, hago esto».
Y «así estamos acostumbrados
a vivir una normalidad de vida

y pensamos que esto siempre será así». Pero lo será, añadió el Pontífice, «hasta el día que Noé subió al arca, hasta el día que el Señor hizo caer fuego y azufre del cielo».

Porque seguramente «vendrá un día en el que el Señor nos diga a cada uno de nosotros: "ven"», recordó el Pontífice. Y «la llamada para algunos será repentina, para otros será después de una enfermedad, en un accidente: no sabemos». Pero «la llamada estará y será una sorpresa: no la última sorpresa de Dios, después de

está habrá otra —la sorpresa de la eternidad— pero será la sorpresa de Dios para cada uno de nosotros».

A propósito del final, continuó, «Jesús tiene una frase, la leímos ayer en la misa: será “como el rayo que deslizándose brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día”, el día que llamará a nuestra vida».

«Nosotros estamos acostumbrados a esta normalidad de la vida — continuó Francisco— y pensamos que será siempre

así». Pero «el Señor y la Iglesia, nos dice en estos días: párate un poco, párate, no siempre será así, un día no será así, un día te quitarán y lo que está junto a ti quedará». «Señor, ¿cuándo será el día en el que me quitarán?»: precisamente «esta —sugirió el Papa— es la pregunta que la Iglesia invita a hacernos hoy y nos dice: párate un poco y piensa en tu muerte». He aquí el significado de la frase citada por Francisco, colocada al ingreso «en un cementerio, en el norte de Italia: “Peregrino,

tú que pasas, piensa en tus pasos, el último paso"». Porque «habrá un último» paso.

«Este vivir la normalidad de la vida como si fuera una cosa eterna, una eternidad —explicó el Papa— se ve también en las vigilia fúnebres, en las ceremonias, en las honras fúnebres: tantas veces las personas que realmente están implicadas con la persona muerta, por la que rezamos, son pocas».

Y así «una vigilia fúnebre se transforma normalmente en un hecho social: “¿Dónde vas

hoy?” — “Hoy debo ir a hacer esto, esto, esto y después al cementerio, porque hay una ceremonia”». Se convierte así en «un hecho más y allí encontramos a los amigos, hablamos: el muerto está allí, pero nosotros hablamos: normal». Así «también ese momento trascendente, por el modo de caminar de la vida habitual, se convierte en un acto social». Y «esto —confió de nuevo Francisco— yo lo he visto en mi patria: en vigili­as fúnebres hay un servicio de recibimiento, se come, se bebe,

el muerto está allí: pero nosotros aquí hacemos un poco, no digo "fiesta", pero hablamos, mundanamente; es una reunión más, para no pensar». «Hoy —afirmó el Pontífice— la Iglesia, el Señor, con esa bondad que tiene, dice a cada uno de nosotros: párate, párate, no todos los días serán así; no acostumbrarte como si eso fuera la eternidad; habrá un día en el que te irás, otro quedará, tú te irás». En definitiva, así «es ir con el Señor, pensar que nuestra vida tendrá final y esto hace bien

porque lo podemos pensar al inicio del trabajo: hoy tal vez será el último día, no sé, pero haré bien el trabajo». Y «haré» bien también «en las relaciones en casa, con los míos, con la familia: ir bien, tal vez será el último, no lo sé». Lo mismo debemos pensar, continuó Francisco, «también cuando vamos al médico: ¿será una más o será el inicio de las últimas visitas?»

«Pensar en la muerte no es una fantasía fea, es una realidad», insistió el Pontífice, explicando: «Si es fea o no fea depende de

mí, de como lo pienso yo, pero
estará y allí habrá un
encuentro con el Señor: esto
será lo hermoso de la muerte,
habrá un encuentro con el
Señor, será Él quien venga al
encuentro, será Él quien diga
“ven, ven, bendecido por mi
Padre, ven conmigo”». No sirve
de nada decir: «Pero, Señor,
espera que debo arreglar esto,
esto». Porque «no se puede
arreglar nada: aquel día quien
se encuentre en la terraza y
haya dejado sus cosas en casa
que no baje: donde estés te

tomarán, te tomarán, tu dejarás todo».

Pero «tendremos al Señor, esta es la belleza del encuentro», aseguró el Papa. «El otro día —añadió— encontré a un sacerdote, más o menos de 65 años: no se encontraba bien y fue al médico», que «después de la visita» le «ha dicho: "Mire, usted tiene esto, esto es algo malo, pero tal vez estemos a tiempo de pararla, haremos esto; si no se para haremos lo otro o si no se para comenzaremos a caminar y yo le acompañaré hasta el final"».

Por eso, comentó Francisco, «iun médico capaz aquel! Con tanta dulzura dijo la verdad: también nosotros acompañémonos en este camino, andemos juntos, trabajemos, hagamos el bien y todo, pero siempre mirando allí».

«Hoy hagamos esto» concluyó el Papa, porque «nos hará bien a todos pararnos un poco y pensar en el día en el que el Señor venga a encontrarme, venga a tomarme para ir con Él».

21 de noviembre de 2017. **No a las colonizaciones ideológicas.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 24 de noviembre de 2017

El cristiano debe dar su testimonio frente a las «colonizaciones ideológicas y culturales» que suenan como verdaderas y propias «blasfemias» y suscitan

«persecuciones» furiosas. Introduciendo «novedades» malas, hasta llegar a considerar normal «matar a niños» o perpetrar «genocidios» para «anular las diferencias», tratando de hacer «limpieza» de Dios con la idea de ser «modernos» y al compás de los tiempos. Como ejemplo concreto para responder a las «colonizaciones culturales y espirituales que se nos proponen» el Papa Francisco relanzó el testimonio de Eleazar, sugerido por la liturgia de la misa celebrada en martes

21 de noviembre en Santa Marta.

«En la primera lectura — observó inmediatamente el Pontífice refiriéndose al pasaje extraído del segundo libro de los Macabeos (6, 18-31)— hemos escuchado el martirio de un hombre que fue condenado a morir por fidelidad a Dios, a la ley, en una persecución: hay varios motivos para una persecución, pero podemos citar tres principales».

Hay, ante todo, «una persecución solamente religiosa: yo voy contra tu fe

porque mi fe dice no y con el poder que tengo hago la persecución» explicó Francisco. «Otra persecución, otro motivo es uno religioso, cultural, histórico, político, religioso-político, cuando se mezcla lo religioso con lo político» añadió, invitando a pensar «en la guerra de los treinta años, en la noche de san Bartolomé: estas guerras religiosas o políticas».

Y de nuevo, «otro motivo de persecución —señaló el Papa— es puramente cultural: viene una nueva cultura que quiere

hacer todo nuevo y hace limpieza de las tradiciones, de la historia, también de la religión de un pueblo: lo que sucede en la lectura de hoy, el martirio de Eleazar, es propio de este estilo cultural».

«Ayer comenzó el relato de esta persecución cultural» explicó Francisco haciendo referencia a los pasajes bíblicos propuestos por la liturgia.

«Algunos —continuó— viendo el poder y también la belleza magnífica de Antioco Epífanes, también la cultura que venía de esa parte, dijeron: “Vayamos y

hagamos alianza con las naciones que nos rodean, somos modernos, estos tienen una modernidad más grande, estos están realmente "al día"; nosotros vamos con nuestras tradiciones, que no sirven para nada».

A este respecto el Pontífice quiso repetir precisamente las palabras de la Escritura: «Este razonamiento pareció bueno a sus ojos y, por lo tanto, algunos del pueblo tomaron la iniciativa, fueron al rey que les dio la facultad de introducir las instituciones paganas de las

naciones». Y así, añadió Francisco, no pidieron «introducir las ideas o introducir los dioses, no: las instituciones, es decir, este pueblo que había nacido, que había crecido en torno a la ley del Señor, en el amor del Señor, a través de sus dirigentes, introduce nuevas instituciones, nueva cultura que hacen limpieza de todo, de todo: cultura, religión, ley, todo. Todo es nuevo».

«La "modernidad" es una verdadera colonización cultural, una verdadera colonización

ideológica» relanzó el Papa. Y «así quiere imponer al pueblo de Israel esta costumbre única, todo se hace así, no hay libertad para estas cosas». Pero «algunos aceptaron porque parecía buena la cosa: “No, pero es cierto, itenemos que ser como los otros!”». Y «esta gente que llegaba a las nuevas instituciones —afirmó Francisco — expulsa esto, corta las tradiciones y el pueblo comienza a vivir de un modo diverso».

He aquí que precisamente «para defender la historia, para

defender la fidelidad del pueblo, para defender las tradiciones, las verdaderas tradiciones, las buenas tradiciones del pueblo, se crean resistencias, algunas resistencias». La primera lectura de hoy, explicó el Pontífice, nos dice que «Eleazar no quiere: era un hombre digno, muy respetado y él no quiere hacerlo». Y como él «muchos otros, en el libro de los Macabeos se cuenta la historia de estos mártires, de estos héroes». «Así avanza siempre —prosiguió— una

persecución nacida de una colonización cultural, de una colonización ideológica, que destruye, hace todo igual, no es capaz de tolerar las diferencias». En particular, afirmó Francisco, «hay una palabra clave en la lectura de ayer extraída del primer libro de los Macabeos —cuando comienza este relato: “En aquellos días salió una raíz perversa”» y «eso es Antioco Epífanes». Por lo tanto, insistió el Papa, «se corta la raíz del pueblo de Israel y entra esta raíz, calificada como perversa

porque hará nacer en el pueblo de Dios estas actitudes nuevas, paganas, mundanas y lo hará crecer con el poder, con el dominio». Y «este es el camino de las colonizaciones culturales que terminan por perseguir también a los creyentes».

Por el resto, afirmó el Pontífice, «no tenemos que ir demasiado lejos para ver algunos ejemplos: pensemos en los genocidios del siglo pasado, que era algo cultural, nuevo: "Todos iguales y aquellos que no tienen la sangre pura, fuera y estos... Todos iguales, no hay

espacio para las diferencias, no hay espacio para los demás, no hay espacio para Dios”».

He aquí «la raíz perversa», continuó el Papa. «Frente a estas colonizaciones culturales que nacen de la perversidad de una raíz ideológica señaló Eleazar, él mismo, se hace raíz: es interesante, Eleazar muere pensando en los jóvenes».

Eleazar afirma: «Por eso, abandonando ahora de fuerte esta vida, me mostraré digno de mi edad y dejaré a los jóvenes un ejemplo noble para que sepan afrontar la muerte

preparados y noblemente». Y de nuevo, «dos veces más habla de los jóvenes». En definitiva, «Eleazar, el mártir, el que da la vida, por amor a Dios y a la ley, se hace raíces para el futuro: es decir, da vida, hace crecer, hace crecer al pueblo y frente a aquella raíz perversa que nació y hace esta colonización ideológica y cultural, está esta otra raíz que da la propia vida para hacer crecer el futuro». «Es cierto, eso que llegó desde el reino de Antioco era una novedad» añadió el Papa, invitando a

preguntarnos si «las novedades son todas malas, todas». La respuesta es «no». Por el resto, «el Evangelio es una novedad, Jesús es una novedad, es la novedad de Dios». Por lo tanto, «es necesario discernir las novedades: ¿esta novedad es del Señor, viene del Espíritu Santo, viene de la raíz de Dios o esta novedad viene de una raíz perversa?». Y así «antes, sí, era pecado, no se podía matar a los niños, pero hoy se puede, no hay mucho problema, es una novedad perversa».

Además: «Ayer las diferencias estaban claras, como hizo Dios, la creación se respetaba; pero hoy somos un poco modernos: tú haces, tú entiendes, las cosas no son muy diferentes si se hace una mezcla de cosas». Y «esta es la raíz perversa: la novedad de Dios nunca hace una mezcla, nunca hace una negociación; es vida, va de frente, es raíz buena, hace crecer, mira al futuro».

En cambio, afirmó el Papa, «las colonizaciones ideológicas y culturales miran sobre todo al presente, reniegan del pasado

y no miran al futuro: viven en el momento, no en el tiempo y por esto no pueden prometernos nada». Y «con este comportamiento de hacer a todos iguales y borrar las diferencias cometen, hacen el pecado feísimo de blasfemar contra el Dios creador». Por eso, recordó Francisco, «cada vez que llega una colonización cultural e ideológica se peca contra Dios creador porque se quiere cambiar la creación como Él la ha hecho».

De todos modos, advirtió el Pontífice, «contra este hecho

que a través de la historia ha sucedido muchas veces hay solamente una medicina: el testimonio, es decir, el martirio». Hay algunos, como Eleazar que dan «el testimonio de la vida, pensando en el futuro, en la herencia que daré yo con mi ejemplo. En la mayoría el testimonio de vida: yo vivo así, sí, dialogo con aquellos que piensan diferente, pero mi testimonio es así, según la ley de Dios, según lo que Dios me ha ofrecido». Francisco sugirió mirar el ejemplo de Eleazar: «En aquel

momento él no pensó: “dejo este dinero a este, dejo esto”, no, pensó en los jóvenes, pensó en el futuro, pensó en la herencia del propio testimonio, pensó que ese testimonio sería para los jóvenes una promesa de fecundidad y frente a la raíz perversa él mismo se hace raíz para dar vida a los demás». Por eso, concluyó el Pontífice, «que este ejemplo nos ayude en los momentos tal vez de confusión frente a las colonizaciones culturales y espirituales que se nos proponen».